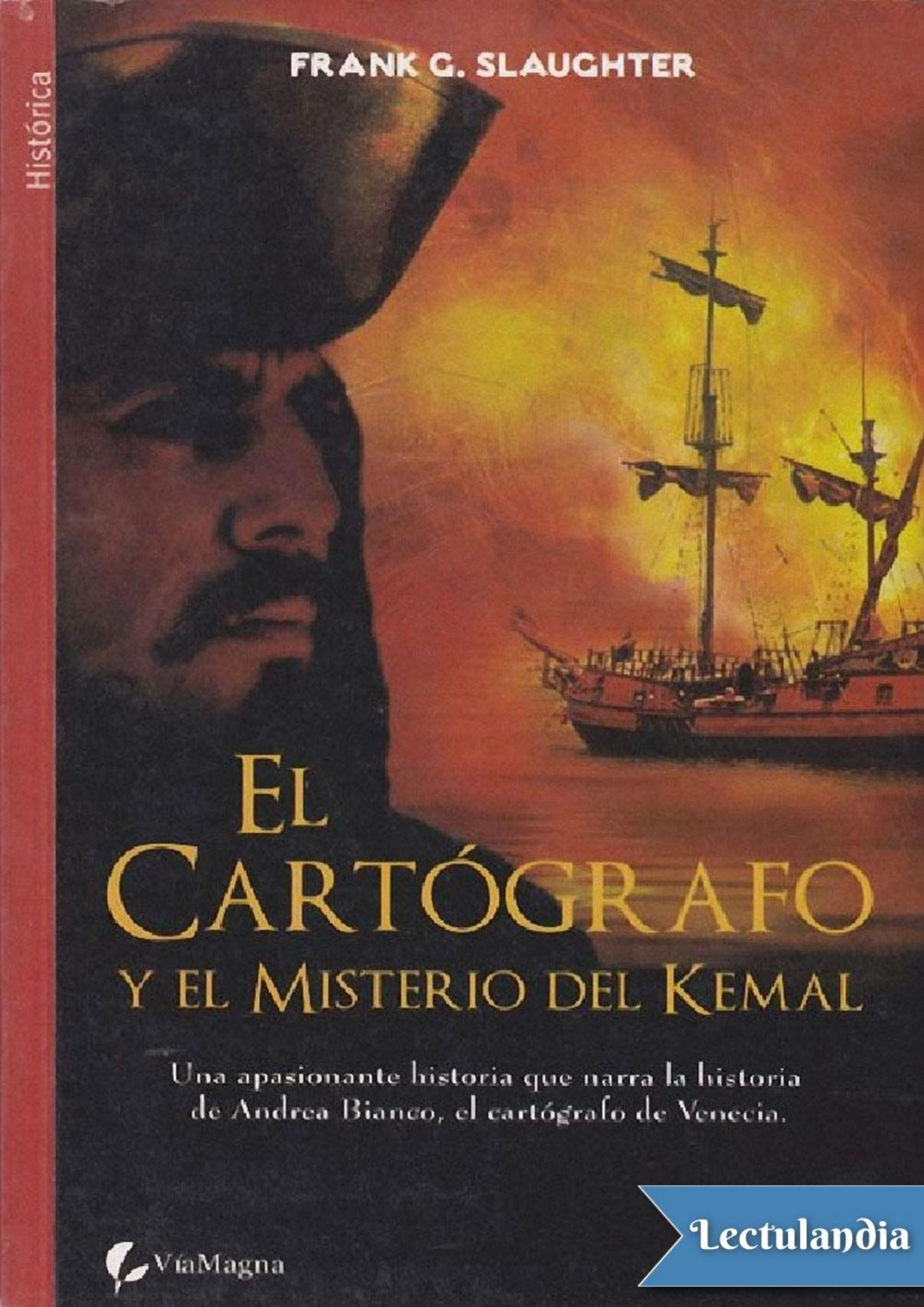


FRANK G. SLAUGHTER



# EL CARTÓGRAFO Y EL MISTERIO DEL KEMAL

Una apasionante historia que narra la historia  
de Andrea Bianco, el cartógrafo de Venecia.

Andrea Bianco es un rico comerciante de Venecia, más interesado en la cartografía y los viajes que en los negocios de la familia. Su sueño es diseñar el mapa del mundo más completo de la época, convencido de que la tierra es redonda y mucho más grande de lo que sus coetáneos estiman.

En una época llena de supersticiones y, sobre todo, gobernada por el pánico que suscita entre los hombres de mar el no contar con un método de navegación seguro que les garantice encontrar el camino de vuelta a casa.

Unos sesenta años antes de los famosos viajes de Cristóbal Colón y Vasco de Gama, Andrea Bianco es capturado por uno de estos corsarios mientras navegaba rumbo a Trebisonda y Constantinopla. Primero, lo comprará como esclavo Ibn Iberanakh, por saber leer, escribir y hablar varias lenguas, y con él viajará hasta la famosa isla de Cinpangu, donde ningún blanco había llegado jamás. Más tarde, será vendido como esclavo para ser destinado a los remos de una galera pirata, donde pasará a ser conocido como El Hakim, el Sabio.

En estos diez años de esclavitud, Andrea aprende muchos trucos de navegación desconocidos en occidente, al tiempo que llegará a sus manos el instrumento de orientación más codiciado de la época: el Al-Kemal.

# Lectulandia

Frank G. Salughter

## El Cartografo y el Misterio del Al-Kemal

ePUB v1.0

OhCaN 01.01.21

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Prólogo del autor

No seré yo, ni mucho menos, el primero en creer que no existe una línea bien definida entre ficción y realidad. *El Cartógrafo* no es más que una novela, pero repleta de hechos reales. Andrea Bianco, el cartógrafo de la historia; fray Mauro; Bartholomeu di Perestrello; el príncipe Enrique de Portugal; Vallarte, capitán de buque nórdico; Alvise de Cadamosto, capitán de galera de Venecia; el geógrafo Jahuda Cresques; y muchos otros que aparecen en estas páginas, son personajes reales. Unos cincuenta años antes del épico viaje de Cristóbal Colón, Andrea Bianco diseñó uno de los primeros mapas del mundo. En él encontramos varias islas increíblemente parecidas a Cuba, Jamaica, una de las islas de las Bahamas y Florida, por lo menos la zona sur. Además, el mapa de Bianco parece ser posterior a la “Carta de Navegación de 1424”, cuyo original se encuentra actualmente en la colección de James Ford Bell, en la Universidad de Minnesota.

Unos quinientos años, como mínimo, antes de Colón, los marineros árabes ya estaban habituados a hacer viajes por el Océano Índico, cubriendo muchos miles de millas y avistando tierra de forma asombrosamente exacta cerca de los puertos de la India. Para la navegación usaban un instrumento que llamaban Al-Kemal. El que los fenicios hubieran divisado las costas de América algunos siglos antes de Cristo, como muchos creen, es algo que, por supuesto, nunca sabremos, aunque con el tiempo se han ido acumulando muchos indicios que apuntan a ello. Sea cual sea el conocimiento del mundo que se tenía antes del siglo XV, y era considerable, el primer paso decisivo en las exploraciones por el Atlántico tuvo lugar en los primeros años de este siglo.

El príncipe Enrique de Portugal, inmortalizado mucho más tarde como “el Navegante”, reunió en el promontorio de Sagres, en la punta sur de Portugal, a muchos de los más importantes cartógrafos, navegantes, astrónomos, matemáticos, constructores de barcos y capitanes de navegación de la época. Fue entonces cuando los portugueses encontraron en este tesoro de la sabiduría la inspiración para sus viajes de exploración, que los llevaron a la circunnavegación de África, al descubrimiento de Vasco de Gama de una ruta marítima hacia la India y que fue, con toda seguridad, el estímulo que llevó a Cristóbal Colón a navegar hacia el oeste unos cincuenta años más tarde.

En este momento histórico he decidido situar mi historia. Está claro que sería imposible ofrecer aquí un reconocimiento detallado por los cientos de referencias que he consultado para desarrollar un panorama histórico auténtico de este excitante periodo histórico. Sin embargo, debo mostrar un especial agradecimiento a los señores Simon y Schuster, por haberme permitido utilizar las canciones de los grumetes de la espléndida biografía de Colón de Samuel Eliot Morison, así como

otros hechos importantes que conciernen a los barcos y viajes marítimos del siglo XV. *Conquest by man* de Paul Herrmann (Harper & Brothers), *Fourteenth Century Discovery of America by Antonio Zeno* de W. H. Hobbs (*Scientific Monthly*, Vol. 72), *A History of Marine Navigation* de Per Collinder (St. Martin's) y el folleto *Antillia and America* de la Universidad de Minnesota que describe la "Carta de Navegación de 1424" me han sido de gran valor, junto a muchos otros libros de referencia.

Sin embargo, mi gran deuda recae sobre el protagonista de esta obra, Andrea Bianco... EL CARTÓGRAFO.

Frank G. Slaughter  
2 de Noviembre de 1956

# **Libro I El Sabio**

# I

Los otros esclavos le llamaban El Hakim el Sabio, porque de noche, cuando podían descansar unas cuantas horas en los bancos de remos y tumbarse a mirar las estrellas, les hablaba a veces de tierras fabulosas que se extendían hacia el este. Cuando El Hakim hablaba de los cielos y de cómo, usando las estrellas, el hombre podía guiar un gran barco a través de los ilimitados océanos hacia las Islas de las Especias (el lejano reino de la India) y mucho más allá, hasta los dominios del Gran Khan y la isla de Cipangu, el hechizo de sus palabras se apoderaba de ellos como ninguna otra cosa en el mundo. En esos momentos, hasta los esclavos se olvidaban de la agonía que suponía empujar los remos bajo el sol abrasador del mediodía, con los látigos de los capataces siempre dispuestos a lanzarse sobre la espalda desnuda del primero que flaqueara. Sólo unos pocos de aquellos desdichados despojos de humanidad amontonados en los bancos de remos creían de verdad las historias del hombre alto de ardientes ojos profundos y barba negra, pero nadie se reía de él. Todos los esclavos de Hamet-el-Baku, el Flagelo de la Barbarie, conocían la fuerza del Sabio, y ninguno quería despertar su ira.

Más de una vez la fuerza de El Hakim había sustituido el empuje de otro esclavo en los remos, de modo que Abdul, el capataz, no se diera cuenta, salvándolo de un latigazo en la espalda o, quizá, de la muerte. El látigo era la única cura que los capataces conocían para la debilidad, la inactividad o incluso la enfermedad de un esclavo. Si uno de ellos se desplomaba sobre su remo, lo azotaban hasta dejarlo inconsciente. Después le ponían un pedazo de pan empapado en vino entre los labios y, si esto no lo despertaba, lo soltaban de la enorme cadena que lo mantenía amarrado al banco y lo tiraban por la borda.

Era verdad lo que se contaba: la muerte era el único modo de escapar de las galeras. La única vía de escape era morir en los remos, o ser capturado en uno de los ataques que organizaban los corsarios contra los barcos que surcaban el estrecho paso entre Sicilia y el continente africano. La captura tampoco mejoraba la suerte de los esclavos de las galeras, ya que suponía sólo cambiar de un dueño a otro, ya fuera cristiano o musulmán.

Aquel día, a los esclavos de los bancos de remos les ayudaba el que la gran vela latina estuviera tensa y desplegada antes de que el mástil y el elegante bergantín atravesaran las enormes olas como un pájaro marino a punto de despegar el vuelo. Hacia el norte, se alzaba en el horizonte el oscuro perfil de las montañas de la isla de Sicilia, que ayudaba a formar el estrecho paso entre las islas y el continente africano, dividiendo en dos el Mediterráneo como la cinta que se hunde entre los pechos de una muchacha.

Todas las navegaciones entre Génova, Florencia, las ciudades de España y

Portugal, o las lejanas costas de Inglaterra o Francia tenían que pasar por este canal para ir a Venecia, los puertos de Grecia, o las remotas ciudades históricas de Constantinopla o Trebisonda, a menos que prefirieran la prudente ruta del estrecho de Mesina hacia el norte.

Este área, dominada por Hamet-el-Baku y su flota de bergantines, era un codiciado campo de presa. De hecho, pasaban casi el mismo tiempo combatiendo contra los que querían esta zona que atacando embarcaciones cristianas, pero la recompensa era tan grande que incluso una batalla continua entre ellos mismos merecía la pena. Después de todo, ¿qué significaba la pérdida ocasional de algún marinero, algunos esclavos o incluso todo un bergantín en la batalla, si la recompensa por haber capturado un barco de mercancías podía hacer rico a un capitán en un solo día?

El bergantín pirata era más pequeño y ligero que las galeras venecianas, a las que no se les atacaba porque pagaban un tributo anual a los corsarios. Tenía sólo un mástil, y no llevaba ninguna torre en la proa. En su lugar tenía un enorme espolón que se proyectaba más allá del bauprés, y que utilizaban para incrustarlo en los laterales de los navíos que atacaban. Dieciocho bancos de remos, con tres hombres en cada uno de ellos, dotaban al elegante bergantín de una movilidad extrema. Cien hombres dispuestos a combatir se apiñaban en la popa y en la sección central más estrecha del barco, entre los bancos de remos, convirtiéndolo en un oponente extraordinario cuando, atacando por sorpresa, se lanzaban contra su víctima.

Más de la mitad de los sesenta esclavos de las galeras eran cristianos; el resto los contrataban en Túnez, Argelia, Teherán o El Araish a diez ducados por viaje, se obtuviera o no una presa en la batalla. Los soldados eran en parte voluntarios o *levents*, en su mayoría turcos, y algunos nativos o *kuroghler* de los jenízaros otomanos. Estos últimos eran sólo el doble del número de los galeotes, según el tamaño del barco, pero luchaban furiosamente bajo el mando de su propio *aga*, ya que sólo se les pagaba si de verdad obtenían la presa a la que atacaban.

Mientras las velas movían el barco y los esclavos podían descansar —muchas veces ésta era su única oportunidad—, se liberaba de las cadenas a uno de cada par de galeotes para darle una jarra de agua, aceite y vinagre para beber, y una oblea o pan húmedos para comer. En la popa y en la pasarela central donde se sentaban la mitad de los hombres, los soldados se regalaban con el vino que compraban con oro de su propio bolsillo.

El Hakim estaba detrás de los galeotes, cerca de los enormes travesaños que conformaban el timón que colgaban a popa, a ambos lados del barco. Lo habían desencadenado para que les llevara bebida y comida a los otros y, mientras estaba sentado bebiéndose su amargo brebaje y masticando el pan, su mirada erraba por el mar que se abría ante él buscando una señal, algún barco que luchara contra el

bergantín y liberara a los esclavos. Había soñado este milagro cada vez que la más mínima posibilidad de socorro parecía merecer la pena y, sin embargo, no perdía la esperanza, consciente de que en el momento en que comenzara a perderla sería el principio del fin, y se desplomaría sin esperanza dejándose caer, como tantos otros, sobre los remos, con sólo un taparrabos para proteger su cuerpo del viento y del sol.

Los bancos de remos tenían dos posiciones y los esclavos tenían un tobillo encadenado a ellos. Cuando remaban, levantaban el remo a la posición superior, siguiendo la rotación conforme el barco se movía hacia adelante. Cuando la enorme pala golpeaba el agua, los remeros se echaban hacia atrás al unísono, con una brusca sacudida y con una tensión en los músculos que podía hacer rechinar los dientes de un hombre hasta que aprendiera a apretarlos para hacer más fuerza, y para ahogar el grito de dolor de un latigazo. En estas condiciones, el impulso de los galeotes era mucho más potente que el simple empujón de un remero. Las palmas y nalgas de los esclavos se habían convertido ya desde hacía mucho tiempo en una piel dura de tiburón, y raramente se les permitía lavarse, por temor a que se les levantaran las callosidades.

Esta maniobra se repetía una y otra vez cuando el bergantín navegaba a toda velocidad, hora tras hora sin descanso. Encadenados a la madera del barco, estos desgraciados medio desnudos y casi muertos de hambre pasaban a veces hasta veinte años de sus vidas en el mismo barco, si es que eran tan desafortunados como para vivir tanto tiempo.

El cuerpo de El Hakim le habría parecido un modelo perfecto a un artista. No se le veía ni un gramo de sobra cuando se sentaba a esperar a que le pusieran las cadenas, con los tendones tensos bajo la piel como los de un tigre preparado para saltar sobre su presa. Incluso en reposo, una tensión alerta y una rápida inteligencia lo distinguían de los otros esclavos, que se desplomaban sobre sus remos, desesperados y resignados a su suerte.

—¡Un barco! —se escuchó de repente desde la atalaya del navío.

En un instante todo cambió en el bergantín. Las jarras de agua y comida se quitaron rápidamente de en medio. Los soldados prepararon sus armas, y, en los espacios que quedaban bajo los bancos de remos, los artilleros empezaron a encender las mechas, que ardían lentamente. Agachados, analizaron con atención las posiciones de bombardeo, desde donde podían lanzar una bola de hierro casi a línea de mar, y cargaron los cañones más finos, capaces de romper la cubierta de un barco con fragmentos irregulares de metal o piedras pequeñas.

Excitado ante la posibilidad de una presa, el capataz que estaba encadenando a los prisioneros no aseguró el grillete de El Hakim. El Sabio se agachó rápidamente con los demás, dejando la larga cadena que normalmente lo ataba al banco colgada cerca de él, detrás, como si estuviera encadenado, al tiempo que una gran agitación se

apoderaba de él. Después de cinco años de tortura y duro trabajo, éste podría ser el día que había estado esperando y esta débil esperanza lo había inundado de júbilo. Agachado en los remos, rezaba en silencio para que aquel barco lejano no fuera una galera veneciana porque, si así fuera, el corsario tendría que dejarla pasar.

—¡Esclavos, a los remos! —ordenó Hamet-el-Baku desde su puesto en la cubierta de popa. El capataz repitió la orden, dando latigazos a los esclavos para asegurarse de que le obedecieran inmediatamente. Mientras el *rais* marcaba el ritmo, los esclavos se tiraban sobre los remos para evitar más latigazos, y el veloz bergantín se propulsó levantando literalmente sus faldas, como una mujer que escapa, navegando a toda velocidad.

Fue duro, ya que el ritmo era dos veces más rápido que cuando la vela los ayudaba a empujar. Un movimiento en falso, un resbalón en los bancos que estaban siempre mojados de sudor y excrementos de los esclavos, que a veces no se movían de allí en todo el día, podría crear una gran confusión en todo un banco de remos. Los capataces vigilaban la pasarela central, paseando entre los hombres preparados para el combate que estaban agazapados allí y las espaldas de los artilleros, que también estaban agachados, de rodillas detrás de sus armas, preparados para dar un buen latigazo al primero de aquellos cuerpos achicharrados por el sol que presentara signos de flaqueza.

Como los demás, El Hakim se inclinó sobre los remos y se concentró en remar. Él, solo, cogió la mitad del peso de su remo y lo tiró hacia él con sus músculos y espalda fortísimos, para no llamar la atención del capataz, que podría darse cuenta de que en realidad no estaba encadenado. De vez en cuando, cuando se erguía para levantar el extremo del remo y meter la pala en el agua, conseguía ver por un instante en qué dirección se encaminaba el bergantín a aquella velocidad.

Al principio sólo vio el perfil de un barco delante de ellos, pero conforme se iban acercando, pudo distinguir el diseño de las velas y la forma del casco. En un primer momento, al verlo, se desilusionó; el otro barco parecía pequeño, más pequeño que muchas de las víctimas que habían caído en las manos de Hamet-el-Baku. Sin embargo, poco a poco las esperanzas de El Hakim empezaron a aumentar, cuando vio que el otro barco seguía navegando con valentía, aunque su capitán sin duda ya habría visto al bergantín. Además, había algo en el perfil de lo que rápidamente reconoció como una carabela, que le decía que no se trataba de un barco común repleto de mercancías y con una mala defensa.

Sus líneas eran mucho más elegantes que las de muchos otros barcos del Mediterráneo, y sus mástiles tenían una inclinación audaz. Navegaba a gran velocidad, con las velas desplegadas por completo, intentando dejar atrás al bergantín, virando en una dirección que la acercaría al cabo de Sicilia, donde no la pudieran seguir.

Tenía todas las velas izadas: una vela pequeña y cuadrada en la proa, una vela mayor cuadrada, una gavia en el mastelero mayor y una vela latina en el artimón. Era una imagen estupenda con aquella brisa fresca, y en el barco atacante se oyó un murmullo de admiración. Los esclavos no tenían tiempo de nada, salvo de seguir con los pesados movimientos para perseguirla; pero El Hakim todavía conseguía de vez en cuando verla, y su belleza lo llenaba de exaltación, y de esperanza.

El rumbo de ambos (la carabela tratando de escapar y el bergantín virando mientras aumentaba su velocidad) hizo que poco a poco se fueran acercando. La estrategia de la carabela era, obviamente, dejar atrás al atacante y llegar a salvo a uno de los puertos de la costa sur de Sicilia. También era evidente la intención de Hamet-el-Baku de atacar la nave en plena huida para detenerla y que los *levents* y los jenízaros, probando con avidez la hoja de sus cimitarras, le permitieran tomarla en un único acto de abordaje.

Cuanto más aumentaba el ritmo marcado por los capataces encargados de las galeras, los esclavos se lanzaban a un esfuerzo cada vez más frenético, con los látigos que les fustigaban sin interrupción. La distancia entre ambos barcos estaba disminuyendo rápidamente y El Hakim vislumbraba el bullicio de las preparaciones para la batalla que muy pronto iba a tener lugar en la cubierta de la carabela. Un hombre parecía estar dirigiéndola, un tipo alto de barba roja que llevaba una armadura, pero la fuerza de defensa del barco era claramente menor comparada con las filas repletas de hombres que, en tensión, estaban preparados para el ataque en el bergantín.

Ya sólo los separaba un estrecho espacio de mar, cada vez menor. En la sección central, entre los bancos de remos, los artilleros ya habían cargado las bombas y estaban soplando sobre las mechas que prendían lentamente. El sonido de una flecha, que procedía de un arco lejano desde la carabela, retumbó como un avispón furioso, y uno de los *levents* que estaba cerca de El Hakim tosió y murió con una flecha de casi un metro clavada en el pecho. Al darse cuenta de que sus cuerpos no estaban protegidos contra las flechas, algunos de los esclavos perdieron el ritmo, pero los látigos de los capataces cortaron el aire, tiñendo de rojo las espaldas.

El Hakim no aflojó el ritmo, pero sus ojos alerta volvían a la carabela a la más mínima oportunidad que se le presentaba. Hamet-el-Baku era un veterano de este tipo de batallas. A la primera flecha, había ordenado a sus hombres que alzaran sus escudos, formando así una barrera temporal que los protegiera a ellos y a los esclavos. Ahora, ignorando las flechas que caían a su alrededor, así como sus zumbidos, el capitán moro estaba dirigiendo tranquilamente al timonel, que llevaba el timón entre las manos, orientándolo casi verticalmente hacia el agua. El Hakim veía el enorme travesaño de madera de la carabela que estaba ensamblado al timón. Hamet-el-Baku, por su parte, como muchos otros piratas, prefería el viejo método de

timonear con dos travesaños verticales, uno a cada lado.

Lentamente la proa del corsario empezó a balancearse cuando uno de los hombres que llevaban el timón dejó caer todo su peso sobre él. Muy pronto la carrera del bergantín se concentró en el espacio vacío de océano que tenía por delante de él. Viendo los dos barcos, El Hakim pudo percatarse de que el capitán moro había decidido astutamente embestir la carabela de popa a proa, donde el impacto la dañaría menos. ¡A qué precio la vendería en los mercados! Teniendo tan pocos defensores, no tenía sentido dañar la carabela más de lo estrictamente necesario para que sus hombres pudieran trepar por el puente de remos desde babor del bergantín y tomar la cubierta de la carabela derrotada. Una vez allí, y con un número tan superior de hombres, la habría tomado en un momento.

El Hakim oyó un grito repentino desde su propio barco y vio a los dos hombres musculosos que dirigían la gran barra del timón. La proa del barco estaba virando, lo que quería decir que el hombre pelirrojo que dirigía la carabela había optado por la temeraria táctica de chocar de lleno contra el bergantín, por la mitad. Con los bancos de remos, una maniobra como ésta sería fatal para el atacante, ya que lo inutilizaría en sólo unos segundos.

Sin embargo, Hamet-el-Baku estaba demasiado entrenado como para que una reacción así le cogiera por sorpresa. Con dureza les dijo a sus hombres que se acercaran a la carabela forzando los travesaños del timón, para ponerse paralelo a la carabela y poder elegir la zona de impacto. Viendo que la proa del corsario empezaba a virar, El Hakim pensó que había llegado el momento, ya que, si lo perdía, puede que nunca más se le presentara la oportunidad.

Se inclinó sobre los remos, y con la mano derecha consiguió llegar hasta la cadena que tenía debajo, tiró hacia arriba en un movimiento tan brusco que lo desenganchó del banco de remos, pero con tanta fuerza que lo empujó hacia atrás, yendo a parar a la pequeña plataforma en que estaban los timoneles, con Hamet-el-Baku detrás de ellos, en un punto en que los hombres pudieran oír sus órdenes.

El Hakim estaba desarmado, pero usando las dos manos consiguió coger la cadena y moverla en grandes círculos con toda su fuerza, que reavivó para el combate. El pesado arco de hierro que siempre lo había mantenido atado a los bancos golpeó a uno de los timoneles rompiéndole el cráneo. Su cuerpo cayó sobre la plataforma y se quedó colgado un momento sobre el riel de cubierta, cayendo después al agua. Era tan grande el asombro de todos que El Hakim pudo embestir al otro timonel en la barriga con la cabeza y empujarlo hacia atrás, dando una voltereta que lo tiró por la borda, mientras El Hakim se preparaba para enrollar la cadena y usarla como arma contra el capitán corsario.

Hamet-el-Baku estaba acostumbrado a la lucha. Dibujando una curva con su espada, lanzó un golpe brutal contra la espalda desprotegida del galeote, un golpe que

habría cortado en seco la rebelión de El Hakim, al tiempo que su vida, si lo hubiera alcanzado. Pero el Sabio estaba luchando por su vida, así que cuando el moro intentó rajarlo en dos, volvió a alzar la cadena. Golpeó la espada, haciendo que se le cayera al suelo y, después forcejeó con Hamet-el-Baku, rodando por la cubierta de popa. Mientras tanto el bergantín, sin ningún hombre que lo timoneara, empezó a dar bandazos y perdió el rumbo.

Incluso así, parecía que la suerte estaba a favor de los corsarios. Uno de los hombres, saliendo de su asombro, reaccionó y fue hacia el timón, mientras el capitán y El Hakim seguían luchando, pero el ver a un esclavo de galeras desarmado intentando atacar a su señor estaba tan lejos de lo común que por un momento se olvidaron de todo lo demás, y ese preciso instante, en que el bergantín había perdido el control, hizo que la batalla cambiara su rumbo.

Hamet-el-Baku era un adversario fuerte y astuto, pero el saber que en cualquier momento uno de los subordinados que estaban sólo a algunos pasos de ellos recobraría el control y le clavaría un puñal en la espalda, le dio a El Hakim toda la fuerza de la desesperación, y girándose, como había aprendido de los luchadores de Cipangu, consiguió coger el pesado cuerpo de Hamet-el-Baku y alzarlo por los aires como un granjero habría levantado un saco de trigo. El capitán aterrizó en mitad de la galería de los esclavos justo en el momento en que la carabela chocaba contra su barco.

El Hakim cayó sobre la cubierta por la fuerza del impacto, y por un momento perdió el sentido. Al recuperarlo, vio los altos arcos de la torre de la carabela sobre él que se hincaban a babor del bergantín, destrozando los remos y tirando al agua los baluartes de defensa. Por encima del crujido de la madera que chocaba, se oían los gritos agonizantes de los esclavos de las galeras cuyos cuerpos se desgarraban por la sacudida y las puntas astilladas de los remos, y el grito de los *agas*, que intentaban organizar a sus hombres para la lucha, aunque muchos de ellos se habían caído al agua con las armaduras, hundiéndose como piedras.

Mientras trataba de levantarse, El Hakim vio la cara fiera y feliz del hombre alto de barba roja que estaba dirigiendo la defensa. Llevaba un casco cónico con una prominencia que le protegía la cara, y en el brazo izquierdo tenía un escudo redondo con una punta en medio. También tenía una pequeña espada en la mano derecha.

—¡El fuego! —gritó el guerrero de la barba roja exultante—. ¡Soltad el fuego!

Algo silbó por los aires y cayó sobre la estrecha pasarela del bergantín. Sin hacer ruido, explotó en docenas de tentáculos de fuego que corrían como serpientes despavoridas. Se oyeron todavía más gritos de agonía, lo que hizo que El Hakim supiera lo que había pasado antes de escuchar la voz del jenízaro que gritaba:

—¡El fuego! ¡El fuego de los griegos! ¡Alá nos ha abandonado!

Los bancos de madera y la pasarela estaban en llamas, y grandes bolas de fuego

líquido se esparcían por todo el bergantín, mientras que desde la cubierta de la carabela seguían lloviendo bolas incendiarias que creaban nuevas islas de llamas en sus entrañas. El “fuego griego”, una mezcla de brea, sulfuro y lima, era un arma diabólica que, una vez encendida, emanaba un fuego que no podía extinguirse con agua, sino sólo con arena o con tierra, elementos que el bergantín no llevaba. La gran vela latina, que ondeaba furiosa con el viento, había sido alcanzada por las llamas, dando un tono aún más diabólico a la escena.

Sano y salvo, excepto por unos cuantos moratones que se había hecho al caer sobre la cubierta en el momento del impacto, El Hakim, con la cadena en las manos, se echó hacia atrás dando risotadas, mientras los que antes lo habían despreciado y flagelado ahora corrían desesperadamente intentando salvar sus vidas, o se tiraban por la borda huyendo del fuego. Entre tanto, los chirridos de un barco contra otro continuaban conforme la carabela avanzaba contra los baluartes del bergantín arrollando las pesadas vigas de madera como si fueran un trozo de pergamino.

Allí, de pie, riéndose como un maníaco ante la escena de destrucción que tenía ante él, y con los ojos abiertos de par en par como los de un loco en plena crisis, El Hakim veía a la tripulación de la carabela que corría por los rieles delante de él. Entonces, al darse cuenta de que la carabela estaba a punto de virar y alejarse, volvió en sí como si le hubieran tirado una jarra de agua fría en la cara. Tenía que abandonar enseguida el bergantín si es que quería llevar a cabo el plan que se había fijado cuando dejó los remos y atacó a los timoneles. En realidad, no tenía elección, porque Hamet-el-Baku ya le estaba gritando a uno de sus *agas* que le lanzara una espada.

Se dirigió hacia un lado de la plataforma del timón con la cadena que todavía tenía atada al tobillo echada sobre la espalda, y buscó una cuerda o una cadena en aquel lado del barco con la que poder subir a bordo de la carabela. Oyó un bramido debajo de él, y vio que el hombre de la barba roja le estaba lanzando una cuerda. Cuando la cuerda le llegó a la altura de los hombros, la agarró con fuerza e instintivamente se la ató alrededor de pecho debajo de los brazos. Un instante después la fuerza motriz del otro barco sacudió la cubierta del bergantín y lo lanzó al vacío, hasta chocar contra el lateral de la carabela al nivel del mar.

El Hakim estaba en tensión, pero el golpe fue tan fuerte que casi lo dejó inconsciente. Mientras se agarraba a la cuerda con ambas manos, la cadena que tenía atada al tobillo seguía sacudiéndose, así que el pesado aro de hierro al final le golpeó en la cabeza. Justo en ese momento, la cuerda perdió su firmeza y, sin poder soportarlo por más tiempo, cayó sobre la estela agitada de la carabela. Las aguas turbulentas enseguida se apoderaron de él con sus manos gigantes y lo lanzaron otra vez contra el casco.

Aunque se agitaba y luchaba instintivamente bajo el agua, incluso cuando las olas negras le pasaban por encima, al tiempo que la cuerda que llevaba atada alrededor del

cuerpo y a la carabela lo lanzaban violentamente una y otra vez contra el casco del barco, al final se sumergió en las profundidades, arrastrado por la cadena que tenía amarrada al tobillo. Sus pulmones luchaban frenéticamente intentando respirar, pero no pudo evitar hundirse en el mar. Por un momento supo lo que era el pánico, y después, por fin, nada.

## II

Vagamente, como a través de una nube, el hombre conocido como El Hakim empezó a ver la luz. El impacto le hizo ver nubes negras de dolor y remolinos de oscuridad, así que cerró los ojos para evitar la claridad. Cuando los volvió a abrir, una cara se materializó poco a poco delante de él, una cara rechoncha con un botón rojo como nariz, ojos amables y cabeza rapada. El dolor que le producía la luz le hizo cerrar los ojos con fuerza una vez más y, cuando los volvió a abrir, el semblante monacal se había convertido milagrosamente en el de una maravillosa joven de pelo y ojos oscuros, gruesos labios rojos y saludables mejillas rosadas.

Ni el fraile ni la joven podían ser reales a la luz de lo sucedido, a juzgar por lo que recordaba y, cuando ella siguió mirándolo un poco preocupada, por un momento se preguntó si no habría muerto realmente en las profundidades del mar y aquella era una de las huríes que todo musulmán devoto espera encontrar en su entrada al Paraíso. En más de una ocasión se había planteado abrazar la fe musulmana para salvar el pellejo, así que en aquel momento le pareció que lo mejor sería seguir fingiendo, en caso de que, por alguna circunstancia, hubiera llegado al Paraíso del Verdadero Creyente.

—*Allahu akbar!* —murmuró—. No hay dios sino Alá y Mahoma es su profeta.

—¡Está hablando en árabe! —gritó la joven. Lo dijo en un dialecto portugués, que ninguna hurí hubiera usado con ningún creyente, ya que los españoles y los portugueses eran de los más odiados por los hijos de Alá, incluso más, si fuera posible, que Shaitan<sup>[1]</sup>.

—Ahora estoy segura de que es un árabe, hermano —añadió.

La cara del fraile apareció otra vez ante los sentidos cada vez más despiertos de El Hakim.

—Bendito sea Dios —dijo el fraile regordete—. Lo hemos salvado de la tumba del mar y de los brazos del paganismo, pero yo sigo creyendo que es europeo, señora. Puede que haya sido capturado hace mucho tiempo y que el sol lo haya quemado de tal manera que ahora parezca un moro.

—No puede tener más de cuarenta años —protestó la joven—. Mirad los músculos que tiene, y no tiene ni un pelo gris en el cabello ni en la barba.

El Hakim estaba tumbado tranquilo, oyendo la conversación, sintiendo una inmensa alegría al escuchar hablar en cristiano otra vez, después de ocho largos años, cinco de ellos en las galeras. A estas alturas ya estaba seguro de que aquello no era el Paraíso, aunque era lo suficientemente joven (más de diez años de lo que la joven había estimado) como para darse cuenta de que aquella hurí, que se iba haciendo cada vez más clara y definida a medida que sus ojos recuperaban la visión, podría contribuir a crear uno terrenal.

—Si no es de los nuestros, ¿por qué vino en nuestra ayuda cuando los corsarios nos atacaron? —preguntó el fraile.

—Puede que pensara que así podía escapar.

—Un moro no intentaría escapar pasando a un barco cristiano. Muchos de ellos saben que el proceso para convertir un pagano a la fe es doloroso —dijo el franciscano secamente.

—Entonces esperaremos a que se despierte —decidió la joven—. Yo tuve una niñera mora cuando era pequeña y hablo un poco su lengua. Puede que consiga hablar con él.

—Por lo menos podríais darle las gracias de nuestra parte —dijo el fraile—. Eric dice que nos salvó cuando tiró al agua al timonel de la galera en el momento justo. Así que, esclavo o no, deberíamos estarle agradecidos.

—¿Qué haremos con él?

—Llevaba un remo en las galeras de un corsario —señaló el fraile—. A todos los piratas se les condena a la muerte pero, ya que nos ha ayudado a escapar de los corsarios, creo que el Infante será generoso con él y reducirá su pena a la esclavitud perpetua.

—Entonces, ¿qué clase de esclavo será?

—Este barco es de vuestro padre así que, naturalmente, le pertenecerá a él.

—Le pediré a mi padre que me lo conceda como guardián —dijo entusiasmada—. Podría llevar un turbante y una cuerda fina con pantalones anchos y botas, como los soldados moros, y una cimitarra curva en el cinturón.

—Como vuestro consejero espiritual, os debería regañar por falso orgullo, doña Leonor —le avisó el fraile, aunque sin severidad.

—Pero no lo haréis —dijo segura de sí misma—. Hablaré con mi padre sobre este asunto ahora mismo.

El Hakim oyó unos pasos ligeros cerca de donde estaba, que ya había reconocido como la parte posterior de la cubierta (también llamada “toldilla”) y una puerta se cerró. Abrió los ojos con cuidado, y se encontró con la cara del fraile que lo observaba detenidamente.

—Así que has decidido unirme al mundo de los vivos —dijo con brío el franciscano, hablando en portugués—. Aquí tienes, bebe un poco de vino.

Llenó un vaso y alzó la cabeza de El Hakim para que pudiera beber. El movimiento hizo que se sintiera como si estuviera nadando otra vez, pero el vino le calentó un poco el cuerpo, alejando consigo el helor del agua del mar.

—Alá es grande —murmuró El Hakim en árabe—. Suyos son los reinos del cielo y la tierra. Conoce todas las cosas, y a él volveremos.

—Habla una lengua cristiana, si sabes —le reprendió el fraile—. Te irá mejor si lo haces, incluso si eres árabe.

El Hakim decidió intentar decir algo en el dialecto portugués que había usado la joven. Muchos moros hablaban español, ya que dominaron aquellas tierras hasta hacía muy poco tiempo, así que usar un dialecto no parecería raro en caso de que decidiera seguir fingiéndose musulmán un poco más.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Estás en la carabela Santa Paula, que pertenece a don Bartholomeu di Perestrello, al servicio del infante Enrique de Portugal. Don Bartholomeu ha servido como enviado del Príncipe ante el Santo Padre en Roma.

El Hakim digirió esta información en silencio. En tierras árabes el nombre del príncipe Enrique de Portugal era muy conocido (al tiempo que odiado) como líder del victorioso ataque a la ciudad de Ceuta, por aquel entonces árabe, en la parte occidental del Mediterráneo hacía unos veinte años.

Hasta entonces Ceuta había sido uno de los grandes baluartes de los árabes, desde la que esperaban algún día atacar a través de la estrecha lengua del mar Mediterráneo, conocida desde tiempos antiguos como los Pilares de Hércules, y reconquistar España. En los bazares y mercados de esclavos de las ciudades de Túnez, Argel, Trípoli, Tetuán y El Araish, las continuas exploraciones hacia el sur a lo largo de la costa africana por parte de los barcos del príncipe Enrique se habían convertido en una amenaza para el floreciente mercado de esclavos, maderas exóticas y otros objetos de valor que abigarraban los caminos de las caravanas hacia el interior del vasto continente africano.

—¿Cómo me salvasteis de las aguas? —preguntó El Hakim.

—Al capitán se le fue de las manos la cuerda a la que estabas atado pero, por suerte, uno de los marineros pudo amarrarla a un palo. Tú te habías enrollado los brazos con ella, así que te sacaron del agua y te subieron a cubierta como una rata ahogada.

En ese momento la puerta se abrió de repente y el hombre de la barba roja que le había tirado la cuerda entró, al tiempo que una ráfaga de aire salado.

—Hola, fray Mauro —dijo casi como un trueno—. Doña Leonor me ha dicho que nuestra presa ha recobrado el sentido.

No cabía ninguna duda sobre la nacionalidad de aquel hombre enorme. Siglos antes un grupo de vikingos, altos y rubios, o gigantes de barba roja, cuyos barcos surcaban los mares del norte casi desde el principio de los tiempos, hicieron incursión en el Mediterráneo, estableciéndose incluso en una zona tan al sur como Sicilia. Sus descendientes estaban ya por toda Italia, pero era evidente que éste no tenía ni gota de mezcla en su sangre. Aquella barba roja y el cuerpo enorme sólo podían ser de un nativo de los climas nórdicos. Se notaba también en su portugués, marcado por un fuerte acento. Seguía llevando colgada del cinturón la espada corta que había usado en la batalla.

—Por fin ha vuelto al mundo de los vivos —dijo el franciscano— pero no parece muy dispuesto a hablar de sí mismo.

—¿Habla la lengua de Portugal?

—Lo suficiente para entender, y para darse a entender.

—Bien, quienquiera que seas —dijo el vikingo a El Hakim—, te debemos nuestras vidas. Aquella galera estaba burlándose de nosotros hasta que tú viniste en nuestra ayuda.

—La deuda quedó saldada —dijo El Hakim en portugués— desde el momento en que me sacasteis del agua.

—Y bien que pesabas, amigo mío —dijo, riéndose, el vikingo—. Tu peso y aquellas cadenas que llevabas tiró de la cuerda, que se me fue de las manos, pero la atamos al peñol y te sacamos del mar como si fueras un ancla —le dio una palmada en la espalda al fraile—. Cuidadlo bien, mi buen fray Mauro. La hermosa Leonor está ocupada persuadiendo a su padre para quedárselo como esclavo. No podemos defraudarla.

—Rezaré para que se recupere rápidamente del chapuzón que le habéis dado —dijo fray Mauro.

—Y yo invocaré el poder de los dioses nórdicos ancestrales —prometió el hombre de la barba roja con una sonrisa—. Con todas las divinidades trabajando en su favor, seguro que se recupera pronto.

—Si es la voluntad de Alá —añadió píamente El Hakim—, así será.

Fray Mauro resopló, vertió una porción generosa de vino en un vaso y se la acercó al hombre que seguía postrado.

—Da un buen sorbo —le dijo—. Quizá esto te suelte la lengua —le brillaron los ojos—, ¿o prefieres seguir fingiendo que eres un moro?

El Hakim bebió un buen trago, como el fraile le había pedido, y sintió cómo el vino le calentaba el resto del cuerpo, desde la garganta hasta el taparrabos que aún llevaba puesto como única prenda. Se estaba espabilando cada vez más y en la cabeza no dejaba de darle vueltas a la idea de hasta qué punto debería confesarle al fraile su verdadera identidad.

—¿Por qué creéis que no soy moro? —le preguntó.

—Tu piel es oscura, pero del sol, no de sangre mora. Hablas el dialecto portugués de España pero no como los moros, tu forma de hablar es la de un hombre cultivado y tus ojos muestran inteligencia. Si tuviera que adivinar, diría que eres italiano. Las galeras moras están llenas de esclavos cristianos que un mal día cayeron en manos de los corsarios. Si tú fueras uno de ellos, es lógico que hayas intentado escapar, pero no si fueses moro.

El Hakim se dio cuenta de que no tenía sentido intentar engañar al franciscano.

—Soy cristiano como vos, hermano —admitió, hablando en italiano—. Hace casi

ocho años el barco en el que estaba viajando a Trebisonda fue capturado por un bergantín moro y a mí me vendieron como esclavo.

—¿Y cómo te llamas?

El Hakim dudó un momento.

—Andrea Bianco.

Los ojos del fraile se abrieron de par en par.

—¿Cuál era tu profesión antes de que te capturaran? —preguntó con gran agitación—. ¿Y dónde vivías?

—Soy cartógrafo. Y ciudadano de Venecia.

### III

El fraile gordito miraba al hombre quemado por el sol, con los ojos llenos de entusiasmo.

—*Benedicamus!* —exclamó—. Esto es un milagro. Un verdadero milagro.

—Otros hombres han escapado de las galeras.

—Pero no Andrea Bianco, el cartógrafo de Venecia. *Sancta Maria!* —se persignó a toda prisa—. Esto es increíble.

—Entonces, ¿habéis oído hablar de mí?

—¿Que si he oído hablar de ti? ¿No diseñaste un mapa del mundo en 1436?

—Sí.

—Yo era un lego entonces y estaba trabajando en el convento de los camaldulenses fuera de Venecia, en el comercio de la cartografía. Cuando entré al servicio del príncipe Enrique I, supe que tenía copias de tus mapas en Lagos.

—*Eccolo!* —exclamó Andrea—. Recuerdo haberle mandado un portafolio hace ocho años.

—Nos han servido como guía desde entonces y se han hecho copias por todo el Mediterráneo —le aseguró el fraile—. Pocos mapas han sido diseñados como los de Andrea Bianco.

—¿Habláis así de Andrea Bianco porque no me creéis?

Fray Mauro negó con la cabeza.

—En las órdenes sagradas aceptamos que todo hombre dice la verdad, hijo mío, mientras no se demuestre lo contrario. La verdad sobre tu identidad no me toca a mí decidirla; lo dejaremos a don Bartholomeu di Perestrello.

—¿Y si decidiera que no soy quien digo ser?

El franciscano se encogió de hombros.

—Don Bartholomeu trata bien a sus esclavos. Estarás mucho mejor de lo que estabas en las galeras del barco moro.

—No he salvado este barco y las vidas de todos los que están en él para volver a convertirme en un esclavo —dijo Andrea Bianco furioso.

—Don Bartholomeu es honesto y justo. Puedes estar seguro de que sea cual sea su decisión, será justa.

—¿Quién es la joven?

—Doña Leonor, su hija mayor —el fraile cambió de tema—. ¿Cómo te capturaron los árabes?

—Era pasajero de una galera que navegaba rumbo a Trebisonda y Constantinopla. Nos atacó el turco Ras el Milh.

Fray Mauro frunció el cejo.

—Los barcos venecianos están exentos de los ataques de los moros porque pagan

un tributo a los piratas.

—Éste era un barco de un renegado de la costa turca.

—¿Y te llevaron a las galeras?

—No inmediatamente. Un hombre llamado Ibn Iberanakh me compró en el mercado de Constantinopla porque yo sabía leer, escribir y hablar varias lenguas. Me hizo trabajar para él y me trataba bien. Viajamos hacia el este los siguientes años, hasta la isla de Cipangu.

—¡Cipangu! Ningún hombre blanco ha estado nunca allí, ¡ni siquiera los hermanos Polo!

Andrea Bianco sonrió.

—Yo no era un hombre blanco, recordad, sino un esclavo de un mercader turco.

—¿Cómo llegasteis hasta Cipangu? —le preguntó fray Mauro entusiasmado.

—En un barco, que los chinos llaman junco, del puerto de Cambaluc.

—¿Volviste de China por tierra?

—No. Visitamos las Islas de las Especias y después navegamos a lo largo de las costas de la India y hacia el oeste con los monzones del mar Rojo. En Jedda desembarcamos, y mi patrón hizo el viaje a La Meca. Entonces viajamos en caravana a Alejandría.

Los ojos del fraile brillaban de emoción.

—Estas son cosas que ningún otro hombre blanco ha podido hacer —exclamó—. Se te va a hacer difícil convencer al maestro Jacomé y quizá a don Bartholomeu.

—¿Jacomé de Mallorca, el famoso cartógrafo y navegante?

—El mismo.

—¿Está en este barco?

El franciscano negó con la cabeza.

—El maestro Jacomé vive en Villa do Infante, un pueblo que el príncipe Enrique ha mandado construir en Sagres. Sigue contándome tu historia —le suplicó—. Al menos es divertida, sea verdad o no.

—Os estoy contando la verdad —le aseguró Andrea Bianco un poco brusco—. Si don Bartholomeu decide no creerme, hay mucha gente en Venecia que juraría mi identidad.

La puerta se abrió de repente y doña Leonor entró como la brisa fresca de primavera. Sus ojos brillaban de emoción y sus mejillas eran sonrosadas. Con un vestido que resaltaba la gracia juvenil de su cuerpo esbelto y con el cabello recogido como una masa de tirabuzones oscuros, era el vivo retrato de la salud y la belleza.

—Mi padre dice que el esclavo será mío hasta que el príncipe Enrique decida sobre él —anunció agitada. En ese momento se dio cuenta de que Andrea la estaba mirando y se sonrojó—. Ah, está despierto.

—Dice no ser moro en absoluto —dijo el fraile—, y estoy seguro de que dice la

verdad, por lo menos hasta aquí.

La joven frunció el ceño.

—¿Qué queréis decir?

—También dice ser Andrea Bianco, el cartógrafo de Venecia.

Los ojos de doña Leonor volvieron a los de Andrea, pero ahora con disgusto.

—Andrea Bianco se perdió en el mar hace muchos años —dijo con tono severo—. ¿Cómo te atreves a intentar robarle el nombre?

—Yo no cojo nada que no sea mío —dijo Andrea bruscamente—. Llegado el momento, probaré lo que digo.

—¿Con más mentiras? —preguntó altiva—. Estás muy seguro de ti mismo, señor quienquiera-que-seas, para ser un esclavo. Veremos qué dice mi padre de todo esto.

Se dio la vuelta y dejó la cabina, con la cabeza bien alta.

—Si yo tuviera que enfrentarme a la dura tarea de demostrar mi identidad para salvarme de la esclavitud —observó cáusticamente fray Mauro—, no iría por ahí enfadando a la gente que me trata con amabilidad.

Andrea Bianco se encogió de hombros.

—Es muy joven, casi una niña.

—Si eso es lo que piensas, hijo mío, tu opinión ha recibido la influencia del látigo del Islam. Doña Leonor di Perestrello tiene veinte años, gobierna la casa de su padre con mano firme, y es toda una mujer.

—¿Y por este motivo debería alegrarme de ser su esclavo? —preguntó Andrea—. Que no se os olvide que he sido esclavo durante ocho años —puso las piernas en el suelo y se levantó—. No, hermano, yo no creo que Dios en Su misericordia haya querido liberarme de los moros para hacerme esclavo de los cristianos. Tan pronto como lleguemos a Venecia probaré mi identidad, para satisfacción de todos.

—La resurrección de Nuestro Señor cambió la historia del mundo —observó fray Mauro filosóficamente—. ¿Quién puede decir el efecto que tendrá la resurrección de Andrea Bianco, si es que ése es tu nombre?

Doña Leonor volvió poco después. Con ella iba un hombre delgado y mayor, de rasgos marcados, piel de oliva y el pelo canoso como el de un aristocrático andaluz.

—Dice ser el cartógrafo Andrea Bianco, padre —dijo doña Leonor indignada—. El que se perdió en el mar. Esto prueba que es un impostor.

Don Bartholomeu se volvió hacia Andrea.

—¿Cuál es vuestra historia? —le preguntó con gentileza.

—Mi nombre es Andrea Bianco, estoy diciendo la verdad. Tengo familia en Venecia que me identificará.

—Es evidente que no sois moro —dijo don Bartholomeu pensativo—, y se ve que habéis recibido educación. La cuestión de si sois o no Andrea Bianco se verá en Venecia. Llegaremos pasado mañana. Si vuestra familia os identifica, caballero,

seréis libre, con nuestra bendición.

Incluso el mal humor que tenía porque la joven lo había llamado impostor se disipó ante la sinceridad y justicia de don Bartholomeu.

—Acepto, señor. Con mucho gusto —dijo.

—Ha viajado por Oriente, Excelencia —dijo fray Mauro exaltado—. Estoy seguro de que al Infante le gustará oír las historias de sus viajes.

Don Bartholomeu sonrió.

—Estoy seguro de que nuestro Príncipe dará la bienvenida a un famoso cartógrafo como Andrea Bianco en cuanto decida visitarnos.

## IV

De pie en el riel de la carabela, Andrea miraba a la tripulación bajo el mando de Eric Vallarte, el capitán vikingo, que estaba orientando la nave hacia el puerto de Piazza di San Marco. Era un día claro, y detrás del campanil y de las cúpulas de la ciudad se veía bien definida la línea de los Alpes. Desde la elevada cubierta de proa, la belleza de Venecia se desplegaba ante él como un dibujo infinito de casas maravillosas, ya que, como los venecianos solían decir, hasta los barrios de esta ciudad son más bellos que las zonas más elegantes de las otras.

Mirando la ciudad que lo vio nacer y donde pasó su primera juventud, Andrea sintió un nudo en la garganta y sus ojos se humedecieron de emoción. Fray Mauro había conseguido encontrar algo de ropa para él, que le dio uno de los marineros, pero ni el tejido barato ni el mal corte de la prenda podían esconder su porte erecto y su cuerpo alto y fuerte. Los muslos amenazaban con hacer explotar las costuras de las calzas de lana barata que los cubrían y la robusta túnica de tela áspera le quedaba estrecha y le oprimía el pecho.

La emoción de volver a casa le había hecho olvidar todo tipo de deficiencia en su aspecto. Todo esto podía remediarse enseguida dirigiéndose a las carísimas tiendas del lateral de la plaza antes de La Giacometta donde solía ir a comprar. Se imaginaba poder escuchar, incluso a aquella distancia, el clamor profundo de las voces del comercio del famosísimo Rialto de Venecia, el tintineo de los ducados de oro sobre las mesas de los cambistas, que son siempre una parte fundamental de toda ciudad comercial, y los golpes de los martillos de los orfebres.

—A-oel! Sia Stali!

Se oían los gritos de advertencia de los gondoleros cuando viraban su embarcación de un solo remo deslizándose por los canales y lagunas. Como siempre, en Venecia todos parecían alegres y contentos. Con razón esta ciudad se conocía en todo el mundo como *La Serenissima*, la metrópoli más rica y bella del mundo, y el vínculo de unión, a nivel comercial y artístico, entre la Europa occidental y las tierras del Este. Incluso en los tiempos de crisis, cuando el comercio de Oriente amenazaba con el florecimiento de los turcos otomanos, Venecia seguía siendo la misma ciudad tranquila de siempre.

La carabela estaba atracando lentamente en la zona del *Fondaco*, donde unos almacenes inmensos que daban al muelle parecían dispuestos a tragarse los cargueros que iban llegando y dejando las mercancías para ser cargados de nuevo, preparándose para el viaje de vuelta. Una pequeña parte del canal era una fila de pequeños barcos o botes que llevaban el suministro de alimentos diarios necesarios para la vida de *La Serenissima*.

Fray Mauro iba caminando por la cubierta hasta que se paró al lado de Andrea.

—Qué pena que no hayas podido anticipar palabra sobre tu llegada —dijo—. Un hombre que vuelve de la muerte después de ocho años merecería tener una delegación que lo recibiera.

Andrea sonrió.

—A ellos les habría sorprendido.

—¿A ellos?

—Mi padre ya era muy mayor cuando me fui, y puede que haya muerto en estos ocho años, pero tengo un hermano, Giovanni, y un hermanastro, Mattei; y también está Angelita.

—¿Tu hermana?

—No, mi prometida, la señora Angelita di Fontana.

—Yo conozco a una familia Di Fontana —dijo el franciscano—. Tienen relaciones financieras y comerciales con la casa de los Medici.

—La misma.

Las palabras del fraile regordete hicieron emanar en Andrea un río de recuerdos y esperanzas que durante todos aquellos largos años en las galeras no se había permitido. Sin esperanzas de escapatoria, se había impuesto rígidamente mantener a Angelita fuera de su mente ya que, de no ser así, el pensar en lo que había perdido lo habría vuelto loco. Ahora todo había cambiado. Una nueva vida se tendía ante él. No se trataba simplemente de regresar a la vida de entonces, ya que el Andrea Bianco de hoy era completamente distinto al que hacía ocho años se había declarado a su prometida.

Angelita, una mujer de gracia majestuosa y lenta sonrisa, siempre compuesta y elegante, había sido la pareja adecuada de un hombre cuya fortuna iba creciendo gracias a su fama como cartógrafo y al negocio que lo ligaba a través de su padre al fructífero comercio con Constantinopla, Trebisonda y las demás ciudades de Oriente. Había sido una elección lógica desde todos los puntos de vista. La noble familia de los Medici ya había comenzado a desarrollar el negocio bancario y los intereses comerciales allá donde los cristianos se habían establecido, e incluso con las tierras del norte y los traficantes moros de esclavos que seguían las grandes rutas de África. De este modo, aunque los Bianco no eran de familia noble, eran muy respetados y admirados en Venecia, e influyentes en el Consejo de los Diez. Su nombre era muy conocido entre las compañías de barcos que comerciaban bienes de valor incalculable en el mercado de las especias (como canela, pimienta de Java, jengibre, nuez moscada o cúrcuma roja) y piedras preciosas, maderas exóticas y telas finas (como el brocado, el velo, el terciopelo y la seda), procedentes de las fabulosas tierras de Oriente.

Después de todo, Andrea Bianco había sido un hombre feliz cuando ocho años antes zarpó de Venecia rumbo a Trebisonda, en el Mar Negro, con un cargamento de

especias para venderlas en las ciudades del Mediterráneo. En realidad, él estaba más interesado en la navegación de la galera que en el beneficio que obtendría con su carga, y en Venecia había pasado más tiempo diseñando mapas y estudiando la posición de las estrellas que disfrutando de la gracia y belleza de Angelita, su prometida.

Don Bartholomeu y su hija estaban en la proa del barco, en el punto más alto, desde el que controlaban toda la actividad de los muelles. La joven era una imagen fabulosa, con su figura esbelta y graciosa, los ojos que le brillaban de entusiasmo y los labios un poco abiertos, como si quisiera beberse toda la belleza y encanto de aquella ciudad legendaria.

—Contrólate, Leonor —le dijo su padre con cariño—. Es sólo otra ciudad.

—¡Esto es Venecia, padre! *E fantástico!* —Estaban hablando en el dialecto portugués al que estaba acostumbrado Andrea.

El señor Di Perestrello se rió.

—Esta joven nos dará problemas, fray Mauro —le dijo al franciscano—. Vos conocéis Venecia, así que la dejo bajo vuestra protección.

Justo en ese momento la proa del barco golpeó suavemente el muelle y, por la excitación, terminó aquí la conversación. Todos estuvieron ocupados durante las horas que siguieron echando las amarras de la carabela, arreglando todo para descargar las mercancías y preparando el desembarco de los pasajeros. Andrea ayudó en todo lo que pudo, ya que se sentía en deuda con el patrón del barco. Incluso llevó el equipaje de don Bartholomeu y doña Leonor a la góndola que los llevaría enseguida al palacio del señor Martello, el comerciante que representaba al príncipe Enrique en Venecia, donde se alojarían durante su estancia en la ciudad.

Sólo después de que oscureciera Andrea pudo pasear por las calles familiares de Venecia hacia su vieja casa, con algunas monedas que le había dado fray Mauro tintineando en el bolsillo. Aunque sabía que había muchos ladrones, iba desarmado, confiando en que su tamaño y la fuerza que había adquirido durante años en los remos le ayudarían en caso de que lo atacasen.

Puede que fuera aún demasiado temprano para los ladrones, o que les intimidara la evidente seguridad de Andrea, pero en cualquier caso, no lo molestaron mientras se dirigía a su casa en Via delle Galeazze. Al pararse delante de la elaborada fachada, observó que la fortuna de la familia debía de estar aumentando porque se notaba que el *palazzo* había sido restaurado hacía poco. Habían quitado el moho que solía acumularse en las paredes a causa del clima tan húmedo del Adriático, y estaba todo recién pintado.

Cuando estaba a punto de llamar a la puerta, cambió de idea y se dirigió a la parte trasera de la casa, hacia el pequeño patio cerrado que daba al canal. El jardín estaba vacío, aunque había luces encendidas en la casa. Andrea arqueó las cejas cuando vio

una góndola privada, tapizada suntuosamente, que estaba atracada en un muelle de piedra que formaba un banco del canal. Alguien en la familia tiene gustos lujosos ahora, pensó. Incluso con la relativa prosperidad que había conocido antes de zarpar para Trebisonda, los Bianco nunca habían poseído algo tan selecto como aquello.

En la orilla había un cenador, y mientras le venían a la memoria recuerdos del pasado, comenzó a dirigirse hacia él y abrió la puerta. La habitación única estaba amueblada con un sofá y una mesa, exactamente como lo recordaba. De niño solía dormir allí, despertándose en mitad de la noche cuando soñaba lugares lejanos, para escuchar el agua del canal que pasaba sobre las piedras y los gritos de las gaviotas que buscaban refugio en los muelles. Entró y cerró la puerta, sintiendo la caricia de la oscuridad que lo rodeaba. Como por mano de uno de los espíritus malignos en que creían los moros con los que había vivido los últimos años, Andrea retrocedió en el tiempo a la noche antes de zarpar para Trebisonda, ocho años antes. Angelita y él se habían comprometido sólo algunos días antes de su partida, y habían estado ocupados con fiestas y cenas en su honor. Aquella noche, cuando volvieron de una cena en góndola, estuvieron allí, en el muelle, al lado del cenador escuchando cómo el rumor de una góndola se alejaba en la distancia.

Había sido una buena cena y los dos habían bebido bastante, haciendo que la noche pareciera más templada de lo que era en realidad, y más romántica. El pulso de Andrea se aceleró cuando se dio cuenta de que sólo había una luz encendida en la casa y de que el viejo Dimas Andrede, el chambelán de los Bianco, ya estaría durmiendo en su habitación, donde sólo el mismísimo demonio podría despertarlo.

La puerta del cenador se había abierto, ahora se acordaba, y su corazón empezó a acelerarse otra vez, y la pesada oscuridad de la noche junto con la fragancia de las rosas se habían entrettejido en sus muros. Angelita no protestó cuando la llevó hacia la puerta. La había besado sólo una vez antes, cuando le había puesto en el dedo el anillo de pedida, con una esmeralda cuadrada que había pertenecido a su madre.

Había habido poca pasión en aquel primer beso, al menos por su parte. Para él Angelita había sido siempre como una diosa, remota e inalcanzable, que había que adorar en la distancia, con aquel encanto frío que la separaba de las demás mujeres que había conocido; pero aquella noche, a pesar de la excitación que le corría por las venas, se maravilló por su atrevimiento al tomarla entre los brazos en el cenador y ver cómo ella se rendía ante él mientras la abrazaba en el perfume de la oscuridad.

—*Carissima mia* —le había susurrado—. Cuánto os echaré de menos.

—Yo también os voy a echar de menos, Andrea —su voz era baja y ronca en la oscuridad, un tono emocionado que no le había oído nunca antes.

No había puesto resistencia cuando se le acercó. Su cuerpo, que él se había imaginado tan frío y distante, era cálido, y estaba lleno de vida y de algo semejante al deseo, aunque nunca se hubiera podido imaginar en ella una emoción tan básica. Por

un momento, su insinuación de complacencia lo sorprendió y estuvo a punto de alejarse de ella, pero su suavidad y cercanía, cuando la tenía entre sus brazos, lo habían conmovido profundamente.

Cuando sus labios se tocaron en la oscuridad, sintió que ella lo buscaba y apoyó sus labios sobre los de él como si no quisiera que se fuera. Sintió el latir acelerado del pecho de la joven contra el suyo, creciendo así la fuerza de un deseo contra la que ambos se sentían desarmados.

No se había resistido cuando la llevó al sofá: la inminencia de su separación había vencido todas sus defensas, estaba seguro. En medio de aquella pasión que los arrastraba, todavía pudo controlarse para acercarse a ella con delicadeza, y hasta con un poco de temor. No llegaba a entender el milagro por el cual la fría y preciosa Angelita se había rendido ante él, y estaba seguro de que ella se iría excitando si el abrazo del amor significaba más que una simple prueba de dolor. Pero cuando sus manos acariciaron su cuerpo, se encontró ante una hurí desnuda entre los brazos, que suspiraba por unir su propio deseo a otro aún mayor.

Estaba amaneciendo cuando salieron del cenador, tras una noche de felicidad inimaginable. Durante las horas que siguieron había sido presa del aturdimiento que da la felicidad, soñando con su retorno y los largos años que viviría a su lado. Después de la pesadilla del ataque y la captura, la esclavitud y la tortura, había borrado todo recuerdo de aquella noche de su mente, sabiendo que recuerdos como éste, sin la más mínima esperanza de recuperarlos, lo hubieran hecho enloquecer. Pero ahora había vuelto y Angelita lo esperaría en cuanto supiera que estaba de nuevo en Venecia; puede que en ese mismo momento ya estuviera en casa de su padre, porque las dos familias habían estado siempre muy unidas.

Saliendo del cenador, se encaminó hacia el *palazzo*, entusiasmado pensando que esa misma noche podría tener a su amada entre los brazos. La puerta del *terrazzo* estaba abierta, y se dirigió a la habitación principal de la planta baja. En aquella habitación todo le era familiar, sobre todo las pinturas de sus padres que estaban colgadas sobre la chimenea. Sin embargo, los muebles y tapices eran mucho más lujosos de lo que recordaba, así que se imaginó que su hermano Giovanni habría prosperado mucho durante su ausencia, como evidenciaban aquellos adornos y la góndola privada del muelle.

Moviéndose con cuidado para no molestar a ninguno de los que estaban en las habitaciones superiores, buscó en la pequeña librería lateral donde su padre había guardado siempre los libros de cuentas y los mapas con los que Andrea había aprendido a amar el arte de la cartografía y los viajes que lo habían llevado tan lejos, en aquel desafortunado viaje a Trebisonda. La puerta estaba entreabierta y había una luz encendida. Pensando que Giovanni estaría allí trabajando, la abrió en silencio para no molestar a la persona que estaba sentada ante el escritorio.

—Giovanni —susurró Andrea.

El hombre del escritorio se puso rígido y giró la cabeza lentamente.

—¡Mattei! —exclamó Andrea—. ¿Dónde está Giovanni?

Su hermanastro lo miró fijamente, palideciendo cada vez más.

—¿Qué quieres? —susurró con la voz quebrada—. Si es oro, tengo poco aquí... Andrea avanzó.

—No quiero oro, Mattei. ¿No me reconoces?

—Esa voz... Pero no puede ser.

—Soy Andrea, en carne y hueso.

Mattei retrocedió.

—Estás muerto. ¿Qué quieres de mí?

Andrea sonrió y se acercó a él. Como si temiera que lo atacase, Mattei empujó la silla hacia atrás y empuñó un pequeño puñal que llevaba atado a la túnica. El puño era de piedras preciosas y grabados de oro, y sus ropas eran de terciopelo, como las que llevaban los mercaderes más ricos.

—Tócame, Mattei —le suplicó Andrea, enseñándole las manos para que viera que estaba desarmado—. Así verás que no soy un fantasma.

Temerosamente puso una mano temblorosa sobre el brazo de Andrea, pero parecía no poder creer la evidencia que le mostraban ante él sus sentidos.

—¿Mi padre ha muerto? —preguntó Andrea.

—S-sí, unos... unos cuantos meses después de que tú murie... desaparecieras.

—¿Y Giovanni?

Como hermano mayor, Giovanni habría continuado la gestión de la fortuna de los Bianco.

—Por desgracia, él también murió, en la peste —dijo Mattei, añadiendo apresuradamente—, que Dios se apiade de su alma.

Esto fue un doloroso golpe para Andrea, que quería mucho a su hermano. Giovanni había sido siempre más bullicioso, alegre y lleno de amor por la vida que Andrea, que era más serio y docto, pero siempre habían estado muy unidos. Mattei estaba temblando y el sudor le chorreaba por la frente. Con dedos temblorosos se puso un poco de vino de una botella exquisitamente tallada que había en un taburete y se lo bebió de un trago.

El modo en que lo había recibido Mattei lo inquietó. Era normal que su hermanastro se sorprendiera al verlo volver literalmente del reino de los muertos, pero en la reacción de Mattei parecía haber algo más que sorpresa. De una cosa podía estar seguro: no estaba contento por su regreso. De todas formas, no es que se esperara otra reacción de Mattei.

Parece que se dio cuenta de que su comportamiento podía parecer extraño, así que se esforzó, aunque no mucho, por recibirlo mejor.

—Siéntate, Andrea —le dijo—, y cuéntame lo que te ha pasado.

Andrea se sentó en un sofá, que parecía tan caro como todo lo demás.

—La historia no es muy larga. Un bergantín turco capturó el barco en que zarpé de Venecia y me vendieron como esclavo, así que fui a parar a las galeras de Hamet-el-Baku.

—Declararon perdida la galera y todo lo que llevaba —le dijo Mattei—. Los judíos a los que pertenecía se enfadaron, pero no pudieron hacer nada contra el barco del turco renegado que os atacó.

Andrea se encogió de hombros.

—Yo también me hubiera perdido, si no fuera porque una carabela de don Bartholomeu di Perestrello de Portugal atacó a Hamet-el-Baku hace unos días. En la batalla pude escapar y el barco portugués me recogió.

—¿La gente de la carabela sabe quién eres? —le preguntó rápidamente Mattei.

—Creen que soy un esclavo moro llamado El Hakim que se hace pasar por Andrea Bianco, pero le aseguré a don Bartholomeu que mi familia me reconocería.

Si hubiera mirado a la cara en ese momento a su hermanastro, Andrea se habría dado cuenta de la luz que brilló en sus ojos, pero se había distraído mirando la imagen de una bellísima mujer que estaba colgada en la pared del estudio. La reconoció enseguida. Era Angelita, tal y como la recordaba, menos la noche antes de partir: fría, adorable, elegante... exactamente igual, pero aún más guapa. Por un momento sus ojos se recrearon mirándola, y después se dirigió a Mattei.

—¿Cómo está Angelita?

—Con una salud extraordinaria —se apresuró a decir Mattei—. Y...

—Ya lo veo. Encantadora, como siempre. Este cuadro lo han pintado después de mi partida.

—Lo pintó Iacopo Bellini hace unos años —Mattei respiró profundamente—. Se me hace difícil tener que decirte esto, Andrea, pero, después de todo, tú estás oficialmente muerto. Incluso se dijo una misa en honor de tu alma en la catedral de San Marcos.

Andrea sonrió.

—Bueno, esto compensará todas las veces que he tenido que rezar a Alá para salvar el pellejo.

—Cuando se declaró oficialmente tu muerte...

Mattei se paró, parecía que le costara lo que tenía que decir. Andrea lo miró con atención. Algo iba mal, tremendamente mal. El modo de hablar de Mattei lo demostraba.

—¿Qué estás intentando decirme? —le preguntó.

Mattei respiró profundamente y soltó:

—Cuando se declaró oficialmente tu muerte, y pasado el tiempo correspondiente

de luto, Angelita y yo nos casamos.

Andrea lo miró perplejo.

—¿Angelita se ha casado? ¿Contigo?

Mattei enrojeció. Giovanni y Andrea, de niños, siempre lo habían despreciado. Mientras que su madre había sido de familia noble, la segunda mujer de su padre había sido una mujer varonil que gobernaba la casa con mano dura, y que odiaba a sus hijastros porque eran fuertes y de buena educación, mientras que su hijo era mezquino y quejumbroso.

—Nos dimos cuenta de que estábamos enamorados el uno del otro, y tú habías muerto —dijo Mattei—. Por otra parte, tú mismo habías dicho siempre que una unión con los Medici sería buena para la familia.

—¡Primero mi prometida y después mi fortuna! Siempre se te ha dado bien coger las oportunidades al vuelo, Mattei.

—Alguien tenía que ocuparse de los negocios mientras tú estuvieras navegando rumbo a Trebisonda. Tú siempre has sido mejor navegante que comerciante, Andrea.

Andrea tenía la sensación de que la biblioteca lo estaba sofocando, como un ataúd que se cierra.

—¿Dónde está ahora Angelita? —le preguntó levantándose y recorriendo la habitación en tres zancadas.

—Con su padre en Chioggia. Está enfermo, y ha mandado un carruaje para recogerla.

—Quiero verla.

—Por supuesto, pero que no se te olvide que tú estás oficialmente muerto y que Angelita está casada conmigo.

—Entonces, volveré a estar oficialmente vivo.

No era todo tan fácil, y él lo sabía. Todavía estaba enamorado de Angelita. La imagen que estaba colgada de la pared hizo que el recuerdo de aquella última noche en el cenador lo inundara de arriba abajo. ¿Cómo era posible que un hombre o una mujer pudieran amar como ellos lo habían hecho y olvidarlo jamás? El pensar que Mattei había tenido toda aquella felicidad mientras él estaba en las galeras lo torturó más de lo que podía soportar.

—Algo tendremos que hacer —dijo Mattei—. Hablaré con los abogados. Mientras tanto, puede que sea mejor que no se corra todavía la voz de tu regreso.

—*Corpo di Cristo!* —blasfemó Andrea—. ¿Se supone que tengo que esconderme como un loco del que se avergüenza la familia?

Mattei estaba recobrando rápidamente la compostura, después de la impresión inicial de haber descubierto que Andrea había regresado.

—La fortuna de la familia está ahora unida íntimamente a la de los Medici de Florencia —le explicó—. He logrado establecer relaciones excelentes con ellos, y no

creo que les guste encontrarse ante un cambio tan drástico. Además, todo esto impresionará terriblemente a Angelita. Tenemos que prepararla para tu regreso.

En esto Andrea estaba de acuerdo.

—Entiendo, pero sobre todo por Angelita —admitió Andrea.

—La familia Bianco nunca se ha visto metida en ningún escándalo. Tenemos que ser prudentes e ir despacio.

Andrea se asomó a la ventana, pero todo estaba oscuro, con la misma negrura que se había apoderado de su ánimo. Nada estaba sucediendo como él se había imaginado. Todo este asunto tenía un sabor amargo. Al pensar en Angelita sintió una ola inesperada de excitación y deseo, y de ira ante la idea de que Mattei, con aquellas piernas enclenques y ojos de escarabajo, le había usurpado el puesto entre los brazos de su amada.

Todavía no se había parado a pensar cuál sería la reacción de Angelita. Pero una cosa estaba clara: después de aquella noche en la que se había entregado por completo a él, no podría seguir sintiéndose vinculada a Mattei después de su regreso. Ni siquiera ante los lazos de un vínculo recitado después de aquella unión.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó finalmente.

Mattei frunció el cejo.

—¿El barco portugués ha atracado en el *Fondaco*?

—Sí. Vengo del *palazzo* del señor Martello, que representa al príncipe Enrique aquí en Venecia.

A Mattei le cambió la cara, como si todas sus dudas se hubieran disipado.

—¿Podrías quedarte esta noche con la comitiva del señor Di Perestrello?

—Ellos creen que soy un esclavo —gruñó Andrea—. El siervo personal de su hija.

—Seguro que algunos días más con este engaño no puede hacer mal a nadie —se apresuró a decir hábilmente Mattei—. Mientras tanto yo hablaré con Messer Donato, nuestro abogado, y prepararé a Angelita para decirle que estás vivo.

—No es como lo había pensado —protestó Andrea—, pero creo que podré soportarlo unos días más.

Mattei se mostró muy afectuoso. Demasiado, si Andrea se hubiera parado a pensarlo.

—Necesitarás algunas monedas e ir al barbero —le sugirió—. Deja que te prepare una bolsa con algo de dinero.

—Será agradable volver a vestir bien, y volver a cortarme el pelo y la barba decentemente —Andrea sonrió irónicamente—. Prepárala bien, Mattei. Después de todo parece que te han ido bien los negocios. Durante cinco años no he tenido más que pan duro y obleas para comer, y vinagre con agua y aceite para beber.

—El dinero lo tengo arriba. Voy a tener que subir para cogerlo —dijo Mattei—.

Sírvete un poco de vino mientras tanto. Tenemos que preparar muchas cosas, Andrea.

Andrea merodeó por allí cuando se fue Mattei, pero al ver que no volvía, abrió el armario donde se acordaba que había dejado los mapas... y allí estaban, metidos en una carpeta, cubiertos de polvo y secos, exactamente como los había dejado hacía ocho años.

Mirando los mapas, despreocupadamente al principio, Andrea se sintió enseguida absorto en ellos, como siempre cuando los estudiaba. La atracción por los lugares lejanos, islas extrañas y tierras de ensueño era tan fuerte como siempre, aunque en muchos de ellos ya había estado, quizá en más de los que ningún otro hombre de su época.

Mattei tardó mucho en volver, pero él no se dio cuenta de lo larga que había sido su ausencia. Los mapas lo habían absorbido por completo, como siempre.

—Perdona la tardanza —Mattei llevaba una gran bolsa de dinero en la mano—. Creo que será suficiente para todo lo que necesites.

Andrea cogió la bolsa y se la ató al cinturón.

—Avísame en cuanto hayas arreglado todo —le advirtió.

—En cuanto lo haya hecho, te aviso —le aseguró.

Mientras caminaba por calles oscuras hacia el *Palazzo Martello*, su mente no paraba de pensar. No había considerado las complicaciones que podría conllevar su inesperado regreso después de ocho años, pero ahora se daba cuenta de que la reacción de Mattei era lógica. En cuanto a Angelita, estaba seguro de que el legado del Papa le concedería la nulidad del matrimonio con su hermanastro, ahora que él había vuelto. Era impensable que ella siguiera casada con otro hombre cuando él estaba vivo y a salvo.

Por lo que se refería a los negocios, incluso se alegraría de dejarle a Mattei la compañía naviera. Parecía que la había llevado bien hasta aquel momento y, además, esto le permitiría dedicar más tiempo a sus mapas y cartas del cielo, y quizás hasta tendría la oportunidad de poner en práctica mejoras en la navegación con lo que había aprendido de los moros en el largo viaje que hizo a China e India durante los monzones. También sería interesante hacerle una visita al príncipe Enrique de Portugal (como le había sugerido fray Mauro), puede que en su viaje de bodas, y hablar con los famosos hombres que servían al noble portugués.

Absorto en sus pensamientos, Andrea no se dio cuenta de que alguien lo estaba siguiendo, hasta que unos pasos furtivos en los adoquines de una calle detrás de él llegaron a sus oídos. El ruido lo alertó y, sin duda, le salvó la vida.

Estaba cruzando una zona particularmente oscura por una calle corta y estrecha, paralela al canal por la que había pasado cientos de veces durante el día, pero que, como pensó entonces, era la peor que había podido elegir para caminar en la oscuridad de la noche. Si se bloqueasen los dos extremos de la calle, cualquier

víctima podría quedar atrapada y sin más escapatoria que el propio canal, que se convertiría en un buen depósito donde dejar el cuerpo si se cometiera un robo con asesinato. Muy pronto le quedó claro que era exactamente éste el plan de sus atracadores, que todavía no había visto, pero que había vuelto a oír, esta vez delante de él.

El primer golpe le llegó por detrás. Aunque se había dado la vuelta, tuvo la sensación de que lo estaban atacando al mismo tiempo por los dos lados. Debía de ser el hombre que le había adelantado dando un rodeo hasta llegar al otro extremo de la calle y para evitar cualquier posibilidad de escapatoria. Cuando estaba forcejeando con el primer asaltante (un tipo enorme al que le apestaba el aliento a ajo y mal vino), el segundo le asestó una puñalada en el hombro, y empezó a notar cómo la sangre le chorreaba bajo el tejido grueso de la túnica.

Los años de duro trabajo en las galeras le habían dado una rapidez de movimiento y coordinación que los atracadores no se habían podido ni imaginar. Aunque el puñal le estaba traspasando la carne, se giró para liberarse de su adversario, y esto lo ayudó para que no se le clavara profundamente. Los músculos se le tensaron cuando levantó a su adversario, y balanceándolo como si fuera un bate lo hizo girar empujando al segundo hombre. Cuando lo tenía bien alto, lo tiró por los aires, chocando con su compañero antes de estrellarse contra los adoquines de la calle.

Aunque cayó despatarrado, el otro ladrón consiguió rodar por los adoquines alejándose de Andrea, que seguía luchando. Al cabo de unos momentos pudo levantarse y escapar en la oscuridad, dándose por vencido. Cuando Andrea se giró vio que el primer hombre seguía allí tumbado, con la cabeza rota como la de un muñeco, señal de que con la fuerza de la caída se había roto el cuello.

No perdió el tiempo. Notaba cómo la sangre le seguía chorreando bajo la túnica, y sabía que tenía que encontrar a un médico enseguida. Agarrándose fuerte el hombro con la mano, se dirigió hacia el *Palazzo Martello*. Sentía la sangre templada correrle entre los dedos y la herida le dolía por la presión, pero tenía que darse prisa, esperando que, como muchos frailes, fray Mauro supiera lo suficiente de medicina como para vendarle la herida.

No le dio ninguna pena el hombre que había perdido la vida, ya que éste era uno de los riesgos de su profesión. Al día siguiente la *polizia* lo encontraría muerto y seguramente lo reconocería como el cuerpo de un ladrón conocido, y fin del asunto.

Fray Mauro estaba despierto en la habitación que compartían en el *palazzo* del señor Martello, pero doña Leonor estaba con él, contándole cómo había ido la cena antes de acostarse. Cuando vio a Andrea entrar por la puerta, se le enrojecieron las mejillas. No podía culparla, ya que él mismo llevaba la túnica y la mano derecha, que mantenía fuerte sobre la herida, llenas de sangre.

—¡El Hakim! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

—Me han atacado —se sentó en un taburete, jadeando—. Dos hombres, ladrones, han intentado matarme en la calle.

—Pero hermano, ¿no veis que está herido? —le dijo doña Leonor a fray Mauro, que se había quedado paralizado mirando a Andrea aterrorizado—. Traed agua y trozos de tela para vendarlo.

—Puedo curarme solo, señora —protestó Andrea—. Os ensuciaréis el vestido.

—*Maria Sanctissima!* —exclamó—. ¿Prefieres que me quede aquí sin hacer nada mientras te desangras? Déjame ayudarte a despegar la túnica del hombro. He curado muchas veces las heridas de los pescadores de Villa do Infante.

Le despegó la túnica de la piel, dejando al descubierto la herida que le había hecho la lama afilada de un puñal. En cuanto se le paró la hemorragia con el vendaje, le volvió a subir un poco la presión.

—Es una herida poco profunda —dijo doña Leonor—. La venda te ayudará a que se cure.

Fray Mauro entró corriendo en la habitación con una palangana llena de agua y varios trozos de tela. Doña Leonor y él se apresuraron a lavarle y vendarle la herida. Después la joven se fue a su habitación y el fraile le dio un vaso de vino a Andrea.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Los soldados querían mi dinero.

Andrea levantó la bolsa del dinero, y se dio cuenta de que el cordón se había abierto mientras se defendía. Había perdido por lo menos un tercio del dinero.

—*Eccolo!* —dijo filosóficamente—. He tenido suerte cambiando unas cuantas monedas por mi vida. La herida se curará rápidamente y enseguida estaré como nuevo.

—¿Por qué te habrán atacado? Después de todo, no vas vestido como uno que lleve encima mucho dinero.

Andrea se encogió de hombros.

—Venecia está lleno de este tipo de ladrones. Siempre lo ha estado. Se me había olvidado.

Fray Mauro se apresuró a vaciar la palangana y quitó de en medio los trozos de tela que habían sobrado.

—Y, ¿dices que uno de ellos dio un rodeo y se puso delante de ti? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—¿No te parece que es como si supieran dónde ibas?

—*Vediamo!* ¡Podría ser! Pero, ¿quién podría saber mi identidad, o dónde iba?

Fray Mauro se encogió de hombros.

—Como bien dices, ¿quién podría saberlo? ¿Afectará de algún modo todo esto a que puedas probar tu identidad?

—Ya está todo arreglado —dijo Andrea seguro de sí mismo—. Mattei me avisará

cuando esté todo listo. Pronto estará todo en orden.

—Esperemos —dijo el fraile—. Ahora es mejor que te vayas a dormir. Volver al mundo de los vivos y ser apuñalado es suficiente por un día.

—*Eccolo!* —dijo Andrea sonriente mientras se tumbaba en la cama—. A Mattei le ha ido bien en los negocios. Creo que somos ricos.

## V

La mañana estaba clara y despejada, no como el humor de doña Leonor di Perestrello. Cuando encontró a Andrea en el cuarto de fray Mauro después del desayuno estaba enfadadísima y los ojos le echaban chispas.

—Ayer me preocupé por ti porque estabas herido, Hakim —le dijo en tono severo—, pero después de pensarlo una y otra vez, no puedo evitar estar enfadada contigo por ser tan imprudente. ¿Por qué saliste cuando ya estaba oscuro?

—Para visitar a mi familia.

Dio un golpe en el suelo enfadada.

—¿Tienes que seguir contando mentiras?

—Es la verdad.

—Tendrías que inventarte algo mejor que esto —dijo, negando con la cabeza.

—Dadme unos días más, señora, y os podré demostrar mi identidad.

—Si cada vez que sales a la calle alguien intenta apuñalarte, no necesitarás probar nada —dijo—. Todos los cristianos odian a los moros. Es un milagro que no te mataran anoche.

—El Hakim es un blanco para cualquier ladrón —le aseguró Andrea—, pero Andrea Bianco no.

—No estés tan seguro. Un puñal o una espada pueden matar a cualquiera.

—La Bella habla con sabiduría —dijo Andrea en árabe, y por el color de sus mejillas se dio cuenta de que lo había entendido.

—¿Cómo va la herida? —le preguntó, cambiando de tema, y algo más suave por el cumplido.

—No ha sido nada. Sólo un rasguño.

—¿Estás seguro de que no debería verte un médico?

—Ya ha empezado a curarse —le dijo—. Casi no me duele.

—Aseguraos de que coma mucha carne —le dijo a fray Mauro—. Es buena para las heridas —se volvió hacia Andrea—. Voy a ir a comprar esta mañana, así que intentaré comprarte algo de ropa.

—Soy vuestro esclavo —le dijo en broma Andrea, disfrutando de cómo se ponía roja al oírle decir eso. Ahora que estaba a punto de reclamar a Angelita, estaba demasiado contento como para resentirse porque ella lo cuidara.

Cuando la joven se fue, fray Mauro se limpió el sudor con la manga de la camisa.

—*Maria Sanctissima* —dijo con fervor—. Es un hueso duro de roer. Se te va a hacer difícil convencerla de que eres de verdad Andrea Bianco.

—No con Mattei y Angelita, que responderán por mí.

—¿Cuándo?

—Pronto. Mattei quiere seguir adelante con esta farsa algunos días por motivos

de trabajo.

El fraile negó con la cabeza. No estaba tan convencido.

—Todo esto no me gusta. Cuando un hombre que se creía muerto aparece, hay que celebrarlo, no esconderlo.

—Mattei sólo está intentando evitar complicaciones con los Medici —le explicó Andrea—. Le da miedo que se estropeen las relaciones entre ellos. Además, se ha casado con mi prometida y estoy seguro de que ella querrá la anulación del matrimonio para casarse conmigo.

—*Eccolo!* Estás siempre muy seguro de ti mismo, hijo mío.

Andrea lo miró sorprendido porque su tono era cáustico.

—¿Acaso ponéis en duda que ella desee la anulación?

—Tu hermanastro lleva varios años casado con ella, supongo —señaló el franciscano—. La boda se hizo de buena fe cuando te declararon oficialmente muerto. Me imagino que se sentirá satisfecha de este matrimonio.

—Entonces, me pregunto si tendré algún derecho bajo las leyes de Venecia —exclamó Andrea—. Después de todo, me declararon muerto y se dijo una misa por mí —se llevó la mano a la frente—. Así que por eso Mattei quería tiempo para hablar con su abogado.

—Para él sería mucho mejor si tú siguieras muerto.

Una idea parecía hacerse paso en la mente de Andrea.

—A esto os referíais anoche, cuando me dijisteis que los ladrones podrían haberme seguido con algún propósito concreto, ¿no?

—No tenía ninguna prueba en que apoyarme —se apresuró a decir fray Mauro—. Sólo se me ocurrió.

—¿Pero qué tonto! ¿Por qué no se me ha ocurrido antes? —todas las piezas del puzzle empezaron a encajar—. Mattei tardó mucho en llevarme la bolsa con el dinero, pero yo no me di cuenta porque estaba mirando unos mapas. Seguro que estuvo organizando las cosas para que me siguieran.

—Te estás precipitando al hacer conclusiones —le advirtió fray Mauro—. Los hombres sabios saben que eso es peligroso.

—Los hombres sabios no se dejan engañar —dijo Andrea con furia, mientras se ponía de pie—. ¿Qué habéis hecho con la túnica de anoche?

—La tienen los criados para lavarla. ¿Por qué?

—Voy a ir a ver a Mattei. Con sólo mirarlo a los ojos sabré si está metido en esto o no. Rápido, hermano. Conseguídmela una túnica o un sayo.

—Pero tu herida...

—No puedo permitir que un simple rasguño me impida reclamar mis derechos, ¿no? Si Mattei mandó a esos rufianes anoche para que me mataran significa que esconde algo que no quiere que sepa, y justo por esto es importante que lo descubra.

—Veré lo que puedo hacer —le prometió fray Mauro—, pero tendré que ir al barco. Eric Vallarte es tan grande como tú, así que sus ropas te servirán.

—Entonces daos prisa. No tengo tiempo que perder.

—Después de pasar ocho años muerto, todavía puedes esperar unas horas para la resurrección —le dijo fray Mauro con aspereza—. Tranquilízate y piensa en todo este asunto mientras estoy fuera.

—Pensaré en todo esto cuando tenga la garganta de Mattei entre las manos —dijo Andrea muy serio—. Si es culpable...

—Si es culpable tiene derecho a una audiencia, como todos —le recordó el fraile.

—Le daré una oportunidad para hablar mientras le saco toda la verdad por la fuerza. Ahora id, hermano, y volved pronto con la ropa.

Fray Mauro estuvo fuera sólo unos minutos. Ni siquiera le dio tiempo a salir del *palazzo*. Volvió enseguida, pálido.

—La *polizia* está ahí fuera —dijo—. Solicitan la custodia del esclavo El Hakim.

—¿Os han visto?

—No. Los oí hablando con el señor Di Perestrello.

—Entonces todavía tengo tiempo para escapar.

—¿Por qué? ¿Has cometido algún delito?

Andrea se paró de golpe.

—¡Tenéis razón! ¿Por qué tengo que huir si no he cometido ningún delito? Seguramente quieren preguntarme algo sobre el ataque de anoche.

—¿Cómo es posible que sepan tu nombre?

—Han podido llegar hasta aquí siguiendo el rastro de sangre. Uno de los sirvientes les habrá dicho cómo me llamo.

En ese momento don Bartholomeu entró en la habitación, muy serio.

—La *polizia* está aquí —dijo—. Tienen una orden para arrestar a El Hakim.

Un guardia corpulento entró en la habitación, dando un codazo a Di Perestrello.

—Éste tiene que ser el moro. Coincide con la descripción que nos han dado.

—¿Qué queréis de él? —preguntó fray Mauro.

—Tengo una orden de arresto.

—¿Con qué cargo?

—Robo y asesinato.

El guardia se le acercó rápidamente, y antes de que Andrea se diera cuenta de cuál era su intención, le quitó la bolsa del dinero y, soltando la cuerda, sacó los ducados de oro, se los puso en la palma de la mano y los miró atentamente.

—¡Ah! —exclamó—. Las monedas están marcadas, como las otras. Amarradlo y llevadlo a prisión —le ordenó a uno de los guardias que estaban detrás de él—. Tenemos pocos miramientos con los ladrones y asesinos aquí en Venecia, especialmente si son moros.

## VI

En Riva Degli Schiavoni, cerca del Ponte della Paglia, al final del Molo, estaba Carceri, como se llamaba la prisión pública de Venecia. Las estancias de los *Signori di Notte*, los jefes de policía de Venecia, daban a la calle, así que el edificio no parecía una cárcel a primera vista, con sus arcos rústicos soportados por columnas dóricas sobre pedestales, que a su vez sostenían una cornisa fina con ménsulas y frisos. Los pisos superiores se usaban como cárcel. Desde sus ventanas con rejas los prisioneros veían la iglesia de San Giorgio Maggiore, con la gran laguna detrás.

Metieron a Andrea en una de estas celdas. Desde la ventana oía claramente los gritos de “*Sia Stali!*” y “*A-oel!*” de los gondoleros que llevaban sus embarcaciones por el tráfico laberíntico de la gran laguna. En realidad se encontraba en la parte más viva de la ciudad, pero encerrado de tal modo que era como estar en una mazmorra.

Aunque ya habían pasado un día y una noche, todavía no había sido acusado formalmente ni se le había dado oportunidad alguna de defenderse. Cuando un carcelero apareció por la puerta, se levantó con impaciencia, pensando que quizá alguien había ido a sacarlo de aquella situación tan ridícula e injusta. Estaba seguro de que Angelita iría corriendo a ayudarlo en cuanto supiera que estaba en la cárcel. Si pudiera elegir entre Mattei y él, estaba seguro de que abandonaría a su hermano enfermizo para ir hacia él con los brazos abiertos.

Sin embargo, los que estaban en la puerta eran doña Leonor di Perestrello y fray Mauro.

—Señora Leonor —se apresuró a decir—. No deberíais estar aquí.

Alzó la cabeza con orgullo y Andrea pensó que nunca se había dado cuenta de lo bella que era, con su inocencia y juventud.

—Eso es lo que ha dicho mi padre, Hakim. Pero tú nos salvaste la vida. No podía permitir que te pudieras aquí, en una celda, sin ofrecerte ayuda.

—Todavía tengo que enfrentarme a mi acusador —le dijo—. Cuando lo haga, mi inocencia se demostrará enseguida.

—¿Sabes quién te ha acusado?

—Mi hermanastro Mattei. Estoy seguro.

Ella movió la cabeza sin esperanza.

—Si nos dices la verdad podríamos ayudarte.

—Ya os la he dicho, señora.

—Pero si de verdad fueras quien dices ser, alguien en Venecia tendría que reconocerte. Estoy segura de que Andrea Bianco tendría amigos en Venecia.

—Ocho años es mucho tiempo, y aquí encerrado sólo puedo veros a vos y al buen fray Mauro —entonces se le iluminó la cara—, pero podríais ayudarme.

—¿Cómo? —preguntó el fraile—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano.

—Angelita podría venir, si supiera que estoy aquí.

—¿Angelita? —repitió doña Leonor, frunciendo el ceño—. ¿Quién es?

—Mi prometida. O sea, era mi prometida. Ahora está casada con Mattei.

—¿Qué te hace pensar que ella te identificaría como Andrea Bianco cuando tú acusas a tu hermanastro, que es su marido, de haberte traicionado?

—Ella lo hará, en cuanto sepa que estoy vivo —dijo Andrea con toda seguridad—. Si de verdad queréis ayudarme, señora, id a Chioggia. Angelita está allí con su padre. Está sólo a unos cuantos kilómetros de Venecia. Preguntad por la villa del señor Gregorio de Fontana y por la señora Angelita Bianco. Decidle que le juro por... por el cenador en el *palazzo* de mi padre, que aún la amo, y que tiene que venir inmediatamente a identificarme. Si le decís esto sabrá que estoy vivo y vendrá.

Doña Leonor parecía desconcertada. Estaba evidentemente impresionada por su sinceridad y el tono de verdad de su voz.

—Os pido sólo este favor a cambio de haberos salvado la vida en la carabela —añadió Andrea.

—Iré hoy mismo —le prometió la joven—. Fray Mauro puede acompañarme.

—¿Mandaréis a alguien para que me diga lo que os haya dicho? —preguntó nervioso Andrea.

Doña Leonor asintió con la cabeza.

—Ahora tenemos que irnos. Mi padre se enfadará cuando lo sepa.

Cuando se fueron Andrea empezó a dar vueltas, nervioso, por la celda, impaciente y entusiasmado porque iba a volver a ver a Angelita. Nunca se le pasó por la cabeza que ella pudiera dudar ni por un momento. Después de lo que habían significado el uno para el otro, ella correría a sus brazos en cuanto supiera que estaba vivo, fuera donde fuera.

El día se le hizo larguísimo, y no supo una palabra ni de Angelita ni de doña Leonor. Al caer la noche, una fuerte sensación de abatimiento se apoderó de él. Durmió mal toda la noche y cuando, a la mañana siguiente, oyó unos pasos que se acercaban a su celda, corrió hacia la puerta, seguro de que por fin encontraría a Angelita.

En su lugar se encontró a dos guardias con alabardas en el pasillo que esperaban mientras el carcelero abría la celda. Sin prestar ninguna atención a sus preguntas, lo sacaron a empujones poniéndole unas esposas alrededor de las muñecas. Durante todo el camino hablaron entre ellos en italiano, ignorándolo porque creían que un moro no los entendería.

—Éste va a perder la cabeza dentro de nada —dijo el primer guardia—. Sólo los que se sabe que son culpables van ante el tribunal de los *Inquisitori di Dieci*.

Aquellas palabras hicieron que a Andrea se le helaran los huesos. Aunque hacía ocho años que no estaba en Venecia, sabía perfectamente de qué se trataba. Un “Juez

de los Diez” era un fiscal especial que se asignaba a los casos ante el Consejo de los Diez que gobernaba la ciudad, cuando por algún motivo un caso era especialmente importante y no debía trascender al público. Normalmente se trataba de un juicio en privado que servía sólo para que un miembro del tribunal o un amigo suyo consiguiera su propósito, sentenciando rápidamente a la víctima a una sentencia sumaria sin previo aviso, o bien lo mandaban a las galeras, que se consideraba una pena menor.

—O a lo mejor lo sentencian sin comparecer siquiera ante el Consejo —dijo el segundo—. Al fin y al cabo las pruebas son claras. Las monedas que llevaba estaban marcadas como las que se encontraron al lado del cuerpo. Tiene que ser un tipo fuerte porque el muerto apareció con el cuello roto como si fuera un pollo.

Enseguida dejaron a Andrea en una habitación bien iluminada, que debía de ser una de las pequeñas salas del Tribunal. Parpadeó con el brillo de la luz que llegaba desde el parteluz de un ventanal y miró a su alrededor. Don Bartholomeu di Perestrello y doña Leonor estaban sentados en un banco lateral con fray Mauro. En la otra parte de la sala había una mesa barnizada con algunos documentos, y tras aquella mesa estaba sentado un juez en cuyas manos recaería la decisión de culpabilidad o inocencia, vida o muerte.

El inquisidor era un hombre delgado, de sien canosa y expresión severa. Desde luego, no tenía el tipo de expresión de la cual uno puede esperar clemencia. A excepción del escribiente y de dos guardias que vigilaban la puerta, no había nadie más en la sala. Allí estaba la bolsa de dinero de Andrea, con los ducados de oro desparramados sobre la superficie inmaculada de la mesa. Incluso a aquella distancia se veían las marcas de las monedas.

El inquisidor cogió una hoja de papel, la miró, y se dirigió a los tres visitantes.

—Señor di Perestrello —le dijo educadamente—. ¿Es cierto que el acusado era un esclavo de galeras de un barco moro corsario y que lo rescatasteis durante el ataque a vuestra carabela?

—Él nos ayudó a escapar del bergantín pirata, señor Santorini —dijo el enviado portugués—. De algún modo consiguió liberarse de las cadenas que lo retenían al banco de remos y atacó al timonel del barco enemigo, dejándolo fuera de control por unos instantes. En ese momento nuestra carabela pudo atacar al bergantín e inutilizarlo.

—Tuvisteis suerte —dijo secamente el juez—. En Venecia pagamos un tributo a los moros para poder navegar libremente. Muchos otros barcos han sido tomados por los moros, matando o esclavizando a la tripulación.

—Por esto nos sentimos absolutamente en deuda con El Hakim —explicó Di Perestrello—. Cogió una cuerda que había tirado el capitán cuando embestimos a los corsarios, y lo sacamos del agua casi inconsciente. Todos nosotros le debemos la

vida.

—Entiendo vuestro interés y gratitud —convino el juez—. Por este motivo acepté vuestra solicitud esta mañana, a pesar de que normalmente asuntos como éste han de ser tratados con la mayor privacidad —se volvió hacia Andrea, sin ningún signo de simpatía o tolerancia—. No obstante, este hombre ha cometido los delitos de robo y asesinato, por lo que no puede quedar sin castigo, sea lo que sea que haya hecho por una persona tan distinguida como vos, señor Di Perestrello.

—Eminencia —doña Leonor se dirigió al Tribunal a pesar de la advertencia en contrario de su padre—. ¿Y si El Hakim no fuera culpable de estos delitos?

El juez sonrió con tolerancia.

—Hay testigos que lo han reconocido mientras robaba en la casa de un respetable caballero de Venecia, señora. Las monedas que robó estaban marcadas. Algunas se encontraron al lado del cuerpo, y el resto en su bolsa cuando fue arrestado. No cabe la menor duda de que es culpable.

El plan de Mattei empezaba a verse claro, y Andrea se dio cuenta de que el veredicto de la corte ya estaba decidido. Mattei había sido hábil y rápido, intentando que lo ejecutaran antes de que se supiera su verdadera identidad. Sólo tenía una única oportunidad de escapar de un destino que parecía inevitable. Si contaba toda la verdad quizá de algún modo conseguiría salvarse.

—Por desgracia no hablo ni una palabra de árabe —dijo el señor Santorini—, por lo que no podré interrogarlo.

—El Hakim habla portugués —dijo doña Leonor sin que nadie le hubiera preguntado—. Es muy inteligente.

El juez arqueó las cejas.

—Por lo menos tiene una elocuente, y preciosa, abogada, señora.

Doña Leonor enrojeció, pero antes de que pudiera decir ni una sola palabra más, Andrea Bianco tomó su propia defensa.

—Vuestra Eminencia no ha de preocuparse por el idioma para llevar a cabo el interrogatorio —dijo Andrea amablemente en un italiano culto, aunque un poco oxidado por la falta de uso—. Soy ciudadano de Venecia por nacimiento.

El juez lo miró sorprendido.

—¿Tú? ¿Un moro? Hay algunos en Venecia —entrecerró los ojos—. Mentir no te salvará, canalla. Cualquier italiano que haya sido hecho esclavo por tu gente te ha podido enseñar en las galeras. El hecho de que hables nuestra lengua no significa nada.

—Como ciudadano de Venecia, ¿no tengo derecho a ser escuchado en un juicio justo, Eminencia?

—Se te escuchará como es debido, aunque no seas ciudadano de Venecia —le aseguró el señor Santorini—. Es un derecho que tiene todo hombre según nuestras

leyes. Puedes estar seguro de que se te juzgará conforme a la verdad.

—Es todo lo que pido —dijo tranquilamente Andrea.

—¿Niegas haber visitado la casa del señor Mattei Bianco anteanoche, entrando a la casa por la puerta del *terrazzo* que da al canal?

—Efectivamente visité anteanoche el *Palazzo* Bianco en Via delle Galeazze —admitió Andrea—, y hablé con el señor Mattei Bianco.

—¡Ajá! Entonces no puedes negar haber dejado la casa con una bolsa de monedas de oro.

—No lo niego —dijo Andrea—. El señor Mattei en persona me dio las monedas antes de irme.

El juez se inclinó hacia adelante, con una mirada de hielo.

—Sigue, por favor —le suplicó en tono sarcástico—. Te estás condenando a ti mismo con tus mentiras. ¿Qué sucedió después?

—De vuelta al *Palazzo* Martello, que es donde me estoy alojando con la comitiva del señor Di Perestrello, me di cuenta de que me estaban siguiendo. Dos ladrones me asaltaron en la oscuridad cerca de Via delle Scuoli e intentaron matarme, para quitarme el dinero (o al menos eso pensé en aquel momento). Aunque me apuñalaron en el hombro, conseguí liberarme, y cuando tiré al suelo a uno de ellos, se partió el cuello al caer contra los adoquines. Algunas de mis monedas se habían caído al suelo, pero no me di cuenta hasta que no estuve a salvo en casa.

—Encontramos las monedas al lado del cuerpo del hombre que mataste.

—¿Quién era? —preguntó Andrea.

—Girolamo Bellini, un criado del señor Mattei Bianco. Para tu información, las monedas que encontramos en tu bolsa habían sido acuñadas recientemente y han sido identificadas por el señor Bianco.

—Entonces, ¿por qué no me acusa él directamente? —preguntó Andrea—. ¿Le da miedo enfrentarse a la verdad?

El juez golpeó la mesa con el puño.

—La verdad, El Hakim, o El Shaitan, o como quiera que sea tu nombre, ¿cuál es la verdad?

—La verdad es como os la he contado —dijo Andrea, sabiendo que todo esfuerzo sería inútil. Como uno de los temidos *Inquisitori di Dieci*, lo que dijera el señor Santorini era ley en este tribunal y sus decisiones eran inapelables. Era evidente que ya había tomado una decisión antes de que comenzara aquella farsa de juicio, o (lo que era más probable) alguien se había encargado de que la tomara.

Mattei ha jugado bien sus cartas, pensó Andrea, y con la astucia que lo caracteriza. Por supuesto, la estupidez de haber confiado por un momento en su hermanastro, intrigante y maquinador como siempre, lo había ayudado. Ahora era evidente que Mattei tardó tanto en volver la noche anterior porque estaba marcando

las monedas recién acuñadas para que pudieran ser identificadas y sirvieran como prueba del robo, en caso de que sus siervos no consiguieran matarlo inmediatamente y el asunto llegara a manos de la *polizia*.

Andrea estaba seguro de que Mattei no pensó realmente que iba a conseguir escapar con vida. Los dos hombres que lo siguieron por orden de su hermanastro sabían que se dirigía al *palazzo* del comerciante portugués. Seguramente sus órdenes eran atacarlo por sorpresa y matarlo de un solo golpe. Sin embargo, no habían tenido en cuenta la fuerza y agilidad que dan cinco años en los remos de una galera pirata, y lo agudos que se vuelven los sentidos cuanto uno tiene que vivir constantemente bajo el látigo de un capataz.

Era como si Mattei, pensó Andrea tristemente, hubiera calculado todas las posibilidades sin dejar nada al azar. En caso de que el primer plan hubiera fallado, se jugaría su segunda carta haciendo que lo arrestaran por asesinato y que fuera condenado en un juicio que no era más que teatro, sin oportunidad real de defenderse. Otra prueba de lo lejos que Mattei había llegado en el mundo de los negocios era que tuviera tanta influencia en Venecia como para conseguir que su caso fuera tratado en secreto por uno de los temidos *Inquisitori*.

Andrea no podía saber si el señor Santorini había sido sobornado, pero imaginaba que Mattei habría pensado también en eso. En cualquier caso, el resultado sería el mismo. Él, Andrea, estaría muerto de verdad, además de oficialmente, probablemente antes del anochecer. Así Mattei podría seguir disfrutando no sólo de las riquezas de la familia, como había hecho los últimos años, sino también de Angelita.

—¿Tienes alguna prueba de la sorprendente historia que nos estás contando? —preguntó Santorini en tono mordaz.

—Ordenad venir a mi hermano y veréis cómo hago que diga toda la verdad —sugirió Andrea.

—¿Así que ahora tienes un hermano? —el inquisidor se echó sobre el respaldo de la silla y empezó a reírse—. *Per Bacco!* ¡Esto es ridículo! Será una pena colgar a un embustero con tanto talento. Te suplico que me digas quién es tu hermano.

—Mattei Bianco. Éramos hermanastros, del mismo padre.

De repente a Santorini se le borró la sonrisa.

—Yo conocí al señor Gaetano Bianco —dijo—. Era un hombre recto y honesto. ¿Cómo te permites presentarte como su bastardo?

Entonces fue cuando le tocó a Andrea enfadarse. Dio un paso hacia la mesa, pero uno de los guardias lo cogió por las esposas y lo obligó a volver a su sitio.

—No soy un bastardo —exclamó—. Mi nombre es tan honorable como el vuestro.

—Entonces te ruego que me digas quién eres —le dijo el señor Santorini.

Con gran esfuerzo Andrea consiguió dominar su rabia. A estas alturas ya no le

cabían grandes dudas sobre su suerte pero, pasara lo que pasara a partir de ese momento, no estaba dispuesto a que lo siguieran hundiendo todavía más.

—Soy Andrea Bianco —dijo con orgullo—. El hijo mayor de Gaetano Bianco.

Santorini clavó los ojos en él pensativo, y por un momento Andrea se atrevió a pensar que al final el juez decidiría creer algo de lo que había dicho. En ese momento el escribiente que había estado tomando notas se acercó y llamó su atención tocándole el hombro. Empezaron a hablar en voz baja. Después Santorini se dirigió a Andrea con el ceño fruncido otra vez.

—Se me ha recordado algo que había olvidado —dijo—. El señor Andrea Bianco se perdió con toda su tripulación en una galera que partió rumbo a Oriente hace diez años.

—Hace ocho años —le corrigió muy serio Andrea—. La galera fue atacada y capturada por un barco de un turco renegado. Me vendieron y viajé durante tres años como esclavo de un mercader de Alejandría. Más tarde, Hamet-el-Baku, el capitán de un barco corsario moro me compró como esclavo para las galeras de su bergantín hasta que atacó la carabela que llevaba al señor Di Perestrello y a su comitiva a Venecia.

—Andrea Bianco está oficialmente muerto —lo interrumpió Santorini—. La galera se perdió con todos sus hombres. No es posible que hayas sobrevivido sólo tú.

—Todo es posible para Dios —le recordó Andrea—. Por qué me salvé no lo sé, pero os puedo asegurar que así fue. ¿De qué otro modo podría saber todo esto?

—Puede que te lo haya contado el verdadero Andrea Bianco antes de morir.

—Eso significaría que sobrevivió al ataque de la galera —señaló Andrea rápidamente.

Santorini se acarició la barbilla pensativo, y enseguida pareció aclararse las ideas.

—Afortunadamente podemos probar si eres quien dices ser. Haced entrar al chambelán del señor Mattei Bianco —ordenó a los guardias y se volvió hacia Andrea—. Este hombre ha sido chambelán del señor Gaetano durante muchos años. Si eres Andrea Bianco, como dices ser, te reconocerá inmediatamente.

El guardia hizo entrar a un señor mayor vestido con los ropajes de la familia Bianco que eran tan familiares para Andrea. Lo reconoció enseguida. Era Dimas Andrede, que había sido el chambelán y mayordomo de su padre. Si alguien lo podía identificar inmediatamente era él.

El chambelán, ya anciano, dio algunos pasos arrastrando los pies sin mirar a Andrea a los ojos.

Se paró ante la mesa del juez e hizo una profunda reverencia.

—¿Vuestra Eminencia me ha llamado? —dijo entre dientes.

—Di tu nombre completo, lugar de residencia y ocupación —lo interrumpió Santorini.

—Soy Dimas Andrede, chambelán del señor Mattei Bianco. Resido en el *Palazzo Bianco* de Via delle Galeazze.

—¿Durante cuánto tiempo has estado al servicio de la familia Bianco, Dimas?

—Treinta años, Eminencia.

—¿Podrías decirme qué pasó en el *Palazzo Bianco* anteanoche?

—Un ladrón entró, señor, un moro. Intentó chantajear al señor Mattei, diciendo ser el señor Andrea, su hermano mayor que se perdió en el mar.

—¿Viste al desconocido?

—S-sí, pero no claramente.

—¿Se parecía al señor Andrea Bianco?

—Aquel hombre era un moro. Le dijo al señor Mattei que en las tierras árabes lo conocían como El Hakim.

Santorini lanzó una mirada triunfal al prisionero y continuó el interrogatorio.

—¿Qué pasó después?

—El moro le robó una bolsa de monedas de oro y escapó, pero el señor Mattei mandó a dos criados para que lo siguieran y lo llevaran de vuelta al *palazzo*. Empezaron a seguirlo, pero se volvió contra ellos en mitad de la noche y mató a uno de ellos. El otro está aquí, como ordenó Vuestra Eminencia.

—Dimas, tengo entendido que tú conocías bien al señor Andrea Bianco, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Podrías identificarlo, si lo vieras?

El chambelán vaciló por un momento.

—C-creo que sí. Sí, seguro.

—Vuélvete y mira al hombre que está detrás de ti y dime si lo has visto antes.

Dimas se dio la vuelta despacio, sin decir nada.

—¿Conoces a ese hombre, Dimas? —le preguntó el juez.

—E-es el ladrón que entró en el *Palazzo Bianco* la otra noche —dijo con voz temblorosa.

—¿Es él Andrea Bianco?

—El señor Andrea está muerto.

Viendo el miedo enfermizo en los ojos del anciano, Andrea entendió por qué el chambelán estaba contando toda aquella sarta de mentiras. La única explicación era que lo hubieran presionado, probablemente amenazándolo con perder su puesto y dejarlo tirado en la calle a morirse de hambre después de todos aquellos años de servicio, o incluso con la muerte.

—Gracias —dijo Santorini—. Nos has dicho todo lo que necesitábamos. Puedes irte.

El chambelán estaba ya casi en la puerta cuando Andrea dijo impulsivamente:

—Estad tranquilo, Dimas. Entiendo por qué lo habéis hecho y os perdono.

El hombre se giró un poco y la luz de gratitud que apareció en sus ojos daba lástima. Sin embargo, Santorini no lo notó porque estaba hablando con su escribiente. En cuanto la puerta se cerró detrás del chambelán, el juez alzó la mirada.

—¿Qué dices ahora, señor Embustero? —le preguntó a Andrea—. ¿Aún insistes en ser quien no eres?

—Yo soy Andrea Bianco —dijo Andrea con firmeza—. Todo lo que os he contado es la verdad.

Santorini se encogió de hombros.

—Por lo menos eres un delincuente testarudo. Tenemos otro testigo. Que entre Vittorio Panimo.

Un hombre entró en la sala, recorriendo toda la habitación con una mirada nerviosa. Cuando vio a Andrea delante de la mesa dio algunos pasos hacia un lado alejándose de él.

—¿Tu nombre? —preguntó Santorini.

—Vittorio, Vittorio Panimo.

—¿Trabajas para el señor Mattei Bianco?

—Sí, Eminencia. Soy gondolero.

—¿Seguiste al ladrón del *Palazzo Bianco* anteanoche?

—S-sí, señor.

—¿Por qué lo seguiste?

—Había robado oro. El señor Mattei me ordenó que lo siguiera con uno de los lacayos y le quitara la bolsa de dinero robado.

—¿Qué pasó entonces?

—El moro debió de oírnos. Nos esperó en una calle oscura. No nos dimos cuenta hasta que nos atacó. Le rompió el cuello a Bellini mientras yo forcejeaba con él. Vi que quería matarme a mí también, así que huí.

—¿Reconocerías al moro si lo vieras otra vez?

—C-creo que sí.

—Vuélvete y mira al hombre que está ahí detrás de la mesa, y dime si es o no el hombre con el que peleaste la otra noche, y que mató a Girolamo Bellini.

El mozo observó a Andrea con cautela.

—¿Es él? —preguntó Santorini.

—S-sí —dijo el mozo—. Es el hombre que mató a Girolamo.

—Gracias. Puedes irte. El Hakim —dijo Santorini solemnemente—. Se te ha escuchado y juzgado con justicia. Tengo que admitir que eres un canalla inteligente, pero a pesar de la sarta de mentiras que has entretejido tan bien, los testimonios de Dimas Andrede y del mozo que acaba de abandonar la sala te llevarán a la horca. Acércate a la mesa para escuchar la sentencia.

—Señor Santorini —dijo Bartholomeu di Perestrello cortésmente—. ¿Me permitiría decir una cosa antes?

—Por supuesto.

—Está a punto de sentenciar a muerte a El Hakim, o a las galeras, supongo.

—Su crimen merece la pena de muerte.

—No tengo ninguna intención de interferir en el proceso de la justicia —dijo el enviado portugués—. No obstante, este hombre salvó mi vida y la de todos los que estaban conmigo en mi barco, por lo que nuestro interés por él es grande, especialmente la salvación de su alma. ¿No creéis que, ya que es un infiel, deberíamos darle la oportunidad de salvar su alma?

—Por supuesto —dijo Santorini—. Es muy considerado por vuestra parte pensar en ello, señor. Lo sentenciaré a las galeras por un año. De este modo tendrá la oportunidad de aprender la Misericordia de Cristo y, quizá, de ver el error de sus acciones antes de ser ejecutado.

—Fray Mauro me ha dicho que El Hakim es un cartógrafo con experiencia y que ha viajado a tierras lejanas —continuó Di Perestrello—. Mi Príncipe, don Enrique, está buscando personas con estos conocimientos para un proyecto que ya se está llevando a cabo en el que se diseñará un mapa del mundo para ayudarnos a descubrir nuevas tierras donde no se conoce a Nuestro Señor y así llevarles la Salvación Eterna.

El juez se encogió de hombros.

—Venecia y Portugal son rivales en el comercio, señor. ¿Por qué tendríamos que conceder una ayuda así a su Príncipe?

Don Bartholomeu no tenía una respuesta inmediata a esta pregunta, pero en ese momento doña Leonor habló, y Andrea se dio cuenta de que don Bartholomeu había hablado porque ella se lo había pedido.

—Si los turcos atacan Occidente, Eminencia —señaló—, necesitaremos tener toda la información posible sobre su país y las fuerzas con las que cuentan. Sería una pena que El Hakim muriera sin que todo lo que sabe sobre ellos quede reflejado en los mapas y por escrito antes de que se produzca este ataque.

—Éste es un buen argumento, señora —admitió Santorini—. El Consejo de los Diez está profundamente preocupado por la amenaza turca.

—Entonces, hacedlo esclavo al servicio del príncipe Enrique —instó—. Fray Mauro lo instruirá en los misterios de la Santa Iglesia para que su alma inmortal pueda salvarse, al tiempo que los cartógrafos del Príncipe podrán usar toda la información que pueda darnos para abatir a los turcos y a los otros moros.

Santorini dudó.

—Como decís —añadió el juez—, sería muy ventajoso que el conocimiento de los turcos y demás moros cayeran en poder de los cristianos.

—Seguro que nos ayudará sin atreverse a causar problemas si por tal se conmuta

su pena —añadió rápidamente.

Las dudas de Santorini parecieron despejarse.

—Si lo hace, vuestro Príncipe podrá ejecutarlo de inmediato. Os concederé lo que pedís, señora —se volvió hacia Andrea—. El Hakim, quedas condenado a esclavitud perpetua al servicio del señor Di Perestrello y del príncipe Enrique de Portugal. ¡Pero recuerda! Un paso en falso te llevará a la muerte.

Andrea tuvo que reprimir su rabia por la injusticia del juicio. En cuanto a la pena, era totalmente consciente de lo cerca que había estado de la muerte y de que se había salvado gracias a la presencia de don Bartholomeu y su hija y, en concreto, a la intervención que doña Leonor había hecho en su favor. Estaba claro que lo mejor que podía hacer era no molestar más a Santorini reclamando su inocencia, y aceptar la situación con la mayor gratitud posible, considerándolo un golpe de fortuna que lo había salvado de la muerte.

—El prisionero se quedará en la celda hasta que su barco esté a punto de zarpar —le dijo Santorini a Di Perestrello—. No podemos permitirnos tener un asesino suelto por las calles de Venecia. Ni siquiera para complacer a vuestro Príncipe.

—Aceptamos con mucho gusto —aseguró don Bartholomeu—. Podéis estar seguro de que vuestra sentencia se llevará a cabo estrictamente.

## VII

Andrea Bianco se quedó en la proa de la carabela Santa Paula observando cómo caía lentamente la línea del cielo de Venecia al atardecer. Su torso brillaba de sudor, porque había estado empujando los remos mientras remolcaban la elegante carabela con cuerdas para llevarla fuera del muelle, que estaba casi en pleno centro de la ciudad, y la tripulación la hacía avanzar hacia la parte abierta del puerto. Acababan de izar las velas, que ahora ondeaban con la brisa de la tarde, mientras que la carabela iba cogiendo velocidad.

Andrea estaba esposado de pies y manos, pero las cadenas eran ligeras y le permitían moverse. La nave había zarpado momentos antes del anochecer para avanzar a lo largo de la costa este de Italia durante la noche y llegar a puerto justo antes del amanecer, para proseguir su camino la tarde siguiente.

Muchos barcos de aquella zona (excepto los de Venecia que pagaban un tributo a los corsarios para no ser atacados) seguían esta política de navegación nocturna, quedándose en puerto durante el día hasta que las aguas volvieran a ser seguras con la oscuridad de la noche. Eric Vallarte, el capitán nórdico de barba roja, había elegido este procedimiento para el viaje de vuelta para evitar que otro corsario los pudiese atacar. Se dirigió hacia donde estaba Andrea en la zona de proa con unas pisadas asombrosamente ligeras para ser un hombre tan grande, balanceándose tranquilamente con el vaivén de las olas.

—Has remado bien, Hakim —le dijo el capitán en su espantoso español.

—Cinco años en las galeras hacen fuerte a un hombre, o acaban con él —le aseguró Andrea—. Vos tenéis que saber lo que significa para un hombre estar en los remos durante horas. Los hombres del norte a menudo hacen viajes muy largos a los remos.

—¿Qué sabes de los hombres del norte? ¿Has estado allí alguna vez?

—La fortuna ha querido que viajara sólo hasta Cerdeña, hacia el oeste —admitió Andrea—, pero el abuelo de un amigo mío navegó hasta Thule<sup>[2]</sup> hace muchos años y después prosiguió hasta la isla que vuestro pueblo llama Groenlandia.

—¡Por Odín! —exclamó Eric—. La isla de Groenlandia se menciona sólo en las historias que los ancianos cuentan a los niños. Es un lugar extraño donde ir.

—En el país del Gran Khan y Cipangu oí hablar de tierras aún más al este —dijo Andrea—. Mi ambición era navegar un día hacia aquellos mares desconocidos —dijo levantando las manos esposadas—, pero ahora...

—Puede que aún estés a tiempo de ir, Hakim —dijo una voz familiar acercándose. Era doña Leonor. Hakim se volvió hacia ella inclinándose en una profunda reverencia.

—¿Como esclavo empujando los remos, señora? Confiaba en un destino mejor.

En aquel momento llamaron a Eric Vallarte desde la cubierta de popa, que los dejó solos a la luz del crepúsculo.

—¿No os asusta quedaros aquí sola con un asesino, señora? —le preguntó Andrea.

—Mataste a aquel hombre en una lucha justa, ¿no es así?

Negó con la cabeza.

—No. No era exactamente justa.

—Pero tú dijiste...

—Girolamo Bellini tenía un puñal, mientras que yo estaba desarmado. Y ellos eran dos. Pero puede que la proporción fuera justa, después de todo, porque no podían saber la fuerza que adquiere un hombre que ha trabajado durante cinco años en las galeras de un corsario.

—Pero ellos intentaron matarte.

Afirmó con la cabeza.

—Por orden de otro.

—¿Sigues insistiendo en ser Andrea Bianco?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Andrea Bianco está muerto, señora. Será mejor no volver a traerlo a la vida una segunda vez, después de haber visto la mala pasada que le jugó el destino en su primera resurrección.

—¿Quién eres, Hakim? Es evidente que no eres un moro.

—No —dijo muy serio—. No soy un moro.

—Dimas Andrede ha tenido que conocer muy bien a Andrea Bianco. ¿Qué razón podría tener para mentir?

—Vos sois joven, señora, y habéis sido educada rodeada de ternura. Será mejor que sepáis lo menos posible de la maldad que yace en algunos hombres.

—Pero aquel anciano no parecía malvado.

—Dimas mintió por el mismo motivo que lo han hecho otros hombres honestos antes que él: para evitar morir de hambre o incluso perder la propia vida.

—Pero tu historia es tan difícil de creer, Hakim... Puedo creer que mataste a aquel hombre en una lucha justa. Puede que lo crea porque te estoy agradecida por habernos salvado la vida. Pero que seas Andrea Bianco... —negó con la cabeza.

Se acordó entonces de que no le había preguntado por Angelita.

—Al final no fuisteis a Chioggia, ¿no?

—Sí. Estuve allí, y vi a la señora Angelita Bianco.

—¿La visteis? —preguntó con entusiasmo—. ¿Y qué os dijo?

Doña Leonor levantó la mirada hacia él.

—Dijo que Andrea Bianco estaba muerto, que su marido le había descrito al hombre que decía ser Andrea Bianco, y que era un impostor.

—¿Un impostor? —No podía creer que Angelita se hubiera puesto también contra él—. ¿Le dijisteis lo que os pedí que le dijerais... que la amaba?

—Sí.

—¿Y que se lo juraba por el cenador del *palazzo* de mi padre?

—Se... se me olvidó esa parte. ¿Era tan importante?

Dijo que no lentamente con la cabeza.

—Ya no. Gracias, señora, por haber ido a Chioggia.

Sin embargo, no podía evitar una cierta alegría, a pesar de la decepción. Si le hubiera hablado a Angelita del cenador, habría sabido que era él el que le mandaba el mensaje, y habría ido a buscarlo para ayudarlo.

—Es muy guapa. Andrea Bianco ha debido de amarla mucho —dijo doña Leonor pensativa—. Si yo hubiera amado a un hombre que se perdió en el mar llevaría su memoria en mi corazón y nunca más me fijaría en otro.

—Sois muy joven, señora...

Golpeó el suelo enfadada.

—Soy lo suficientemente adulta para saber lo que está bien y lo que no, señor Esclavo... —Se paró en seco y se llevó una mano a la boca—. Perdóname, Hakim. He dicho esto sólo porque estoy enfadada.

—Y, sin embargo, habéis dicho la verdad. Soy un esclavo, y se me condenará a muerte si no me comporto como tal.

Doña Leonor se estremeció.

—Yo sólo quise que te sentenciaran a la esclavitud para salvarte de la pena de muerte.

—Si vos y vuestro padre no hubierais intervenido, ya me habrían ejecutado, así que os debo la vida —la miró fijamente—. En realidad, fuisteis vos quien me salvó, señora. ¿Por qué lo hicisteis?

—N-no estoy segura.

—¿No es porque en lo más profundo de vuestro corazón creéis que soy de verdad Andrea Bianco?

—Creo que estaba comenzando a creerlo —admitió— hasta que hablé con la señora Angelita, y el viejo Dimas testificó contra ti. Ahora... —levantó los hombros y los dejó caer de nuevo— no puedo evitar pensar que si Andrea Bianco estuviera vivo de verdad, su amada lo habría sabido en su corazón. No se hubiera fijado en ningún otro hombre, y habría confiado en que el Señor se lo trajera de vuelta algún día.

—Me temo que hay pocas mujeres tan fieles como vos, señora —le dijo seriamente—. Será muy afortunado él hombre a quien entreguéis vuestro amor.

## **Libro II El Al-Kemal**

# I

En el cabo sur de la punta sudoeste de Portugal, donde se encuentran el Atlántico y el Mediterráneo, llamado ya desde el tiempo de los romanos Sagres o el Promontorio Sagrado, el príncipe Enrique de Portugal había hecho construir Villa do Infante. Estaba situada a unos pocos kilómetros del puerto de la ciudad de Lagos, que quedaba algo al este del promontorio, en unas aguas un poco más tranquilas. El nombre del infante Enrique ya era muy conocido antes de que Andrea Bianco partiera en aquel desafortunado viaje a Trebisonda. Durante el tiempo que le llevó a la Santa Paula llegar a Lagos, fray Mauro le habló de los viajes que el minúsculo Portugal había hecho desde allí.

Con el infante don Juan, Portugal había conseguido emerger definitivamente como país por derecho propio. Había vencido la última serie de invasiones de Castilla, que aún lo consideraba otra de las provincias rebeldes del reino de España. Así, con el instinto marinero que el príncipe Enrique pareció heredar de las canciones, don Juan había fundado las bases de una gran marina y había empezado la época de las conquistas más allá de los mares. Bajo su mandato se habían llevado a cabo viajes hacia el oeste y el sur, hacia las tierras que los fenicios llamaban, ya 2.000 años antes, las islas de la Fortuna. Más tarde, los que habían llegado hasta allí empezaron a llamarlas las islas Canarias por la gran cantidad de perros que se encontraban allí, tomando tal sobrenombre del latín, perro, *canis*.

El príncipe Enrique había pisado por primera vez aquellas tierras en un ataque dirigido por tres príncipes de Portugal contra el bastión árabe de Ceuta, a través del estrecho que daba entrada a lo que en el Mediterráneo se llamaba, desde el principio de los tiempos, las “Columnas de Hércules”. Ceuta había caído en 1415 en manos del glorioso poder de los tres infantes, especialmente del príncipe Enrique. Duarte, Pedro y Enrique fueron nombrados caballeros por su padre, don Juan, en aquel lugar, y a este último se le encargó el gobierno y defensa de este importante puerto marítimo.

Puede que el príncipe Enrique hubiera elegido este lugar para asentarse por estar cerca de su territorio, Ceuta, o quizá porque el promontorio sagrado de Sagres, que emergía hacia la unión de ambos mares, simbolizaba para él los grandes misterios de la exploración del Mar Occidental. Su padre lo nombró Gobernador del Algarbe, como se llama esta región del sur, así como Duque de Viseu, y desde entonces se había asentado allí.

Villa do Infante era pequeño; consistía en unas cuantas casas, un observatorio, un lugar donde se reunían los expertos del Príncipe, una capilla y la modesta residencia del Infante. Sin embargo, lo que pudiera faltarle en tamaño, lo compensaba con la gran calidad de su población y el alto nivel de inteligencia que se concentraba en ella. Aquí, durante años, el Príncipe había reunido a muchos de los más destacados

cartógrafos, geógrafos, navegadores, astrónomos, matemáticos y pensadores del mundo, muchos de ellos huyendo de la temida Inquisición de la cercana España.

No escaseaban tampoco hombres dedicados a labores más prácticas para la tarea en la que se había embarcado el Infante, la de explorar, diseñar mapas y conquistar las populosas tierras del enorme continente africano hacia el sur. Muy cerca de allí, en el puerto de Lagos, habitaba una dotación completa de armadores, trabajadores de la madera y el metal, forjadores y fabricantes, constructores de carabelas, barcas y veleros, y otros trabajadores, cordeleros y toneleros, hombres cuyas vidas estaban dedicadas a la construcción de embarcaciones con las que otros hombres más aventureros que ellos surcarían los mares.

Por fortuna, tampoco faltaban valerosos hombres de mar como Eric Vallarte, el gigante pelirrojo de las tierras del norte. Hijo de un linaje de exploradores cuyos viajes los habían llevado hacia el oeste hasta Thule y la legendaria Groenlandia; incluso más al oeste, como decían algunos, hasta la misteriosa “Tierra del Vino” donde Eric (una vez apodado El Rojo) y su hijo Leif, en pocas horas habían llenado el barco de frutas exquisitas. Vallarte era un capitán hábil y con experiencia.

En Lagos también había capitanes portugueses aguerridos como João Gonçalves Zarco y Tristão Vaz Teixeira, que había navegado en barcas toscas (antecesoras de la carabela como la que llevó por primera vez a Andrea Bianco a Lagos) para redescubrir, y más tarde colonizar, las islas de la Fortuna. No menos gloriosas habían sido las hazañas de Gil Eannes de Azurarra, el primero en rodear la hosca línea del Cabo Bojador en la costa de África en sus viajes hacia el sur. Este promontorio, con sus encalladeros que se extienden algunas millas mar adentro, habían desafiado a los exploradores durante siglos, protegiendo a los marineros de unas aguas que, como se decía, silbaban y hervían por el calor del trópico, repletas de monstruos capaces de aplastar un barco con sus poderosas fauces, e incluso unas tierras que llevarían a hombres y barcos a la destrucción.

Hay que decir, sin embargo, que pocos pensadores de Portugal, o de cualquier otro lugar, compartían la creencia de que la Tierra fuera plana y tuviera un borde. Evidentemente, esta idea no estaba muy difundida entre los pensadores de Villa do Infante, ya que todos ellos sabían lo que los griegos ya habían decidido tiempo atrás, que la Tierra era tan redonda como una manzana. Es más, era una creencia generalizada que la masa cuadrilátera de tierra que se conocía, que iba desde el Extremo Oriente (donde se encontraba la isla de Cipangu más allá del dominio del Khan, llamada China), hasta el más Extremo Occidente (con la isla de la Antilia, San Brandán y la Mano de Satán en el Mar del Oeste), flotaba de alguna manera en las aguas que cubrían el globo.

El paso más reciente del atrevido programa de exploración del príncipe Enrique lo habían dado dos hombres hacía sólo unos pocos años. Antão Gonçalves y Nuno

Tristão habían viajado hacia el sur a lo largo de las costas africanas y habían capturado a algunos hombres de piel negra que habían llegado hasta las costas para recibirlos y los habían llevado a Portugal, en señal de triunfo, atados con cadenas.

Los descubrimientos de Antão Gonçalves y Nuno Tristão habían impulsado al príncipe Enrique a mandar a Bartholomeu di Perestrello a Roma para pedir al Santo Padre que abriera los tesoros de la Iglesia y dedicara sus fondos a enviar barcos y tripulación hacia el sur para luchar y capturar a los infieles. Según él, de este modo harían que las almas inmortales de los enemigos entraran en contacto con el conocimiento de la verdad de Dios y de su Santo Hijo, obteniendo la salvación. El que los nativos capturados se vendieran después como esclavos con un beneficio considerable para los mismos que los habían arrebatado de sus tierras y hogares se consideraba normal. Tal consecuencia era comúnmente aceptada como un derecho natural.

El príncipe Enrique había añadido prudentemente la solicitud de que todas las tierras descubiertas le fueran concedidas. Era una precaución necesaria, ya que los barcos de Inglaterra, Francia y de las grandes marinas comerciales de Génova, Florencia y Venecia estaban también ansiosas por conquistar territorios en aquella misma dirección. De este modo esperaban compensar la considerable caída del beneficio que obtenían en el mercado de las especias, maderas preciosas, seda fina y otros elementos de lujo procedentes de las lejanas tierras de Oriente. Tales beneficios habían caído últimamente por la incapacidad de los turcos otomanos de comportarse como caballeros.

El que la misión del señor Di Perestrello se hubiera concluido con éxito lo probaba el imponente documento oficial que se entregó en breve a su Príncipe y que se leyó en la capilla de Villa do Infante. Con él, Su Santidad, Eugenio IV, contestó a la petición del príncipe Enrique con “gran regocijo” y seguía diciendo así:

*Como se nos ha notificado ahora por nuestro amado hijo Enrique, Duque de Viseu, Maestre de la Orden de Cristo, que confiando firmemente en la ayuda de Dios, para confusión de los moros y enemigos de Cristo en aquellas tierras que han desolado, para exaltación de la Fe Católica, y para que estos caballeros y hermanos de la mencionada Orden de Cristo, la cual ha comenzado la guerra contra tales moros y demás enemigos de la Fe bajo el estandarte de tal Orden, actúen en dicha guerra con renovado fervor, concedemos absolución total de todos los pecados de los que se arrepientan sinceramente en sus corazones o de los que se confiesen oralmente. Y quienquiera que viole, contradiga, o actúe contra lo declarado en este*

*mandato, recaiga bajo la maldición de Dios Todopoderoso y sus Apóstoles Pedro y Pablo.*

A este efusivo elogio al príncipe Enrique y a sus seguidores, el infante don Pedro, entonces regente del reino, añadió una recompensa algo más tangible, dando al infante Enrique el privilegio de obtener un quinto de los beneficios de todas las exploraciones y operaciones comerciales que se llevaran a cabo en las nuevas tierras, que por norma deberían pasar a pertenecer a la Corona.

El regente estableció, además, que, puesto que el príncipe Enrique había concluido todo el plan de exploración dando como resultado la aparición de hombres y mujeres de piel negra como el terciopelo en los mercados de Portugal, nadie estaría autorizado a navegar hacia aquellos puertos sin la licencia y orden expresa del Gobernador del Algarbe y Duque de Viseu.

Tampoco fue una victoria vana el atrevimiento de los capitanes del príncipe Enrique de navegar hacia el sur a lo largo de las costas africanas rodeando el temido Cabo Bojador. Desde los días de los primeros califas cientos de años antes, el comercio africano estaba bajo el estricto control del Islam. Durante largos siglos las caravanas habían cruzado el inmenso desierto de arena al sur de Marruecos y las montañas del Atlas para vender pimienta, esclavos, polvo de oro y maderas preciosas en Ceuta y otros centros musulmanes. Después de setecientos años, se anhelaba ardientemente romper con este monopolio, no sólo para liberar a los negros del Islam, sino también por un propósito mucho más práctico, como era la gran riqueza que supondría para Portugal.

Podemos imaginar la alegría que se respiraba por las calles de Lagos y Villa do Infante cuando se supo la decisión del Papa. El señor Di Perestrello y su hija, así como Eric Vallarte y fray Mauro fueron agasajados durante todo el día por la gente del pueblo, que les llevaron toda clase de regalos y bienes. Si, en medio de tanta agitación, fueron pocos los que notaron la presencia de un esclavo alto, de cuerpo magnífico y piel morena entre la comitiva del señor Di Perestrello, fue porque últimamente había muchos esclavos en Lagos, donde los barcos procedentes de África descargaban sus preciadas mercancías para el mercado.

Tras haber pasado los últimos años en las galeras, incluso un pueblo tan pequeño como Villa do Infante y el puerto, algo mayor, de la ciudad de Lagos fueron una delicia para Andrea. Había sido asignado como esclavo a la comitiva de don Bartholomeu hasta que el príncipe Enrique decidiera finalmente sobre su caso. Pronto se dio cuenta de que su señor era uno de los hombres más ricos de esta parte de Portugal, así como un hombre de confianza del príncipe Enrique. El mismo Príncipe

había salido de Lisboa inmediatamente después de su llegada, por asuntos de Estado, y no volvería en varias semanas. Las actividades de exploración del príncipe Enrique y de sus capitanes habían sido suspendidas durante un tiempo por dificultades políticas del reino de Portugal. La prematura muerte del rey Duarte, que había sucedido al trono a don Juan, había conmocionado el reino. Pero es más, el Rey había dejado establecido que se nombrara a la reina Leonor (como pasó a nombrarse a la hija mayor de Bartholomeu di Perestrello) única regente del reino mientras sus hijos no pudieran reinar por ser menores de edad.

Cuando la gente comenzó a protestar violentamente por tener a una mujer extranjera en el trono, Pedro, el segundo hijo de don Juan, ya había tomado las riendas de la regencia. No quedaba ya ningún apego entre él y la Reina, a la que todos despreciaban. Ante esta situación, el príncipe Enrique había sido llamado una y otra vez para intervenir como pacificador, un papel que asumía como un deber, pero de ningún modo con placer. Puesto que los asuntos reales le robaban mucho tiempo, le quedaba poco para la supervisión personal de las actividades de Villa do Infante y Lagos, que habían sido para él toda su vida, y como consecuencia se habían realizado pocas exploraciones desde el audaz viaje de João Zarco y Tristão Teixeira.

En cuanto a Andrea Bianco, había decidido aguardar por el momento y ver qué pasaba. De hecho tenía poca elección, ya que si hacía algo que el señor Di Perestrello o sus hombres pudieran interpretar como un intento de escapatoria, lo podrían matar allí mismo y conforme a la ley, según la condena de muerte que le había impuesto la corte de Venecia.

De todas formas Andrea no sentía ninguna inclinación a huir, por el momento. Villa do Infante era algo nuevo para él: toda una comunidad dedicada exclusivamente a la búsqueda intelectual, a la observación nocturna cuando los cielos estaban despejados, y a la enorme sala donde trabajaban los cartógrafos pacientemente bajo la dirección de Jahuda Cresques, conocido como el maestro Jacomé. Este lugar era el más fascinante que Andrea hubiera visto nunca.

El príncipe Enrique había llevado desde Mallorca al hijo de Abraham Cresques, que había diseñado el primer mapa del mundo realmente completo desde los tiempos de Ptolomeo, el geógrafo griego que había vivido unos 150 años d. C. Conocido ahora como el maestro Jacomé, había atraído, como una lámpara atrae a las mariposas, a muchos de los hombres que lideraban los campos de la navegación, las matemáticas, la astronomía, la cartografía, la geografía y otras muchas actividades intelectuales.

En cuanto a doña Leonor, Andrea la veía casi todos los días, ya que era la encargada de dirigir los asuntos de la casa de don Bartholomeu. Su otra hija, Filippa, era mucho más joven que doña Leonor. Era sólo un bebé cuando su madre murió unos años antes. Aunque lo tratara con estricta imparcialidad, como a todos los demás

esclavos, Andrea no podía evitar admirar la eficacia con la que doña Leonor gobernaba la casa, y por el hecho de que no se diera cuenta de que todos, incluido fray Mauro, la adoraban.

Incluso teniendo poco contacto con doña Leonor, Andrea estaba impresionado por el alto nivel de educación de la joven, en unos tiempos en que las mujeres normalmente no sabían ni siquiera leer ni escribir. En gran parte, como pudo darse cuenta rápidamente, era gracias a la obra de fray Mauro, quien, además de ser el director espiritual de la casa de don Bartholomeu, instruía a doña Leonor en otros campos. Lo había hecho tan bien que hasta podía mantener su propia opinión ante los matemáticos y navegantes que se reunían para hablar con el fraile en el puerto; pero si no hubiera sido por su gran entusiasmo y rapidez mental —pensaba Andrea— todos los esfuerzos del franciscano habrían sido en vano.

El hombre más importante en Villa do Infante (después del príncipe Enrique) era sin lugar a dudas el maestro Jacomé. Era un hombre pequeño y corvo, con la cabeza algo grande para su estatura, que llevaba siempre la capa de pana del judío devoto, y que dirigía a sus estudiantes con mano dura en lo que parecía una pequeña universidad. Sus ojos hundidos traicionaban la grandísima inteligencia que se escondía tras ellos, y su cabeza calva almacenaba una enorme sabiduría, al tiempo que, como Andrea descubrió, un brusco carácter.

El maestro Jacomé visitaba con asiduidad a fray Mauro. Una noche, cuando Andrea le llevaba el vino y los pasteles que el fraile regordete solía compartir con él antes de irse a dormir, lo encontró allí.

—Siéntate, Andrea —le dijo amablemente fray Mauro—. Quiero presentarte a mi amigo el maestro Jacomé.

El judío miró a aquel esclavo tan alto a los ojos.

—El buen fraile me ha dicho que has viajado a Cipangu, Hakim —dijo.

Andrea se sentó en un taburete y se echó un vaso de vino antes de contestar. Ya no llevaba los grilletes porque en el promontorio aislado de Sagres había pocas oportunidades de escapar. Además, fray Mauro lo trataba de igual a igual, y él asumió con total naturalidad que el otro hiciera lo mismo.

—Sí, Vuestra Señoría —le dijo con respeto.

—No esperes obtener ningún tipo de favoritismos de mí tratándome con títulos que no me corresponden —dijo Maestro Jacomé con aspereza.

Andrea se encogió de hombros.

—Os estaba saludando como cartógrafo, labor por la cual ciertamente merecéis todos los honores.

—¿Qué sabes tú de cartografía?

Andrea miró a fray Mauro, pero el franciscano movió la cabeza, indicándole que todavía no le había contado nada al maestro Jacomé sobre él.

—He viajado a tierras lejanas —dijo entonces Andrea— y estudiado los mapas con los que los hombres navegan desde la India hasta China usando los monzones. Y conozco los trucos de los corsarios.

—Obviamente también eres un fanfarrón —dijo el maestre Jacomé severamente—. Tras el mucho hablar normalmente se esconde la ignorancia.

—Como deseéis, señor —dijo Andrea tranquilamente—. Me habéis preguntado y yo os he contestado.

—¿Qué más aprendiste en tus viajes que haya contado ya el maestre Marco Polo? O puede que hayas leído su libro y te hayas inventado toda una sarta de mentiras para impresionar a la gente honesta.

—He leído el libro del maestre Polo —admitió Andrea—, pero también he estado en lugares que él no ha visto y he viajado a tierras donde él no ha estado.

—Nombra algunas de ellas.

—En la isla de Cipangu luché contra hombres fuertes de aquellas tierras y he visto nieve sobre una montaña que arde con un fuego inextinguible en su interior.

—¿Y qué más?

—Sus soldados luchan con sables y usan armaduras fabricadas con juncos duros.

—¿Te dijeron a qué distancia hacia el este se encuentra la isla de Cipangu? ¿O hablaron de otras tierras más allá de esta isla?

En ese momento Andrea se puso alerta, porque las palabras del viejo judío le habían dado una idea, un indicio del valor que podía tener lo que había aprendido en sus viajes y que podría usar en beneficio propio. Si Jahuda Cresques andaba buscando esta información, puede que otros estuvieran dispuestos a pagar por ella. Quizás, hasta podría lograr que el mismo príncipe Enrique lo recompensara con lo que más deseaba en aquel momento: su libertad.

—Sigue —le ordenó el maestre malhumorado—. Contesta a mi pregunta.

—He sufrido mucho desde aquel día —dijo Andrea tratando de agradar—. Dejadme pensar si los hombres de Cipangu mencionaron algo de lo que queréis saber.

El maestre Jacomé lo miró fijamente entornando los ojos, y Andrea supo que no había engañado a aquel viejo judío astuto.

—¿Has puesto precio a tus conocimientos? —le preguntó.

—Todo tiene un precio, señor.

—¿Cuál es el tuyo?

Andrea se encogió de hombros.

—No puedo decidirlo hasta que no sepa cuánto vale realmente lo que sé.

—Eres un villano sinvergüenza —dijo bruscamente el maestre Jacomé—. Unos buenos latigazos te soltarían la lengua.

—Soy un esclavo, pero no por mi culpa, señor —dijo Andrea tranquilamente—. A fuerza de latigazos no conseguiréis de mí información que yo no os quiera dar. Por

otra parte, don Bartholomeu es un hombre justo. Nunca azotaría a un hombre que no hubiera cometido ningún delito.

El maestro Jacomé se volvió hacia fray Mauro.

—Es evidente que este hombre es un charlatán —le dijo—. Dudo que nunca haya hecho más que remar en las galeras y escuchar las historias de los que viajaban con él.

El fraile había presenciado la conversación, con una mirada pensativa.

—¿Qué significa todo esto, hijo? —preguntó—. El maestro Jacomé es amigo mío, y un famoso navegador y cartógrafo.

—Yo conozco información que le serían de gran valor, a él y al Infante. Sería un necio si no sacara el mejor provecho posible por estos conocimientos.

—Apuesto a que no puedes decirnos nada que no sepamos ya —dijo el maestro Jacomé.

Andrea sonrió.

—Hasta que no he hablado con vos, mi buen señor, no me había dado cuenta de lo mucho que valen las cosas que he aprendido durante los últimos ocho años. Ahora estoy empezando a hacerme una idea de su valor y podéis estar seguro de que no les pondré un precio que no sea justo —se levantó—. ¿Tengo vuestro permiso para retirarme, hermano?

Fray Mauro asintió con la cabeza.

—*Va bene*, hijo mío. Espero que estés haciendo lo correcto.

Andrea sonrió.

—A veces uno lo único que puede hacer es lo que le parece lo mejor, y esperar que sea así. *Pax vobiscum*, señor Cresques.

## II

El señor Bartholomeu di Perestrello, después de desayunar con su familia cada mañana, acostumbraba a escuchar las peticiones y quejas de los miembros de la casa y de los esclavos, resolviendo los problemas que entre ellos pudieran surgir y asignando a cada uno sus tareas según las sugerencias que le diera doña Leonor. Aquella mañana, después de la conversación de la noche anterior con el maestre Jacomé, Andrea se presentó ante el señor Di Perestrello y su hija, y esperó pacientemente a que los otros esclavos recibieran sus encargos.

Doña Leonor se los leía de una lista que ella misma había preparado.

—Hakim, esta mañana tú cortarás la leña en el patio —le anunció—, y esta tarde me acompañarás al mercado para llevarla.

Andrea inclinó la cabeza en reconocimiento pero no se movió de allí.

—¿Qué ocurre? ¿Prefieres hacer otro trabajo?

—Tengo una petición que hacer a don Bartholomeu.

—Escucharemos lo que tienes que decirnos, Hakim, como solemos hacer con todos los esclavos —le dijo el señor Di Perestrello—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero comprar mi libertad.

Doña Leonor abrió los ojos de par en par.

—¿Comprar tu libertad? ¿Con qué?

—Con la información que tengo sobre tierras lejanas y el modo de llegar hasta ellas.

—Eres un esclavo —le dijo fríamente doña Leonor—. Todo lo que posees pertenece a tu señor.

—Os equivocáis, señora. Mi cuerpo puede ser esclavizado, pero no mi mente.

Se puso roja.

—Canalla sinvergüenza. ¿Es éste otro de tus trucos?

—Os estoy ofreciendo todo lo que sé sobre mapas y rutas de navegación, o quizás incluso más que esto, a cambio de recuperar mi libertad —explicó Andrea—. Si vos no apreciáis mis conocimientos, otros lo harán.

—¿Es así como nos agradeces que te salváramos del verdugo? —le preguntó doña Leonor irritada—. Le prometí al señor Santorini que nos contarías todo lo que nos pudiera ser de utilidad.

—Efectivamente, señora. De eso se trata —le dijo con toda tranquilidad—. Además, el señor Vallarte afirmó que si yo no hubiera luchado contra la galera mora, vos seríais ahora una esclava del Islam.

Doña Leonor palideció, al tiempo que se mordía el labio inferior entre los dientes.

—Lo que dices es una gran verdad, Hakim —dijo el señor Di Perestrello—, pero ni mi hija ni yo estamos en condiciones de hacer justicia a los conocimientos que

puedas tener.

—En ese caso, ¿he de dirigir mi petición al Infante? —preguntó Andrea.

Desde que dejó a fray Mauro y al maestro Jacomé había tenido mucho tiempo para pensar. Cuanto más reflexionaba sobre ello, más convencido estaba de que no se podía conformar pidiendo sólo su libertad, ya que todo lo que sabía sobre el desconocido Oriente y, sobre todo, los trucos que usaban los navegadores árabes, valían mucho más que esto. Era arriesgado, pero si jugaba bien sus cartas, podría llegar a recuperar un puesto de honor en el mundo, especialmente entre aquel grupo de eruditos reunidos en Villa do Infante, y esto sería fundamental para él.

—¿Qué opinas, hija mía? —preguntó don Bartholomeu.

—Hakim tiene toda la razón al recordarme las obligaciones que tenemos para con él —admitió— y he hecho mal amenazándolo como esclavo. Si el príncipe Enrique considera que la información que nos pueda dar merece su libertad, deberíamos concedérsela.

—Gracias, señora —dijo Andrea tranquilamente—. Estaba seguro de que haríais lo que es justo.

Doña Leonor mantuvo la cabeza alta.

—Ahora tienes que irte. Hay trabajo que hacer.

Un poco más tarde, aquella misma mañana, fray Mauro pasó por el patio de la leña donde Andrea estaba preparando las provisiones para el horno. Andrea estaba desnudo de cintura para arriba y el sol le brillaba en la espalda cuando se inclinaba con el hacha.

—*Buongiorno, frate!* —dijo en italiano, saludando al fraile corpulento.

—*Benedicamus* —dijo fray Mauro—. Pareces mucho más alegre de lo que normalmente está un esclavo.

—No lo seré por mucho tiempo. Don Bartholomeu va a pedirle una audiencia al Infante para que le cuente lo que he aprendido en mis viajes por todo el mundo. Si Su Excelencia considera que la información que puedo darle merece mi libertad, me la concederá.

—Estás apuntando alto.

—A lo más alto. Ya era difícil ser un esclavo para los moros, pero ser un esclavo entre mis iguales es mucho peor para mi orgullo. Haré todo lo que esté en mi mano para conseguir la libertad.

—Algunas de las mejores mentes están reunidas aquí, en Villa do Infante —le recordó el franciscano—. Pocos conocimientos existen en el mundo que no sepan algunos de ellos y, por lo tanto, el Infante.

—Gracias por la advertencia, hermano —Andrea lo miró fijamente—. ¿Conocen estos hombres un método seguro para que un barco pueda volver a casa desde cualquier punto del mundo?

—Nadie tiene tales conocimientos —exclamó fray Mauro—. Ni siquiera los mejores navegantes del Príncipe.

—Entonces, seré libre —dijo Andrea con gran alegría—. Libre y puede que mucho más.

—¿Más?

—Lo que puedo contar a vuestro Príncipe sobre los países de Oriente y los mapas que podré dibujar para él me valdrán, con toda seguridad, mi libertad. El resto será obra de mi fortuna.

—¿Y de qué fortuna se trata?

—Andrea Bianco era un cartógrafo respetado de Venecia, reconocido por caballeros y doctores de todo el mundo. Recuperaré mi posición.

—Que Dios te conceda lo que pides —dijo el franciscano—, pero te equivocaste al oponerte al maestre Jacomé anoche. Es muy inteligente y tiene gran influencia sobre el Infante.

—¿Iría tan lejos como para persuadir al Infante de que no me concediera la audiencia?

El fraile negó con la cabeza.

—El Infante está deseoso de tener noticias sobre otras tierras, sobre todo de la India y China, que puedan servirle de ayuda para encontrar nuevas rutas que lo lleven a estas tierras. Seguro que analizará tu caso en cuanto regrese, pero te aconsejo que le cuentes todo lo que sabes y que te abandones a su merced.

—El conocimiento sobre tierras lejanas y el modo de ir y volver hasta ellas es lo único que tengo de valor —dijo Andrea con firmeza—, y seré yo el que decida su precio.

—Son muchas las personas que se dirigen al Príncipe diciendo tener información de valor —le advirtió el fraile—. Algunos incluso han intentado pedirle oro por adelantado. Por este motivo el maestre Jacomé desconfiaba de ti anoche.

—Yo diré sólo la verdad. Podéis estar seguro de ello.

—Entonces, esperemos que todo vaya bien. El Infante normalmente concede una audiencia pública sólo a aquellos que dicen tener conocimientos específicos. Es como una especie de juicio, con el maestre Jacomé como inquisidor.

—¿Qué puedo perder? ¿Una libertad que no tengo desde hace ocho años?

—La cabeza, posiblemente.

Andrea sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, y de todas formas, ¿para qué le sirve la cabeza a un esclavo? Todo lo que necesita es una espalda fuerte y, gracias a las galeras, yo la tengo.

### III

La audiencia de Andrea tuvo lugar al día siguiente del regreso del Infante. Llegó a Lagos el día antes de la audiencia en una galera veneciana que salió de Lisboa. La gente del pueblo estaba organizando una fiesta y un baile aquella noche para recibir a su señor, y el pueblo estaba en plenos preparativos cuando Andrea y fray Mauro se presentaron en el hall donde se celebraría la reunión aquella mañana.

El edificio estaba lleno de hombres, muchos de ellos llevaban la túnica que normalmente se ponían los estudiosos. El maestro Jacomé ocupaba uno de los sitios de la mesa que se encontraba sobre el estrado, en la parte principal de la sala. El príncipe Enrique estaba sentado a su lado, y la mesa se encontraba llena de mapas y documentos. El señor Di Perestrello se hallaba en primera fila.

El infante Enrique, alto y de espaldas anchas, tenía más aspecto de inglés que de español o portugués, linaje que había heredado por parte de madre. La esposa de don Juan era hija de John de Gaunt, del que había heredado las buenas cualidades de valeroso inglés que había transmitido a sus hijos, sobre todo al príncipe Enrique. Sus cabellos eran casi rubios, y sus facciones marcadas y claras, así como su mirada; transmitían una gran serenidad interior y honradez.

El gobernador del Algarbe llevaba túnica y mallas negras. El único adorno era una cadena con un medallón que le colgaba del cuello. Nada en él o en sus ropas era ostentoso y, sin embargo, despedía un aire de autoridad real y sinceridad. Andrea se dio cuenta a simple vista de que sentía simpatía por el hombre al que servía como esclavo, pero se endureció ante el evidente encanto del noble para que esto no lo hiciera ablandarse y conformarse con menos de lo que realmente valían sus conocimientos sobre navegación y geografía.

Cuando lo llamaron, hincó una rodilla en el suelo e hizo una reverencia inclinando la cabeza.

—Puedes levantarte —le dijo el Príncipe amablemente.

Este hombre le haría justicia, pensó Andrea, y quizá le concedería la gracia que anhelaba si lograba demostrar que se la merecía, pero nada más.

—Tengo entendido que te llamas El Hakim —dijo el príncipe Enrique.

—Así me pusieron los moros, Vuestra Excelencia, por mis conocimientos de navegación y astronomía.

Se sintió un revuelo de interés entre los presentes.

—¿Dónde aprendiste estas cosas? —le preguntó el príncipe Enrique.

—En Venecia, y también estudié en Padua. En la universidad.

—¿Un moro en Padua? —exclamó el Príncipe—. ¿Cómo es posible?

—No soy moro, mi señor. Mi nombre es Andrea Bianco, ciudadano de Venecia por nacimiento, como lo fue mi padre.

Andrea estaba enfrente del Infante, así que no vio a un hombre que se levantó al final de la sala para observarlo mejor.

—Obviamente es un charlatán, mi señor —exclamó enfadado el maestro Jacomé—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Llegado el momento determinaremos si esto es cierto o no —dijo el príncipe Enrique con gentileza, y se volvió hacia Andrea—. Y, ¿cómo terminaste siendo esclavo de los moros?

—En el año 1437 —dijo Andrea—, después de terminar mi primer mapa del mundo, partí con una galera veneciana rumbo al Mar Negro y la ciudad de Trebisonda. Nos atacó un corsario y toda la tripulación murió o fue hecha prisionera.

El maestro Jacomé habló con el Príncipe en voz baja. El Infante asintió con la cabeza.

—¿Era un barco veneciano? —preguntó.

—Sí, mi señor.

La expresión del príncipe Enrique se volvió severa.

—Todos sabemos que los moros no atacan a los barcos venecianos. Yo acabo de llegar en uno desde Lisboa, y el capitán me dijo que pagan un tributo a los corsarios para que no los ataquen.

—Es cierto, señor —admitió Andrea—. Éste era el barco de un turco renegado. Además, tengo motivos para creer que hubo una confabulación contra nosotros.

El príncipe Enrique lo miró asombrado.

—¿Qué quieres decir?

—Yo creo que avisaron al pirata cuando nuestra nave zarpó para que pudiera atacarnos.

—Ésta es una acusación seria —interpuso el maestro Jacomé—. ¿Quién ha podido querer hacer esto?

—Mi hermanastro Mattei —dijo Andrea—. En Venecia, hace unas semanas, mandó a dos asesinos para que me mataran y después hizo que me encarcelaran y me sentenciaran a muerte porque maté a uno de ellos en una lucha justa.

—Es una historia extraña —observó el Infante—, y difícil de creer, a menos que seas de verdad Andrea Bianco. ¿Puedes ofrecernos más pruebas de tu identidad?

—Ninguna, excepto mis conocimientos de cartografía, astronomía e instrumentos de navegación.

—Son muchos los que poseen tales conocimientos. Los habrías podido adquirir en cualquier parte.

—Por el momento no tengo más pruebas —admitió Andrea de mala gana. Parecía que la suya era una causa perdida, incluso antes de empezar.

El maestro Jacomé habló.

—Si Vuestra Excelencia me lo permite, creo que tengo un modo de demostrar que

este hombre no es Andrea Bianco, como dice ser.

—Proceded —le dijo el príncipe Enrique.

El viejo cartógrafo sacó unos pergaminos de un montón que estaba sobre la mesa y lo desplegó.

—Éste es uno de los atlas que diseñó el verdadero Andrea Bianco —explicó—. Con él me propongo determinar si este hombre es o no un impostor.

—Estoy preparado —dijo Andrea con toda tranquilidad.

—Descríbeme el atlas de Andrea Bianco.

—Si vuestro atlas está completo —dijo Andrea seguro de sí mismo—, debería contener diez mapas, de los que dos son mapas del mundo. Los realicé entre 1434 y 1436. Se hicieron algunas copias en Venecia, que firmé unos meses antes de zarpar para Trebisonda.

—El número es correcto —admitió el maestro Jacomé—, pero, ya que se han hecho más de una copia, has podido verlo en algún sitio.

—Es cierto —dijo Andrea—, pero también os puedo decir cómo llegaron estos mapas a manos del príncipe Enrique. Yo personalmente ordené que se los mandaran.

—Recuerdo haber recibido estos atlas directamente de Venecia —admitió el Infante—. Con una carta personal del señor Bianco.

—La carta la escribí yo, así que contiene mi letra —dijo rápidamente Andrea—. Podríais compararla con mi escritura ahora mismo.

—Por desgracia, no va a ser posible —el príncipe Enrique parecía sentirlo de verdad—. Aquella carta se perdió.

—Dime algo de los dos mapas del mundo —ordenó el maestro Jacomé.

Después de casi diez años, tres de ellos pasados en la otra parte del mundo, no era tarea fácil recordar los detalles.

—Uno es una copia de un mapa de Ptolomeo —dijo—. Es un mapa del mundo graduado. El otro es un mapa del mundo circular que diseñé yo mismo.

El príncipe Enrique se inclinó sobre los mapas con entusiasmo.

—¿Qué aparece en tu mapa al oeste de África?

—Las islas Afortunadas y las Azores —dijo Andrea puntualmente.

El príncipe Enrique volvió a recostarse en su silla, con una mirada de satisfacción, pero el maestro Jacomé dijo con aspereza:

—Todos los cartógrafos conocen las islas Afortunadas. Las redescubrieron las naves mandadas por nuestro ilustre Príncipe aquí presente, así como las Azores. Muchos mapas muestran también la isla de la Antilia al oeste. Lo único que has demostrado es haber visto el mapa de Andrea Bianco y tener buena memoria. De hecho, estos mapas probablemente fueron diseñados basándose en una colección anterior que hizo un paisano mío en la isla de Mallorca —añadió con tono triunfante.

Andrea sonrió, ya que ahora se encontraba en un terreno seguro.

—Muchos ilustres cartógrafos provienen de Mallorca, señor Cresques, incluido vuestro padre, Abraham, pero ninguno de ellos ha obtenido una reputación tan gloriosa como Raimundo Lull. Efectivamente, mi mapa lo dibujó él y yo mismo estudié su *Ars Magna Generalis et Ultima*, incluida la disertación titulada “*De Questionibus Navigationis*”.

Era evidente que el maestro Jacomé estaba impresionado, así que Andrea decidió jugarse su mejor carta.

—Si queréis mirar en la esquina superior de una de las hojas del atlas, encontraréis una *toleta de marteloio* y con ella una breve explicación, el *raxon de marteloio*.

Un murmullo de voces se alzó entre los presentes mientras que el Maestro hojeaba los mapas. Por fin, cogió uno y lo puso sobre la mesa para que el Príncipe pudiera verlo.

—No conocemos la palabra *marteloio* —dijo el príncipe Enrique.

—Significa ‘los golpes del martillo’ —explicó Andrea—. En muchos barcos las vueltas del reloj de arena se marcan golpeando suavemente una campana. Lo que aparece escrito en el mapa es una tabla para calcular la distancia recorrida durante una hora.

El maestro Jacomé y el príncipe Enrique tenían la cabeza muy cerca mientras miraban los mapas. La gente que presenciaba la audiencia estaba en tensión, presintiendo que el clímax llegaría de un momento a otro.

—Como podéis comprobar, la *toleta de marteloio* está dividida en dos partes —continuó Andrea— de tres columnas cada una. La primera y la cuarta dan las desviaciones del cambio de rumbo, permitiendo al navegante calcular la distancia exacta recorrida, incluso en caso de viento fuerte. La parte escrita contiene, además, instrucciones sobre cómo guiar el *raxon de marteloio*.

El príncipe Enrique y el maestro Jacomé hablaron en susurros durante algunos momentos. Entonces el señor mayor sacó una hoja de una de las pilas de papeles y la puso sobre la mesa.

—Acércate a la mesa y escribe tu nombre —le ordenó—. Compararemos tu firma con la que usó Andrea Bianco en uno de sus mapas.

Andrea escribió su nombre con letra firme y clara. El maestro Jacomé y el príncipe Enrique la estudiaron un momento comparándola con la del mapa y, por fin, el Príncipe alzó la mirada.

—Las firmas se parecen mucho —dijo—. Hasta tal punto que parecen haber sido realizadas por la misma persona, pero el maestro Jacomé me ha sugerido la posibilidad de que alguien que conoce tan bien como tú al verdadero Andrea Bianco podría incluso haber estudiado su firma. La tuya es una historia capaz de confundir hasta a los más intrépidos contadores de historias, Hakim, o quienquiera que seas. Me

gustaría creerte, pero no puedo olvidar que estás bajo pena de muerte según el Consejo de Venecia —se paró—. Por lo tanto, necesitaría más pruebas de las que nos has dado.

—No puedo ofreceros más pruebas —admitió Andrea—. Excepto mi juramento sobre las Sagradas Escrituras y la salvación de mi alma.

El juramento de un convicto por asesinato no resultaba de gran valor, y Andrea lo sabía. Había perdido justo cuando estaba a punto de ganar, vencido por lo mismo en lo que confiaba para ganar el caso: la honradez y sinceridad del príncipe Enrique. Era exactamente esta honradez y sinceridad la que no permitía al Infante dar el paso decisivo que lo llevaría a la libertad basándose en evidencias que no fueran completamente incontestables.

—¡Vuestra Excelencia!

Se escuchó una voz que provenía del fondo de la sala. Andrea se volvió y vio a un hombre alto, con una cara que le parecía familiar, allí de pie.

—Sí, señor Cadamosto —dijo el príncipe Enrique.

—Yo conocí, aunque no muy a fondo, al verdadero Andrea Bianco cuando estuve en Venecia —dijo el hombre al que llamaban Cadamosto—. Si pudiera ver a El Hakim un poco más de cerca, podría resolver la situación.

—Por supuesto, acercaos —dijo el príncipe Enrique y se dirigió a la audiencia—. Este caballero es el señor Alvise de Cadamosto, dueño de la galera veneciana en la que he hecho el viaje de vuelta de Lisboa.

Cadamosto avanzó hasta el estrado y examinó con detenimiento a Andrea. Por fin pareció que sus dudas se aclaraban.

—La barba me ha hecho dudar por un momento —explicó—, pero ahora estoy seguro de que este caballero es realmente Andrea Bianco, como dice ser.

Los presentes empezaron a murmurar entre ellos ante el curso que habían tomado los acontecimientos. Andrea apretó la mano de su benefactor.

—No puedo recompensaros por vuestra ayuda en estos momentos —le dijo con fervor—, pero sin duda llegará un día en que os recompensaré como os merecéis.

El príncipe Enrique también estaba sonriendo.

—Tengo el honor de dar la bienvenida a Sagres a un viajero y cartógrafo tan distinguido como Andrea Bianco —dijo, dando la mano a Andrea.

—Entonces, ¿ya no soy un esclavo?

—¿Con el permiso del señor Di Perestrello?

Don Bartholomeu sonrió.

—Sois libre, señor Bianco, libre de hacer lo que gustéis. ¿Me permitís el honor de ser el segundo en daros la bienvenida?

—Una advertencia, señor —dijo el Príncipe—. Don Bartholomeu y fray Mauro me han informado sobre las circunstancias que rodearon vuestra sentencia de

esclavitud perpetua por el juez de Venecia. A estas alturas estoy convencido de que vuestra sentencia fue fruto de una falsa acusación, así que revoco la sentencia por lo que concierne a mi territorio, pero os advierto de que la corte de Venecia podría no estar de acuerdo.

—No tengo intención de volver a Venecia en mucho tiempo, Excelencia —dijo Andrea eufórico—. Podéis estar seguro de ello, y de que os estaré eternamente agradecido.

## IV

Se creó una confusión tremenda mientras muchos de los presentes se acercaban a Andrea para felicitarlo por haber conseguido escapar de las galeras de los moros y por haber recuperado su verdadera identidad. Muchos de ellos eran hombres de gran reputación en el campo de la cartografía y la navegación, la construcción y el diseño de barcos, y de sectores relacionados con las matemáticas, la astronomía y la geografía.

Por fin el Príncipe llamó al orden y cada uno volvió al lugar que le correspondía. Andrea se sentó al lado de fray Mauro en uno de los asientos principales de la sala, finalmente como hombre libre.

—No es frecuente tener entre nosotros a un hombre que ha viajado tanto como vos, señor Bianco —dijo el Infante—. Espero que no os moleste contarnos algo de lo que visteis en vuestros viajes.

Andrea enrojeció de pies a cabeza.

—Será para mí un honor hablar de mis viajes, Excelencia, y de contestar a todas las preguntas que tengáis sobre ellos —y, con tono irónico añadió—, especialmente ahora que el maestro Jacomé no sigue considerándome un impostor y un villano.

Se oyeron risas desde la audiencia y el viejo cartógrafo lanzó una de sus raras sonrisas.

—Un judío raramente acepta que una moneda sea verdadera hasta que no lo comprueba mordiéndola con los dientes —observó—. Estoy tan contento como todos los demás por poder daros la bienvenida a Sagres, señor Bianco.

—Como ya os he contado, fui capturado por un turco renegado que me vendió como esclavo en Constantinopla —empezó diciendo Andrea—. Un mercader llamado Ibn Iberanakh me compró y me nombró su ayudante en un viaje que hicimos a China para comprar especias, maderas preciosas y seda fina, que vendimos en Alejandría.

La historia de Marco Polo y de sus viajes a la corte de Kublai Khan algunos siglos antes había corrido por toda Europa y todos los que sabían leer estaban familiarizados con ella, pero eran pocos los que habían visitado las tierras del Khan durante los últimos años, desde que los turcos habían puesto una barrera de acero curvado entre Occidente y la puerta de entrada a Oriente.

—¿Qué ruta seguisteis? —preguntó el príncipe Enrique.

—En el viaje hacia el Este fuimos por tierra, como hicieron los hermanos Polo en su viaje a China, pasamos por Bagdad, Ormuz y Kashgar. Desde allí nos dirigimos hacia el sur, hacia Khotan y Charchan, la tierra de los hombres amarillos. En Campchú nos unimos a las caravanas que estaban volviendo a casa a través de un río llamado Hwang Ho, en la provincia de Catay. Así llegamos a Chandú y, más tarde, a Janbalic. Desde allí navegamos hasta la isla de Cipangu con una misión del

gobernador de esta ciudad por la que debíamos comerciar con gusanos de seda.

Todos los presentes lo escuchaban atentamente, con la mirada despierta que deriva del interés. Eran hombres que pensaban en el mundo en términos globales, y no considerando solamente las pequeñas partes que de él recogían los mapas del Mediterráneo. Algunos de ellos eran capitanes que habían llegado más allá de las fronteras del mundo conocido, navegando por la costa oeste africana, superando el Cabo Bojador por aguas ignotas y temidas por muchos hombres de mar, y se sentían mucho más atraídos por las tierras lejanas que el resto de los hombres.

—En Cipangu —instó el príncipe Enrique—, ¿visteis algún mapa o carta de navegación que situara la isla o mostrara su tamaño real?

Andrea negó con la cabeza.

—Los habitantes de esta isla son ignorantes, Excelencia. Son valientes guerreros, pero no navegantes; algunos de ellos hasta temen atravesar el estrecho mar hacia China.

—¿Mencionaron alguna otra isla más al Este?

—No, Excelencia. Los hombres de Cipangu saben poco de navegación y absolutamente nada del arte de la cartografía. En algunas de las Islas de las Especies vi mapas hechos con tiras de bambú unidas por conchas que mostraban la posición de algunas islas, pero en Cipangu no conocen ni siquiera este tipo de mapas tan simple.

—¿Qué nos podéis decir de China?

—Los habitantes de China han desarrollado las artes del mar incluso más que Portugal, a excepción de los valientes navegantes que se dedican a estos menesteres a vuestro servicio. En el poblado de Sin-Kalan vi navíos que llevaban hasta diez velas. Los barcos eran pesados y el casco estaba hecho con una plancha del grosor de tres tablones. Llevaban remos tan largos como el mástil de una galera, con hasta quince galeotes en cada remo. Estos se dividen en dos grupos, uno enfrente del otro, dándose la cara, y van atados con cuerdas fortísimas a los remos, que mueven alternándose. Alguno de estos barcos tienen hasta cuatro cubiertas.

—Todas estas cosas ya las contó Ibn Babuta hace más de cien años —dijo el maestre Jacomé impaciente—. Describió estos inmensos barcos, pero señaló también que no se atrevían a alejarse de la costa sin tener a la vista tierra firme.

—Eso dicen algunos —admitió Andrea—, pero en Sin-Kalan oí una historia extraña de un monje llamado Hoei Shin que unos 500 años d. C., es decir, hace unos mil años, viajó hacia el Este desde la isla de Cipangu, perdiéndose de vista desde tierra durante varios días. Por fin llegó a una tierra que él pensó que debía de ser una isla, a la que llamó Fu-Sang por un árbol extraño que encontró allí. Sus brotes eran como los del bambú y se podían comer, y sus frutos eran como una pera, pero rojas como la sangre.

Se paró un momento y miró a la audiencia. Todas las miradas, incluidas las del

maestre Jacomé y el Príncipe, se dirigían hacia él, siguiendo cada palabra que decía.

—Con la corteza de este árbol de Fu-Sang, las gentes del Este empezaron a preparar tejidos como el lino que usaban para vestirse. No tenían armas ni guerras, ni construían fortificaciones de ningún tipo. Tampoco valoraban la plata y el oro como lo hacemos nosotros, ni siquiera el cobre, y la tierra no contenía hierro. Usaban a los hombres como bestias de carga y hacían grasas de la leche de cierva. Era una tierra hermosa, según el monje Hoei Shin, donde la gente era amable y el sol era templado.

—¿Cuánto fue hacia el Este el monje para llegar hasta allí? —preguntó el maestre Jacomé.

—No me lo dijeron, pero fueron muchos días navegando en un mar en calma y con viento a favor.

—Si creemos las teorías de Ptolomeo —dijo el Príncipe pensativo—, la Tierra no es tan grande como para eso. El monje debió de llegar a las costas de Europa navegando hacia el Este desde Cipangu, sin necesidad de recorrer una gran distancia.

El maestre Jacomé lo miró un momento.

—Las ideas que tenía Ptolomeo sobre el tamaño del mundo han sido aceptadas por muchos de los mejores cartógrafos y geógrafos durante cien años, señor Bianco.

—Me temo que cualquier conocimiento que no se haya podido desarrollar en cien años debe de tener algún error de base, señor —observó Andrea.

Se escucharon algunas risas, y esperó a que se calmaran.

—Ptolomeo también afirmó que las aguas de la región equinoccial estaban continuamente en ebullición debido al calor del sol. Si esto fuera así, el agua debería estar considerablemente más caliente conforme vamos hacia el sur, con una temperatura que incomode a los ocupantes de los barcos mucho antes de llegar a dicha región. ¿Alguno de sus capitanes ha comprobado alguna vez algo así?

—No.

—Si Ptolomeo se equivocaba en esto, también pudo equivocarse en otros cálculos.

—¿Tenéis alguna otra prueba que demuestre que sus cálculos no eran correctos? —preguntó el príncipe Enrique.

—Creo que sí —dijo Andrea en confianza—. En Alejandría, antes de que muriera mi señor, leí algunas traducciones árabes de los escritos de los antiguos geógrafos griegos. Un libro en concreto mencionaba que Eratóstenes había medido el tamaño del mundo unos 200 años a. C.

El príncipe Enrique se inclinó hacia adelante, cada vez más intrigado.

—Hemos oído hablar de esto —dijo—. ¿Se describía el método usado por Eratóstenes?

—Sí. De acuerdo con lo que leí, aprendió de un viajante que durante el solsticio de verano durante el mes de junio el sol daba directamente en el centro de un pozo en

la ciudad de Syene<sup>[3]</sup> en Egipto. Eratóstenes tomó este dato para indicar que el sol brillaba directamente sobre esta ciudad durante el solsticio de verano. También creía que Alejandría y Syene estaban en línea directa de norte a sur, pasando a través de los polos de la Tierra. Al diseñar mis mapas pude comprobar que esto no era cierto, pero el error de Eratóstenes no era tan grande como para desviarlo demasiado en sus cálculos.

Andrea volvió a hacer una pausa y a mirar hacia la audiencia. Ante el interés que demostraban los presentes por su explicación no pudo evitar sentir una gran satisfacción y orgullo. Gracias a todo esto se había jugado aquella misma mañana (y había ganado) lo que más anhelaba, su libertad.

—Eratóstenes erigió un asta en el patio de un museo de Alejandría —continuó— usándolo como indicador para medir el ángulo que formaba su sombra el día del solsticio de verano. De este modo creía poder calcular la distancia del Sol, al brillar directamente sobre Alejandría el mismo día que sabía que brillaba directamente sobre la ciudad de Syene. Al medir el ángulo de la sombra del sol y usando los principios de geometría de Euclides, pudo establecer que el ángulo que formaba Syene al sur, el centro de la Tierra, y Alejandría en el norte, era la quinta parte de un círculo. Sabía la distancia que había entre Alejandría y Syene, y así pudo calcular la circunferencia de la Tierra en unos cuarenta mil kilómetros, como la conocemos nosotros.

Un murmullo de entusiasmo corrió entre los presentes. El príncipe Enrique sonrió e incluso el maestro Jacomé parecía estar contento.

—¿Qué pensáis de sus conclusiones? —preguntó.

—Por suerte estuve en Alejandría durante el solsticio de verano, y puse un asta rudimentaria para usar el principio de la sombra del disco solar y determinar su altura.

—¿Queríais decirnos cuáles fueron vuestras conclusiones?

—Mis cálculos concuerdan en gran medida con los de Eratóstenes —dijo Andrea—. Calculé la circunferencia de la Tierra en algunos kilómetros menos, pero la diferencia es insignificante.

—Entonces, ¿qué pensáis sobre la dimensión del globo que estableció Ptolomeo?

—El mundo tiene que ser aproximadamente un tercio mayor, en realidad —dijo categóricamente Andrea.

El príncipe Enrique miró al maestro Jacomé y se recostó en su asiento.

—Vos habéis viajado alrededor de la Tierra más que ningún otro hombre, señor Bianco —dijo—. A la luz de vuestros viajes y de vuestros cálculos, ¿cuál creéis que es el camino más corto para llegar a la India y a las Islas de las Especias? ¿Rodeando el globo hacia el oeste o hacia el este?

—Hacia el este —dijo Andrea con toda seguridad—. Hacia el oeste la distancia debería ser por lo menos del doble.

El Príncipe se relajó en su silla, sonriendo.

—Bien dicho —concordó—. Aquí, en Sagres, hemos llegado a una conclusión parecida con nuestros propios cálculos.

—Ya que estimáis que la India está más cerca por el este, señor Bianco —dijo el maestre Jacomé—, ¿qué camino tomaría para ir a aquellas tierras?

—El camino por tierra y mar es evidentemente el más corto —dijo Andrea—. Volví de la India por un camino bastante recto, por tres rutas que se cruzan entre ellas. Por mar viajamos desde China hasta el Mar Rojo y, después, hasta Alejandría. Por tierra viajamos desde Alejandría hacia Túnez como esclavo de los moros. Y, otra vez por mar, como esclavo del señor Di Perestrello desde el punto en que el barco corsario atacó la carabela Santa Paula. Pero esta ruta está cerrada por los turcos.

—Entonces, ¿cómo llegaríais hasta la India?

—Hacia el sureste, rodeando las costas africanas y atravesando el mar de la India, a no ser que África sea mucho mayor de lo que creo.

—¿Estáis seguro de que se pueda rodear África, señor? —preguntó el príncipe Enrique—. Muchos cartógrafos creen que no hay ninguna vía de paso hacia el sur y que el mar de la India está cerrado por tierras que no conocemos.

Andrea sonrió.

—Si es así es que no han viajado mucho hacia el este, Excelencia. Los árabes saben desde hace mil años, si no más, que se puede rodear África en barco.

—¿Estáis seguro de esto?

—Mi primer dueño era un hombre inteligente, bien educado y con un intenso interés por la geografía. Le oí decir, a él y a otros moros, que los barcos fenicios ya habían navegado en torno a África hace más de 1.500 años.

—¿Y el país del Preste Juan? ¿Sabéis algo de él?

Andrea negó con la cabeza.

—He oído hablar del Preste Juan, Excelencia, pero eso es todo.

La historia de un gobernante, que se creía ser un monarca cristiano de algún país de Oriente, situado probablemente en algún lugar de las costas africanas, salía a relucir en todas las conversaciones sobre África y las tierras del Lejano Oriente. Según cuenta la leyenda, el Preste Juan había sido uno de los monarcas más ricos del mundo, con otros setenta y dos reyes que le rendían pleitesía, un ilustre bastión cristiano que luchaba contra la oleada del Islam, que surgía hacia el Oeste, a pesar de la expulsión de los moros de España. El reino del Preste Juan, se decía además, no conocía la guerra ni la codicia, porque no había nadie que tuviera propiedades personales y, por lo tanto, no existía la pobreza.

El príncipe Enrique estaba evidentemente decepcionado por la respuesta.

—Esperaba que pudierais traernos noticias concretas de este gobernante cristiano —admitió.

—Se oyen historias sobre el Preste Juan por todo Oriente —dijo Andrea—, pero nunca he conocido a nadie que lo haya visto en realidad o que haya estado en su reino.

—En verdad, señor Bianco —dijo el Infante, asombrado—, habéis sido muy afortunado al tener la oportunidad de viajar más que ningún otro mortal.

—Me consideraría más afortunado aún, Excelencia, si me permitiérais formar parte de vuestra compañía de caballeros y me diérais la posibilidad de diseñar nuevos mapas con los descubrimientos que he podido hacer en mis viajes.

—Es nuestra costumbre admitir temporalmente a todo aquel que muestre aptitudes para ayudarnos —dijo el Infante—. Si demostráis tenerlas, os admitimos como miembro permanente de nuestra compañía. El maestro Jacomé os asignará un puesto entre nuestro grupo de cartógrafos.

—Con vuestro permiso —dijo Andrea—, quisiera colaborar también en otro campo.

—¡Ah!, ¿sí? Y, ¿en cuál sería?

—En el campo de la navegación, Excelencia. Creo que podría adaptar algunas de las cosas que aprendí de los navegantes de los mares del este para conseguir que todo navío pueda regresar a casa desde cualquier punto del mundo.

Un murmullo de asombro se elevó entre la multitud. El maestro Jacomé se inclinó hacia el príncipe, y hablaron en voz baja un momento. Entonces el Infante asintió con la cabeza y se levantó, indicando que la asamblea había terminado.

—El maestro Jacomé se encargará de ayudaros —le aseguró a Andrea—. Esperamos oíros hablar más sobre esto en otro momento.

Fray Mauro estaba esperándolo, radiante, en la puerta de la sala.

—Me alegro de que seáis libre, hijo mío —dijo el franciscano—. Más de lo que puedo expresar con palabras.

—*Eccolo!* —exclamó Andrea—. Después de cinco años con grilletes, sentiré desnudos los tobillos y las muñecas.

—El maestro Jacomé me pidió que os llevara a su residencia —le dijo fray Mauro—. Está organizando una comida para nosotros.

Andrea estaba demasiado contento como para decir que no a nada. Se encaminó a la pequeña residencia del centro de la ciudad con el fraile regordete y allí encontró al viejo cartógrafo, que estaba dando las órdenes oportunas a los sirvientes para que prepararan la comida, a base de pan negro, carne fría y cerveza. Se sentaron a la mesa y comieron en silencio. Cuando por fin se sació, Andrea bebió un trago de cerveza y se reclinó en su silla.

—*Vediamo!* Mi buen señor —dijo sonriendo sarcásticamente—, me habéis interrogado como un verdadero inquisidor esta mañana.

—Y me habéis contestado como un hombre honrado, algo bastante inusual para

un inquisidor. Espero que no os indignéis por esto, joven, pero la mayoría de las cosas que nos habéis contado esta mañana ya las sabíamos. Sin embargo, lo que más ha impresionado al Príncipe ha sido el modo en que habéis verificado los cálculos de Eratóstenes. Mucha gente los habría aceptado sin ponerlos en duda, como muchos cartógrafos aceptan los principios de Ptolomeo. Nuestra regla, aquí en Sagres, es no aceptar nada que no hayamos comprobado por nosotros mismos.

—Si es tan poco interesante lo que os puedo contar —dijo Andrea—, ¿por qué me habéis llamado para seguir hablando?

El viejo cartógrafo le lanzó una mirada penetrante.

—Sois un hombre que no se anda con rodeos, y ésta es una cualidad que siempre he admirado —cambió de tema—. ¿Qué pruebas tenéis para afirmar que vuestro hermanastro haya preparado el ataque a la galera en la que viajabais hace ocho años?

—No tengo ninguna prueba concreta —admitió Andrea—, pero el capitán del barco corsario me llamó por mi nombre. Estaba a punto de matarme cuando el rais encargado de las galeras dijo que pagarían un buen precio por mí en el mercado de esclavos.

—Esto podría significar algo —admitió el maestro Jacomé—, o nada. El capitán de vuestro barco sin duda tendría una lista con todos los pasajeros, y puede que el nombre Bianco le resultara familiar al pirata.

—También oí decir a la tripulación que poco tiempo antes había estado en Venecia. Si Mattei quería librarse de mí y quedarse con los negocios de la familia, éste sería un modo lógico de hacerlo.

—¿La nave en la que viajabais era de vuestra propiedad?

—No —Se paró un momento a pensar, y después siguió hablando agitadamente—. Ahora me acuerdo. Mattei me sugirió que tomara una galera que se dirigía a Trebisonda, e incluso me consiguió un pasaje. Yo tenía pensado ir sólo a Constantinopla, pero me entusiasmó la idea de ir a Trebisonda cuando me dijeron que este barco llegaría tan lejos. Era de una compañía de judíos, mercaderes de Venecia. Mattei debió de prepararlo todo.

—Todo esto que decís parece indicar algo —admitió el maestro Jacomé.

Andrea abrió y cerraba las manos con fuerza.

—Algún día lo cogeré por el cuello y sabremos cuál es la verdad. Podéis contar con ello.

—El método de navegación del que hablasteis, ¿de qué se trata?

Andrea sonrió irónicamente.

—No tengo intención de contarlo, mi buen señor, sin que se me pague por ello.

—Seguro que el Infante te pagaría si yo le digo que es interesante.

—Alguien me pagará de todas formas —dijo Andrea seguro de sí mismo—. Incluso Venecia.

—¡Venecia! ¿Por qué?

—La prosperidad de *La Serenissima* depende del comercio con la India y China, y los turcos amenazan con bloquear tales relaciones comerciales. Ya se ha vuelto carísimo llevar los bienes desde el Este, por el tributo que exigen Trebisonda, Constantinopla, Antioquía y los turcos, a lo largo de toda la costa de dominio árabe. Cuando la mercancía llega por fin a Venecia, ya desde antes de descargarla, el beneficio que de ella se podría obtener prácticamente se ha esfumado. Los mercaderes se ven obligados a llegar a un acuerdo con los turcos, por lo que le sacan todavía menos beneficio a sus bienes, a menos que se descubra un nuevo camino a la India por mar, lo que significaría rodear las costas de África.

—Es el mismo problema de Florencia y Génova —señaló fray Mauro.

—Todas ellas están en la misma situación —concordó Andrea—. Quienquiera que descubra una nueva ruta hacia la India y China que no puedan bloquear los turcos, se convertirá rápidamente en la ciudad más rica del mundo, al tiempo que controlará el Mediterráneo. Con todo esto en juego, estarán dispuestos a ofrecer grandes sumas.

—Lo mismo puede decirse de Portugal —le recordó el maestre Jacomé—, excepto que nosotros no somos tan ricos como ellos.

—Cierto. Pero vuestro Príncipe ya ha empezado a realizar expediciones en este sentido, y no puede permitirse el lujo de dejar que nadie se le adelante.

—Admitiendo que vuestro secreto sea tan interesante como decís —dijo el maestre Jacomé—, lo que vos pretendéis es que nuestro Príncipe compre el caballo sin haberle mirado antes los dientes. Después de todo, nuestros navegantes tienen mucha experiencia. Hemos mejorado tanto el cuadrante como el astrolabio.

—El método que yo propongo es mucho más sencillo.

—¿Incluso más que los instrumentos de Levi Ben Gershon?

Andrea conocía bastante bien la ballestilla (o Báculo de Jacob), que usaban los navegadores desde hacía más de un siglo para medir el ángulo que formaban el Sol o la Estrella del Norte con el horizonte. Consistía en un eje sobre el cual se deslizaba un asta vertical en ángulo recto. Cuando este instrumento apuntaba hacia la Estrella del Norte o hacia el Sol, el asta vertical se podía correr hacia atrás o hacia adelante frente al centro de la base hasta que ambos extremos se unieran, estableciendo la distancia entre el horizonte y el punto que se estaba observando. Se podía medir, entonces, el ángulo formado por el asta y el extremo del eje más cercano al centro de la base, y calcular así el ángulo de elevación de la estrella o, en su caso, del Sol sobre el horizonte.

El pesado astrolabio de metal y su antecesor, el cuadrante, eran bastante precisos, pero presentaban algunos problemas cuando la nave estaba en movimiento, por lo que en mitad de una tormenta resultaba difícil calcular la altura de la Estrella del Norte,

que era en lo que se basaba la navegación de la época.

Aunque su precisión fuera menor, a un navegador con experiencia le resultaba mucho más cómodo el Báculo de Jacob para establecer el ángulo de la Estrella Polar. Sin embargo, todos estos métodos de navegación requerían muchos ajustes. No era fácil usarlo cuando, en mitad de una tormenta, la Estrella Polar apenas se divisaba. Aunque existía un segundo modo de determinar la latitud mediante la altura del Sol, eran pocos los navegantes que lo conocían.

—Mi método es más fácil de usar que el Báculo de Jacob —le aseguró Andrea al maestro Jacomé—, y es más exacto. Además —añadió—, vuestros marineros se sentirían más tranquilos si tuvieran un instrumento que les garantizara encontrar el camino de vuelta a casa.

El maestro Jacomé bebió un sorbo de vino pensativo, antes de volver a hablar.

—Un hombre de Florencia, llamado Toscanelli, afirma que se puede llegar a la India navegando hacia el Oeste —dijo—. ¿Qué opináis sobre esto?

—Que es posible, si no hubiera ninguna masa de tierra en los mares del Oeste y, sobre todo, si la nave pudiera pararse a tomar agua y suministros en la isla de la Antilia.

—¿Creéis que tal isla existe?

—Esa u otra. Estoy seguro de que una masa de tierra separa Europa de la India, pero no sé cuál es su tamaño.

El viejo cartógrafo le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Es ésta otra de vuestras conjeturas, señor Bianco?

Andrea no tenía ninguna duda de que el maestro Jacomé referiría al Príncipe fielmente todo lo que le contara, y no veía ninguna razón para no hablarle sobre su convicción de que existían tierras deshabitadas al oeste de Europa. Es más, puede que así consiguiera despertar la curiosidad del Príncipe, que quizás utilizaría el instrumento que él le propondría, obteniendo una buena recompensa por ello.

—¿Habéis oído hablar de los viajes que se han hecho a Thule y Groenlandia? —le preguntó.

—Por supuesto. Los obispos de Groenlandia han rendido pleitesía a Roma durante siglos.

—Entonces tenéis que saber, también, que Eric El Rojo y su hijo Leif llegaron a unas tierras que ellos llamaron la “Tierra del Vino”.

—Eric Vallarte ha conseguido información de los habitantes de aquellas tierras para nosotros —le confirmó el maestro Jacomé.

—Sin embargo, apostaría a que no tenéis información sobre el viaje de los hermanos Zeno, de Venecia. Ni sobre el mapa que diseñaron.

—Pues yo apostaría a que conozco todos los mapas que se hayan diseñado alguna vez del mar del Oeste —dijo el maestro Jacomé—, pero de éste nunca he oído hablar.

—Está escondido en la caja fuerte de la familia Zeno en Venecia —le explicó Andrea—, pero yo lo vi una vez, por casualidad, hace años, y me acuerdo perfectamente.

—¿Podrías reproducirlo?

—Creo que sí, si me compensara.

—¿Vuestro precio?

—Ha de determinarse.

El maestro Jacomé se ruborizó.

—Apuntáis alto para ser un hombre que hace algunas horas era un esclavo, señor Bianco.

Andrea sonrió.

—Pero pensad en lo lejos que he llegado desde entonces.

## V

Cuando dejó la casa del maestro Jacomé, Andrea volvió hacia el promontorio de Sagres, que se extendía hacia el océano formando el cabo que le daba su nombre. Un camino iba entre las dunas hasta la punta del promontorio. Más allá de este punto no había nada, a menos que no se bajara a la playa y se caminara hacia el mar.

El día era cálido, con una brisa ligera que ensordecía el rumor de las olas cuando rompían contra la arena. Andrea se sentó a escucharlo, pensativo, en el punto más alto de la duna, apoyado contra un árbol. Tras de sí la gente del pueblo se preparaba para la fiesta de la noche, en la que todos participaban. Las voces le llegaban de vez en cuando a través de las dunas.

Andrea pensó ir a la fiesta más tarde. Por el momento necesitaba pensar sobre el rumbo que habían tomado las cosas aquella mañana y adónde podía llevarle la nueva situación. Había elegido el mejor sitio para una meditación como la suya, ante el mar infinito que se extendía hacia el horizonte por el oeste y el ritmo de las olas que rompían en la playa.

Por primera vez, con la inmensidad del mar ante él, se sintió libre. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo cuando pensó que ahora era tan libre como los pájaros del mar que se lanzaban en picado sobre las olas, volviendo hacia el cielo resplandecientes como la plata bajo los rayos del sol. Como uno de ellos, ahora podía ir donde quisiera, salvo a Venecia. Excepto Angelita, ya nada lo atraía de aquella ciudad.

Allí sentado, empezó a pensar en lo que había dicho el maestro Jacomé sobre el geógrafo Toscanelli, que, según él, se podía llegar a la India por mar navegando hacia el oeste. Si el diámetro de la Tierra fuera de verdad de 30.000 kilómetros (como creía el geógrafo griego Ptolomeo y muchos otros cartógrafos), sería mejor navegar hacia el oeste por una nueva ruta en vez de rodear toda África, como estaban intentando hacer las naves del príncipe Enrique, sin saber realmente lo que les deparaban las vastas regiones de aquellas misteriosas tierras del sur.

Algunos cartógrafos ya tenían una idea general de la forma encrespada del continente africano, gracias a las caravanas de esclavos negros que llevaban los moros a los puertos europeos. Se decía que la parte occidental del Nilo llegaba hasta allí. Una caudalosa corriente que fluía hacia el mar del oeste desde un manantial lejano, al sur de las ciudades de Egipto, por donde un día los barcos podrían atravesar toda África.

Se contaban historias sobre grandes imperios del sur de África, con sus minas fabulosas de oro y plata, maderas preciosas y otros bienes de valor incalculable. Aunque algunos geógrafos tenían una idea de la forma y extensión de África, nadie cuestionaba las riquezas que allí se encontrarían, o de que los cristianos pudieran o

debieran arrebatárselas al Islam.

Pero Ptolomeo tenía que equivocarse, pensaba Andrea mientras hacía dibujos sobre la arena distraídamente con un palo. Según sus cálculos el mundo era más grande de lo que pensaba el geógrafo griego, por lo menos un tercio más grande. Y si se tenían en cuenta los viajes de los hermanos Zeno y el del monje Hoei Shin hacia Oriente, una considerable masa de tierra, mucho más grande que la Antilia o las otras islas legendarias que Andrea había incluido en su mapa del mundo, debía de separar Europa de la India.

A Andrea no le cabía la menor duda sobre la existencia de la Antilia. Todos los cartógrafos que conocía estaban de acuerdo, por lo que en un pasado lejano los hombres de Europa la debían de haber visto. De hecho, su existencia estaba tan clara en la mente de Andrea como la de las islas de Groenlandia o la Tierra del Vino de los vikingos.

En Groenlandia se habían creado aldeas y consagrado obispos. Los escandinavos habían navegado hasta allí durante cientos de años. Los viajes de Eric El Rojo y su hijo Leif parecían demostrar también la existencia de la Tierra del Vino, que describieron como un país cálido y bello del suroeste de Groenlandia donde la fruta crecía en abundancia, y que estaba habitado por gente salvaje que iba desnuda casi todo el tiempo y que se resistía enérgicamente a que sus tierras les fueran usurpadas.

Ensimismado en sus pensamientos, Andrea no escuchó unos pasos que se le acercaban por la arena hasta que oyó un discreto carraspeo detrás de él. Se dio la vuelta rápidamente, preparándose para protegerse con las manos, ya que estaba desarmado. Entonces reconoció al otro hombre, y dejó caer los brazos.

Era Alvise de Cadamosto, el capitán del barco veneciano que lo había identificado públicamente aquella mañana.

—Mil perdones, señor Bianco —dijo Cadamosto en italiano—. No pretendía asustaros.

Andrea sonrió.

—Aún recuerdo vivamente los látigos de los rais y tiendo a tomar una actitud de defensa en cuanto noto el más mínimo ruido, señor Cadamosto.

—Dentro de una hora salgo para Lagos para unirme a mi tripulación —explicó el capitán—. Quería hablar con vos antes de partir y fray Mauro me dijo que os había visto seguir este camino.

—Os busqué esta mañana después de la audiencia —le dijo Andrea—, pero eran demasiados los que se acercaron para hablar conmigo y no tuve la oportunidad de agradecerlos correctamente lo que habéis hecho por mí.

—No ha sido nada —una sonrisa endulzaba el rostro enjuto de Cadamosto—. ¿Habéis decidido lo que vais a hacer ahora?

—Me llevará un poco de tiempo darme cuenta de que soy libre de verdad —

admitió Andrea—. Además, me interesa mucho Villa do Infante.

—Os entiendo muy bien. El Infante me ha pedido que me una a su grupo, aunque sólo sea como capitán.

—¿Aceptaréis?

—Antes tengo que volver a Venecia. Mientras tanto, lo pensaré. Mi barco pertenece a la familia de los Medici. Ellos tienen intereses en muchos sitios y comercian con los puertos más importantes —lanzó a Andrea una mirada penetrante—. Uno puede llegar muy lejos al servicio de los Medici. No se puede despreciar una oportunidad así fácilmente.

—¿Por qué me decís todo esto?

—Estoy interesado en el método de navegación del que hablasteis esta mañana. Quien lo posea será el señor de los mares.

—Puede ser —concordó Andrea, preguntándose dónde lo llevaría esta conversación.

—Cuando llegue a Florencia, camino de Venecia —continuó Cadamosto—, les contaré a mis señores, naturalmente, que vos poseéis este nuevo método. Con toda seguridad vuestro hermanastro Mattei oirá hablar de ello.

—No tengo ninguna obligación ante él —dijo Andrea cortante—. Intentó que me sentenciaran a muerte bajo una falsa acusación de asesinato.

—El señor Mattei raramente deja que algo se interponga en su camino —convino Cadamosto—, pero ahora que poseéis un conocimiento tan valioso para la compañía con la que está asociado, estoy seguro de que se dará cuenta del error de sus acciones y lo arreglará todo para que desaparezca vuestro expediente del libro de registros del tribunal.

Era una idea excitante, que lo llevó a otra aún mejor.

—¿Podríais hacer algo por mí, ahora que vais a Venecia? —le preguntó Andrea.

—Por supuesto, señor. Lo que deseáis.

—La señora Angelita, esposa de mi hermanastro, era mi prometida. Decidle que estoy vivo y que aún la amo.

Los ojos del veneciano resplandecieron.

—¡Ah! ¡Una historia de amor! Podéis estar seguro de que se lo diré, y nadie más lo sabrá —Cadamosto le extendió una mano—. *Arrivederci*, señor. Este nuevo método de navegación hará que comience una nueva época para vos, si es como afirmáis.

—Sí que lo es —le aseguró Andrea—. Tenéis mi palabra.

—Entonces, cuidadlo bien. El camino a las Indias es tan valioso, ahora que los turcos lo han bloqueado, que muchos hombres matarían por obtener vuestro secreto o simplemente para que no caiga en manos de otros comerciantes que consideren enemigos. Como capitán de una galera de los Medici estoy obligado a contarles lo

que sé —sonrió—. Y porque obtendré una buena suma de dinero por ello. Pero tened cuidado, señor Bianco. No vendáis lo que tenéis a bajo precio, y guardad el secreto como vuestra vida hasta que lo hagáis. La propia vida podría ser el precio de saber más que el resto de los hombres.

## VI

La fiesta en honor del regreso del príncipe Enrique estaba en pleno apogeo cuando Andrea dejó la habitación que compartía, ahora que ya no era un esclavo, con fray Mauro en la casa del señor Di Perestrello. Como Eric Vallarte era más o menos de su estatura y corpulencia, le prestó algunas ropas decentes hasta que se pudieran hacer algunas de su talla.

Su traje consistía en una túnica y mallas negras. Como la noche era cálida, no necesitaba capa. El sombrero bajo de terciopelo también era negro, del mismo color del pelo y la barba, bien recortados, pero no llevaba joyas porque no tenía ninguna. Incluso disfrazado, como iban todos, no pasaba desapercibido en la fiesta, debido a su físico espléndido y a su porte elegante.

A los festejos habían ido todos los habitantes de Villa do Infante y muchos de Lagos (o al menos eso parecía). Los súbditos del príncipe Enrique tenían todos los motivos para estar contentos, porque su príncipe era amable y generoso, y pagaba bien a los que lo servían. Incluso el más humilde de los carpinteros de las carabelas que se construían constantemente en Lagos tenía suficiente para comer y hasta para comprarse una botella de vino de vez en cuando.

Aquella noche el chambelán del Príncipe había llevado toneles de vino para la fiesta, y con los platos tan ricos que habían preparado las mujeres del pueblo y un buey que había donado el Príncipe y que había estado asándose durante las últimas doce horas, tenían comida en abundancia para todos.

Se habían colocado luces por todas las calles que rodeaban la plaza principal. Había *laça-se-confetti* y *serpentine* por todas partes, y los edificios se habían decorado con serpentinas de colores que ondeaban con el viento. Todos iban disfrazados y algunos llevaban trajes de fantasía. Dragones, arlequines, bufones, soldados fanfarrones y señoras campesinas bien entradas en carnes, se mezclaban con señoras estupendas con pelucas empolvadas y vestidos carísimos y elegantes caballeros.

Andrea cenó abundantemente. Buey asado bañado en un buen vino tinto. Una señora de mirada centelleante le ofreció un pastel, y con una risilla nerviosa, aceptó un beso a cambio. Una sensación de gran satisfacción y bienestar lo invadió mientras caminaba por la plaza donde los músicos estaban tocando para el baile.

Buscó a doña Leonor para darle las gracias por lo generoso que había sido su padre al concederle la libertad cuando el príncipe Enrique por fin aceptó su verdadera identidad, pero había tantas chicas jóvenes morenas y ojos sonrientes escondidos tras las máscaras que pronto se sintió perdido, sin esperanzas de poder reconocerla. Cuando una chica alta y delgada vestida de lechera lo tomó entre las manos y lo empujó hacia la zona de baile, no pudo resistirse.

La música tenía un ritmo estimulante y Andrea se encontró libre de cualquier tipo de reserva o timidez que le hubieran podido producir todos aquellos años de esclavitud. Se unió a la exuberancia del baile cuando formaron un círculo y comenzaron a intercambiarse las parejas cuando lo marcaban los músicos. La noche era cálida, y el vino corría libremente, y al final de uno de los bailes se encontró ante una joven morena que bailaba con la gracia de una cierva juguetona. Una máscara de encaje le cubría completamente la cara, dejando al descubierto sólo unos preciosos ojos negros.

—¿Me permitís que os ofrezca algo de beber, señorita? —le dijo galantemente—. He probado el vino de aquel barril del fondo y puedo asegurar su calidad.

Ella lo tomó por el brazo y se encaminaron hacia él a través de la multitud. Andrea esperaba que aquella joven fuera doña Leonor, pero no podía estar seguro. El barril estaba en una zona poco iluminada y, cuando estaba sirviendo los vasos, sus miradas se cruzaron en la oscuridad, con un brillo de diablura, y Andrea se sorprendió a sí mismo pensando qué pasaría si levantase la máscara de la chica y besara los labios rojos que escondía.

En un momento de arrojo, puso los brazos alrededor del pecho de la joven, que no opuso resistencia cuando la atrajo hacia él en las sombras ni cuando dejó el vaso de vino y la abrazó. Cuando levantó la máscara encontró unos labios tan deseosos de un beso como los suyos, por lo que pensó que no podía tratarse de doña Leonor, ya que la conocía lo suficiente como para saber que ella no concedería un beso a un desconocido, ni siquiera oculta bajo una máscara.

—¡Qué galantería! —dijo una voz indignada tras él, que reconoció enseguida—. Así que el esclavo imita a sus señores.

Andrea soltó a la chica, que se rió nerviosa y escapó entre las sombras, dejándolo a solas ante la mirada furiosa de doña Leonor.

—Ya no soy un esclavo, señora —dijo, enfadado porque lo había pillado *in flagrante delicto*—. ¿O no habéis sido informada?

—¿Quién os ha dado la libertad?

—El Infante, y vuestro padre.

—¿Os da esto permiso para besar a cualquier chica que esté lo bastante borracha como para permitirlo? —le preguntó ofendida.

—¿Estáis enfadada porque habéis perdido a un esclavo, señora? ¿O porque he besado a una chica?

La joven se irguió.

—Siendo libre, no tenéis ningún tipo de obligación para conmigo o con mi padre. Podéis besar a quien deseéis.

Era guapísima, incluso más cuando se enfadaba. El beso que había interrumpido había sido un impulso del momento, nada más, debido sobre todo al ambiente de

aquella noche: la fiesta, el vino y, sobre todo, la sensación de libertad. Pero el besar a la chica que tenía ante él... sólo la idea bastaba para llevar a un hombre a la acción.

—Os diré la verdad, señora —le dijo impulsivamente—. Cuando la besé, creía que erais vos.

Vio como la joven se ponía rígida. Después se le acercó y le dio una bofetada. Esto lo sorprendió, pero consiguió cogerle de la mano antes de que se fuera.

—Ahora soy libre, *madonna mia* —le dijo enfadado—. Libre de besar a quien quiera, incluso a vos.

Antes de que pudiera escapar la atrajo hacia él y la besó. Sorprendida, se quedó entre sus brazos con los labios tiernos contra los suyos. Entonces a Andrea le pareció que la chica se ponía rígida y notó un repentino pinchazo de dolor en los labios mientras lo mordía. La empujó y se llevó la mano a los labios, donde la sangre ya comenzaba a gotear.

—¡Sois un diablo! —dijo boquiabierto.

Ella lo miraba con los ojos de par en par y, en la luz tenue de la luna pudo ver que estaba completamente pálida. Se tambaleó un poco, aunque Andrea no sabía si por la impresión que le había causado el beso, o por indignación. En sus ojos había una extraña mirada de incredulidad, casi de miedo, y pensó que la chica estaba a punto de desmayarse.

—Mi sangre no os envenenará —dijo con un gruñido, poniéndose un pañuelo sobre los labios mientras los presionaba ligeramente—. Si es esto lo que os turba.

Sofocó un grito, que pareció casi un sollozo, se volvió y escapó en la oscuridad. Andrea se quedó un momento donde estaba, con el pañuelo sobre los labios hasta que dejaran de sangrar. Después, sin cruzar la plaza donde el baile estaba procediendo con toda animación, se encaminó dando un rodeo hacia la casa de don Bartholomeu.

Cuando entró, fray Mauro estaba preparándose la cama.

—Se os ve increíblemente apuesto esta noche, amigo mío —le dijo admirado—. Me sorprende que hayáis dejado la fiesta tan pronto.

Andrea se encogió de hombros.

—Ya no me interesaba seguir allí.

El franciscano le vio los labios.

—¿Os habéis peleado?

Sin querer Andrea se llevó la mano a los labios, después la dejó caer y empezó a cambiarse sin decir nada.

—Una chica me ha mordido —dijo Andrea furioso.

—¿De verdad?

—Ha sido doña Leonor, si es que queréis saberlo. La besé y ella me mordió.

—Os lo deberíais haber esperado —dijo el fraile, cortante—. Doña Leonor no es el tipo de joven a la que cualquiera pueda asaltar así como así.

—Ahora lo sé —admitió Andrea—. Lo debería haber imaginado —sonrió burlonamente—, pero es realmente una chica con personalidad.

—Es una joven excelente, que tiene más integridad en el dedo meñique de cuanto puedan tener las demás mujeres en todo el cuerpo.

Andrea se rió.

—En sus brazos, en la oscuridad, un hombre quiere algo más que integridad, hermano. Hay otras cosas que son más importantes en ese momento, y nuestra bella Leonor tiene todas ellas.

Fray Mauro cambió de tema.

—Don Alfonso Lancarote ha estado preguntando por vos esta noche.

—No lo conozco.

—Durante varios meses ha estado insistiéndole al Príncipe para que le diera el permiso de navegar hacia el sur, pero no se lo ha querido conceder.

—¿Por qué? ¿Si lo que quiere es explorar las costas africanas?

—Yo creo que el problema es que don Alfonso lo que quiere es ir a buscar esclavos.

—¿Y cuál es el problema?

—Vos habéis sido un esclavo. Deberíais saberlo.

Andrea frunció el ceño mientras se quitaba la túnica. Nunca había pensado en los esclavos negros o en los moros que trabajaban con él en las galeras como personas con los mismos sentimientos y sensibilidad que él, personas con su misma ansia de libertad.

—¿No es bueno traer a los negros u otros paganos para que conozcan a Nuestro Señor y obtengan la salvación? —preguntó.

—Sin duda —aceptó fray Mauro—. Yo mismo he usado este argumento en favor de don Alfonso y su expedición. El príncipe Enrique se sentía conmovido por ello, pero cree que el encontrar un camino por Oriente hacia la India es más importante. Además, cree que si lo que buscan los barcos son esclavos, nunca irán más allá del primer sitio donde los encuentren.

—¿Por qué están tan convencidos el príncipe Enrique y el señor Lancarote de que podrán capturar tantos esclavos en las costas africanas?

—Hace algunos años, en 1441 —le explicó el franciscano—, Antão Gonçalves y Nuno Tristão fueron con dos carabelas al Río del Oro, al sur del Cabo Bojador. Gonçalves desembarcó y siguió un camino de camellos hacia el interior. Capturó a diez beduinos, incluido su jefe Adahu. El jefe había viajado hacia el interior del continente y le dijo que allí había una ciudad llamada Tombuctú, al lado de un gran río, donde había visto trescientos camellos cargados con polvo de oro que se dirigían hacia las tierras del sur.

—¡Dios! ¡Qué buen precio se podría obtener! ¿Y dijo dónde se encontraban las

minas?

Fray Mauro negó con la cabeza.

—Según Adahu el oro se canjea por sal de los negros de Guinea en las orillas del gran desierto. Los que hacen el trueque nunca se ven las caras. Ellos dejan las pilas de sal en el lugar establecido, y cuando ya han dejado suficiente, llega un buen día en que ya no están allí, y en su lugar encuentran una pila de oro. Así se completa la transacción, y nadie actúa con engaño.

—Y después, ¿qué pasa con el oro?

—Lo llevan en caravana a la ciudad de Tombuctú y luego a Túnez y Trípoli. Después me imagino que una parte llegará también a Alejandría.

—¿Dijo dónde termina el desierto?

—Según Adahu se extiende hasta Guinea, donde los negros viven en un país tan fértil y verde que un hombre apenas puede atravesarlo. Usan los ríos para moverse a través de la región, en pequeñas embarcaciones largas y puntiagudas, hechas de juncos y madera. Las aguas están llenas de serpientes gigantes, de piel durísima, con unas fauces capaces de romper en dos pedazos la pierna de un hombre.

Andrea sonrió.

—Yo las he visto, en el Nilo. Los egipcios las llaman cocodrilos.

—El príncipe Enrique está ansioso por encontrar el río que lleva a esta ciudad de Tombuctú —continuó fray Mauro—. Está convencido de que debe de tratarse de la parte occidental del Nilo, que lo llevará al reino del Preste Juan.

—¿Por qué no manda una expedición? Debería de ser beneficioso.

—Si el beneficio fuera lo único que tuviera que considerar, estoy seguro de que lo haría —concordó el fraile—. Después de todo, el príncipe Enrique se queda con un quinto de lo que se ganara en un viaje así.

—¿Y por qué duda el señor Lancarote, con cuatro quintos para él?

—A los marineros les da miedo ir demasiado al sur a lo largo de la costa.

—¿Por qué? —Después de la distancia que Andrea había recorrido por mar a lo largo de las costas de China e India y a través del inmenso océano hasta el Mar Rojo, esta distancia no era nada.

—En su último viaje, Antão Gonçalves fue hacia el sur hasta la punta llamada Cabo Blanco —dijo fray Mauro—. Allí encontró esqueletos descoloridos de hombres y animales, y se corrió la voz de que en aquellas tierras no había agua fresca que se pudiera beber. Los marineros temen que un barco que osara ir tan hacia el sur, nunca conseguiría volver.

—¿Lo acompañarían si estuvieran seguros de tener un método que les permitiera volver?

—Obviamente don Alfonso cree que sí, porque ha estado preguntado por el instrumento del que vos habéis hablado.

—¡Ajá! —exclamó Andrea—. Tendrá que pagar un buen precio por él.

—¿Se lo ofreceréis?

Andrea se encogió de hombros.

—Los moros me han enseñado a regatear, hermano. En esto son incluso mejores que los judíos. El señor Lancarote tendrá que venir a mí.

—Arriesgáis mucho.

—Bueno, mirad todo lo que he ganado arriesgando. Primero mi libertad, y ahora la oportunidad de hacerme rico. *Vediamo!* Estoy empezando a pensar que Andrea Bianco es el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

## VII

Al día siguiente llegó un mensajero, con una petición de don Lancarote, por la que Andrea debía esperarlo en su casa de Lagos. La residencia del capitán resultó ser una de las más lujosas de la ciudad. Condujeron a Andrea a una sala llena de tapices cuyos muebles demostraban gran gusto, al tiempo que riqueza. No llevaba esperando mucho tiempo cuando apareció un hombre de tez morena, cabellos oscuros, cara de halcón y ojos penetrantes.

—Señor Bianco —le dijo afablemente Lancarote—. Habéis sido muy amable al aceptar mi invitación.

—*Um prazer*, señor —le dijo Andrea, con la misma cordialidad.

—¿Un poco de vino? Es de la isla de Porto Santo y es muy bueno.

Andrea aceptó, y se bebió el vino paladeándolo.

—*Excelente* —aprobó—. Un vino así merece los gastos de un descubrimiento.

Lancarote le lanzó una mirada astuta.

—Siento mucho no haber podido oír ayer las historias sobre vuestros viajes —dijo—. Me han dicho que fue muy interesante.

—No le aconsejaría a nadie viajar en las circunstancias en que yo lo hice —dijo Andrea—, pero de este modo he podido visitar la parte del mundo que los turcos ya no permiten ver a los europeos.

—Una razón más para que descubramos rápidamente otra ruta hacia las Indias.

—Y explorar la costa de África —Andrea hablaba con naturalidad.

—Aún no hemos explorado las riquezas de aquellas tierras —concordó don Alfonso—. Puede que hayáis oído hablar del viaje que quisiera hacer por las costas de África, más allá del Cabo Blanco.

—Algo he oído —admitió Andrea. No acostumbraba a dar rodeos como éste, pero en este caso le pareció mejor que el otro hombre mostrara sus intenciones antes de hablar él.

—Quizá pueda interesarle hacer un viaje como éste, señor —sugirió don Alfonso con tono informal.

—No soy capitán de buque.

—Lagos tiene ya más capitanes de los que necesita. Lo que estaba pensando es si os interesaría acompañarme como cartógrafo, o navegante.

Andrea levantó las cejas.

—Aceptaría con placer una oportunidad como ésta —dijo Andrea—, siempre que me propiciara un buen beneficio.

Don Alfonso lo miró un poco perplejo.

—¿Beneficio, señor?

—Seguro que habéis oído hablar a vuestros compañeros que estuvieron ayer en la

audiencia sobre mi nuevo instrumento de navegación.

—Me lo han mencionado, sí —admitió Lancarote.

—Cuando se corra la voz de que cuento con un nuevo método que puede llevar de vuelta a casa a un barco desde cualquier punto del mundo, estoy seguro de que me llegarán muchas ofertas para trabajar como navegante. Por supuesto, tendré que elegir la que me resulte más ventajosa.

—Sois muy directo, señor.

—Es mi modo de ser —dijo firmemente Andrea—. El único modo para evitar malentendidos y controversias.

—Puede que tengáis razón —el portugués entrecruzó los dedos de las manos formando un pequeño cuenco y apoyó sobre ellos la barbilla—. ¿Habéis decidido ya la suma que deseáis obtener como beneficio de un viaje como éste?

—Sólo aproximadamente —admitió Andrea—, pero estoy dispuesto a escuchar cualquier oferta que vos tengáis a bien hacerme.

Otra vez era el turno de don Alfonso.

—¿Cómo es que estáis tan seguros de que os haría una oferta?

Andrea se encogió de hombros.

—Yo tengo algo que vos necesitáis desesperadamente para convencer a vuestros hombres de que naveguen con vos hacia aguas desconocidas, señor Lancarote. Hay mercado para todo, siempre que se encuentre comprador.

—¿Cuánto queréis por el instrumento?

—No se trata del instrumento —lo corrigió Andrea—. No tengo ninguna intención de venderlo.

—Entonces, ¿qué?

—Mis servicios como navegante de su flota, más la seguridad de volver a casa sanos y salvos.

Don Alfonso se levantó y fue hacia la ventana. Tenía las mejillas encendidas, y parecía evidente que no le estaba gustando la dirección que había tomado la conversación. En vez del esclavo fácil de convencer a cambio de una miseria que se esperaba, se encontraba ante un oponente cuya frialdad y astucia para regatear hasta lo superaban.

—¿Qué garantías puedo tener de que haréis como decís? —preguntó el capitán—. Nadie ha visto el instrumento del que habláis.

—Y nadie lo hará, hasta que yo esté preparado para enseñarlo —le dijo Andrea—, pero si no fuera capaz de hacer lo que aseguro, no arriesgaría mi propia vida en uno de sus barcos.

—Decidme cuál es vuestro precio, entonces —dijo don Alfonso, casi con cansancio, y Andrea supo que la batalla había terminado.

—Una centésima parte de los beneficios del viaje —dijo Andrea.

Don Alfonso parecía aliviado. Resultaba evidente que se esperaba un precio mucho más alto.

—Y una centésima parte de los beneficios del siguiente, si viajo con vos y he tenido éxito en el primero.

—Trato hecho —dijo el portugués, y le apretó la mano—. No os arrepentiréis de esto, señor Bianco, podéis estar seguro.

—Estoy seguro —confirmó Andrea—. ¿Redactará un acta notarial con el acuerdo, o debería hacerlo yo?

—Pensaba que la palabra de caballeros bastaría —dijo don Alfonso rígidamente—, pero mi notario redactará una enseguida, si insistís.

—Gracias, señor. ¿Cuándo zarpamos?

—En un mes aproximadamente. Tenemos que aprovisionar los barcos y designar la tripulación.

—Estaré preparado —prometió Andrea—. Claro que tendré que estar vivo para entonces —señaló Andrea.

Don Alfonso se rió.

—Sois un jugador, señor Bianco, creo que nos llevaremos bien. ¿Qué suma necesitáis como anticipo de vuestras ganancias?

—La que consideréis razonable —dijo Andrea educadamente.

Poco después dejó la casa de don Alfonso con una pesada bolsa de dinero colgada del cinturón. Ni él ni el capitán habían mencionado el verdadero objetivo del viaje: la captura de esclavos negros para venderlos allí, en Lagos, y en Lisboa, la capital, que estaba a unos ciento cincuenta kilómetros hacia el norte.

Andrea había rechazado la oferta de don Alfonso de prepararle un carruaje que lo llevara de vuelta a Villa do Infante, ya que había preferido quedarse un poco más en Lagos y así poder observar de cerca las actividades del puerto. Y en verdad, como pudo comprobar mientras caminaba a lo largo de la dársena, había actividades que deleitaban los ojos de cualquier interesado en el mar y en todos sus oficios. Los hombres estaban ocupados en los astilleros, tallando los armazones de las veloces carabelas por las que Portugal ya se estaba haciendo famoso, al tiempo que ajustaban las pesadas planchas de las cuadernas que conformaban el esqueleto de los grandes navíos en construcción.

Hasta principios de siglo los barcos del Mediterráneo se habían construido sólo para navegar hasta Inglaterra o Escocia, o a los cercanos puertos costeros de Francia u Holanda. Raramente se adentraban en el mar hasta una distancia que no pudiera alcanzar la costa a simple vista, y sólo transcurrían unas semanas hasta llegar al próximo puerto, donde poder volver a abastecer las naves con nuevas provisiones y agua dulce.

Cuando las naves del príncipe Enrique habían empezado a navegar mar adentro

para rodear el traicionero Cabo Bojador con sus encalladeros, se había hecho necesario construir otro tipo de barcos. Tenían que ser naves que pudieran transportar víveres suficientes y que pudieran soportar los temporales de los océanos, capaces de navegar a gran velocidad con el viento en calma y que fueran aptos para navegar de ceñida para poder seguir, incluso con viento contrario, el viaje de vuelta a casa.

Cuando las velas, considerablemente más eficaces, empezaron a sustituir a los remos, se consiguió la flexibilidad en el gobierno de los navíos utilizando el instrumental latino, con una gran vela triangular. Conforme los barcos iban siendo más grandes, hubo que añadir una segunda vela, además de otras cuadradas que a menudo se colocaban en ambos mástiles. Sin embargo, todo esto dificultaba en gran medida la capacidad de los barcos de navegar de ceñida, y cuando la latina se sustituía por la vela cuadrada del palo de mesana era difícil de timonear porque todo el área de navegación se concentraba en la popa. Se llegó a un equilibrio poniendo un tercer mástil frente al principal, donde se colocó una vela cuadrada. Esta distribución, además de unas líneas más ligeras y una mejora general en la construcción de los barcos, hizo famosas las veloces carabelas del príncipe Enrique, de tres mástiles, con el mástil de proa y el principal equipados con velas cuadradas, y una mesana a proa y a popa.

La carabela tomó su nombre del *carvel*, palabra que describía el modo en que se entablaban las cuadernas, con juntas ligeras entre las planchas en vez de los tablones que se solían usar en aquella época. En realidad se basaba en una nave mediterránea llamada “tarida”, adaptándola para soportar las características del Atlántico. Las nuevas naves tenían una cubierta alta a proa, apta para romper las aguas que encontrara a su paso, y una popa alta y estrecha que dotaba a la nave del espacio necesario para las provisiones. Otra modificación era la “carraca”, más ancha y profunda y, por lo tanto, mejor para el océano, capaz de pasar mucho tiempo en mar abierto.

Andrea se encontró a Eric Vallarte, que estaba siguiendo los progresos de la construcción de un hermoso tipo de carabela-carraca. El vikingo lo saludó efusivamente.

—¡Oh, señor Bianco! —le dijo—. ¿Cómo os sentís sin las cadenas?

—Como un alma que sale del infierno —dijo Andrea sobriamente—. ¿Qué estáis construyendo?

—Un nuevo tipo de carabela. Como podéis ver es más grande y profunda que nuestra pequeña Santa Paula.

—Podrá viajar lejos, aunque no tan veloz como los barcos más pequeños —dijo Andrea admirado.

Vallarte bajó el tono de voz.

—¿Tan lejos como para llegar a la Antilia? ¿O a la Tierra del Vino, quizás?

Andrea lo miró asombrado.

—¿Qué queréis decir?

Eric se encogió de hombros.

—Mis ancestros descubrieron la Tierra del Vino, así que, naturalmente, me gustaría conocerla.

—Pero el príncipe Enrique está buscando una ruta alternativa hacia las Indias rodeando la punta sur de África.

—Si es que la hay.

—¿Lo ponéis en duda?

Vallarte volvió a encogerse de hombros.

—Yo soy marinero, no cartógrafo, ni geógrafo. Los vikingos normalmente no cometemos el error de dar nada por supuesto. Si hay un camino alrededor de África, creo que las naves del Infante lo descubrirán. Y después, ¿qué?

—Con los monzones es más fácil navegar desde las costas orientales de África hasta la India o China, y volver.

—Vos habéis estado allí, así que lo sabréis —admitió Vallarte—, pero supongamos que África se extiende más allá del borde del mundo, como muchos creen. En ese caso sería mejor ir directos hacia el oeste y ver si hay un pasaje entre Groenlandia y la Tierra del Vino, o por alguna otra parte. Nosotros buscamos una ruta hacia las Indias por el este, sí —dijo señalando la curva línea del horizonte que se extendía hacia el oeste— pero también queremos saber lo que hay ahí fuera.

Andrea lo miró con ojos interrogantes.

—Imagino que no sois tan simple como me queréis hacer creer, Eric Vallarte —le dijo—. El mundo entero sabe en qué dirección se mueven los capitanes del príncipe Enrique. ¿Se trata de un viaje secreto?

Los ojos del capitán pelirrojo centellearon.

—¿Por qué debería ser un secreto si el señor Di Perestrello va a colonizar islas como las Azores en nombre del Infante? Si los mercaderes de Génova, Francia y Venecia creen que estamos buscando un camino hacia las Indias por el oeste, no lo negaré. Permitidles estar tan confusos como quieran estarlo.

—Y, mientras tanto, las flotas de África buscan una ruta más corta, ¿no es así?

Vallarte se encogió de hombros.

—Las flotas de África están siempre buscando. Después de todo los católicos creen que es una buena idea atraer moros y negros a su religión, aunque sea poniéndoles cadenas.

—¿Será éste el barco que lleve a don Bartholomeu a las Azores?

Eric Vallarte asintió con la cabeza.

—A él, a su familia y a algunos colonizadores. Si se demuestra que África es más grande de lo que cree el maestre Jacomé y los demás, y tenemos que buscar un

camino hacia el oeste, habrá que preparar suministros y un lugar donde reparar los barcos en las Azores, como hacemos ya en Madeira en los viajes hacia África. Esta es la aventura a la que don Bartholomeu está a punto de lanzarse —el vikingo sonrió burlonamente—. Y la presencia de la hermosa doña Leonor no hará ciertamente que la empresa sea menos atractiva. ¿Estáis con nosotros?

Andrea negó con la cabeza.

—Don Alfonso Lancarote me acaba de emplear como navegante esta mañana para explorar las costas de África más allá del Cabo Blanco.

—¡Por las barbas de Odín! —explotó Vallarte—. No ha perdido el tiempo, ¿eh? Ayer por la noche el Infante me dijo que estaba considerando la posibilidad de proponeros que os unierais a nosotros rumbo a las Azores.

—Don Alfonso me pagará una centésima parte de las ganancias de la carga de los barcos que vuelvan a casa —dijo Andrea orgulloso—. Más una centésima parte del siguiente viaje.

Vallarte silbó.

—Es una buena suma, considerando lo que se está pagando por los negros, pero no creo que vayáis con él.

—¿Qué puede impedirme hacer una fortuna, si tengo la oportunidad? —le preguntó Andrea—. El príncipe Enrique, ¿me pagaría tanto por un viaje a las Azores?

Vallarte negó con la cabeza.

—Habrá pocas ganancias en este viaje, por lo menos si no encontramos nada mejor de lo que ya descubrieron quienes estuvieron allí antes que nosotros.

—Entonces sería un necio si no hiciera el viaje con don Alfonso.

—Es un modo de verlo.

—¿Hay otro?

—Para vos, quizás no, pese a que vos sabéis lo que significa ser un esclavo. Pero los del norte nunca hemos llevado cadenas y no nos gusta la idea de quitar la libertad a otros hombres. Yo iré a las Azores, amigo mío —puso una mano sobre el hombro de Andrea—, pero os deseo un buen viaje y un feliz retorno. De hecho, puede que aún estemos aquí cuando volváis. Estamos construyendo este barco para que sea fuerte y resistente. Puede que surque mares que ningún hombre de Europa haya visto jamás.

## VIII

Como Andrea esperaba, cuando se corrió la noticia de que estaba familiarizado con un método de navegación que usaban los árabes (que eran famosos por ser capaces de navegar miles de millas mar adentro en los mares del este sin encontrar ningún tipo de problema para volver a casa) despertó un nuevo interés entre los hombres de la expedición de don Alfonso Lancarote. No hubo problemas en formar la tripulación necesaria, todos los días llegaba gente interesada, y la dotación completa de los cinco barcos estuvo lista en poco tiempo.

Don Bartholomeu di Perestrello lo había invitado a seguir viviendo en su casa, así que seguía compartiendo habitación con fray Mauro. A doña Leonor la veía muy poco, casi siempre a la hora del almuerzo.

Desde la noche de la fiesta en que intentó besarla, lo había tratado siempre con una frialdad que no sabía cómo romper. Aunque, en realidad, tampoco lo había intentado, ya que el que él le gustara o no era algo que ella tenía que decidir libremente. Y, sin embargo, un hombre tendría que ser de piedra para no admirar las encantadoras líneas de su perfil cuando se sentaba a la mesa con su padre y su hermana menor, Filippa, o la gracia de su cuerpo cuando abandonaba la habitación al terminar la comida, pasando cerca de donde él estaba.

Tenía poco tiempo para pensar en Angelita, o en cómo vengarse de Mattei, ya que se había ofrecido como voluntario para supervisar los últimos cargamentos de provisiones del barco de don Alfonso Lancarote para poder zarpar antes de que empezara el mal tiempo que llegaba con los calores del verano. Este era el primer paso en el camino de vuelta hacia el verdadero Andrea Bianco, y con la intensidad que lo caracterizaba, se concentró en ello sin ayuda de nadie. Con el dinero de este viaje y del próximo, podría empezar a pensar en cómo conseguir restablecer su inocencia de los delitos de que había sido considerado culpable en la corte de Venecia. Después de esto, llegaría a un trato con Mattei para recuperar a Angelita.

Andrea había visto poco al príncipe Enrique desde que el Gobernador del Algarbe empezó a estar tan ocupado con los problemas de la regencia. Se sorprendió un día cuando se lo encontró cerca de donde estaba trabajando en un cobertizo, contando sacos de cebollas que se estaban cargando en las carabelas de don Alfonso. Hincó una rodilla en el suelo, pero el Príncipe le dijo tranquilamente:

—Levantaos, señor Bianco. Yo trabajo aquí como lo hacéis vos.

—Es un trabajo que deleita el corazón de los que aman el mar, Excelencia —dijo Andrea—. He aprendido más de barcos aquí las últimas dos semanas de lo que creía que se podría aprender.

El Príncipe miró hacia el sur, hacia la pálida línea azul de la costa africana.

—Aún queda mucho por aprender, y tan poco tiempo para hacerlo... A veces yo

mismo me desanimo.

—Si os referíais a la ruta marítima hacia las Indias, estoy seguro de que la encontraremos.

El Infante asintió con la cabeza.

—Tiene que haberla. A veces desearía que la vida me hubiera dado la posibilidad de ser capitán. Imagino la emoción que sentirá quienquiera que consiga rodear la punta sur de África, encontrando ante sí sólo un océano que lo separe de las Indias — se volvió hacia Andrea—. Vos habéis visitado aquellas tierras, señor. El descubrimiento de una nueva ruta, ¿vale la pena ante el sufrimiento de la pérdida de hombres que esto supone, y de barcos?

—¿Y de dinero?

—Esto no lo considero importante, si conseguimos llegar hasta el reino del Preste Juan —el Príncipe indicó con una línea el vasto continente africano hacia el sur—. Los hombres negros de Guinea, e incluso los moros, no conocen a Nuestro Salvador. Yo quisiera poder llevarlos hasta Él. Entonces, con el Preste Juan como aliado, podríamos abrir ese continente a los hombres blancos para que se instalen allí y puedan vivir decentemente, y no hacinados como ganado en las ciudades, llenas de suciedad y enfermedades.

—Es un objetivo noble. Con sólo un punto débil.

—¿Cuál?

—Vuestros planes han de ser llevados a cabo por hombres, Excelencia, y los hombres son recipientes frágiles en los que verter las propias esperanzas.

El príncipe Enrique negó con la cabeza.

—En esto os equivocáis, señor Andrea. Son frágiles, sí, pero sólo el hombre, después de Dios, es capaz de tener altos ideales y las ambiciones necesarias para un proyecto como éste.

—Entonces, todos nosotros en Villa do Infante somos afortunados por tener un ejemplo de ello en Vuestra Excelencia.

El noble sonrió.

—Hago lo que está en mi mano, pero como vos decís, somos todos frágiles, así que mi única oportunidad es usar la ambición de los hombres para ir más allá de ella hasta un objetivo más alto.

Andrea lo miró sorprendido, ya que el Príncipe había resumido en pocas palabras el objetivo real del viaje que estaba a punto de emprender.

—Afortunadamente —continuó el Príncipe— la esperanza de riqueza mueve a los hombres a aventurarse más allá de lo que lo haría el simple amor por el descubrimiento, o incluso la propagación de nuestra Santa Fe.

—Si sois consciente de ello, sabréis que yo también me he embarcado en esta aventura principalmente por las ganancias que de ella obtendré.

—Por las ganancias, sí, y no os culpo por ello, ya que la fortuna os ha tratado bastante mal, pero por lo de “principalmente” no estoy tan seguro. Vos tenéis un espíritu de descubrimiento mucho mayor que el de otros hombres, señor Bianco.

—No soy digno, Excelencia...

—Lo sois, aunque esperéis llenaros el bolsillo con ello al mismo tiempo —los ojos del Príncipe relucían—. Además, quién sabe hasta qué punto dará seguridad y confianza a los hombres este nuevo método de navegación que poseéis, una vez que hayáis demostrado su valor en un viaje tan largo como el de don Alfonso.

»Cada nueva tierra donde llegamos es un paso más hacia las Indias y un nuevo vínculo con el Preste Juan —continuó—. Un hombre que venía de Guinea entre los esclavos procedente de otro viaje me habló de un gran río al sur, cuya desembocadura está marcada por grandes palmeras. Yo creí que debía de ser el Nilo occidental, quizá hasta lo hayáis visto en vuestros viajes. ¿Quién sabe? Podría incluso llevarnos en línea directa hasta el reino del Preste Juan. Si es así, podríamos unir nuestras fuerzas y así vencer al Islam.

—Es un gran sueño.

—¿Y qué es un gran sueño si los sueños más pequeños no se ajustan a él? Es como un armador que une las placas de las cuadernas para formar el casco de la carabela.

—Sólo un gran hombre puede tener grandes sueños, Excelencia.

El Infante movió la cabeza.

—No me digáis que no habéis soñado grandes cosas cuando descubristeis el secreto de la navegación de los capitanes árabes, o cuando pusisteis aquel asta en Alejandría, incluso siendo un esclavo, para confirmar las medidas que Eratóstenes había calculado del mundo.

—Me temo que no os serviré como merecéis vendiéndole mi conocimiento a un negrero —protestó Andrea.

—Lo haréis si conducís los barcos de don Alfonso al oeste del Nilo.

—¿Y si no lo hago?

—Por lo menos habréis tenido la oportunidad de probar vuestro método de navegación en éste y en otros viajes.

—No he olvidado que todo esto os lo debo a vos, Excelencia —dijo Andrea agradecido.

La sonrisa del príncipe Enrique era como una mano amiga en el hombro.

—Podéis recompensarme haciendo que don Alfonso llegue a Guinea. Id con Dios, amigo mío.

## IX

La presencia de Andrea y la seguridad de volver a casa parecía ser el buen presagio que necesitaba la aventura de don Lancarote bajo la apariencia de exploración. Los hombres, ansiosos por partir, ya habían cargado los barcos y en menos de un mes estaban preparados para zarpar.

Sin embargo, antes de hacerlo, Andrea tenía una misión que cumplir. Habló con fray Mauro durante el desayuno el último día en Villa do Infante.

—¿Hablaréis con doña Leonor por mí, hermano? —le había preguntado—. Quisiera que ella y vos os reunierais conmigo en el promontorio de Sagres.

El franciscano lo miró sorprendido.

—Si queréis despediros de una dama, ¿por qué queréis que esté presente?

—No hay nada de romántico en esta reunión. Hay algo que quiero enseñaros a los dos.

—No irá si no me decís algo más de lo que os proponéis —le advirtió el franciscano.

—Decidle que se trata de un asunto de extrema importancia, que concierne su propia vida y la de su familia.

Fray Mauro lo miró intensamente.

—No os había visto nunca tan serio, hijo mío.

—Decidle a doña Leonor que tiene que venir esta noche.

—Estoy seguro de que lo hará —afirmó fray Mauro—. Si no por ella misma, por el bien de los demás.

Era una noche despejada y la luna estaba saliendo entre los acantilados de arena de Sagres cuando Andrea se encaminó hacia el promontorio. Desde la punta, proyectada hacia el océano, se veían claramente iluminados por la luz de la luna dos tercios del horizonte.

Eligió la punta del promontorio para que se pudiera ver lo más claramente posible el horizonte. La Estrella Polar brillaba en el norte, el faro solitario que guiaba a los marineros desde el inicio de los tiempos.

La playa estaba desierta, aunque sólo unas horas antes había estado llena de vida con los pescadores que salían con sus barcas una hora antes del anochecer. Allá a lo lejos se veían las luces de las barcas que se mecían con las olas procedentes del oeste.

Andrea había ayudado a menudo en los rituales diurnos con los que se botaban las flotas pesqueras, que era un momento de gran excitación en el pueblo. Casi todos iban, no sólo para verlos, sino también para ayudar. Señoras mayores y niños, todos se apresuraban a bajar a la playa cuando oían sonar el cuerno, esquivando los empujones de las robustas embarcaciones al pasar el rompeolas donde el barrido que éstas producían las arrastraban a aguas más tranquilas.

Unas horas más tarde, al amanecer, habría incluso más agitación cuando las pequeñas embarcaciones con sus velas latinas puntiagudas, con sus marcadas líneas de estilo árabe antiguo, llegaran hasta la playa buscando cobijo después de toda una noche de pesca. En ese momento, la gente formaba una cola agarrando las cuerdas para arrastrar las barcas hasta la orilla sobre grandes maderos redondos que rodaban hasta el atracadero. Para las embarcaciones más pesadas se solían usar mulos que tiraban de ellas con los gritos de los muchachos más jóvenes.

Las embarcaciones tenían que ser fuertes, ya que debían soportar el diario arrastre dentro y fuera del agua, para lo cual debían estar bien entabladas las cuadernas. Estos barcos, con sus velas latinas y sus proas y popas altas como señal de que los árabes habían ocupado la zona hasta hacía sólo cien años, pasaban el resto del día alineadas en la playa.

Aun cuando las barcas de pesca descansaban sobre la arena, sus enormes ojos de proa vigilaban continuamente las costas africanas, como si temieran que los hombres de tez oscura pudieran atacar de nuevo aquella pequeña provincia del Algarbe que, gracias a los rayos del sol, estaba lleno de flores, pastos verdes, almendros y huertas, por lo que los hombres del Islam, acostumbrados al calor asfixiante de la arena del desierto, lo habían considerado un verdadero paraíso terrenal.

Por un momento Andrea no pudo evitar sentir una inmensa nostalgia al pensar que pronto dejaría este pequeño pueblo tan pintoresco, del que se había enamorado. Una sensación de profunda paz caracterizaba Villa do Infante, donde los hombres dedicaban la mayor parte de su tiempo a la búsqueda de la sabiduría, lo que lo hacía completamente distinto de Lagos, con el característico bullicio de sus astilleros, a sólo unos pocos kilómetros de allí. Andrea admiraba la camaradería y el estímulo que producía el contacto con mentes despiertas, siempre dispuestas a aprender y a conversar alegremente.

Al oír voces que se acercaban Andrea volvió a la realidad. Pronto distinguió la figura robusta de fray Mauro, que se acercaba por el camino, seguida de otra, esbelta y graciosa, que no podía ser otra que la de doña Leonor. Los llamó y se encaminó hacia ellos para ayudarlos a llegar a través de las dunas hasta el punto que había elegido para el encuentro.

—Gracias por venir, señora —le dijo mientras llegaba a la punta del promontorio.

—Habéis dicho que era importante para mí y para mi familia —le recordó.

—Podéis estar segura de que no os defraudaré. Quiero que vos y fray Mauro conozcáis mi método secreto de navegación.

—¿Por qué queréis revelarnos el secreto? —le preguntó asombrada.

—Puede que no vuelva nunca de este viaje, señora. Los viajes por mar son siempre peligrosos, y no puedo permitir que se pierda algo tan importante como esto.

A la luz de la luna podía distinguir su mirada, pero no su reacción.

—Es algo que os revelo sin condiciones —le aseguró—. Sólo os pido que, si transcurrido un tiempo razonable, no vuelvo, vos y fray Mauro le reveléis el secreto al príncipe Enrique.

—¿Cómo sabéis que no lo venderemos?

—Os conozco —dijo con toda sencillez—, y también conozco al buen fraile que nos acompaña esta noche, y sé que ninguno de los dos me traicionaréis. Además, hay otra razón por la que quiero que seáis vosotros los que lo sepáis —añadió—. Eric Vallarte me ha dicho que vuestro próximo viaje será un viaje de colonización a las Azores, y creo que lo necesitaréis para llegar hasta allí, o para volver. O puede que para ambas cosas.

—¿Cómo podría ayudarnos en el viaje de ida? Una vez dijisteis que vuestro método sirve para volver a puerto.

—El instrumento que poseo sirve para guiar una nave por todo el mundo a lo largo de cualquier latitud de la tierra con la Estrella del Norte como centro —les explicó Andrea—. Una vez que halláis estado en un lugar o en cualquier otro del mismo paralelo de latitud, y tras haber preparado adecuadamente el instrumento, no puede fallar.

—Los navegantes de las Azores ya han determinado que las islas quedan dentro de un círculo de latitud que toca Portugal a medio camino entre Lisboa y Sagres —dijo fray Mauro—. ¿Lo que estáis diciendo es que podéis determinar este punto y llegar hasta las Azores sin haber estado allí nunca?

Andrea sonrió.

—Aguardad y veréis. Creo que os sorprenderéis.

—Si vuestro instrumento es como decís —observó doña Leonor—, viajar por el océano será tan fácil como seguir una carretera por tierra.

—Olvidáis una cosa —objetó.

—¿El qué?

—La longitud, lo que muchos capitanes llaman la altura Este-Oeste. Es un problema que está aún por resolver.

—Pero por lo menos, con este instrumento del que habláis, se puede determinar si uno está siguiendo el camino correcto o no.

—Exactamente, pero no lo lejos que se ha llegado. Esto tiene que resolverse calculando las horas transcurridas y la velocidad del barco, como hacen los navegantes. A no ser que se dé un eclipse de luna justo en el momento preciso, lo cual no es muy frecuente.

—¿Qué mágico instrumento es éste? —preguntó doña Leonor—. Estoy deseando saber más de él.

Andrea sacó dos pequeños objetos de su túnica y los puso a la luz de la luna.

—No es mágico, sino el método de navegación más simple que se haya inventado

jamás, y el mejor —le aseguró.

## X

—Yo veo sólo dos pequeños trozos de madera —dijo doña Leonor, advirtiéndose un tono de desilusión en su voz—. Estoy segura de que esto no podrá guiar un barco a través del océano.

Andrea le puso en las manos uno de los bloques de madera.

—Los marineros de la India lo llaman “Al-Kemal”, que significa “el cumplimiento” o la “línea guía” —Puso una de las tablillas de madera a la luz de la luna—. Como podéis ver, en realidad sólo se trata de un pequeño rectángulo de madera, incluso más pequeño que mi mano. Lo he construido basándome en lo que recordaba de uno que vi usar a un capitán árabe. Es pequeño, pero su tamaño no importa, como os explicaré enseguida. Como veis, en el punto central de la tablilla hay colocado un cordel.

—Estoy segura de que este instrumento tan simple no puede ser de gran valor —insistió doña Leonor.

—No tan rápido, señora —le advirtió Andrea—. Las cosas más sencillas suelen ser las más valiosas, como seguramente confirmará fray Mauro. El uso del Al-Kemal depende por lo menos de una cosa en este mundo turbulento en que vivimos que parece no moverse, y es la altura de la Estrella del Norte, llamada Estrella Polar, sobre el horizonte. Para cualquier punto dado de la Tierra, ningún cambio lo afecta lo suficiente. Los fenicios ya conocían este instrumento mucho antes del nacimiento de Nuestro Señor.

—Sé que desde cualquier punto diseñado sobre la Tierra dentro del círculo de latitud que mencionáis, la Estrella del Norte debería de formar el mismo ángulo midiéndolo a simple vista —admitió la joven.

—Fray Mauro os ha enseñado los principios de la geometría —observó Andrea—. Con un método para medir el ángulo formado por la Estrella Polar, que es lo mismo que medir la altura desde el horizonte, un capitán puede guiar su nave por cualquier círculo de latitud dado en cualquier parte del mundo desde donde se vea esta estrella.

—Pero seguro que no podéis medir un ángulo con ese pequeño trozo de madera.

—No lo puedo medir —admitió—, pero puedo preparar el Al-Kemal para que me diga en cualquier momento cuándo me encuentro en un determinado círculo de latitud respecto del punto de partida, y esto se verificará en cualquier punto del mundo en que me encuentre ya que todo depende de una estrella fija, la Estrella Polar.

—Aun así parece imposible.

—Mirad la Estrella Polar —le dijo, señalándola en el cielo— y tened el Al-Kemal a la altura de los ojos con la mano izquierda. ¿Veis la muesca que hay en uno de sus

lados?

—Sí.

—El lado que tiene la muesca tiene que estar siempre hacia arriba cuando lo estéis utilizando.

—¿Y para qué sirve la cuerda?

—Esto viene después. Por ahora mantenedlo así. Ahora, sujetad la tablilla con la mano izquierda, entre vos y la estrella, de tal modo que el borde posterior esté exactamente al nivel del horizonte.

Le era difícil ajustar el pequeño trozo de madera, así que Andrea se puso detrás de ella, a la altura de los hombros, para moverle el brazo hacia arriba o hacia abajo hasta que el borde posterior se situara al nivel del horizonte.

—Fijaos ahora en que la tablilla tapa la Estrella Polar —le indicó—. Esto significa que lo tenéis demasiado cerca de los ojos. Moved el Al-Kemal poco a poco, alejándolo de vos, haciendo un pequeño ángulo entre su lado superior e inferior y vuestros ojos, pero con cuidado de que el lado posterior no pierda el nivel del horizonte.

Mientras él le guiaba la mano, ella movía el instrumento hacia atrás y hacia adelante, hasta que pudo ver la estrella a través de la muesca de la parte superior de la tablilla.

—Ahora —dijo triunfante— el ángulo formado por vuestros ojos, y la parte superior e inferior de la tablilla es exactamente el mismo que el ángulo que vuestros ojos forman con el horizonte y la Estrella Polar.

—Lo veo —afirmó doña Leonor—. Cuando miro debajo de la tablilla mi línea de visión va recta hacia el horizonte, y cuando miro a través de la muesca de la parte superior del instrumento, mi línea de visión se dirige en línea recta sobre la tablilla hacia la Estrella Polar.

La joven parecía no haberse dado cuenta de que estaba prácticamente entre los brazos de Andrea cuando éste se le acercó para sujetarle las manos y que no se le movieran al usar el instrumento.

—Todo lo que tenemos que hacer ahora —continuó Andrea— es asegurarnos de que podemos volver a medir este mismo ángulo usando el Al-Kemal y la Estrella Polar, y es muy fácil.

Doña Leonor se rió.

—A vos todo os parece fácil, pero a mí me parece increíblemente complicado.

—Levantad el cordel que está atado a la tablilla de madera —le indicó Andrea— y ponedlo entre los dedos de la mano derecha hasta que podáis tocaros la nariz con el cordel estirado y sin mover el Al-Kemal.

La joven siguió sus instrucciones y estiró el cordel entre los dedos hasta que llegó a la altura de la nariz.

—Mantenedlo en ese punto —le pidió Andrea—. Tenemos que hacer un nudo ahí.

—¿Para qué? —preguntó fray Mauro mientras Andrea hacía un nudo con gran habilidad en el punto señalado de la cuerda.

—El nudo será el punto que marque el triángulo formado por el Al-Kemal y su base —exclamó doña Leonor—. Entonces, si pongo el nudo en la nariz y miro a la Estrella Polar por una parte del instrumento y al horizonte por la otra, podré saber si estoy en el mismo paralelo de latitud de Sagres aunque estuviera en la otra punta del mundo.

—Merecéis el título de navegante, señora —le dijo Andrea—. Ahora os plantearé un problema de navegación. Supongamos que estáis en el mar y miráis a la Estrella del Norte con el Al-Kemal y la halláis sobre el borde superior. ¿Qué haríais?

Frunció el entrecejo un momento, y después se le iluminó la cara.

—Pues significaría que yo me encontraría al norte del círculo de latitud que me llevaría a casa, así que tendría que poner rumbo al sur.

—¿Y si la estrella estuviera bajo el borde del instrumento?

—Navegaría hacia el norte hasta que viera la estrella en el punto exacto de la muesca —dijo ilusionada—. Así que podría girar directamente hacia el oeste y casi llegar a las Azores.

—Podríais hacer algo aún mejor —dijo, y sacó el otro Al-Kemal—. La semana pasada subí por la costa hasta el punto en que, según los mapas de estas islas, debe de estar su latitud respecto de Portugal. Allí preparé el Al-Kemal con este nudo —dijo, tocando uno de los nudos de la cuerda—. El otro es de Lagos, para que os traiga directamente a casa, en caso de que algo vaya mal.

Ella se quedó en silencio un momento y, cuando habló, el tono de su voz era suave.

—¿Por qué os habéis tomado todas estas molestias?

—Si Hamet-el-Baku no hubiera atacado el barco de vuestro padre, yo estaría todavía en los bancos de remos de una galera árabe y, sin embargo, hoy vuelvo a ser libre y hasta seré un hombre rico cuando vuelva del viaje de África.

—Pero la corte de Venecia aún no os ha declarado libre.

—Lo hará —afirmó Andrea, seguro de sí mismo—, pero esto vendrá después.

—Será antes de lo que pensáis, hijo mío —se les había olvidado a los dos que fray Mauro estaba con ellos—. El maestro Jacomé ha escrito a la compañía de judíos a la que pertenece el barco veneciano que se perdió cuando los turcos os hicieron prisionero. Les ha referido los hechos tal y como vos los presentasteis en la audiencia ante el príncipe Enrique. Antes de que volváis de vuestro viaje, puede que ya se os hayan retirado los cargos y revocado la sentencia.

—Ésta es otra buena razón por la que necesitaré el Al-Kemal, para volver

rápidamente a Lagos y Villa do Infante —dijo Andrea, feliz—. ¿Habéis entendido bien cómo funciona, hermano? Quiero que los dos lo sepáis usar perfectamente.

—Lo habéis explicado tan claramente que hasta un niño podría guiar la nave de vuelta a casa, si supiera encontrar la Estrella Polar —le aseguró fray Mauro.

—¿Cómo lo usaréis para el viaje a África? —preguntó doña Leonor.

—Tengo pensado ir haciendo nudos en el cordel conforme navegamos hacia el sur —le explicó Andrea—. Luego, en el camino de vuelta, sólo tendré que guiarme por ellos para saber dónde estamos. Los capitanes del Océano Índico han recorrido grandes distancias durante siglos, recalando con gran exactitud. De hecho los fenicios debieron de usar un método parecido, probablemente poniendo una mano entre la línea de visión y la Estrella del Norte y contando cuántos dedos cubrían el ángulo que obtenían.

Mientras regresaban por las dunas hacia su residencia en Villa do Infante, doña Leonor parecía ser la misma que antes de la fiesta. Se cogía a la mano de Andrea para ayudarse cuando el terreno era dificultoso. Incluso una de las veces, cuando tropezó con una raíz en mitad del camino, él tuvo que cogerla entre sus brazos para que no se cayera. Caminando despacio y hablando, no se dieron cuenta de que fray Mauro se les había adelantado. Cuando llegaron al pueblo, lo vieron entrar en la casa de don Bartholomeu.

La luz de la luna todavía alumbraba con fuerza, dando un resplandor de plata a todo el pueblo. Se sentía el aroma de las flores cuando llegaron al portón y entraron en el jardín de la residencia. Sin palabras, pero como por mutuo acuerdo, se detuvieron a la sombra de una pérgola que había al lado del pozo que daba agua a la familia.

—Me alegro de que hayáis decidido a favor de nuestra amistad, señora —dijo Andrea—. Si pudiera mantenerla diciendo la verdad, os diría que siento haberos besado la noche de la fiesta.

—¿Y por qué no ha de ser ésta la verdad, señor?

—¿Podría algún hombre ser sincero cuando dice que lamenta haber besado a una mujer tan hermosa?

—Una vez dijisteis que no soy más que una niña.

—Eso fue antes de que os conociera de verdad y de que pudiera admirar vuestra delicadeza e inteligencia.

Se rió fuerte y con ganas.

—¿Es mi inteligencia lo que admiráis de mí, señor? Os consideraba más galante.

Andrea tomó las manos de la joven entre las suyas, y ella no se resistió.

—La galantería es fácil cuando no es necesaria, señora. Mi elogio era real, lo digo desde lo más profundo del corazón.

—Y como tal lo tomo —le dijo seriamente—. Quiero que sepáis que mis

oraciones para un feliz regreso os acompañarán.

—¿Nada más que vuestras oraciones, señora? Vos rezaríais por todos, aunque sólo fuera por compasión.

—¿Qué más puedo ofreceros?

—Un recuerdo de vuestra gracia y confianza, tal vez, como los que los caballeros llevan a la batalla.

—No tengo nada —dijo rápidamente. Entonces, con un tono de voz más bajo—. Tened.

Antes de que se diera cuenta de que lo estaba haciendo, se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios. Fue como el roce de un fragante pétalo de rosa.

—Id con Dios —dijo en voz baja, y antes de que pudiera tomarla entre sus brazos, ella se alejó hacia la casa.

Andrea se quedó un buen rato allí solo, al lado de la pérgola en flor. Se sentía profundamente conmovido por la sensación de afecto, intimidad y confianza que había brotado entre los dos y que era más fuerte de lo que incluso a él mismo le hubiera gustado admitir. Hasta aquella noche la había considerado sólo una joven bella y llena de gracia, pero se daba cuenta de que habían sido los labios de una mujer los que lo acababan de besar, y el cuerpo de una mujer el que había tenido entre sus brazos dos veces aquella noche. La primera vez, al acercarse a ella para ayudarla a usar el Al-Kemal y, la segunda, cuando había tropezado por el camino.

Se esforzó por recordar a Angelita, como para obligarse a mantener su lealtad hacia ella como dueña de sus sentimientos. A cualquier hombre se le haría difícil elegir entre las dos, pensó, quizás por ser tan diferentes.

Angelita, entre sus brazos, había demostrado ser una criatura llena de pasión y abandono, una verdadera hurí como la que los árabes esperaban encontrar en el Paraíso. La belleza de doña Leonor era mucho más frágil y, sin embargo, parecía tener más fuerza. Era exactamente esta fuerza lo que hacía que su entrega, que sólo la obtendría un marido al que amara profundamente, sería cien veces más completa y gratificante.

Mientras se encaminaba a la habitación que compartía con fray Mauro, Andrea se sorprendió a sí mismo recordando algo que había dicho a doña Leonor un día en la cubierta de la carabela Santa Paula, cuando ya se veía el perfil de Venecia.

—Me temo que hay pocas mujeres tan fieles como vos, señora —le había dicho—. Será muy afortunado el hombre a quien entreguéis vuestro amor.

Aquella noche lo había movido sólo la gratitud hacia la joven, por lo mucho que había hecho para salvarle la vida, pero ahora sabía que aquellas palabras habían sido mucho más reales de lo que entonces imaginaba.

## **Libro III Tierra de Riqueza**

# I

A finales de abril la nave de don Alfonso Lancarote zarpó de Lagos rumbo a las costas africanas. Una semana más tarde ya se veía en el horizonte el pico del volcán de Tenerife, mucho antes que el resto de las islas Afortunadas. Hicieron escala sólo un día en el puerto de San Sebastián, en la isla de Gomera, para coger comida y agua dulce, prosiguiendo más tarde su camino hacia el sur, ayudados por un buen viento en popa, y todo un mar ante ellos, bien iluminado por el sol.

Como navegante, Andrea viajaba en la Santa Clara, la carabela más grande de la flota que ondeaba la insignia de don Alfonso. Sin embargo, su posición no le dio derecho a privilegios especiales. Como el resto de la tripulación (salvo don Lancarote y sus dos ayudantes) dormía en cubierta, guardando sus pocas posesiones e instrumentos en un pequeño arcón del buque. El Al-Kemal lo llevaba dentro de un lienzo de lona, amarrado a la cintura, siguiendo la advertencia de Cadamosto de estar alerta ante los posibles ladrones.

El único camarote de la carabela estaba en la toldilla, como llamaban la cubierta parcial que iba desde el palo de mesana hasta el coronamiento de popa. Era lo bastante grande para don Alfonso y los dos *fidalgos* que lo ayudaban, João Gonçalves y Gil Vicente. Gonçalves era un hombre joven y apuesto de Lagos y Gil Vicente era un familiar suyo de Florencia, que había llegado sólo unos días antes de que zarpara el barco y les había pedido si podía acompañarlos.

El príncipe Enrique había insistido mucho en la precisión de los apuntes de navegación que debían tomar los capitanes de las naves a su servicio. Además, ya que las observaciones realizadas a bordo con los instrumentos de que disponían eran sólo parcialmente satisfactorias, había pedido que se anotara también toda la información relativa a cada una de las escalas del viaje. Los resultados obtenidos en los viajes anteriores habían sido incorporados a una serie de mapas de excelente calidad donde se mostraba la costa africana con todo lujo de detalles hasta las costas de la isla de Arguin, un poco más al sur del Cabo Blanco. Por otra parte, usando la información que habían obtenido del jefe de los beduinos, Adahu, unos años antes, y de los esclavos negros hechos prisioneros en expediciones anteriores, los cartógrafos tenían una idea aproximada del perfil general de la costa africana hasta una distancia considerable hacia el sur.

Por diversas fuentes se sabía que la tierra de los negros (o Guinea, “Tierra de Riqueza”, como a veces se la llamaba) quedaba al sur de los abrumadores desiertos del interior. Se estimaba que la frontera norte de Guinea debía de ser el gran río del que fray Mauro había hablado a Andrea. Los geógrafos de Villa do Infante creían que este río podría ser la parte occidental del Nilo, y que podría servirles para llegar hasta el reino del Preste Juan. Los esclavos negros que habían capturado en esta región

decían que el río se llamaba Sanaga, y que su desembocadura se veía desde el mar gracias a unas palmeras altísimas que lo rodeaban.

Ninguno de los hombres del príncipe Enrique había llegado aún tan al sur, pero por la información que le había dado el maestre Jacomé, Andrea hizo un nudo en el cordel del Al-Kemal, basándose en la distancia que calculaba que habría entre las islas Canarias y el río Sanaga, creyendo que así podrían llegar hasta la desembocadura del río, incluso con mal tiempo.

Además del Al-Kemal Andrea utilizaba un astrolabio o “anillo del mar”. Se trataba de un círculo plano de metal que colgaba verticalmente de un gancho por un extremo. En la mitad del círculo, para que pudiese girar, había una regla o brazo de metal. Para usarlo se mantenía en alto con la cruz de diámetro paralela al horizonte, posición que adquiría automáticamente cuando se colgaba del gancho. Mirando a través del indicador móvil en la dirección del Sol o de la Estrella Polar, se podía calcular el ángulo de ambos respecto al horizonte.

Aunque en teoría era fácil de usar, daba muchos problemas si el mar no estaba en calma, porque con el movimiento de la nave resultaba difícil calcular con exactitud las indicaciones que marcaba. El cuadrante, que en realidad era sólo un cuarto de círculo del astrolabio y que en teoría era más cómodo de usar, era todavía menos exacto.

El compás, que a veces llamaban “la brújula genovesa”, se había usado durante los últimos siglos, y ya se conocían formas más sencillas que él incluso mucho antes. Era perfecto para determinar el Norte, pero no se podía determinar la posición de un barco en el mar respecto a la latitud o la longitud. Incluso algunos navegantes habían empezado a sospechar que a veces presentara algunas variaciones respecto al norte, según la zona del mundo donde lo usaran, aunque todavía no se habían registrado estas desviaciones con exactitud.

Para medir el tiempo, el barco de Andrea, como los demás, usaban un reloj de arena de media hora, que llamaban “ampolleta”. Estaba formado por dos botellas unidas por el cuello, que contenían la cantidad exacta de arena necesaria para que ésta pasara de una botella a otra en treinta minutos. Era muy exacto, pero tenía que haber un grumete que se encargara de darle la vuelta cada vez que la arena pasaba de una parte a otra del instrumento. En muchos barcos, el grumete tocaba una campana cuando le daba la vuelta, para avisar de que había pasado media hora, pero los grumetes a veces no la giraban en el momento justo, sino antes o después, por lo que se cometían algunos errores en los cálculos.

Contaban con otros dos métodos para medir la hora. A las doce del mediodía la sombra de una pequeña vara, un asta, caía sobre la aguja de la brújula, y giraban la “ampolleta”, marcando el inicio de un nuevo periodo de veinticuatro horas.

Un segundo método consistía en la observación de las estrellas, sobre todo la que

los marineros consideraban (cuando se veía) su punto de referencia: la Estrella Polar. No suponía ningún problema reconocerla, ya que los marineros desde la Antigüedad habían observado que las dos estrellas finales (los “Guardianes”) de la constelación con forma de cucharón (que también llamaban El Carro, La Carreta, El Cazo o la Osa Mayor) apuntaban siempre hacia ella, e incluso habían calculado que la distancia entre los Guardianes y la Estrella Polar era seis veces mayor que la distancia entre los dos Guardianes.

También se sabía que tanto la Osa Mayor como la Osa Menor, que es una constelación más pequeña formada por las más brillantes del grupo, rotaban en torno a la Estrella Polar en algunos minutos menos que el tiempo comprendido entre un día y una noche. Hacía ya mucho tiempo que los marineros habían descubierto la forma de calcular el tiempo en función de dicha rotación y, para hacerlo, muchos de ellos llevaban siempre un instrumento llamado disco nocturno.

El disco nocturno no era difícil de usar, y consistía en un círculo de metal de 360 grados con dos indicadores y un agujero en el centro. Primero se observaba la Estrella Polar a través del agujero central, después se colgaba verticalmente uno de los indicadores, mientras que el otro se movía hasta que apuntara a los Guardianes, si se usaba la Osa Mayor, o a otra estrella muy brillante, la Kochab, en caso de usar como referencia la Osa Menor. Con las mediciones del indicador, junto a las escalas y el calendario, se calculaba el tiempo.

Con estos instrumentos se podía determinar algo incluso más importante: la longitud, o la altura Este-Oeste, como la llamaban los marineros de la época. Para ello había que observar al mismo tiempo un eclipse de luna, pero como no se esperaba ninguno hasta dentro de varios meses, Andrea no se preocupó en aplicar este método. Por otra parte, lo único que tenían que hacer era navegar directamente hacia el este desde cualquier punto de su ruta para llegar a las costas de África, así que el determinar la longitud sólo serviría para dar más datos a los cartógrafos de Villa do Infante cuando volvieran.

Todas estas funciones correspondían a Andrea Bianco, como navegante de la flota de don Alfonso Lancarote. El capitán de la Santa Clara era Ugo Tremolina, un genovés con muchísima experiencia en cuestiones marítimas.

Andrea hizo amistad enseguida con este italiano taciturno, que le enseñó muchas cosas prácticas sobre la estimación de las distancias y el gobierno de los barcos.

Don Alfonso había insinuado varias veces que le gustaría aprender algo más sobre el método de navegación de Andrea, pero él había demostrado una gran habilidad evitando el tema. Andrea hacía sus observaciones con el Al-Kemal en plena noche, cuando el resto de la tripulación estaba durmiendo, excepto el vigía. Se guardaba bien de que los demás no vieran el Al-Kemal y, cuando terminaba, volvía a ponerlo en su sitio, dentro del lienzo de lona que llevaba colgado en el cinturón.

Andrea supo, al dejar Gomera, que habían registrado sus cosas varias veces, pero no le sorprendió. Era lógico que un instrumento de navegación como el suyo despertara la curiosidad (y la codicia) de muchos de los que lo acompañaban. De hecho, considerando su valor, casi todos los que estaban a bordo debían de estar interesados en él.

Andrea marcaba todos los días en el mapa la posición en la que se encontraban. Una mañana, mientras lo hacía, se le acercó por detrás don Alfonso y, por encima del hombro, empezó a mirar lo que estaba haciendo.

—Estamos haciendo grandes progresos gracias a vos, señor Bianco —le dijo el dueño del navío amablemente.

—Debéis agradecerse lo al viento, señor. Los capitanes de Lagos me dijeron que tendríamos el viento a favor por estas latitudes, mientras naveguemos hacia el sur o el sureste.

—El problema es la vuelta, no el viaje hacia el sur —concordó Lancarote—. ¿Cuánto creéis que tardaremos en llegar al Cabo Blanco?

Andrea hizo algunos cálculos mentalmente.

—Apenas diez días de navegación, si el viento y el tiempo se mantienen como hasta ahora.

Lancarote miró las velas y la espuma que dejaban las olas sobre el mar con el paso de la carabela. Los cinco navíos avanzaban por el océano, dejando a su paso una estela geométrica que reconfortaba a todo el que tuviera un instinto marinero de orden y método.

—Con un tiempo tan bueno como éste, creo que podré llevaros directamente hasta el río que los negros llaman Sanaga —añadió Andrea—. Los habitantes de Guinea valen más que los esclavos del norte y, además, exploraremos un nuevo país, como el Infante espera de nosotros.

—Puede que tengáis razón —admitió Lancarote—, pero hay otras cosas que también tenemos que considerar. Seguramente habréis notado que nuestra flota cuenta con más hombres armados de lo normal.

—Creí que sólo sería para una mayor precaución.

—Tenemos un segundo propósito, señor. En uno de los viajes a la región de Arguin y las islas Tíber un compañero amigo mío, Gonçalo de Sintra, fue salvajemente asesinado por los moros. Nuestra intención es castigar a esa gente por atreverse a atacar un barco de nuestro Príncipe. De paso no sólo cogeremos algunos esclavos, sino que acrecentará el honor de los caballeros que se unan a la batalla.

—¿Qué honor se puede adquirir luchando contra los salvajes —exclamó Andrea— si sólo saben usar lanzas, y arcos y flechas primitivos?

Alfonso Lancarote se endureció.

—Obviamente no estáis familiarizados con las leyes de la caballería, señor

Bianco. Un caballero aumenta su honor en cualquier combate donde demuestre valor e integridad.

Andrea se encogió de hombros.

—Yo soy marinero y cartógrafo, no un soldado, señor. Si vos decís que el matar salvajes que solamente están defendiendo sus hogares aumenta el honor, respetaré vuestra opinión, pero no me pidáis que me una a vosotros.

Lancarote lo miró lleno de rabia.

—Sois peligrosamente franco, señor Bianco.

La mirada de Andrea no vaciló ni un momento ante la furia del otro hombre.

—Los venecianos somos una gente extraña —dijo simplemente—. Nosotros creemos en el derecho de los hombres a su libertad, aunque a veces no defendemos este derecho como se merece.

Lancarote mantuvo aquella mirada agresiva unos momentos, pero cuando vio que no vacilaba, sencillamente se encogió de hombros.

—Ya que no sois caballero, señor Bianco, el participar en una batalla no puede honraros. No creo que sea necesario recordaros que estáis al servicio de esta nave como navegante. Dejadme a mí la política de actuación y de estrategia.

—Con mucho gusto —dijo Andrea—. Yo soy feliz con mis instrumentos y mis mapas.

## II

El tiempo apacible y el viento enérgico continuaron. Casi no tuvieron que hacer ningún cambio de velas. Después de su conversación con Lancarote sobre el honor que se gana en las incursiones contra los salvajes que viven en las costas de África, Andrea notó que la comitiva del dueño del barco lo dejaban mucho más tiempo solo. En realidad esto no le desagradaba. En su lugar se dedicó a cultivar su amistad con el capitán Ugo, un hombre taciturno que conocía bien su oficio.

A pesar de lo preparado que estaba en la navegación y la cartografía, Andrea se dio cuenta de que todavía le quedaba por aprender mucho sobre el gobierno de un barco, que eran cosas que sólo se adquirirían con un largo aprendizaje y con experiencia en el mar y, ya que el capitán Ugo estaba contento de haber conocido a alguien en el barco que hablara italiano, los dos empezaron a llevarse bien enseguida. Como Ugo Tremolina era un capitán experimentado, rápido en calcular la velocidad y la posición del barco, consiguió convencer a Andrea de que estaban navegando más rápido de lo que había estimado.

Las observaciones nocturnas de la Estrella Polar que hacía Andrea con el Al-Kemal se fueron haciendo cada vez más difíciles, porque el punto de referencia era cada noche más bajo, ya que se estaban dirigiendo hacia el sur, hacia la región de la línea equinoccial. Los navegantes árabes de Oriente le habían explicado que al acercarse a este punto, la Estrella Polar desaparecía completamente bajo el horizonte y, en su lugar, se aparecía otra constelación de los cielos del sur en forma de cruz, o con más imaginación, de cuadriga. Esta nueva constelación del sur, le habían asegurado, era un punto de referencia constante, aunque no muy seguro, porque no existían tablas de cálculos u observaciones sobre ella, como en el caso de la Estrella Polar.

Andrea había calculado, con la información que tenía de otros viajes y las escalas que habían hecho otros capitanes, la distancia aproximada del cordel del Al-Kemal que debería indicar la latitud del Cabo Blanco. Una noche, cuando estaba a punto de tocar con la nariz el nudo del cordel cuando el Al-Kemal rellenaba exactamente el espacio entre la Estrella Polar y el horizonte, sintió un escalofrío al darse cuenta de que tenía entre las manos un instrumento que le daba la oportunidad de hacer lo que ningún otro capitán podía hacer, es decir, navegar directamente hasta un punto determinado aunque no pudiera verse la línea de la costa.

Era más de medianoche y Andrea tenía para él solo toda la cubierta de proa. Con la proa del barco que terminaba en punta, y la lona del trinquete formando una barrera detrás de él, estaba en un punto seguro, fuera del alcance de la vista de los demás hombres. Muchos de ellos estaban apoltronados en la cubierta en un pequeño círculo de luz que proporcionaba la lámpara del habitáculo, algunos de ellos jugando

y otros durmiendo. Pocos hombres estaban alerta, excepto el timonel y el oficial de guardia de la cubierta de popa, desde donde veía la brújula, en caso de que el timonel perdiera la concentración.

Para asegurarse mejor, Andrea decidió echar un último vistazo con el Al-Kemal antes de volver a la amplia escotilla donde dormía, protegido del viento por el bote que llevaban siempre en cubierta. Absorto en sus observaciones, no oyó los pasos ni vio la sombra de un hombre con la cara cubierta por un trozo de tela negra que se le acercaba por detrás, por debajo del trinquete, pero cuando éste tropezó con la base del mástil, profirió una blasfemia en voz baja, que Andrea oyó. Se metió el Al-Kemal debajo de la túnica y se dio la vuelta rápidamente, pero en este momento el hombre le dio un golpe en la cabeza.

Aturdido por el golpe, rodó hacia el riel a punto de caerse por la borda, pero era evidente que no era esto lo que quería el asaltante (por lo menos por el momento), así que sintió una mano que lo cogía por el brazo dándole un gran tirón que lo llevó a parar a la zona triangular que había debajo del palo del trinquete.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —consiguió gritar mientras el hombre lo registraba rápidamente, antes de quedarse inconsciente al darse un golpe contra el mástil.

—Señor Bianco, ¿qué os ha pasado? —Gil Vicente lo tenía levantado entre los brazos. Uno de los que se habían acercado a él levantó una lámpara, y Andrea vio que todos los vigilantes y algunos de los hombres que estaban durmiendo en cubierta estaban allí alrededor de él.

—Me he debido de resbalar y me habré caído —dijo entre dientes.

—Habéis gritado “¡Al ladrón!, ¡Al ladrón!” —dijo un soldado canoso, Martín Vasques, con el que Andrea había hecho amistad.

—Estaba aturdido por la caída y puede que haya dicho algo.

—Estaba atravesando la cubierta para buscar un vaso de agua cuando he oído un porrazo y un grito —dijo Gil Vicente—, y cuando he llegado os he encontrado tumbado boca abajo debajo del mástil.

—He debido de tropezar en la oscuridad —dijo Andrea sonriendo—. Siento haber causado todo este revuelo, creo que me iré a dormir un poco.

—Yo tengo algunos conocimientos de medicina, señor —dijo Gil Vicente—. Quizás podría examinaros para ver si os habéis hecho algo.

—Gracias, señor Vicente, pero he sobrevivido a golpes más fuertes que éste —Andrea se inclinó para pasar por la parte baja de la vela y, con la ayuda de Martín Vasques, atravesó toda la cubierta hasta llegar a la zona donde dormía. El viejo soldado fue al barril y volvió con un jarro de agua y vino.

—Bebeos esto —le ordenó—. Os despejará la cabeza.

Andrea se lo bebió agradecido.

—No sabéis mentir, señor Bianco —le dijo el soldado mientras recogía el jarro.

—¿Por qué decís eso?

Martín Vasques se sacó un trozo de madera de debajo de la túnica. Era de ancho como su muñeca y tan largo como la mitad de su brazo.

—O tenéis el cráneo más duro del mundo, o Nuestra Señora os protege. He encontrado esto entre las cañerías de cubierta mientras todos los demás estaban con vos.

Andrea examinó el garrote, y la verdad es que asustaba nada más verlo.

—Me di cuenta a tiempo, así que el golpe no me dio de lleno. Pero, ¿por qué querría alguien atacarme?

—Sois un hombre honesto, señor Bianco, y esto es siempre una desventaja al tratar con canallas. Todos en este barco sabemos que por las noches usa en secreto su instrumento de navegación, que, si es tan bueno como dice, podría hacer rico a todo el que lo posea.

—Y a su país, la primera potencia marítima —dijo sobriamente.

—Así que cualquiera podría estar interesado en robároslo.

—Suponiendo que supiera usarlo.

—Los entendidos en la materia podrían aprender. Además, hay muchos países que pagarían por destruirlo con tal de que no lo pueda usar Portugal.

—¿Creéis que quien haya sido volverá a intentarlo?

—Tan seguro como que el sol volverá a salir. Estáis en grave peligro, amigo mío, pero haré todo lo posible por protegeros.

—Gracias, Martín —dijo Andrea agradecido—. ¿Tenéis alguna idea de quién haya podido ser?

—Hemos ido todos hacia allí en la oscuridad al oír vuestro grito, así que seguramente se habrá mezclado con los demás, y no creo que nadie lo haya reconocido.

—Entonces, sólo hay un modo de identificarlo —dijo Andrea—. Haciendo que lo vuelva a intentar.

—Una trampa en la que vos seréis el anzuelo —dijo Martín con tono burlón—. Esto es algo en lo que sólo un hombre valiente puede pensar. Id con Dios, señor.

### III

Andrea esperó a don Alfonso la mañana siguiente muy temprano.

—Según mis cálculos estamos ya en la latitud del Cabo Blanco —le informó—. Si ordenáis cambiar la ruta hacia el este, llegaremos a la costa africana en menos de dos días.

A Lancarote le brillaron los ojos.

—Son realmente buenas noticias, señor Bianco. Creía que todavía tardaríamos algunos días en llegar.

—Confío en mis mediciones, señor.

—¿Qué opina el capitán Tremolina?

—Está de acuerdo.

—Entonces cambiad la ruta a toda costa. Dios quiera que estéis en lo cierto.

Se dio la orden y la trompeta anunció el cambio de rumbo a los otros barcos. Los marineros subieron a cambiar las velas, y la elegante carabela puso rumbo al este.

En ese momento ya no era tan fácil avanzar, porque el viento formaba un ángulo recto con las velas. Durante las siguientes doce horas Andrea no se movió de la proa, esperando una señal de la costa ante ellos. Antes del amanecer del segundo día, empezó a escucharse el rugido de las olas que rompían y el capitán Ugo ordenó que la Santa Clara no avanzara hasta el amanecer, para que se pudiera ver mejor la costa. Nadie había vuelto a atacar a Andrea, tal vez porque ahora estaba alerta y no dormía sin que Martín Vasques estuviera cerca.

Con el amanecer vieron delante de ellos la oscura costa africana. Un poco más al sur se veían los arrecifes de arena blanca del cabo.

Por la alegría de poder desembarcar directamente, sin necesidad de todas las tentativas que normalmente había que hacer hasta llegar a un sitio conocido, don Alfonso parecía haberse olvidado de la discusión que había tenido con Andrea, hasta tal punto que lo felicitó y organizó una fiesta en su honor. Como Lancarote no quería alertar a los moros de su presencia desembarcando en el Cabo Blanco, decidió seguir navegando hacia el sur hasta llegar, al día siguiente por la tarde, a una isla que él mismo identificó como Arguin.

Se aproximaron a Arguin con cautela, ya que había sido aquí donde la vez anterior habían bajado muchísimos moros mientras él luchaba contra los nativos para hacerse con el mayor número de esclavos posible. En aquel encuentro, corto pero sangriento, habían perdido la vida más de una docena de portugueses. Las carabelas se disponían a echar las anclas en una bahía resguardada, cuando una docena de barcas aparecieron de detrás de una punta dirigiéndose hacia el continente, separado de la isla sólo por una estrecha lengua de agua poco profunda.

Era la primera vez que Andrea veía a los indígenas de esta parte del continente

africano. Las embarcaciones parecían ser de troncos, un tipo de construcción que, según le habían dicho, era característico de esta zona, pero lo que más le llamó la atención fue el modo en que las propulsaban. Los hombres de las barcas estaban casi desnudos. Sentados a horcajadas sobre las frágiles embarcaciones, usaban las piernas a modo de remos, dando la impresión de que lo que avanzaba por el agua era una especie de insecto de ocho patas.

—¡*Sangre de Cristo!* —exclamó Alfonso Lancarote—. Ahora avisarán a los moros y seguramente huirán, así que no conseguiremos hacer esclavos.

—¿Cuándo pensabais atacarlos? —le preguntó Andrea.

—Por la mañana, pero ahora que nos han visto, intentarán evitar que desembarquemos, así que nuestros arqueros tendrán que matar a algunos y nos quedaremos con menos esclavos todavía.

—Y, ¿por qué no les hacemos creer que seguimos navegando hacia el sur? —le sugirió Andrea—. Los mapas indican que hay una isla por aquí cerca que se llama *Ilha das Garbas*, la isla de las Garzas. He visto muchas garzas volando hacia el sur, así que seguro que se están dirigiendo a esta isla.

—¿Pretendéis que huyamos de unos cuantos negros mal armados? —dijo don Alfonso con frialdad.

—Eso es lo que espero que se crean los moros —dijo Andrea—. Si lo hacen, no escaparán, así que vuestros hombres podrán desembarcar mañana al amanecer en las costas del continente con los botes y capturar a los que hayan quedado en la isla.

—¡*Por Dios!* —exclamó don Alfonso—. Sois un hombre astuto, señor.

Andrea sonrió abiertamente.

—Soy astuto cuando se trata de salvar el pellejo, por lo menos. Además, obtendré parte de las ganancias de esta expedición.

Sólo quedaba una hora de luz, así que se pusieron a trabajar enseguida, preparando las carabelas para poner rumbo a la isla que había indicado Andrea. La isla estaba a poco más de una milla y, conforme se acercaban, un enjambre de nubes de aves blancas y elegantes subieron a bordo, pero eran tan dóciles que los hombres no necesitaron acudir a las armas para darles golpes y partirles el cuello, largo, esbelto y delicado, así que en poco tiempo había un montón de garzas apiladas en cubierta. Por suerte, la isla estaba llena de árboles altos, lo que les permitió echar las anclas sin ser vistos desde la isla de Arguin.

## IV

La compañía de la Santa Clara festejó aquella noche con un banquete de carne de garza y huevos que algunos hombres habían recogido en la playa. Don Alfonso dio orden de guardar silencio, porque el sonido se transmite bien por el agua y no quería que los nativos advirtieran su presencia. De todas formas ninguno de sus hombres tenía ganas de fiesta, ya que el día siguiente iba a ser un día de batalla, y muchos de ellos habían perdido la vida luchando contra los moros en expediciones anteriores, así que eran plenamente conscientes del peligro que corrían.

Estaba todavía oscuro cuando los hombres que iban a desembarcar se reunieron en cubierta. Como cada barco tenía sólo un bote con capacidad para seis hombres, la expedición fue de un total de treinta hombres, procedentes de las cinco carabelas. En la oscuridad de la noche se escuchaban los preparativos de los otros barcos cuando los hombres empezaron a ponerse las armaduras, además de alguna que otra maldición cuando uno de los patrones tropezaba.

Don Alfonso Lancarote decidió no acompañar a su expedición, para quedarse en el barco y guiar las carabelas hasta la isla de Arguin, donde pensaba anclar las naves tan pronto como saliera el sol y así atacar también desde el mar, dejando al enemigo bloqueado entre dos fuegos.

Don Gil Vicente se ofreció voluntario para encabezar la expedición de la Santa Clara. Andrea se sorprendió cuando el *fidalgo* florentino lo eligió como miembro del grupo, pero aceptó la oportunidad, contento de poder poner pie en las costas africanas. Los *fidalgos* y los soldados llevaban cascos y armaduras de metal, pero Andrea prefirió llevar sólo el casco, para protegerse la cabeza, y una espada y un puñal para defenderse en caso de que lo atacaran.

Poco después del amanecer saltaron por la borda, deslizándose por las cuerdas hasta los botes que los estaban esperando. Así, con Andrea al timón (que más que ver intuía el camino), y los demás a los remos, se dirigieron hacia la costa. El ruido de los remos y alguna blasfemia indicaban el rumbo y la posición de los otros botes. Las órdenes eran de no atacar directamente, sino de flanquear el asentamiento moro que encontraran más cerca de la costa y rodearlo, para que no pudieran escapar ni pedir refuerzos, facilitando así el ataque principal, que correría a cargo de las carabelas.

Hacía calor y humedad, y era fortísimo el olor de los excrementos de las miles de garzas que poblaban las islas. Una niebla densa envolvía la superficie, así que Andrea tenía que escudriñar el camino en la oscuridad, nervioso por la emoción de pisar nuevas tierras y porque quizá tuviera que luchar para salvar su vida antes de llegar. Cuando pasaron por la orilla de la isla de Arguin, oyeron algunas voces que provenían del poblado de Azanegue y de vez en cuando el rebuzno de algún asno rompía la tranquilidad de las primeras horas de la mañana, por lo que Andrea pensó

que los moros habían caído en su trampa. Pensando que los grandes barcos de velas blancas con los que los hombres parecían poder volar sobre las aguas habrían continuado su marcha hacia el sur, daba la impresión de que los salvajes no se esperaban el ataque, que era ya inminente.

Había pasado menos de una hora desde que dejaron el barco cuando una ensenada se abrió ante ellos. Entonces Andrea hizo señales a los otros barcos para que lo siguieran y los dirigió hacia una playa estrecha y arenosa, donde poder atracar sin que los nativos que estuvieran en las costas de la isla los vieran. Cuando empezaron a desembarcar ya caían los primeros rayos del sol, así que los hombres cruzaron la ensenada ocultos tras los arbustos que crecían a lo largo de toda la playa.

Gil Vicente, como había decidido don Alfonso, guiaba la expedición, aunque Andrea hubiera preferido a otro con más experiencia. Aunque los soldados que acompañaron a Gonzalo de Sintra en su desafortunada expedición habían hablado de un poblado, ellos todavía no habían encontrado ninguno. Los hombres empezaron a jadear y a proferir maldiciones cuando se tambaleaban por la arena y, cuando el calor del sol empezó a aumentar, chorreones de sudor empezaron a caerles bajo las armaduras haciendo que se sintieran aún peor. Se habían llevado un poco de pan del que comían a bordo, agua y vino, y después de haber recorrido poco más de un kilómetro Gil Vicente decidió hacer un alto para comer y descansar.

Los hombres se tumbaron, agradecidos, sobre la arena. Andrea no se sentía tan cansado, en parte por no llevar armadura, pero sobre todo por la fuerza que le habían dado todos aquellos años en las galeras. Tomó un poco de pan y agua, y se encaminó hacia una palmera alta donde descansaban los jefes de la expedición.

—Señor Vicente —dijo—. Quisiera pedirlos vuestro permiso para adelantarme un poco y examinar la zona a la que nos dirigimos.

Gil Vicente se enfadó. Le molestaba aquella falta de consideración a su autoridad y capacidad de guiar la operación.

—¿Y por qué vos, señor Bianco? —preguntó—. Si ni siquiera sois un soldado.

Andrea sonrió, negándose a enfadarse ante aquel fante.

—En las galeras uno aprende a moverse en silencio —le dijo—, y a valorar la propia piel.

—Se me había olvidado que habéis sido esclavo —le contestó, en tono condescendiente.

—El navegante tiene razón, señor —dijo Martín Vasques—. Si me dierais permiso, lo acompañaría. En la batalla de Ceuta, el Infante me ordenó avanzar con otro soldado para espiar la zona y así conseguimos evitar que un grupo de moros que estaban escondidos cerca de la playa nos mataran a todos.

La mención al Infante hizo que el soldado se olvidara de lo que antes le pareció una desconsideración a su persona.

—Si es así, id. Los dos —ordenó—, pero volved en menos de una hora. Os estaremos esperando.

Martín Vasques se puso la armadura y el casco y fue hacia Andrea.

—Vos guiáis, Excelencia —dijo, mientras se alejaban de la zona de descanso.

—No me confiráis títulos —dijo Andrea sonriendo—. No tengo sangre azul.

—Pero tenéis una gran inteligencia, que es mejor —el viejo soldado sonrió—. Matad a muchos moros hoy y mañana seréis caballero. Hay hombres que han conseguido el título por menos. ¿Por dónde vamos?

—Creo que deberíamos adentrarnos dando un rodeo para ver si encontramos el poblado del que hablaban los barcos de la otra expedición. Ésta debe de ser una zona donde los moros concentren sus fuerzas.

Se encaminaron haciendo un gran círculo, pero se movían despacio porque la maleza no era muy alta y llegaron a la orilla de un arroyo de agua fresca.

—Si seguimos el arroyo seguro que encontramos el poblado —dijo Andrea—. Sería lógico que lo hubieran situado al lado de una fuente de agua dulce.

El soldado asintió con la cabeza.

—Vamos.

Andrea se metió en el agua. El fondo era de arena y el agua le llegaba a las rodillas, así que era, sin lugar a dudas, el camino más fácil para adentrarse en aquellas tierras. El agua estaba fría. Sin embargo, apenas habían caminado unos cien metros cuando Andrea se paró tan repentinamente que Martín Vasques se chocó contra él. Al pararse y cesar el ruido que hacían al andar por el agua, oyeron de nuevo el ruido que había escuchado Andrea. Eran unas voces que se estaban acercando.

—Señor Bianco —susurró Martín—. ¿Veis el sendero que hay allí, a la izquierda del arroyo?

Andrea lo vio, y se maldijo en silencio por no haber estado más atento. Las voces se estaban haciendo cada vez más fuertes, así que estaba claro que el grupo de personas (que no lograba calcular cuántas podían ser) se estaba acercando por el sendero, así que pasarían muy cerca de donde ellos estaban en pocos minutos. Ya era demasiado tarde para seguir el arroyo y esconderse entre las malezas de la orilla.

—Tumbaos en el agua cerca de la orilla —dijo Andrea en un susurro—. El saliente nos cubrirá.

Martín Vasques no perdió el tiempo discutiendo. En cuestión de segundos ya estaba tumbado debajo del agua, dejando fuera solamente la parte de la cara necesaria para poder respirar y con el cuerpo lo más pegado posible al saliente. No se esperaban que el agua estuviera tan fría, sobre todo después de haber sudado tanto, y Andrea tuvo que concentrarse para no dejar escapar un estornudo que lo habría delatado inmediatamente. Las voces ya se oían muy fuerte, y aparentemente todas eran de hombres, lo que probablemente quería decir que se trataba de una expedición

guerrera que se encaminaba hacia la playa.

Andrea aguzó el oído, esperando que aquellos hombres hablaran alguno de los dialectos árabes que había aprendido de los esclavos en las galeras. Unas cuantas palabras las conocía, así que pensó que, si cooperaran, incluso se podrían entender. Sin embargo, por el momento, no logró entender nada que fuera de valor. Por la posición donde se encontraban, no conseguía ver cuántos eran, así que sólo podía hacer una estimación aproximada de cuántos hombres formaban aquella expedición guerrera.

Cuando pasaron, Andrea se levantó y ayudó a Martín Vasques a hacerlo. El agua que les chorreaba de la ropa se les metía en las botas, pero estaban tan contentos de haber escapado de un peligro que habían tenido tan cerca, que no les preocupaban en absoluto las pequeñas incomodidades.

—¿Cuántos creéis que podían ser? —le preguntó al soldado.

—Por lo menos cincuenta, casi todos hombres.

—Y, por lo tanto, guerreros.

Martín Vasques asintió con la cabeza.

—Parece que los *fidalgos* podrán ganar mucho del honor que tanto estiman antes de que termine el día. Yo he combatido contra los moros antes, y son unos guerreros diabólicos.

—Entonces será mejor que volvamos y avisemos a los otros —dijo Andrea—. Dentro de poco las carabelas estarán en una buena posición para atacar la costa.

Encontraron a Gil Vicente y a los demás donde los habían dejado, tumbados a la sombra de algunas palmeras raquílicas que crecían bajo los matorrales. Andrea les contó rápidamente lo sucedido y les explicó cómo se habían escondido en el arroyo.

—Es evidente que el camino que han tomado lleva hasta la playa —terminó diciendo—. Si lo seguimos, aún podremos atacarlos por detrás, como habíamos planeado.

Gil Vicente, como quedó claro enseguida, tenía otros planes.

—¿A qué distancia arroyo arriba calculáis que está el poblado, señor Bianco? —le preguntó con entusiasmo.

—Probablemente no muy lejos de aquí, pero, ¿qué importancia puede tener?

El joven lo miró fríamente.

—Soy yo quien da las órdenes aquí, y no permito que se me cuestione. Tanto menos alguien que no es ni siquiera soldado.

Andrea se encogió de hombros.

—Al señor Lancarote no le gustará que, si ataca desde las carabelas como estaba previsto, vos no estéis allí para cubrir la retaguardia.

—¿De qué modo mejor podemos cubrir la retaguardia si no es controlando el camino? —le preguntó Gil Vicente, perdiendo la paciencia—. Podemos tomar el

poblado y después tendremos mucho tiempo para llegar a la playa.

—Seguramente estará defendido sólo por viejos, mujeres y niños —protestó Andrea—. No merece la pena.

—Entonces, vengaremos la muerte de Gonçalo de Sintra —gritó Gil Vicente, mientras se levantaba—. El caballero más valiente que jamás haya levantado una espada, según me han contado —levantó su espada—. ¡Hombres, seguidme! —Con esto se abalanzó hacia adelante, pero enseguida tuvo que disminuir el paso a causa de la arena fina.

—Hoy será un gran día —refunfuñó Martín Vasques sarcásticamente—, pero algo sacaremos de esto. Seguramente habrá chicas jóvenes en el poblado, que se venderán a buen precio como esclavas —sonrió maliciosamente—. Sobre todo si los hombres blancos las han dejado embarazadas. Así el comprador obtendrá dos al precio de uno y, además, los mestizos son buenos siervos domésticos.

## V

Encontraron el poblado sin problemas siguiendo el arroyo. Como Andrea había previsto, estaba lleno de viejos, mujeres y niños. No obstante, consiguieron plantar cara a los soldados portugueses cuando estos atacaron, usando todas las miserables armas que encontraron a su alcance.

Los *fidalgos* entraron en combate llenos de entusiasmo, gritando, “¡San Jorge!”, “¡Portugal!” y “¡Santiago!” mientras cortaban a destajo cualquier piel oscura que se les resistiera. Andrea ni siquiera tocó su espada. Prefirió quedarse observando desde fuera del poblado, sintiendo cada vez más repugnancia por lo que veía.

Al final terminó por verse implicado en la batalla, aunque no quisiera, cuando un chico de unos doce o trece años, que estaba defendiendo a una niña con una lanza, corrió hacia donde él estaba. Gil Vicente lo estaba persiguiendo, mientras blandía su espada y le gritaba con voz ronca. Andrea sintió algo que le salía de lo más profundo de su ser, un impulso involuntario que ni siquiera se molestó en analizar, y que lo llevó a actuar del modo en que lo hizo.

El chico estaba llorando mientras se acercaba hacia donde estaba Andrea, moviendo la lanza, intentando ganar tiempo para que su hermana pudiera escapar del poblado hacia un lugar más seguro. Era evidente que el chico se había resignado a dar su vida por ella y que lo único que quería era ganar tiempo. Cuando llegó casi a la altura de Andrea, tropezó y se cayó de rodillas. Al grito de “¡Santiago!” el *fidalgo* se abalanzó sobre él, levantando su espada para asestarle el golpe final.

Fue entonces cuando Andrea entró en acción. Con un movimiento rápido se puso al lado de Gil Vicente antes de que su espada cayera sobre el niño, y empuñó su arma.

—Deteneos, *fidalgo* —dijo—. No hay ningún honor en matar a los niños.

—Él... él me ha cortado con la lanza —gritó Gil Vicente, y fue entonces cuando Andrea vio el corte que le había hecho en la cara.

—Id a luchar con los hombres, no con los niños.

—Os mataré por esto —gritó Vicente, jadeando de rabia.

—No antes de que os rompa la muñeca o puede que el cuello —le dijo Andrea con determinación. El *fidalgo* luchaba por liberarse inútilmente, ya que Andrea lo tenía cogido por la muñeca como si fuera un crío que intentaba escapar.

Al mirar a su alrededor, Andrea vio que los dos chicos se estaban escapando entre los árboles. La masacre también estaba disminuyendo y algunos de los soldados habían empezado a amarrar a los que habían preferido no seguir oponiéndoles resistencia.

—No os pongáis en ridículo delante de los otros —le dijo a Gil Vicente—. Prometédme que no me atacaréis y os soltaré.

El *fidalgo* estaba casi sollozando de la rabia, pero no tenía ninguna posibilidad de

escapar de la mano de Andrea y, evidentemente, se sintió ridículo.

—Lo... lo prometo —dijo jadeante.

Andrea lo soltó, separándose de él rápidamente, sin estar muy seguro de que Vicente cumpliera su promesa. El *fidalgo* mantuvo su palabra y, con la espada en alto, se puso a correr hacia el poblado, aunque la lucha ya había terminado.

Seis hombres y algunos niños yacían muertos en el suelo. Al resto los estaban atando los soldados, con las manos detrás de la espalda. En el grupo había seis mujeres, algunas incluso atractivas, ya que estos moros no eran tan oscuros como los negros del sur, sino que su piel variaba de color crema a marrón oscuro. Uno de los viejos soldados se estaba acercando a los moribundos para poner fin a su agonía con un golpe seco con la espada.

Aunque había visto violencia y matanzas cuando estuvo con los corsarios en los saqueos y a bordo cuando luchaban entre ellos, Andrea no pudo evitar sentir repugnancia ante aquella carnicería innecesaria. Sin embargo, a los demás no parecía importarles. Los *fidalgos* estaban riéndose y felicitándose a gritos por la hazaña de haber capturado a unos cincuenta esclavos a cambio de unos cuantos rasguños.

Tardaron muy poco en amarrar a los esclavos, atándoles las manos y poniéndoles una correa al cuello, disponiéndolos en filas con cuerdas de hierbas y enredaderas que encontraron en el poblado. Al poco tiempo la expedición se dirigía hacia la playa, avanzando a buen paso por el sendero. Aún no habían llegado a la playa cuando se escuchó el ruido de una bombardita, que indicaba que las carabelas habían llegado al punto señalado y que estaban preparadas para atacar desde el mar.

Dejaron a algunos soldados con los esclavos que habían capturado, y Gil Vicente y los otros se apresuraron hacia la playa para no perderse la batalla que acababa de empezar. Andrea se quedó con los esclavos, ya que no quería ser testigo de otra carnicería más. De todas formas, cuando llegaron a la playa la batalla estaba en pleno apogeo.

Los nativos de la isla, en cuanto vieron las carabelas, intentaron volver hacia el interior para buscar refugio, sin saber que Gil Vicente y su expedición ya habían cortado cualquier vía de escape a retaguardia. Como la marea era baja, habían conseguido vadear la estrecha lengua de mar que separaba la isla del continente, pero antes de que terminaran de cruzar, la nave de don Alfonso lanzó la bombardita en señal de ataque, y los soldados empezaron a bajar por los laterales de las carabelas persiguiéndolos.

Muchos de los guerreros moros se quedaron detrás, para defender a los ancianos, mujeres y niños que intentaban escapar. Muchos de ellos iban armados con lanzas toscas y escudos de piel de elefante que, como supo más tarde Andrea, les llevaban las caravanas de los negros de las regiones del sur. Gil Vicente y sus hombres se lanzaron a por ellos desde la retaguardia con sus gritos de batalla y, muy pronto, la

situación se hizo insostenible para los nativos. Viendo que los soldados eran capaces de aparecer al mismo tiempo por delante y por detrás de ellos, gritando desde la isla al tiempo que lo hacían desde el mar, los moros ya sólo intentaban escapar, convencidos de que estos hombres no podían ser sino demonios.

Andrea y su grupo, con los esclavos del poblado, salieron de entre los arbustos justo en el momento en que Gil Vicente y sus hombres los atacaban por una parte y los soldados de las carabelas se abalanzaban contra ellos con espadas, lanzas y ballestas. Aterrorizados, las madres abandonaban a sus hijos, y los maridos a sus mujeres. En mitad de esta locura, los guerreros moros incluso atacaron a su propia gente mientras intentaban escapar, matando a algunos de los suyos e hiriendo a muchos más.

Muchos de ellos intentaron lanzarse al agua y escapar nadando, pero los hombres de don Alfonso que se habían tirado al agua desde los barcos les impidieron huir.

En poco tiempo el agua estaba roja de sangre y llena de cuerpos negros que el mar arrastraba hacia la orilla. Algunas madres escondieron a sus hijos entre la maleza y otras incluso los enterraron en las zonas pantanosas, esperando que así pudieran salvarse. En mitad de esta carnicería los *fidalgos*, los soldados y el resto de la tripulación fueron matando metódicamente a todo aquel que no consideraron un buen candidato para el mercado de esclavos.

Mientras veía la masacre desde la posición en la que estaba con los esclavos que habían capturado en el poblado, Andrea trataba de explicarse el cambio que se había producido en él en las últimas horas. La violencia no era nada nuevo para él y no recordaba haber sentido remordimiento alguno al matar a Girolamo Bellini en el canal de Venecia. Ni tampoco le habían afectado nunca las matanzas que había presenciado mientras estaba en las galeras.

Lo que sentía no era simplemente náuseas, como suele tener mucha gente ante la violencia. Era más bien un sentimiento de repugnancia que le costaba aún más entender, ya que ganaría mucho dinero con los esclavos que don Alfonso y sus hombres estaban capturando. Puede que, como se dijo a sí mismo, sintiera compasión por aquellos desdichados, porque él mismo había sido esclavo.

Cuando don Alfonso por fin llegó a tierra, perfectamente equipado con su armadura, los hombres de Gil Vicente ya habían matado a todos los moros que seguían resistiéndose y estaban amarrando a los que se habían rendido. Al resto los estaban vigilando en la playa. Algunos estaban llorando y otros muchos estaban heridos. Una vez vencida su capacidad de resistencia, esperaban pacientemente como un rebaño, rodeados por soldados que mantenían sus lanzas y espadas apuntándoles. Según lo que Andrea pudo observar, sólo habían muerto dos portugueses, un precio asequible a cambio de más de cien esclavos.

Gil Vicente estaba dando el parte a don Alfonso cuando el grupo de Andrea llegó

a la playa con los esclavos del poblado. El jefe de la expedición no había participado mucho en la lucha porque se lo habían impedido el peso de la armadura y aquella arena tan fina.

—Es un gran día para todos nosotros —gritó Lancarote cuando vio al segundo grupo de esclavos—, y una gran victoria para nuestro ejército.

—He contado ciento sesenta, en total —le dijo Martín Vasques con una gran sonrisa—. Con un buen número de mujeres jóvenes.

—Dios ha querido recompensar nuestro celo —dijo don Alfonso píamente—. ¿Qué mayor don nos podía ofrecer Nuestro Señor que el poder llevar las almas de estos paganos a la Fe? —se volvió hacia los soldados y los *fidalgos*—. Quisiera mostrar mi gran satisfacción ante vuestro trabajo, señores. Nuestro noble y valiente compañero, Gonçalo de Sintra, ha sido vengado en este gran día, en el que además hemos obtenido un buen cargamento para nuestros barcos.

Entre los hombres se elevaron gritos de aprobación, a los que Andrea no se unió. El beneficio sería alto, pero no se alegró por ello.

—Esta noche celebraremos un banquete con vino en honor de nuestra gran victoria —continuó don Alfonso—. Hemos encontrado cerdos para asar en el poblado. Así que tendremos carne para celebrarla y mañana embarcaremos a los esclavos y saldremos a buscar más.

Se escucharon nuevos gritos de entusiasmo. Los servicios de Andrea para vigilar a los esclavos ya no eran necesarios, así que se encaminó hacia la Santa Clara para buscar sus instrumentos de navegación. Todavía no había tenido tiempo de medir la altura del sol del mediodía, un método de navegación que estaban ansiosos por estudiar el príncipe Enrique y el maestre Jacomé.

A medio camino oyó una voz desdeñosa.

—¿Estáis intentando escapar, señor Bianco?

Era Gil Vicente. Cuando se dio la vuelta se encontró al *fidalgo* a unos pocos pasos detrás de él. Estaba totalmente rígido y equipado con la armadura, el casco, una espada enfundada que le colgaba a un lado y el guantelete. Dándose cuenta de lo que estaba a punto de pasar, Andrea no podía dar crédito a sus ojos. Por su parte el asunto de aquella mañana había quedado zanjado, pero estaba claro que Vicente pensaba ir más lejos.

—¿O es que no tenéis valor ni para defender vuestro honor? —añadió el *fidalgo* y, dando unos pasos hacia él, le dio una bofetada en la cara con el guantelete.

## VI

Hasta los negros se quedaron sin habla, dándose cuenta de la importancia de la nueva situación, aunque no entendieran lo que se estaba diciendo. El primer impulso de Andrea fue de coger a Gil Vicente y romperlo en dos, como si fuera un palo, pero sabía que no era el momento. Con este reto, el *fidalgo* había invocado el código de la caballería y, aunque Andrea no fuera un caballero ni tenía la más mínima intención de serlo, estaba obligado a seguir las reglas o lo tacharían de cobarde convirtiéndose en un marginado.

—No os temo, señor —dijo Andrea rápidamente. Recorrió con la mirada a todos los que lo rodeaban y lo observaban fijamente—. Todos los aquí presentes sois testigos de que soy yo el desafiado.

Don Alfonso consiguió romper el hechizo que se había apoderado de todos ante los nuevos acontecimientos.

—¿Qué significa esto, señores?

—El señor Bianco me agravió esta mañana temprano durante el ataque al poblado —dijo Gil Vicente antes de que Andrea pudiera decir palabra—. No he tenido la oportunidad de retarlo antes, pero ahora que la batalla ha terminado, insisto en que se satisfaga mi honor con un combate a muerte.

Lancarote se volvió hacia Andrea.

—¿Qué decís, señor Bianco? —preguntó.

Andrea se encogió de hombros.

—Si el señor Vicente decide ofenderse por algo que yo haya podido hacer, está en su derecho.

Don Alfonso negó despacio con la cabeza.

—En un momento como éste deberíamos luchar contra el enemigo, no entre nosotros. Debo rogaros a los dos que busquéis otro modo de solucionar vuestras diferencias.

—No aceptaré nada que no sea un combate a muerte —dijo Gil Vicente. Estaba claro que como futuro caballero, su mayor habilidad con las armas lo llevarían a una victoria segura.

—Con mucho gusto satisfaré al señor Vicente, si es lo que desea —dijo Andrea tranquilamente.

—Entonces no me queda otra opción —dijo don Alfonso de mala gana—. El asunto se resolverá esta tarde aquí, en la playa, con espada y lan...

—Un momento, señor.

Don Alfonso miró a Andrea sorprendido, porque el tono de su voz había sido cortante y de reprensión.

—¿Sí, señor Bianco?

—El señor Vicente me ha retado a un combate, como habéis oído. Yo no soy ni un caballero ni un soldado, y tanto menos deseo serlo. Él lo sabe e intenta llevarme a un combate con armas en las que es experto —sonrió irónicamente—. Francamente, no tengo la intención de cometer suicidio aquí, en las costas de África.

Vio como una mirada de desprecio se formaba en los ojos de don Alfonso.

—Entonces preferís pedir disculpas y evitar...

—No deseo evitar nada —la voz de Andrea era como un latigazo—. Ya que el señor Vicente me ha retado, insisto en elegir yo las armas para el combate.

—Estáis en vuestro derecho, según las leyes de la caballería —le concedió don Alfonso.

—Entonces el combate se llevará a cabo sólo con puñal y ambos a pecho descubierto.

—Un caballero no lucha así —dijo Gil Vicente con tono nervioso.

—Entonces, ¿retiráis el desafío? —preguntó Andrea.

Gil Vicente empezó a palidecer. Si usaban sólo puñales tenía muchas menos posibilidades. Sin embargo, si retiraba ahora el reto o se negaba a luchar, la situación se volvería contra él, y se le consideraría un cobarde.

—Combatiré con el señor Bianco como desee —dijo fríamente—. Dadme sólo un poco de tiempo para descansar y refrescarme.

—Tendréis una hora —le concedió don Alfonso—. El combate tendrá lugar aquí, en la playa.

Martín Vasques se ofreció voluntario como segundo de Andrea y él aceptó los servicios del viejo soldado con agradecimiento. Se retiraron hacia el otro lado de la playa, pero cuando Martín le llevó un vaso de vino Andrea no lo quiso.

—El vino nunca ha hecho a nadie más valiente, amigo mío —le dijo—. Tengo un trabajo que hacer que requiere habilidad.

—No necesitáis ser muy hábil para cortarle el cuello a ese gallito.

—No pretendo matarlo.

—¡Por Dios! ¿Y por qué no? Si lo está pidiendo a voces, y no dudéis de que él disfrutaría atravesándoos con la lanza.

—Es muy joven. Le enseñaré quién es el jefe aquí y le perdonaré la vida. Esto lo hará un hombre.

Martín Vasques negó con la cabeza.

—Sois un hombre extraño, señor Bianco. ¿Por qué os mantuvisteis alejado de la matanza de esta mañana?

—Algo dentro de mí siente repugnancia ante la idea de matar a gente indefensa —admitió Andrea—. Aunque sean paganos.

—Los sacerdotes nos aseguran que estamos haciendo un favor a los moros que capturamos, salvando sus almas inmortales.

Andrea se encogió de hombros.

—No discutiré de religión con vos, amigo mío. Ni de lo que conviene al alma de un hombre. En las galeras conocí a turcos y a otros moros que son más nobles que muchos cristianos, y he conocido a villanos de las dos religiones por todas partes.

## VII

Aún no era mediodía cuando Andrea entró en el círculo que los espectadores habían preparado en la playa. Don Alfonso había elegido un área de arena dura para evitar tropezones traicioneros en la fina arena. Los dos hombres estaban desnudos de cintura para arriba, y aunque Andrea había perdido ya el color que tenía cuando escapó de las galeras, su piel parecía mucho más oscura al lado del pálido blancuzco de la de Gil Vicente.

Sus armas eran dos puñales, exactamente iguales, que les había dado don Alfonso, quien en ese momento los llevó al centro del círculo.

—Os ruego una vez más que solucionéis vuestras diferencias sin lucha —dijo—. Si creéis que es posible.

—El señor Vicente sólo tiene que retirar su desafío —dijo Andrea tranquilamente—. No tengo nada contra él.

Gil Vicente estaba pálido, pero no quiso desaprovechar esta oportunidad.

—No podría hacer como decís y salvaguardar mi honor al mismo tiempo.

—Entonces ordeno que el honor se satisfaga con un duelo a primera sangre. En ese momento el encuentro terminará —anunció Lancarote extendiendo su espada entre los dos hombres—. La lucha comenzará cuando baje la espada y terminará cuando diga “primera sangre”. ¿Entendido?

Ambos asintieron con la cabeza y don Alfonso se retiró algunos pasos hasta que sólo quedó entre ellos la punta de su espada. De repente la levantó y se alejó un poco más manteniéndola alzada.

Andrea miró al joven con cautela. Gil Vicente sería un oponente merecedor de respeto ya que, como aspirante a caballero, estaba entrenado para luchar para conseguirlo, pero el resultado de la lucha dependería más de la habilidad de los oponentes con el puñal, y Andrea contaba con ello. Además, no tenía intención de matarlo.

Se movieron en círculo vigilantes, sin querer dar el primer paso ninguno de los dos. A torso descubierto, la primera herida se vería claramente y don Alfonso, como había anunciado, pararía el combate. Los dos estaban descalzos para tener más equilibrio sobre la arena.

Al final Gil Vicente no pudo seguir resistiendo la tensión y atacó. Andrea había estado mirándolo a los ojos todo el tiempo, y anticipó su intención de atacar. Pudo neutralizar el golpe fácilmente, oponiendo su puñal al del adversario. Durante unos momentos estuvieron así, puñal con puñal, mientras que los espectadores gritaban continuamente, cada uno a favor del que había elegido para sus apuestas.

Tenían la cabeza a unos pocos centímetros el uno del otro, así que Andrea oyó a Gil Vicente cuando le dijo en voz muy baja:

—Esta vez no escaparás como lo hiciste en el barco.

En ese momento Andrea supo quién lo había atacado en la Santa Clara. La verdad es que ya lo había pensado, porque le pareció raro que Gil Vicente, que debería haber estado durmiendo en la toldilla en aquel momento, fuera el primero en llegar en su ayuda cuando gritó. Estaba claro que, como Andrea se había metido el Al-Kemal dentro de la túnica y había gritado socorro mientras que el vigía estaba en la torre, Gil Vicente no había tenido más remedio que fingir que había acudido en su ayuda.

Durante un largo y tenso momento, Andrea tenía bloqueado a Vicente. Entonces, con un movimiento rápido lo empujó hacia atrás, desenganchando así los dos puñales. Andrea tenía mucha más fuerza que él, de modo que el *fidalgo* terminó tirado en el suelo por el empujón. Se oyeron los murmullos de los espectadores cuando Andrea dio algunos pasos hacia atrás para permitir que el joven se levantara y que no terminara ahí la pelea.

Podría haberlo matado fácilmente, pero esperó a que su oponente se levantara jadeante y cogiera otra vez el puñal con fuerza. Entonces el *fidalgo* intentó asestarle una puñalada, pero Andrea lo esquivó con rapidez. Parando el golpe fácilmente con su propio puñal, le dio otro empujón en el hombro, haciendo que perdiera el equilibrio y dejándolo como aturdido.

Un miedo enfermizo se vio en los ojos de Gil Vicente cuando se dio cuenta de que Andrea lo podía matar en cualquier momento, cuando quisiera. Sin embargo, lo que Andrea quería no era matarlo, sino descubrir qué motivo había llevado al *fidalgo* a unirse a la expedición de don Alfonso sólo unos días después de llegar de Florencia suplicándole, como pariente suyo que era, el privilegio de unirse a su flota y llegar hasta Lagos. Lo que Andrea quería saber era si lo que lo había movido a ello era simplemente su amor por la aventura o si escondía algún oscuro misterio.

Una vez más Andrea lo bloqueó puñal con puñal.

—Podéis salvar la vida si confesáis —le dijo en un tono de voz lo suficientemente bajo para que los otros no lo oyeran—. No quiero mataros.

Dudó un momento.

—Confesaré —dijo.

Andrea dio un paso atrás para dejarlo libre, pero cuando Andrea se dio cuenta de que el otro había aprovechado para coger ventaja sobre él ya era demasiado tarde. En vez de parar el combate, el joven se abalanzó contra él apuntado su puñal sobre el pecho de Andrea, así que lo único que pudo hacer fue inclinarse hacia un lado para intentar evitar el golpe. Un segundo después Andrea sintió que le había alcanzado en una nalga. Aturdido por el dolor, apenas podía creer lo que estaba viendo. La lama del puñal resplandeció por un rayo de sol, y fue entonces cuando entendió lo que había pasado.

La punta del puñal no le había atravesado la carne gracias a las callosidades que

se le habían formado en sus cinco largos años de trabajo en los remos de las galeras, y la resistencia de su piel había hecho que el puñal se le escurriera de las manos, cayendo sobre la arena.

Gil Vicente se lanzó desesperadamente a recogerlo, pero esta vez Andrea no se lo permitió. Moviendo la mano para no darle con la punta, lo golpeó con el puño del arma en la cabeza haciéndole caer de rodillas, medio atolondrado. Alejando el puñal de una patada para que no pudiera alcanzarlo, cogió al *fidalgo* de la barba corta que tenía y le dio un tirón para obligarlo a levantar la cabeza.

—Decid la verdad —le ordenó en cólera—. Decid la verdad u os rebanaré el cuello.

—Fui yo quien intentó robar el instrumento de navegación —chilló Gil Vicente—. Os he retado hoy para mataros y robároslo.

—¿Quién os envió a Lagos? —preguntó Andrea.

—¡Mattei Bianco! Estaba en Florencia cuando el capitán Cadamosto estuvo allí y le habló de vuestro descubrimiento. Él me pagó para que viniera a Lagos y os matara para conseguir el secreto.

—Y cuando supisteis que participaría en esta expedición, solicitasteis uniros a ella para llevar a cabo vuestra misión —Andrea terminó la confesión.

—Sí, sí. No me matéis.

Andrea lo empujó desdeñosamente. De hecho hasta se había olvidado de él al enterarse de que Mattei, al no haber conseguido matarlo en Venecia, lo había vuelto a intentar aquí, en la otra parte del Mediterráneo. Su hermanastro debía de estar realmente desesperado, y un hombre desesperado lo seguiría intentando una y otra vez, mientras uno de los dos siguiera con vida.

Don Alfonso llegó a tiempo de escuchar la confesión y se dirigió furioso hacia su pariente.

—¡Cobarde! —le gritó—. Debería mandar ejecutaros aquí y ahora, pero quedaréis bajo arresto hasta que lleguemos a Lagos. Allí el tribunal decidirá qué hacer con vos —Entonces se volvió hacia Andrea y se inclinó ante él respetuosamente—. Os presento mis disculpas por el acto tan cobarde de mi pariente, señor Bianco. Podéis exigirme la satisfacción que deseáis.

—Ya ha habido violencia más que suficiente por hoy —le aseguró Andrea—. Sobre todo para un hombre que lo único que anhela es la paz.

Aunque hoy no habían conseguido matarlo, Andrea no se engañó pensando que iba a poder disfrutar de paz en el futuro. Mattei, quizá más que ningún otro, apreciaría el increíble valor que tendría el Al-Kemal en manos de una persona sin escrúpulos. Por ahora Mattei no podía saber que la misión de Gil Vicente había fracasado, pero en cuanto volvieran a Lagos, la noticia del regreso de Andrea les llegaría a los Medici a Lisboa, y puede que a Mattei a Venecia. Desde ese momento

(y Andrea lo sabía) su vida volvería a estar en peligro, hasta que uno de los dos muriera.

Como don Alfonso había prometido, hicieron en la playa una gran fiesta, pero Andrea sólo se quedó el tiempo suficiente para probar el cerdo que habían asado para el banquete. Cuando se sació, se dirigió hacia la Santa Clara, que estaba anclada cerca de la isla de Arguin. Una vez allí, cogió sus instrumentos de navegación y sacó de su estuche de madera el astrolabio que le había dado el príncipe Enrique para que lo usara en el viaje.

Le habían dicho que era un nuevo instrumento árabe que habían conseguido en el ataque a Ceuta, pero algunos de los signos escritos en él le eran familiares. Con él determinó varias veces el ángulo de la Estrella del Norte respecto al horizonte, comparando los resultados para una mayor exactitud y los anotó en un mapa que estaba diseñando de la región, donde ya había indicado la posición de la isla de Arguin, la isla de las Garzas y muchas otras que había visto aquella tarde desde la playa.

También anotó en el informe que estaba preparando sobre el viaje que, cuando la marea era baja, los hombres podían caminar por el agua hasta la playa, y que había una gran cantidad de pescado, gaviotas y otros pájaros, y huevos de los grajos de la isla. Por último apuntó que había también muchos animales, llamados lobos marinos, cuya piel lisa y brillante era muy apreciada en Portugal como abrigo y decoración de la ropa de los ricos. Tenía pensado pedir a don Alfonso al día siguiente que le diera un bote con remeros para explorar los alrededores de la isla y así definir su perfil en el mapa que estaba diseñando. Quería incorporar esta información en el gran mapa de la costa de África en el que trabajaría una vez de vuelta a Villa do Infante.

Estaba inclinado trazando el borrador cuando oyó una voz detrás de él.

—Señor Bianco.

Andrea se volvió rápidamente. Era don João Gonçalves, el ayudante de don Alfonso Lancarote.

—Siento... siento molestaros, señor —dijo el joven—, pero quería que supierais que nunca he sido amigo de ese cobarde de Gil Vicente.

Andrea sonrió.

—A decir verdad, ya me había olvidado de él —señaló el boceto—. Estoy diseñando un mapa de la región. El príncipe Enrique espera poder establecer algún día una colonia en las costas de África que sirva como base para futuras operaciones, y la isla de Arguin puede que sea el lugar más indicado. Hay mucha agua fresca y comida, y permite un buen anclaje para los barcos.

—¿Consideráis más importante esa labor que la de llevar las armas y lograr la gloria, señor?

—No encuentro nada malo en llevar las armas —dijo Andrea—, pero ese tipo de

fama raramente sobrevive a aquel que la logra.

—¿De verdad?

—A veces sí. Vuestro Príncipe es considerado, sobre todo por los portugueses, como uno de los conquistadores de Ceuta y como un gran caballero, pero su nombre se venera y se respeta por todo el mundo por promover los viajes de exploración. Estoy seguro de que su fama en este campo durará mucho más que la gloria adquirida en las batallas contra los moros.

—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista —admitió Gonçalves—. Yo creo que es un caballero ideal y un gran impulsor de nuestra Fe Cristiana en la batalla contra el Islam.

—Y en verdad lo es —convino Andrea—, y lo admiro mucho por ello, pero creo que nuestra Fe se podría difundir mucho más llevando los cargamentos de nuestros barcos para venderlos y estableciendo ciudades comerciales en tierras paganas que con las armas.

—Cuando lo explicáis entiendo vuestro punto de vista, señor —admitió João Gonçalves—, pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué le habéis perdonado la vida hoy a Gil Vicente?

—¿Qué bien me reportaría matarlo?

—Os ha retado y acusado de cobarde, y ha intentado mataros.

—Pero no lo ha conseguido.

—Habríais ganado honor matando a alguien que era tan evidente que merecía morir.

Andrea sonrió.

—El honor no es algo que un hombre lleve en la manga, señor Gonçalves, como la gracia de una dama. Es una cualidad que un hombre lleva en su interior, y que le dona humildad, comprensión y bondad, al tiempo que valor. Nuestro Príncipe posee todas estas virtudes en alto grado, mientras que nadie lo acusa de ser un cobarde por no estar predispuesto a luchar contra ningún hombre porque no le guste el color de su piel, o de sus ojos, o el sonido de su voz, o incluso la religión que profesa.

—Nunca me había parado a considerarlo de este modo —admitió João.

—Si hubierais llevado los remos de una galera mora durante años, como yo lo hice, sabríais que puede llegar un momento en que tener suficiente para comer, un poco de vinagre y aceite mezclados con agua, y la fuerza de empujar un remo para no sentir el latigazo de un capataz pueden llegar a significar más que la propia vida. Yo casi llegué a ese punto. Lo único que me hizo seguir adelante fue no perder la esperanza de escapar algún día. Os puedo asegurar que había poco espacio para pensar en el honor en aquellos momentos.

Gonçalves sonrió amargamente.

—Me hacéis sentir como un niño.

—Es bueno para un hombre sentirse como un niño —le dijo Andrea—. Recordad las palabras de Nuestro Señor, “*El que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él*”.

—Gracias, señor Bianco, por la lección que me habéis dado esta noche —dijo *el fidalgo* seriamente—. Trataré de ser el tipo de caballero que me ha descrito.

—Estoy seguro de que lo seréis —le dijo Andrea afectuosamente—. Como vuestro Príncipe.

Andrea siguió trabajando en su boceto mucho tiempo después de que Gonçalves se fuera. El cielo estaba despejado y la luna brillaba tan fuerte que Andrea estaba deseando que hubiera un eclipse para poder fijar con exactitud la posición de la isla de Arguin, pero hasta dentro de unos meses no se esperaba ninguno, así que era imposible. Sin embargo, con sus propios apuntes y los de los viajes de exploración que ya se habían hecho antes a lo largo de estas costas, ya tenían información suficiente para los cartógrafos y geógrafos a su vuelta a Villa do Infante.

## VIII

Con señas, y con los conocimientos que Andrea había adquirido de los dialectos árabes mientras fue esclavo de Hamet-el-Baku, interrogó a los azanegues, como se llamaban los nativos de la tribu que habían capturado. Sólo le resultaban familiares algunas palabras de su dialecto, pero aun así consiguió tener una considerable cantidad de información que ofrecer a don Alfonso.

Descubrió que los azanegues eran un clan inferior del Islam, que no se podían comparar con los otros grupos de la costa mediterránea o los de las grandes ciudades de Túnez, Alejandría u otros lugares, donde la cultura árabe había llegado a un alto nivel desarrollo. Más que nada parecían mentirosos y traidores que llevaban el pelo negro largo, hasta los hombros, y que se ungían el cuerpo con aceite de pescado, lo que les daba ese olor acre característico. Le dijeron que hacia el interior se podía encontrar un poco de oro, pero que raramente llegaba alguien hasta aquella parte de África. En su mayor parte se destinaba a la ciudad que llamaban Tombuctú y desde allí iba a Túnez y a otras ciudades moras que lo vendían a Europa.

Casi todos los azanegues iban desnudos o, como mucho, llevaban un taparrabos amarrado a la cintura. Algunas mujeres (que tenían una piel color marrón dorado, con ligeros matices más o menos oscuros) eran sorprendentemente hermosas. Llevaban una especie de camiseta corta que les cubría el pecho y nada más. Se consideraban más bonitos los pechos largos, así que las madres les vendaban el pecho a sus hijas cuando empezaban a acercarse a la edad del desarrollo para que les crecieran largos.

Por lo que se refería a los países fronterizos, Andrea, después de su conversación con los azanegues pudo informar a don Alfonso que había algunos asentamientos en las islas vecinas y un poco más lejos, hacia el interior. Por las dificultades que presentaba viajar por aquellas tierras y el peligro de que les cortaran el paso, Lancarote decidió atacar sólo los poblados de las islas. Reunió a un grupo de hombres del barco, y a mediodía emprendió una incursión de dos días en una isla que había un poco más al sur, donde se encontraba el poblado más grande.

Andrea seguía trabajando en uno de sus proyectos con el que pretendía medir la altura exacta del sol del mediodía sobre el horizonte. En cuanto los hombres partieron, vadeó la costa con su astrolabio y otros instrumentos. Primero situó una lanza como indicador sobre la arena blanca para determinar así su sombra cuando el sol de las doce brillaba desde el sur, como indicaba también la aguja del compás.

Los navegantes no solían usar el astrolabio, ya que sus resultados no eran muy exactos al estudiar la altura del sol de mediodía, pero el príncipe Enrique y el maestre Jacomé le habían pedido que lo hiciera desde la costa, cuando le fuera posible, ya que no había participado ningún cartógrafo ni navegante cualificado en ninguna otra expedición de estas características. Como siempre, el Príncipe estaba ansioso por

obtener toda la información posible para poder estudiarla más tarde en Villa do Infante.

A los nativos que habían capturado el día anterior los habían metido en una especie de corral que habían improvisado en la isla de Arguin, donde algunos soldados los estaban vigilando. Durante todo el día sus gritos habían hecho el ambiente insoportable, molestando incluso a las nubes de garzas que pasaban por allí. Algunas se chocaban contra los mástiles de las carabelas, cayendo sobre cubierta, mientras que los soldados las atacaban con las lanzas para desplumarlas y meterlas en agua de mar para que la carne se conservase mejor. En general, toda la zona estuvo en un estado de confusión total hasta la noche siguiente, cuando los nativos comenzaron a resignarse a su suerte, y fueron cesando los gritos, aunque siguieron gimiendo con más o menos fuerza conforme las horas iban pasando. Andrea supo más tarde que este sonido llegaba a formar parte de cualquier barco de esclavos como si fuera el propio chirriar de sus maderos.

Aunque estaba ocupado con sus observaciones, Andrea también quería profundizar más en el estudio de la vida de la isla para poder identificar y describir las extrañas aves, peces y otros animales que la poblaban.

Los nativos le dijeron que uno de los grupos de aves que abundan por allí se llamaban *framengos*. Eran un poco más grandes que las garzas, tenían el cuello largo y las plumas finas, y sus picos eran tan largos y pesados que parecía que no podían con ellos, así que dejaban caer la cabeza sobre una pata o sobre las plumas cuando estaban de pie en el agua.

La expedición del don Alfonso Lancarote volvió a los dos días por la noche, con unos cincuenta esclavos más, sobre todo niños. Los llevaron a la playa con la mitad de los soldados para vigilarlos, mientras que los otros llevaban al barco los botes de la expedición.

Don Alfonso estaba contentísimo, ya que en sólo tres días habían capturado cerca de doscientos esclavos, que era más de lo que ninguna otra expedición había conseguido jamás. Al día siguiente organizó una reunión con los capitanes, que estaban de acuerdo con él en volver a casa con la mercancía.

Al final de la reunión se dirigió a Andrea.

—Ya que sois beneficiario de este viaje, tenéis derecho a opinar, señor Bianco. ¿Estáis de acuerdo en volver a Lagos?

—Eso depende de si os contentáis con una modesta ganancia —le dijo.

Don Alfonso frunció el ceño.

—¿Qué queréis decir?

—El príncipe Enrique esperaba que navegásemos por lo menos hasta el río Sanaga y las tierras de Guinea. Ya que hemos llegado hasta aquí, sería una pena volvernos sin descubrir nuevas tierras.

—El señor Bianco tiene razón —admitió Ugo Tremolina—. Seguro que el Infante nos recompensará si trazamos el mapa que lleva hasta la tierra de los negros.

—Los moros enferman y mueren en los viajes largos —objetó uno de los capitanes—. Seremos afortunados si llegamos hasta Lagos con dos tercios de los que tenemos ahora.

—¿Por qué no mandamos algunas de las carabelas de vuelta a casa con los esclavos? —dijo Andrea—. El resto podemos seguir hacia el sur. Los negros de Guinea valen mucho más como esclavos que los moros, pero aunque no consigamos más esclavos en Guinea en este viaje, será mucho más fácil hacerlos en el próximo.

—¿Qué queréis decir, señor? —el que hablaba era el capitán Gomes Pires de la carabela Santa María, un marinero despierto e inteligente.

—Si llegamos hasta el río de las palmeras, que marca la entrada a las tierras de Guinea —explicó Andrea—, haré las observaciones necesarias para establecer el paralelo exacto de latitud en que se encuentra, de forma que cualquier barco podría navegar directamente hasta allí como hemos hecho nosotros con la isla de Arguin, sin tener que andar buscando por la costa.

—¿Estáis totalmente seguro de poder hacer algo así, señor Bianco? —le preguntó Gomes Pires.

—Puedo volver a cualquier parte del mundo, una vez que he estado allí —le aseguró Andrea—, a no ser que se encuentre por debajo de la línea equinoccial, e incluso así creo poder encontrarla.

Alfonso Lancarote se acarició la barbilla.

—Tenéis un gran poder de convicción, señor Bianco —admitió—. Además, el atractivo de conseguir una carga mayor de esclavos es grande.

—Más el elogio de nuestro Príncipe —le recordó Andrea—. He oído que recompensa bien a quien hace nuevos descubrimientos.

—Lo votaremos —decidió don Alfonso.

El resultado del voto fue como Andrea esperaba. Tres de los capitanes decidieron volver a Portugal. Gomes Pires y Ugo Tremolina, junto con don Alfonso, votaron seguir adelante.

—Meteremos a todos los esclavos en las tres carabelas —decidió Lancarote—. Podrán salir para Lagos en cuanto carguen el barco de agua dulce y carne fresca. Los demás continuaremos nuestro viaje. Nuestra suerte está en vuestras manos, señor Bianco —añadió seriamente—. Rogad que vuestros cálculos sean correctos.

## IX

Tres días más tarde toda la flota levó anclas. Frente a la isla de Arguin la carabela de don Alfonso disparó la señal y las otras tres carabelas pusieron rumbo al oeste. A causa del viento que soplaba continuamente al suroeste, impidiéndoles avanzar, tuvieron que cambiar de rumbo hacia atrás y hacia adelante durante todo el camino de vuelta.

Andrea, audaz, estableció el rumbo de las otras dos carabelas hacia el sur y ligeramente hacia el oeste. Según la información que el príncipe Enrique había obtenido de los esclavos moros y negros, este rumbo recorrería en paralelo las costas mar adentro, llevándolos hasta el río Sanaga. Pronto perdieron de vista las costas, y con un buen viento a favor, las dos carabelas avanzaron por aguas tranquilas.

Habían cogido una buena cantidad de pescado fresco, garzas y carne de lobo de mar en la isla de Arguin, así que la comida era mucho más rica de lo que solía ser en alta mar. Consistía en unos setecientos gramos de pan del que solían comer a bordo, como base, quinientos gramos de carne de buey y otros quinientos de cerdo, un litro de agua y un poco de vino, además de aceite, vinagre y cebollas para sazonar la carne. En los días de ayuno el queso sustituía a la carne y, en los pocos días en los que amainaba el viento, conseguían pescar bastante.

Una cosa preocupaba a Andrea en aquellas latitudes, y era el continuo descenso de la Estrella del Norte en el cielo conforme navegaban hacia el sur. Se lo había esperado, por supuesto, pero según se iba haciendo más baja, el ángulo entre la Estrella Polar y el horizonte eran más difíciles de obtener con el Al-Kemal, y estaba notando cómo la exactitud del instrumento disminuía.

La longitud del Al-Kemal era cada vez más corta, ya que se veía obligado a mover la tablilla de madera más y más lejos de la vista, y aún no había podido identificar ninguna otra constelación que le pudiera servir de guía, aunque esperaba encontrar la que los árabes del Este habían descrito como una cuadriga o una cruz.

Cuando pasaron cuatro días desde que habían dejado Arguin, Andrea ordenó cambiar el rumbo hacia una dirección más al sureste a medianoche y se puso en la proa junto al capitán Ugo para observar las aguas que se extendían ante ellos. Con el alba no llegó ninguna señal de tierra, así que desayunaron en el barco con pan y vino, y un poco de queso (porque era viernes y, por lo tanto, día de ayuno). Era media mañana cuando el vigía, que se había encaramado a la parte más alta del mástil principal, dio la señal de haber divisado algo ante ellos que podría ser la línea de la costa.

Don Alfonso y los *fidalgos* que estaban en la torre posterior dejaron sus posiciones y empezaron a hablar con entusiasmo.

—¿Veis palmeras? —le preguntó Andrea al vigía—, ¿o alguna grieta en la costa

que pudiera ser un río?

—Todavía no.

—Mirad hacia el sur —le ordenó Andrea—. ¿Se ve algo en aquella dirección?

—Nada. ¡Esperad! Veo algo en el agua —el vigía alzó la voz excitado—. Parece que hay una gran línea marrón en el agua.

Inmediatamente empezaron a hablar todos en cubierta. El capitán Ugo miró perplejo a Andrea, que negó con la cabeza.

—No parece probable que una lengua de tierra pueda llegar tan lejos de la costa —dijo pensativo—, pero será mejor aminorar la marcha.

El capitán gritó la orden, y cuando se arriaron las velas de mesana y del mástil principal la velocidad de la carabela se redujo considerablemente. Gomes Pires, en la Santa María, vio la maniobra y la imitó. Ambas carabelas navegaban lentamente mientras que Andrea, desde su posición en la proa, aguzaba la vista hacia el sur y enseguida vio lo que había anunciado el vigía una mancha marrón que parecía cruzar todo el océano ante ellos.

—¡Es una señal! —gritó, nervioso, uno de los marineros—. ¡Un aviso del cielo para que no sigamos adelante! —los otros oyeron el grito, y un montón de voces, llenas de miedo, se levantaron por toda la cubierta.

La voz de don Alfonso se oyó por encima de todas ellas.

—Parad el barco, capitán —ordenó—. ¡El Cielo nos ha advertido que no debemos seguir adelante!

Cuando se arriaron el resto de las velas, la elegante carabela casi se inmovilizó. Sin embargo, Andrea no estaba dispuesto a aceptar que esta cosa tan extraña lo detuviera.

—Lo que estamos viendo tiene que tener una explicación racional —le aseguró a don Alfonso—. Si me lo permitís, bajaré con un bote para investigar sin que la carabela tenga que acercarse.

Lancarote no estaba de acuerdo, pero Andrea insistió.

—Si me ocurre algo —le dijo— podéis izar las velas y abandonar este lugar inmediatamente.

—Toda la responsabilidad es vuestra —le advirtió don Alfonso—. No enviaré a ninguno de mis hombres a recogeros.

Martín Vasques dio un paso al frente.

—Puedo llevar los remos y luchar.

—Yo también —dijo João Gonçalves uniéndose a ellos.

Muchos otros se ofrecieron como voluntarios, y con una flota de seis hombres pusieron el bote en el agua. Unos cuantos metros más allá, donde se había detenido la otra carabela, vieron que estaban echando al agua otro bote.

Con seis hombres fuertes a los remos, el bote se dirigió hacia el sur por unas

aguas tranquilas. Cuando se estaban aproximando a la línea marrón, Andrea dejó su puesto y se subió al banco de remos. Pudo ver entonces que lo que habían descubierto era en realidad el borde de una enorme zona del mar que se extendía hacia el este y el oeste, y también hacia el sur, más allá del alcance de la vista. En esta área el agua tenía el color marrón del fango, pero no se veía tierra en la superficie. De repente se dio cuenta de lo que era, y fue tal la sorpresa, que empezó a reír aliviado.

—¡Es fango! —dijo contento—. Es el fango que trae al mar el agua de un río enorme. Ya lo he visto antes en el Nilo, cerca de Alejandría.

—Entonces ésta tiene que ser la parte occidental del Nilo —gritó João Gonçalves—. ¡*Por Dios!* ¡Qué cosa más rara!

Llegaron hasta el borde de aquella mancha marrón, y Martín Vasques se mojó la mano y la probó.

—¡*Sangre de Cristo!* —exclamó—. Este agua es dulce, no salada, y tiene sólo un ligero sabor a barro.

—Tiene que ser el río Sanaga —dijo Andrea—. Puede que incluso el Nilo occidental, como dice el señor Gonçalves.

El bote de la otra carabela llegó hasta donde estaban ellos, y Andrea le explicó a Gomes Pires lo que habían descubierto.

La noticia hizo que don Alfonso y los demás olvidaran sus temores. Volvieron a izar las velas rumbo al este, hasta la mancha enorme. Muy pronto tuvieron más pruebas de que se trataba realmente del agua que traía la corriente de un poderoso río, incluso a tantas millas de la costa. La velocidad de las carabelas disminuyó no sólo por la fuerza de la corriente, como si una mano gigante estuviera empujándolos hacia atrás, sino también por los despojos, ramas de árboles o incluso troncos que le pasaban a los lados.

Poco después del mediodía el vigía advirtió de que se empezaba a ver la costa que se extendía ante ellos y media hora más tarde Andrea vio dos palmeras que crecían a los lados de la desembocadura del río, como si fueran dos grandes banderas que se izaban hacia el cielo.

Las carabelas avanzaban, resonando, por la boca del río, pero lo hacían lentamente para no encallar en los bancos de arena que se amontonaban por el fango que el río había ido llevando al mar durante siglos, y mientras lo hacían empezaron a divisar los límites de una inmensa selva que llegaba hasta el cabo, marcando así el límite norte de la boca del río. Las dos palmeras que hacían de centinela se distinguían bien, por ser mucho más altas que las demás, tal y como los esclavos le habían contado al príncipe Enrique.

—Otro milagro de la navegación, señor Bianco —dijo don Alfonso lleno de júbilo. El miedo que había pasado apenas unas horas antes ya se había apaciguado ante la prospectiva de obtener un buen cargamento de negros, así como el favor del

príncipe Enrique ante este importante descubrimiento—. Nos habéis traído hasta el Nilo occidental y la puerta de entrada al reino del Preste Juan.

## X

Habían visto que las costas del cercano Cabo Blanco eran arenosas y casi desiertas, pero la ribera sur del río Sanaga (si es que era éste) era un muro de vegetación que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La ribera norte parecía un poco menos densa en vegetación, pero incluso ésta era mucho más espesa que el resto de las zonas que habían visto durante el viaje.

El río parecía tener unos cinco kilómetros de anchura, lo que les daba una idea de la tremenda cantidad de agua que llevaba hasta el mar. La marea bajó antes de que pudieran llegar a la boca del río, y como la dirección de la corriente había cambiado y la marea era más baja, las carabelas empezaron a moverse a mayor velocidad. Cerca de la orilla norte había muchos bancos de arena y arrecifes que se adentraban en el mar y Andrea estaba seguro de que lo mismo ocurriría en la orilla sur, que no habían visto todavía. Entre ambas orillas había una isla que dividía en dos la desembocadura.

Con la ayuda de la marea, las carabelas lograron adentrarse en el río sin encallar. Impulsados por la fuerza de la corriente principal avanzaron hacia la ribera sur y echaron anclas a unos cien pasos de ella.

Por el momento no habían visto señales de vida humana en la zona, aunque parecía evidente que la región, de una increíble fertilidad, debía de ser propicia. Los árboles y plantas trepadoras de la ribera sur formaban una pared de vegetación mucho más alta que los mástiles de las carabelas, y lo mismo se podía decir de la parte norte, aunque era un poco menos espesa. Había flores salvajes que parecían crecer literalmente en el aire, y muchísimos pájaros de colores fantásticos volaban alrededor de ellos o se encaramaban en las lianas que colgaban por encima del río, observándolos con gran curiosidad. De vez en cuando se oían unos trompetazos desde la orilla. No pudieron identificar de qué se trataba, pero Andrea creía que serían elefantes, ya que los azanegues le habían dicho que había muchos por esta zona.

Justo antes del anochecer vieron un extraño animal que nadaba en el río. Su espalda, tan ancha como la de un caballo, flotaba en la superficie. La cabeza también tenía la forma de la de un caballo, pero el doble de ancha, y en la boca se le veían colmillos enormes que parecían los de un jabalí. Martín Vasques lo llamó el “pez caballo”. Se quedaron asombrados cuando el animal salió del agua por una zona donde la orilla era baja contorneándose sobre sus patas, que parecían tan grandes como los muslos de un hombre. Cuando cayó la noche algunos murciélagos gigantes se abalanzaron contra los barcos. Tenían las alas tan grandes como los brazos de un hombre y daban gritos horribles.

El agua estaba llena de peces, algunos tan grandes como un niño. Un pez se tragó de golpe un anzuelo que lanzaron, incluso antes de que llegara a tocar el agua. Como se encontraban entre dos muros de vegetación, el calor asfixiante del día se calmó un

poco por la noche. De todas formas, estaban empapados en sudor y hasta las velas tenían tanta humedad que parecían gotear.

Don Alfonso se secó el sudor de la frente con la manga mientras estaba con Andrea y el capitán Ugo en la parte central del barco, esperando a que se hiciera el pescado que estaban preparando en un fuego que habían hecho sobre unos cazos llenos de arena.

—No me gusta el lugar donde nos habéis traído, señor Bianco —le dijo—. Hace demasiado calor y me da la impresión de que nos están observando desde la orilla.

—Seguramente —convino Andrea—. Es difícil ver a los negros de noche, e incluso de día sería imposible ver a nadie que se esconda a sólo dos pasos detrás de ese muro de vegetación.

Un resoplido llegó desde la parte posterior del barco. Andrea cogió una lámpara de aceite que colgaba del mástil y fue hacia el riel más bajo.

—¡*Por Dios!* —gritó don Alfonso apuntándolo en la oscuridad—. ¿Qué es eso?

Una enorme cabeza con dos ojos redondos los observaba sin pestañear. El animal (o el pez) era capaz de mantener su posición contra corriente con sólo ondear la cola tan larga que tenía y que se veía a veces cuando golpeaba contra la superficie. Su cuerpo, largo y grueso, era muy oscuro, casi negro, y parecía estar cubierto de escamas fuertes, como si fuera una armadura. Flotando en el agua ante ellos, el animal tenía un aspecto aterrador mientras los miraba fijamente con aquellos ojos tan brillantes.

—Creo que sé lo que es —dijo Andrea, cogiendo la luz que llevaba don Alfonso. Se dirigió hacia cubierta, donde encontró un cubo en el que habían puesto los desechos y vísceras de los pescados de la cena, volvió al riel y tiró su contenido al lado del animal. Este saltó fuera del agua para comérselos de un mordisco, y tal fue la impresión al ver las dos filas de colmillos del animal y su fuerza, que don Alfonso dio un salto hacia atrás y casi se le calló la lámpara.

—¡Madre de Dios! —dijo boquiabierto—, pero, ¿qué es eso?

—Es sólo un cocodrilo —le dijo Andrea, seguro de sí mismo—. He visto muchos en el Nilo en Alejandría.

—Entonces éste tiene que ser de verdad el Nilo occidental.

—Si es que existe —dijo Andrea.

—Puede que logremos atravesar África con los barcos y llegar hasta el reino del Preste Juan —sugirió don Alfonso.

Andrea negó con la cabeza.

—En Alejandría me dijeron que el Nilo nace al sur, en una región llamada las “Montañas de la Luna”. Si esto es cierto, sólo una parte de este río será navegable. Me imagino que tendrá cataratas en el interior, como el Nilo oriental.

—He oído a gente entendida que dice que hay una corriente que fluye al oeste del

Paraíso —dijo el capitán Ugo—. ¿Puede que sea ésta?

Andrea sonrió.

—¿Un paraíso lleno de cocodrilos, capitán? Si un hombre cayera al agua, un animal con esas mandíbulas lo rompería en dos como un hacha.

—El príncipe Enrique seguramente nos recompensará por haber descubierto este río inmenso —dijo don Alfonso—. Así que no hay ninguna razón que nos impida irnos de aquí lo antes posible.

—Se dice que los negros son los únicos que tienen oro en esta parte del mundo —le recordó Andrea—. Yo, por mi parte, quisiera volver a Lagos siendo un hombre rico.

—Y, ¿cómo os proponéis conseguirlo?

—Podemos seguir río arriba cuando la marea vuelva a subir mañana. Tiene que haber algún poblado cerca de las orillas del río.

—Los moros dicen que los hombres de Guinea envenenan sus flechas con hierbas —dijo don Alfonso dubitativo.

—Nosotros tenemos armaduras, y vuestros arqueros podrían matarlos antes de que nos alcanzaran.

—Tengo que pensarlo —dijo Lancarote—. Es una responsabilidad muy grande llevar a tantos hombres donde no ha penetrado ningún blanco.

Durante toda la noche se oyeron los sonidos de la selva y las acometidas de la corriente, con sus extrañas y temibles criaturas. El ruido de los pájaros sobre los árboles, los gemidos del pez caballo, los rugidos de los cocodrilos gigantes que infestaban el agua y los chillidos de los murciélagos hicieron que la noche se convirtiera en una pesadilla. Al amanecer, una nube enorme, blanca y espesa, como de algodón, cubría el río, haciendo que fuera casi imposible ver nada, y los barcos parecían flotar sobre ella, como suspendidos en otro mundo.

Con la ropa húmeda y el ánimo abatido, los hombres de la Santa Clara se reagruparon en torno a sus peroles para comer un poco de pan y pescado recalentado mientras esperaban que el sol de la mañana se llevara aquella niebla. Poco a poco todo a su alrededor se fue haciendo más claro y muy pronto las riberas del río empezaron a tomar forma. Al disiparse la niebla el río empezó a parecerse a todos los demás, y se animaron un poco.

—La marea subirá pronto, señor —le dijo el capitán Ugo a Lancarote—. Podemos seguir río arriba cuando suba, si lo deseáis.

Don Alfonso dudó, pero su ambición por el oro y los honores del príncipe Enrique pronto le hicieron olvidar sus temores.

—Seguiremos río arriba un poco más —decidió— para ver lo que podemos descubrir.

Con la fuerza de la marea y unos harapos a modo de vela en el palo de trinquete

que les ayudaba a seguir el curso, las dos carabelas empezaron a avanzar lentamente. El río parecía no estrecharse y la profundidad seguía constante, por lo que pensaron que conseguirían penetrar bastante hacia el interior y les pareció que quizá estaban realmente en el Nilo occidental.

Era casi mediodía cuando pasaron un recodo y vieron a cinco negros que estaban pescando en sus canoas y que los miraban perplejos. Sin embargo, se quedaron inmóviles sólo un momento, porque enseguida se pusieron a remar frenéticamente, alejándose de las carabelas hacia la costa antes de que éstas hubieran alcanzado una distancia suficiente para poder llamarlos.

Uno de los remeros cogió su ballesta, pero don Alfonso le ordenó no disparar. Los negros, remando con fuerza, desaparecieron enseguida río arriba, mientras que las carabelas los seguían lentamente. Todos estaban alerta, y los arqueros estaban en sus puestos, con las armas preparadas para el ataque.

Una media hora más tarde vieron un claro con muchas cabañas de paja en la orilla sur cerca de un afluente. Echaron anclas a una distancia segura fuera del alcance de las flechas de los nativos y esperaron a que fueran estos los que dieran el segundo paso. El poblado parecía desierto, pero se imaginaban que sería sólo por un tiempo porque habrían escapado cuando los pescadores les hubieran dicho que se acercaban los barcos con alas.

Al cabo de una hora más o menos, aparecieron unas canoas por el afluente, que se estaban acercando cautelosamente a los barcos, remando hasta colocarse a su alrededor. Los hombres eran muy oscuros, con el pelo corto y una especie de adornos de huesos en las orejas y la nariz. Sus cuerpos resplandecían embadurnados con algún tipo de aceite y eran muy musculosos. Desde un punto alto de la cubierta de proa, Andrea veía que llevaban arcos y flechas en las canoas.

—Los nativos van armados y sus flechas seguramente estarán envenenadas —le advirtió a don Alfonso, que se había puesto la armadura completa para impresionar a los nativos que pudieran subir al barco—. Dudo que nos ataquen ellos primero, me da la impresión de que vienen sólo por curiosidad.

Un hombre más alto que los demás iba sentado en la canoa más grande. A diferencia del resto, que llevaban sólo un taparrabos, iba vestido con algo que parecía piel de cabra que le cubría también las piernas, y el resto del cuerpo lo tapaba algún otro tipo de material más fino, que a Andrea le pareció algodón, porque había visto algunos árboles de algodón a la orilla del río.

Poco a poco las canoas se fueron acercando. Cuando don Alfonso juzgó que podrían oírlo se acercó al riel para que lo vieran. Andrea se puso a su lado y les habló en los dialectos árabes que conocía. Esperaba que entendieran por lo menos algunas palabras, ya que pudiera ser que el jefe hubiera tratado alguna vez con los azanegues o las caravanas procedentes del interior.

Se levantaron muchas voces entre las canoas, pero el hombre más alto, que era evidentemente el jefe, ordenó bruscamente silencio. Entonces se dirigió a Andrea en uno de los dialectos que había usado.

—¿Quiénes sois?

—Dioses blancos de más allá de los mares —le dijo Andrea—. Venimos en son de paz.

Los negros hablaron entre ellos, y después el jefe volvió a dirigirse a Andrea.

—¿Por qué habéis venido?

—Para visitar vuestras tierras y traer os regalos.

Los negros empezaron a acercarse aún más, aparentemente convencidos por su respuesta.

—Preparad las armas —advirtió don Alfonso, un poco nervioso, a los hombres de las carabelas—, pero no os mováis hasta que no lo hagan ellos.

Cuando la primera canoa llegó al barco, le echaron una cuerda al jefe, que trepó por ella como lo hubiera hecho un mono. Era un salvaje de muy buen aspecto con los ojos brillantes e inteligentes. Entonces empezaron a trepar otros nativos y en poco tiempo ya había una docena de ellos en la cubierta estudiando a los hombres blancos, sus ropas y sus armas, asombrados.

—Venimos en son de paz —repitió Andrea en el mismo dialecto—. Éste es nuestro jefe, don Alfonso Lancarote.

El jefe negro frunció el ceño. Parecía que no había entendido qué significaba el nombre.

—¡Jefe! —repitió Andrea, señalando con el dedo a don Alfonso. Cuando vio que esto tampoco funcionaba, probó con la palabra rey.

Entonces el negro afirmó con la cabeza.

—Budomel —anunció—. Rey de los jalofes. Venimos en paz.

Don Alfonso ordenó que les dieran regalos, adornos, objetos curiosos y piezas de telas ante las que los negros exclamaron algunas palabras llenas de asombro. Por lo que parecía, sabían tejer el algodón de los árboles, pero sólo trozos pequeños, no más grandes que una mano, ya que el traje de Budomel estaba hecho de tiras así. Las telas de las que don Alfonso cortaba los trozos parecía ser lo que más les llamaba la atención.

—¿Sois moros? —preguntó Budomel—. Vuestra piel es más clara de la de los moros que conocemos.

—Somos cristianos —le contestó Andrea—. De una tierra lejana llamada Portugal.

—Cristianos —intentó repetir Budomel, no sin dificultad—. Portugal. Mahoma, profeta —añadió.

—Parece que siguen la religión del Islam —le dijo Andrea a don Alfonso—, o

por lo menos han oído hablar de Mohammed.

Algunos nativos estaban examinando las armas de los blancos, sobre todo las ballestas, que parecían reconocer ya que se parecían a sus arcos. Las flechas que llevaban estaban hechas de cáñamos finos, pero no llevaban plumas y en la punta tenían un trozo de hierro con una sustancia oscura que Andrea pensó que sería el veneno.

Budomel señaló a uno de los arqueros.

—¿Dispara? —preguntó, y Andrea le tradujo la pregunta a don Alfonso.

—¡García! —dijo don Alfonso, llamando a uno de los soldados que estaba más entrenado con las ballestas—. Demostradle vuestra habilidad.

García fue hacia el riel y buscó un objetivo. Había un pájaro bastante grande flotando en la superficie del río a unos veinte pasos de distancia. Apoyando su ballesta sobre la cubierta, empezó a prepararla con el espolón que llamaban “crie” o “crane-quin”. Al ser las lanzas de ballestas cada vez más pesadas, y usar una cuerda curva de acero que no se podía estirar con la mano, empezaron a usarse instrumentos potentes para ello, siguiendo el principio del engranaje. Así, con un esfuerzo tremendo, se preparaba el proyectil.

Con su arma preparada y con los pernos de acero en su lugar encajados en las rendijas correspondientes, García lo levantó apuntando al pájaro. Los negros se sobresaltaron al escuchar el sonido vibrante de la saeta cuando el pájaro chilló e intentó alzar el vuelo, sólo para caer mortalmente herido.

Don Alfonso se volvió hacia Budomel, esperando que estuviera impresionado por lo que acababa de ver, pero el jefe se dirigió hacia uno de sus hombres, preparó su arco y su flecha y fue hacia el riel. Llamó a uno de los nativos que se habían quedado en una de las canoas y el hombre arrojó un trozo de carne. Cuando un pez tan grande como el brazo de un hombre saltó para cogerlo, el arquero lanzó, aparentemente sin esfuerzo, su flecha.

La flecha alcanzó al pez en el lomo, hincándose sólo la parte de la punta y, sin embargo, el pez tuvo unos cuantos espasmos antes de flotar boca arriba, evidentemente muerto. Uno de los negros de la canoa cogió la flecha y el pez, y le tiró los dos a Budomel con mucha fuerza. El jefe le sacó la flecha sin esfuerzo y se la dio a don Alfonso. Estaba claro que el pez había muerto por el veneno y no por la herida, pequeñísima, que le había causado la flecha.

Un gran murmullo se escuchó entre los hombres, que estaban admirados. Los negros no habían podido hacer nada mejor para demostrarles los peligros que los rodeaban en unas tierras que jamás había pisado el hombre blanco.

—Decidles que queremos comprar oro y esclavos —dijo don Alfonso precipitadamente— lo antes posible.

Andrea le tradujo el mensaje a Budomel, que lo escuchó con atención, y le habló

en su dialecto.

—Un grupo está asaltando los poblados vecinos en este momento —tradujo Andrea—. Dice que conseguirán muchos esclavos y que os los venderán, pero que tienen poco oro.

—¿Qué quiere a cambio?

Andrea mantuvo una corta conversación con Budomel.

—Dice que tenéis muchas cosas que ellos no tienen. Decidirá más tarde qué precio ponerle a los esclavos, pero quiere una armadura como la vuestra y un casco de metal.

Don Alfonso ordenó a uno de los soldados que le llevara una armadura y un casco, y se los dio a Budomel. Al jefe le gustó y habló con Andrea, dejándole claro que se ofendería muchísimo si los dioses blancos no visitaban su poblado aquella noche y no participaban en la fiesta que se daría para demostrar su agradecimiento. Don Alfonso tenía pocas opciones, así que tuvo que aceptar, sobre todo teniendo en cuenta cómo había muerto ante ellos el pez al que habían disparado.

Los negros se fueron, y con ellos Budomel, orgulloso con su armadura y su casco. Cuando se hubieron ido, don Alfonso se secó el sudor de la frente.

—El jefe parece un buen hombre —dijo, aunque no muy seguro—. Nos irá bien aquí, si no nos ponemos enfermos del calor.

Antes de que oscureciera, don Alfonso, los *fidalgos* y su comitiva, Andrea Bianco y la mitad de los soldados fueron a la orilla a la celebración que Budomel les había preparado. Los capitanes se quedaron en los barcos, en alerta, en caso de que intentaran tomar las naves y dejar a los que estaban en tierra desprotegidos. Cargaron las bombardas, apuntando al poblado negro, por si ocurría algo.

No obstante, Budomel y su gente parecían amistosos. El poblado estaba compuesto por cuarenta o cincuenta cabañas de cálamo, dispuestas en círculo y rodeadas por un gran seto que hacía las veces de empalizada defensiva. Cada una de las casas tenía un patio privado, con un seto igual. El jefe les presentó orgulloso a seis mujeres negras robustas que eran sus esposas. Cada esposa tenía varias chicas jóvenes como ayudantes, de las que el jefe se podía servir para lo que quisiera, así que contaba con un considerable harén, lo que estaba de acuerdo con su religión, que era una especie de fe islámica degradada.

Como pudieron comprobar, Budomel era un hombre importante que gobernaba a otros doce poblados, cada uno de los cuales tenía unos quinientos habitantes. Había también un grupo de hombres de alto rango que no debían su posición a la riqueza, ya que ésta pertenecía al jefe, sino al hecho de ser sus consejeros.

Entre su propia gente Budomel se mostraba altivo, y los demás sólo podían acercarse a él con mucha ceremonia. Entre la entrada al palacio (si es que se le podía llamar así) y el trono había muchos patios. Quien quisiera presentarse ante él, a no ser

que fuera de muy alto rango, tenía que pasar por todos ellos, haciendo una profunda reverencia en cada uno de los patios.

Al acercarse al trono tenían que arrodillarse, con la cabeza en el suelo, medio desnudos y echándose tierra sobre la espalda para demostrar que eran indignos de su presencia. Entonces podrían acercarse hasta él lentamente, avanzando de rodillas y con la cabeza en el suelo, hasta una distancia de dos pasos. En este momento podrían presentar su petición, que se resolvía rápidamente con sólo unas pocas palabras. Como Martín Vasques observó irónicamente, ni el mismo Dios, si viniera a la tierra, podría pedir ni recibir más honores.

El festín no consistió en comidas exóticas, sino sólo en carne de cabra asada sobre las ascuas, medio cruda. También les ofrecieron una planta, o verdura, que le dijeron a Andrea que procedía de un árbol que crecía en la ribera. Más tarde vio uno de estos árboles, y estimó que sería de unos veinte pasos de circunferencia, aunque no era muy alto. De la corteza del árbol obtenían fibras con las que hacían cuerdas, que también usaban para quemarlas con poco fuego. La fruta que, a juzgar por su sabor, parecía no estar todavía madura, tenía forma de calabaza, y les contaron que las semillas de esta fruta podían secarse y comerse como nueces.

Durante la fiesta los nativos bebían mucho de una especie de cerveza densa que habían hecho con las raíces de otra planta. Andrea no pudo sonsacarles nada sobre el veneno de las flechas, salvo que no tenía ningún efecto sobre los humanos cuando se comía un animal envenenado una vez que su carne se asaba. Obviamente lo consideraban un secreto importante porque con sólo mencionarlo, se quedaban todos en silencio.

Budomel afirmó que el nacimiento del río se encontraba a varios días de camino hacia el interior, pero que no creía que fuese el Nilo occidental. Había comerciado con caravanas árabes que habían oído hablar de otro río más al sur que, según se decía, nacía en un gran lago. Tampoco sabía si existía un paso rodeando África, ya que era raro que los negros se alejasen de la boca del río con las canoas que usaban como medio de transporte.

## XI

Una semana después de su llegada al río Sanaga los efectos del calor se empezaron a acusar cada vez más, y los hombres empezaron a ponerse enfermos, con una especie de fiebre. No había ningún médico en las carabelas, así que Andrea y don Alfonso recetaban a los enfermos lo que mejor les parecía, pero con pocos resultados. Cuando pasaron otros tres días, y la mitad de los hombres estaban temblando y sudando a causa de la fiebre, Andrea le sugirió a don Alfonso que lo mejor sería dejar el país de Guinea y volver a Lagos, esperando que el aire del mar pudiera curarlos de aquella extraña enfermedad. Sin embargo, Lancarote no estaba de acuerdo.

—Budomel ha prometido vendernos cien esclavos negros —objetó—. ¿Permitiríais que perdiéramos una fortuna como ésta?

—Es mejor que perder a la mitad de la tripulación —le advirtió Andrea.

El patrón del barco levantó los hombros.

—Tienen sólo un poco de fiebre por el calor, y no ha muerto nadie.

Andrea decidió apelar a la propia salud del patrón.

—Nuestras medicinas no funcionan contra esta fiebre —dijo—. Es extraño que aún no os haya afectado también a vos.

Don Alfonso cambió de tema, como Andrea se imaginó que haría, cuando se trataba de hablar de un riesgo personal.

—Hablaré con Budomel hoy mismo —prometió—. Puede que tenga noticias sobre los esclavos.

Lancarote volvió unas horas más tarde después de haber visitado el poblado. Estaba radiante.

—Al jefe lo han informado de una nueva victoria hace tres días en otro poblado —comunicó—. Mañana llegarán cien esclavos, o más. Partiremos en cuanto estén a bordo.

—¿Qué precio ha decidido ponerles?

—Dice que las caravanas árabes piden oro o esclavos a cambio de sal y otros bienes, así que insiste en que le demos uno u otro.

—Tenemos poca sal —dijo Andrea—, así que espero que tengáis mucho oro.

Lancarote sonrió.

—Vuestro trabajo es establecer el rumbo de nuestro barco, señor Bianco. Dejad que me encargue yo de pagar a Budomel.

Al día siguiente llegaron los esclavos, cincuenta para cada barco. Hombres, mujeres y niños de piel de ébano que habían preferido la servidumbre a la muerte. La tripulación había estado ocupada con los preparativos desde el momento en que don Alfonso supo que los esclavos estaban de camino, llenando los barriles de agua y cargando toda la carne fresca que cabía en el almacén de los barcos. Budomel subió

al barco con el último lote de esclavos para que le pagaran.

Don Alfonso no había revelado cuál era su plan, pero Andrea se dio cuenta de que los soldados que no habían cogido las fiebres estaban en sus puestos, armados y alertas. El propio Lancarote llevaba la armadura completa, como el resto de los *fidalgos*, cuando Budomel subió a cubierta.

La corriente que producía la marea era fuerte, y las carabelas se mantenían inmóviles sólo con un ancla que estaba sujeta con unas cuerdas muy fáciles de soltar, lo que haría que las carabelas se dirigieran rápidamente hacia la boca del río y a alta mar en cuestión de un momento. Una docena de guerreros negros habían subido a cubierta con Budomel y cuando los esclavos del último lote ya estaban preparados para que los llevaran con los demás, los *fidalgos* cogieron sus espadas y se pusieron al lado de su “rey”, al igual que los soldados.

Martín Vasques se situó junto a Andrea, que estaba esperando a que comenzara la negociación.

—Esto no os concierne, señor Andrea —le dijo en un susurro—. No toméis parte en ello.

—¿Habría problemas?

—Quizás. Don Alfonso es muy celoso de su oro y no tiene intención de dárselo.

—Ya ha ganado una fortuna con todos estos esclavos —protestó Andrea—. Incluso pagándole a Budomel.

El viejo soldado sonrió, un poco burlón.

—Que sería incluso mayor si no le pagara.

Andrea examinó la situación. Había por lo menos cincuenta canoas alrededor de los barcos, llenas de guerreros. Si Budomel decidía luchar, el plan de don Alfonso de irse sin pagar sería difícil sin que murieran hombres por ambas partes.

—¡Señor Bianco! —lo llamó Lancarote—. Venid a traducir para mí, por favor.

Andrea se colocó al lado de don Alfonso. El brillo en los ojos de Budomel le dijo que el jefe de los negros era consciente de lo que estaba pasando.

—Decidle a Budomel que nos vamos hoy y que le agradecemos lo bien que nos ha tratado —dijo don Alfonso.

Andrea tradujo rápidamente. El jefe negro asintió con la cabeza para demostrar que había entendido el mensaje, y dijo unas cuantas palabras.

—Está preparado para que le paguemos por los esclavos —dijo Andrea.

Don Alfonso cogió algunas telas de algodón y se las dio a Budomel, quien se las pasó a uno de sus hombres. Entonces habló con rapidez y Andrea tradujo.

—El jefe Budomel os agradece las telas. Dice que le deis el oro y se irá.

—Decidle que el metal con que están hechas la armadura y el casco que le di valen más que el oro —ordenó don Alfonso.

Andrea tradujo, repitiendo las palabras de don Alfonso. Una mirada de fuego

comenzó a arder en los ojos de Budomel, que no era tan estúpido como para saber que la armadura y el casco eran de hierro. Les empezó a hablar tan rápido que a Andrea le costó traducirlo, pero incluso sin traducción era evidente lo que estaba diciendo: que los blancos eran unos ladrones y que estaban intentando robar a los esclavos.

Andrea le contestó sin pararse a traducir, ya que estaba seguro de que este tipo de insulto era lo que don Alfonso estaba esperando como excusa para poder atacar.

—El jefe blanco es bueno —le dijo rápidamente a Budomel—. Le diré lo que habéis dicho y os enviaré oro en nuestro próximo viaje.

—¿Qué le estáis diciendo? —preguntó don Alfonso, receloso.

—Estoy intentando convencerlo del valor de la armadura y del casco —dijo Andrea, que siguió hablando con Budomel—. Si lucháis muchos de los vuestros morirán, y nosotros nos llevaremos a los esclavos de todas formas.

Notó en los ojos de Budomel que se lo estaba pensando, pero no estaba seguro de que éste aceptara tan fácilmente. Un momento después dio una orden gutural a uno de sus hombres y estos empezaron a bajar del barco por las cuerdas, hacia las canoas. Volvió a hablar y Andrea tradujo lo que dijo.

—El rey Budomel se irá ahora, pero la próxima vez tendréis que traerle oro.

Don Alfonso asintió entusiasmado de poder irse habiendo sido todo tan fácil.

—Decidle que lo haremos, y que le traeremos también más telas y armaduras para sus hombres de más rango.

Los nativos ya habían bajado del barco y estaban esperando en las canoas. El capitán Ugo pasó la orden de levar el ancla a los que estaban preparados para tirar de ella en las vergas. Los esclavos de las bodegas empezaron a gemir porque sabían lo que significaban todos aquellos preparativos.

Andrea observaba atentamente a Budomel. El peligro no había pasado todavía, porque el brillo que tenían sus ojos no era en absoluto una señal de sumisión. Después de que bajara el último de sus hombres se dirigió hacia el riel, y allí profirió una serie de blasfemias que Andrea no se molestó en traducir. Entonces cogió la cuerda y empezó a bajar hacia las canoas.

En ese momento, don Alfonso se movió deprisa, sin que Andrea pudiera detenerlo, y con un golpe de su espada cortó la cuerda por la que Budomel estaba bajando, así que éste cayó al agua como una piedra por el peso de la armadura y el casco.

La Santa Clara ya había levado el ancla del fango del río e izado las velas, así que el barco empezó a moverse río abajo con la fuerza de la corriente. La carabela capitaneada por Gomes Pires también estaba ya en camino, ambos chocando sin piedad contra el cordón de canoas que aún los rodeaban.

—Apartaos, señor —uno de los soldados empujó a Andrea hacia el interior del

barco, quedándose arrodillado en el riel con su ballesta—. Van a luchar.

Los negros que estaban esperando en las canoas empezaron a gritar enfadados ante la ofensa a su rey. Flechas y lanzas empezaron a volar sobre la cubierta mientras las carabelas escapaban. Una de las flechas alcanzó a un soldado en la garganta, que la aferró intentando sacársela con los ojos terriblemente hinchados y borboteando sangre por la boca.

Desde la cubierta de popa lanzaron una bombardas, así que los hombres de la cubierta se sintieron sofocados por el olor acre del humo que despedía. La bomba cayó sobre un grupo de canoas, aplastando a algunas y sembrando confusión entre las demás. Sonó un cañonazo desde el otro barco, mientras que los arqueros estaban arrodillados en el riel disparando con una puntería diabólica contra las figuras negras que iban cayendo continuamente.

En la proa, Andrea miró hacia atrás donde había visto por última vez a Budomel, cuando una canoa tiraba de él con la cuerda a la que seguía agarrado. Una flecha silenciosa, sin plumas, le pasó a unos centímetros de la cabeza y se hincó en el mástil. Sin armas ni armadura, era un blanco perfecto para las flechas envenenadas, así que se deslizó por la puerta abierta de la cubierta de popa para ver la lucha desde allí.

No duró mucho. Aterrados por el estruendo de las bombardas y los cerrojos de las ballestas que disparaban con una puntería espectacular, los negros se alejaron de las carabelas cuando éstas empezaron a alejarse. Muy pronto estuvieron fuera del alcance de las flechas y se formó una gran algarabía en cubierta celebrando la victoria.

Como sus dotes de navegador no se necesitaban hasta que no llegaran a alta mar, porque el capitán Ugo podía dirigir perfectamente la nave río abajo, Andrea se dedicó a curar a los heridos. El hombre al que había alcanzado la flecha en la garganta estaba muerto. Otro, que sólo tenía una pequeña herida mostraba ya signos de envenenamiento, presa de los espasmos mortales que le producía. Otros heridos leves parecían no tener estos síntomas, por lo que parecía que algunas de las flechas no contenían veneno. Andrea los vendó y después se dispuso a examinar a los negros que estaban hacinados en las bodegas, tan cerca unos de otros que apenas tenían espacio para tumbarse en el suelo. Ninguno de ellos estaba malherido, así que Budomel había debido de matar a los que parecían no poder sobrevivir antes de llevarlos al barco.

Por fin estaban fuera de peligro y de vuelta a casa, después de haber descubierto un gran río, nuevas tierras y con un valioso cargamento... sin coste alguno.

## XII

A media tarde las dos carabelas estaban mar adentro frente a las costas africanas, que eran ya sólo una línea oscura hacia el este. Un poco antes de la puesta de sol don Alfonso ordenó que la Santa Clara se acercara al otro barco y, con el capitán Ugo y Andrea, lo llevaron en un bote hasta la otra carabela, que los estaba esperando. Gomes Pires les dio la bienvenida desde uno de los laterales del barco, y se retiraron al camarote del capitán que estaba en la toldilla.

La lucha le había ido incluso mejor a Pires, que había salido de ella con sólo algunos hombres levemente heridos. Como don Alfonso, el capitán estaba contentísimo por haber conseguido una carga de esclavos tan barata.

—Bueno, señor Bianco —dijo, mientras les servían un buen trozo de carne asada y pan embebido en vino—. Nos habéis llevado directamente hasta nuestras dos recaladas. ¿Podéis llevarnos también directamente a casa?

Era una cuestión crucial. Navegar al sur hacia las costas africanas había sido fácil porque habían tenido el viento a favor gran parte del viaje. Sin embargo, la situación cambiaba en el camino de vuelta. Las carabelas no navegaban bien con el viento en contra, así que el viaje de vuelta estaba formado, en realidad, por cientos de pequeños viajes, primero hacia el oeste, después hacia el este, para que las velas de las carabelas se encontraran en todo momento en una posición cuyo ángulo con el viento les pudiera impulsar sin hacerlos retroceder.

—¿Cuánto tiempo podemos avanzar sin repostar el agua de los barriles? —preguntó Andrea.

—Puede que cuatro semanas. Con cincuenta negros en las bodegas, además de la tripulación, nos podemos encontrar en dificultad ya al norte del Cabo Blanco.

—En ese caso parece que sólo tenemos dos posibilidades —dijo Andrea—. Una es navegar hasta la isla de Arguin, y conseguir allí agua y comida.

—Nos estaríamos acercando a costas hostiles —advirtió Gomes Pires—. Los azanegues no nos tienen mucho cariño.

—Soy consciente de ello —argumentó Andrea— e, incluso si repostamos en la isla de Arguin, todavía nos quedaría un largo camino hasta las islas Afortunadas, con corrientes marinas en contra la mayoría del viaje.

—Un largo y duro viaje —dijo el capitán Ugo seriamente—. Sobre todo con los barcos tan cargados y con tanta gente a la que dar de comer y de beber.

—Habéis mencionado otra posibilidad —dijo don Alfonso—. ¿De qué se trata?

—Creo que podemos llegar antes a Lagos navegando hacia el noroeste —dijo Andrea.

—¿Por el camino a las Indias? —exclamó Gomes Pires—. Estaréis bromeando, señor.

Andrea sonrió.

—No tenía pensado llegar tan lejos —desenrolló un mapa que había llevado y lo extendió sobre la mesa—. Este mapa cubre toda la costa africana que hemos recorrido —les explicó—. Lo he diseñado siguiendo las indicaciones de los mapas que tiene el maestro Jacomé en Villa do Infante y he esbozado la parte que faltaba —señaló con el dedo un punto al oeste de Portugal donde se veían varias islas—. Como veis, he situado aquí las Azores, que se estima que queden a unas setecientas leguas de Sagres y las costas de Portugal.

—¿No pretenderéis visitar las Azores de camino a casa? —dijo don Alfonso muy seriamente.

Todos se rieron, excepto Andrea.

—Puede que sí, si necesitamos agua y comida, pero todavía no estoy completamente seguro.

—Explicaos mejor, por favor —le pidió Gomes Pires—. Esto suena muy bien.

—Mirad con detenimiento el mapa —les indicó Andrea—. He dibujado en él algunas flechas que indican la dirección de los vientos predominantes que han señalado otros navegantes y que yo también he observado en nuestro viaje. Como podéis ver, en el área donde nos encontramos los vientos soplan directamente hacia el suroeste. Además, he analizado las corrientes marinas durante nuestro viaje al Cabo Blanco desde las islas Afortunadas, y creo que hay fuertes corrientes que se mueven en paralelo a las costas africanas y hacia el suroeste.

—Maria Sanctissima —dijo el capitán genovés—. Esto explica por qué es tan difícil navegar hacia Lagos. Nuestras carabelas no sólo tienen que vencer los vientos contrarios, sino también las corrientes.

—Exactamente —afirmó Andrea—. Ahora mirad la región de las Azores en el mapa. Podéis ver, por las flechas, que el viento sopla predominantemente hacia el este. De hecho, parece que giran en un círculo gigante cuyo centro es algún punto al oeste de donde nos encontramos. Mi propuesta es utilizar estos movimientos del viento para que nos lleve a casa mucho más rápido de lo que jamás ningún otro barco haya conseguido.

—Pero, imaginad que los barcos quedasen atrapados por los vientos —protestó don Alfonso—. Podríamos terminar navegando en círculo hasta morir de hambre y de sed.

—No con los barcos que construye en Infante —le aseguró Andrea—. Las carabelas como éstas no navegan bien si tienen el viento directamente en contra. Ningún barco lo hace, por ahora, pero con un buen viento procedente de cada punto cardinal, navegan perfectamente.

—¡Santiago! —exclamó Gomes Pires—. Es muy arriesgado lo que proponéis, señor Bianco, pero creo que es muy sensato.

—Yo aún no veo nada, aparte del círculo imaginario de los vientos del que habla el señor Bianco —admitió don Alfonso.

Andrea cogió un trozo de pergamino de la mesa, plegándolo hasta hacer un borde en línea recta.

—Mirad aquí, señores —dijo, inclinándose sobre el borde del mapa que estaban analizando—. Si ponemos un rumbo que nos lleve un poco hacia el oeste al norte de este punto, atravesaremos rápidamente la corriente de las islas Afortunadas y nos libraremos de ella. El viento soplará en nuestro cuadrante constantemente y haremos un excelente progreso.

—¿Cuánto viajaremos en esa dirección? —preguntó don Alfonso—. No me gusta la idea de alejarme de casa para volver a ella.

Gomes Pires se rió.

—En el mar la línea recta puede que no sea el camino más rápido entre dos puntos, señor Lancarote.

—¿Cuánto viajaremos en esa dirección? —insistió.

—Hasta que los vientos comiencen a soplar hacia el este —dijo Andrea—. Probablemente un poco al norte de la latitud de la isla de Madeira.

—¿Cómo nos indicaréis que hemos llegado a la latitud de Madeira, a menos que nos acerquemos tanto que consigamos verla?

—Os garantizo que lo haré —dijo Andrea completamente seguro—, y os indicaré también cuando lleguemos a la latitud del promontorio de Sagres. No hay posibilidad de equivocación, no viajaremos más al norte.

—Y, ¿entonces?

—Entonces podremos rumbo al este, a casa, con el viento a nuestro favor —exclamó Gomes Pires—. Es así de fácil.

—Así es, señor Lancarote —Andrea se dio cuenta enseguida de que el patrón portugués, que no era más que un marinero de agua dulce, no entendía estos asuntos tan bien como Gomes Pires—. En realidad lo que haremos será viajar por los catetos de un ángulo recto. Es verdad que la hipotenusa es el camino más corto, pero debido a los vientos y a las corrientes, no es la mejor opción, ni la más rápida para nosotros, así que recorreremos la distancia de los catetos del triángulo.

—Imaginad que no sale como esperáis —dijo Lancarote dubitativo—. Si estamos en alta mar demasiado tiempo, tendremos problemas.

—Las islas Afortunadas y Madeira estarán todo el tiempo a sólo unos días de viaje —le aseguró Andrea—. Podríamos llegar a una de las dos sin ninguna dificultad.

—¿Éste es el secreto del que siempre presume? —le preguntó Gomes Pires—. ¿Ser capaz de localizar el paralelo de latitud de cualquier punto que ya haya visitado antes? —Sí.

—¡Sangre de Cristo! Un método como éste hará que navegar los océanos sea tan fácil como atravesar un país por tierra.

—No tanto —se rió Andrea—. Todavía tenemos que encontrar un método práctico que nos permita medir la altura Este-Oeste cuando no hay eclipse de luna.

—Vos lo encontraréis —le aseguró Pires, alegre—. Confío en sus extraordinarias dotes de navegante y cartógrafo, señor.

—Entonces, ¿está de acuerdo con su propuesta, señor Pires? —le preguntó don Alfonso.

—Absolutamente.

—Y vos, ¿señor Tremolina?

—Confío en el señor Bianco —dijo el capitán Ugo—. Si dice que me puede llevar a casa por el camino más rápido, estoy seguro de que lo hará.

—Entonces seguiremos su plan, señor Bianco —admitió don Alfonso—. Dios quiera que estéis en lo cierto, o moriremos todos de hambre y de sed.

—Estáis tomando una sabia decisión, señor —le dijo Gomes Pires—. Sin duda conseguiremos salvar a muchos negros que de otro modo perderíamos en el camino a Lagos.

—Soy consciente de ello —dijo don Alfonso—. Estoy seguro de que Nuestro Señor nos guiará y nos llevará rápidamente a casa para que muy pronto estemos enseñando a estos paganos la gloria de Sus palabras —añadió piadosamente.

Andrea y Gomes Pires se dirigieron a la proa, donde guardaban uno de los compases que utilizaban para timonear, en una caja enfrente del timonel. El otro estaba en la cubierta de popa. Se quedaron allí hablando un rato del curso que seguirían las carabelas. Después él, don Alfonso y el capitán Ugo volvieron a la Santa Clara, cuyas luces empezaban a destellar en mitad de la oscuridad de aquellas latitudes. Una vez a bordo y después de haber subido el bote a cubierta, se desplegaron las velas y las lustrosas carabelas empezaron a tomar velocidad.

A lo lejos, en el norte, la luz de la Estrella Polar empezó a parpadear en la creciente oscuridad del cielo. La proa del barco apuntaba ligeramente hacia el este de ella. Estaba un poco a la derecha de la mano de Andrea cuando observó su ángulo para tomar sus apuntes, antes de que el barco empezara a avanzar con las velas hinchadas con el viento del suroeste, que las estiraba como la piel de un tambor.

No podía evitar sentir una gran emoción al pensar en el cambio que se produciría en los campos de la navegación y otros oficios marítimos si su nuevo método resultaba eficaz. Ni tampoco pudo evitar un cierto orgullo ante el hecho de que, además de ser (que él supiera) el europeo que había viajado más hacia el este, también había llegado más al sur que ningún otro desde los tiempos de los fenicios al servicio del navegador Hannón, hacía unos dos mil años.

## **Libro IV Viaje a las Antillas**

# I

El sol brillaba en el cielo despejado unas tres semanas más tarde, cuando la Santa Clara, ondeando orgullosamente su insignia, entraba en el puerto de Lagos seguida de la Santa María, preparadas para atracar en el muelle. Habían navegado bajo cielos despejados casi todo el camino, impulsadas por los vientos que había predicho Andrea.

Cuando llegaron a la latitud de Madeira, que Andrea pudo determinar sin mayores complicaciones gracias al Al-Kemal, los capitanes se habían reunido para decidir pararse a repostar, ya que ambas carabelas llevaban casi cien hombres y estaban cortos de víveres y agua. Unos pocos días de navegación directa hacia el este los había llevado hasta aquella isla maravillosa, donde habían recargado las provisiones antes de seguir hacia Lagos.

Las condiciones de los esclavos eran mucho mejores de lo que era habitual, ya que en los viajes anteriores las naves se habían visto obligadas a tantear la ruta hacia el norte, incluso durante meses, hasta dar con el puerto. En algunas expediciones habían llegado a enfermar y morir incluso un tercio de ellos, pero con un viaje tan rápido, agua dulce en los barriles y carne fresca, ninguna de las dos carabelas había sufrido grandes pérdidas en su valioso cargamento.

Amontonados como ganado en las bodegas, los negros habrían estado muchísimo peor si no hubiera sido porque Andrea había insistido en que los llevaran todos los días a cubierta mientras se limpiaba la suciedad que tan rápidamente se formaba en las bodegas. Aunque celoso de su autoridad, don Alfonso no había puesto objeciones, viendo que los negros estaban mucho mejor con este sistema. Además, un negro sano se pagaba mucho mejor en el mercado de esclavos.

Entre los esclavos había muchas mujeres, que lo habían pasado mejor que los demás, en cuanto descubrieron que por una noche en la cubierta de popa (donde dormían don Alfonso y los otros dos *fidalgos* oficiales), conseguían una ración más de comida y vino, además de la oportunidad de dormir allí en el suelo después de la orgía.

Don Alfonso se puso al lado de Andrea en la proa de la Santa Clara mientras los arrastraban hasta el muelle de Lagos. Como los demás, Andrea estaba examinando las embarcaciones que estaban atracadas en el puerto, pero fue João Gonçalves el que dio la noticia que estaban esperando.

—¡*Por los entrados!* —exclamó—. Vos y vuestros métodos de navegación habéis triunfado, señor Bianco. Las otras carabelas aún no han regresado.

Andrea escrutaba el mar de caras que se alzaban para darles la bienvenida y recibirlos como héroes. Por fin vio las dos que estaba buscando. Fray Mauro, rechoncho y encendido como siempre, entrecerraba los ojos, con la cabeza rapada ya

quemada por el sol. A su lado vio la esbelta y graciosa figura de doña Leonor, con los cabellos oscuros que le brillaban aún más por el sol, y que llevaba sólo parcialmente cubiertos con una peineta alta y una mantilla.

El corazón de Andrea empezó a latir fuerte al verla. Desde aquella noche en los acantilados de arena de Sagres, cuando le enseñó a usar el Al-Kemal, y después en el jardín, cuando fray Mauro los había dejado y ella lo había besado, había estado demasiado ocupado para pararse a pensar en Leonor y en la tristeza que le producía su ausencia, pero ahora se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos aquella graciosa y esbelta figura, así como su gran inteligencia.

Sin embargo, por encima de todo, lo que recordaba más vivamente eran sus labios cuando la había besado la noche antes de zarpar. Todavía recordaba la suavidad y frescura de su boca contra la de él, como el roce del pétalo de una rosa.

Se preguntaba una y otra vez si un hombre podría amar a dos mujeres a la vez. Sobre todo, a dos mujeres tan distintas como Angelita y doña Leonor.

Pero éste era un pensamiento que lo turbaba, y no era día para ello. Entre la alegría de la llegada y de toda aquella bienvenida la única nota discordante y de infelicidad era los gemidos, como de animal, que llegaban desde la parte más estrecha del barco, donde habían encerrado a los esclavos. Un lamento que había sido constante desde que dejaron el río Sanaga.

Al lado de doña Leonor y fray Mauro estaba Eric Vallarte, con el pelo rojo y las espaldas enormes que lo distinguían de la multitud, como la nueva carabela que estaba supervisando cuando Andrea zarpó y que resaltaba claramente en medio de las demás naves del puerto. Andrea se dio cuenta de que la nueva carabela estaba ya lista para zarpar. Los hombres habían abandonado sus puestos de trabajo para unirse a la multitud, justo cuando estaban arbolando la inmensa vela cuadrada. Esto significaba sin duda que estaban a punto de partir, a no ser que por algún extraño motivo don Bartholomeu hubiera cambiado sus planes.

Más allá, entre la muchedumbre, Andrea vio la figurilla del maestro Jacomé, que observaba con ojos inteligentes el navío mientras lo arrastraban con las amarras que habían tirado desde la carabela al muelle y que aferraba la multitud. Ya empezaba a saborear el placer que le daría al viejo cartógrafo judío y al príncipe Enrique cuando les contara las cosas que había aprendido: cómo dirigir un barco directamente desde una recalada a través de más de mil millas de océano, y cómo, usando los vientos y la dirección predominante de la corriente, un barco podía recorrer los catetos de un triángulo rectángulo y llegar antes que otro que seguía el recorrido tradicional que marcaba la hipotenusa. Qué debate tan maravilloso sería cuando defendiera sus conclusiones ante el maestro Jacomé y la asamblea de Villa do Infante y les revelara todas las noticias que había reunido sobre las costas de África y la región de la desembocadura del Sanaga, y la tierra de riqueza que era Guinea.

Con una ligera sacudida la carabela llegó hasta el muelle y los marineros saltaron a tierra para atar las amarras. Aseguraron enseguida la plancha, por la que bajó triunfante, con la armadura completa, don Alfonso, acompañado por sus dos *fidalgos* ayudantes, marchando entre la multitud que lo vitoreaba. Andrea lo siguió, haciéndose camino entre la gente, que se reía contenta, hasta donde estaban doña Leonor, fray Mauro y Eric Vallarte.

—¡Señora Leonor! —exclamó, cogiéndole las dos manos entre las suyas—. Vuestra cara fue la primera que vi entre la multitud.

Vio cómo se le enrojecían las mejillas, pero en sus ojos no encontró la mirada de bienvenida que se esperaba. De hecho, tenía los ojos empañados, como si estuviera tratando de retener las lágrimas.

—Doy gracias a Dios porque habéis regresado sano y salvo, señor —le dijo. Entonces, sacando sus manos de repente de entre las de él, se dio media vuelta y desapareció a toda prisa entre la multitud.

Andrea la siguió con la mirada, perplejo, mientras fray Mauro le daba la mano en señal de bienvenida y Eric Vallarte le dio tal palmada en la espalda que le hizo castañetear los dientes.

—¿No os alegráis de ver a vuestros viejos amigos, señor Andrea? —le preguntó Eric.

—Por supuesto que me alegro —exclamó, abrazándolos a los dos—, y me alegro aún más de que todavía estéis aquí, mi amigo vikingo.

—Zarparemos dentro de dos semanas —dijo Eric—. El buen fraile está preocupado por las tormentas, pero yo le he dicho que la nueva carabela que hemos construido esta vez no debe temerle a nada, excepto a la mismísima ira de Dios.

Eric se fue a dar la bienvenida a Gomes Pires, ahora que su barco ya estaba atracado en el muelle. Andrea se volvió hacia fray Mauro.

—¿Qué le pasa a doña Leonor, hermano? —preguntó—. La noche que zarpé éramos buenos amigos, pero ahora me trata como si fuera un leproso.

—Ha ocurrido lo que me temía hace mucho tiempo —dijo el fraile amablemente.

—¿No estará enferma?

—No, nunca la he visto tan sana como ahora.

—Entonces, ¿por qué no se alegra de verme volver a casa?

—Se alegra de veros, pero aquella Leonor a la que llamasteis niña una vez, ya no lo es —dijo seriamente el franciscano—. Está enamorada.

Andrea lo miró sorprendido.

—¿De quién? —por lo que sabía, antes de zarpar Leonor no había elegido aún a ninguno de los jóvenes de Lagos o Villa do Infante, aunque muchos de ellos la admiraban y trataban de cortejarla.

—¿No lo adivináis?

—No estoy para adivinanzas —le advirtió Andrea—. ¿Qué puedo tener yo que ver con que haya elegido a un ingenuo andrajoso que se pavonee de ser *fidalgo* y que no vale ni la mitad de lo que ella se merece?

—No es a un *fidalgo* presumido al que ama —le dijo fray Mauro seriamente—, sino a otro tipo de pájaro presumido, a un cartógrafo.

—¿Un cartógrafo?

—Que se llama Andrea Bianco. Aunque lo que vea en vos...

Andrea agarró su túnica ancha por los hombros, sintiéndose de repente más excitado de lo que pudiera explicarse.

—¿Y por qué debería estar enamorada de mí? —le preguntó—. ¿Es que alguna vez la he cortejado?

—Puede que no conscientemente.

—Además, yo soy diez años mayor que ella.

Fray Mauro se encogió de hombros.

—Ocho sería más exacto, y por alguna extraña razón eso hace más atractivos a los hombres, sobre todo cuando se trata de una joven seria como Leonor.

—*Maria Sanctissima!* —exclamó Andrea, sin comprender aún por qué el saber que Leonor lo amaba le provocaba aquella tremenda excitación en el pecho. Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera por Angelita en sus momentos más íntimos. Era un sentimiento de felicidad cada vez mayor, era como la sensación de estar sobre una nube mirando el mundo debajo de él, cantando y dando gritos de alegría sin ningún motivo, excepto el saber que lo amaban y, como se dio cuenta enseguida, que era un amor correspondido.

Empezó a buscar a Leonor, pero fray Mauro lo cogió por la manga.

—¿Adónde vais? —le preguntó el franciscano.

—A buscar a Leonor y decirle que la amo.

—No tan rápido —dijo el fraile—. ¿Qué hay de la mujer de Venecia? ¿Aún la amáis?

—No... no lo sé. Lo que siento por Leonor es completamente distinto.

—Antes de hablar con ella tenéis que estar absolutamente seguro de lo que sentís por aquella otra mujer —insistió el fraile—. Doña Leonor es una muchacha demasiado buena para que le rompáis el corazón.

—Sabéis que nunca le haría daño —dijo Andrea indignado.

—Por eso no debéis hablarle de amor hasta que no estéis seguro —fray Mauro estaba muy serio—, y hasta que no haya ninguna otra mujer en vuestro corazón.

—Amo demasiado a Leonor como para hacerla infeliz —protestó Andrea.

—¿Y la otra mujer?

Andrea no contestó, porque los recuerdos se le agolparon en la mente: la dulce entrega de Angelita en el cenador antes de zarpar para Trebisonda, y la llama de la

pasión que se había encendido en los dos, venciendo toda reserva, toda restricción. Incluso ahora sentía que la llama se encendía en su cuerpo con el simple recuerdo.

—Vuestro cuerpo, al menos, todavía le pertenece —dijo fray Mauro tristemente—. Debéis purgaros de ese deseo antes de hablarle de amor a doña Leonor.

## II

En los días siguientes estuvo tan ocupado que no tuvo tiempo de estar a solas con Leonor. Las compañías de ambos barcos recibieron la calurosa bienvenida del príncipe Enrique el día de su llegada, y al día siguiente Andrea se presentó ante la asamblea de Villa do Infante y describió los resultados de su viaje a los hombres que se habían reunido allí. El maestre Jacomé y los otros le preguntaron con perspicacia, pero él defendió sus conclusiones con tenacidad, y especialmente su nuevo método de navegación por el cual había que aprovechar el flujo de los vientos y no avanzar simplemente hacia el punto donde se quería llegar. Cuando terminaron estaba seguro de que había mejorado su posición ante los ojos del Príncipe y de que el maestre Jacomé lo estimaba más que antes.

Sólo había un asunto que todavía le rondaba en la cabeza, y era el sucio truco que le habían gastado al rey Budomel en el río Sanaga. El gemido constante de los esclavos que venía de los compartimentos donde habían metido a los esclavos esperando a que llegaran los otros barcos se lo traía a la memoria constantemente. Andrea sabía que ganaría mucho con ello, pero ni el dinero conseguía borrar sus remordimientos cuando pasaba por allí y los oía.

Andrea notaba que Leonor lo estaba evitando, pero no la buscó, dejando que fuera ella la que diera el primer paso. Ni tampoco se solucionó su problema cuando el maestre Jacomé le dio sus noticias una tarde cuando estaba en la habitación de fray Mauro con el franciscano y el otro viejo cartógrafo, bebiendo un poco de vino y hablando de las tierras de Guinea.

—Seguro que os acordáis de que os había prometido escribir a mis amigos de Venecia sobre las circunstancias que rodean vuestra sentencia por asesinato —dijo el maestre Jacomé.

—¿Habéis sabido algo sobre ello? —le preguntó Andrea con entusiasmo.

—Están haciendo progresos. Me llegó una carta hace unos pocos días de una galera veneciana.

—Entonces, ¿todavía no he recuperado mi buen nombre? —la mirada de Andrea mostraba su decepción.

El maestre Jacomé negó con la cabeza.

—Borrar una acusación de asesinato de una persona de tanta influencia en Venecia como es Mattei Bianco no es fácil. Después de todo, cuenta con el apoyo de los Medici y tiene también una gran influencia en el Consejo de los Diez.

—Debería haberme imaginado que mi caso no tiene remedio —dijo Andrea desalentado—. Mattei es lo suficientemente inteligente como para cubrirse bien.

—No os rindáis tan fácilmente —le amonestó el maestre Jacomé—. Mis amigos han obtenido una declaración del sirviente, Vittorio Panimo, que testificó contra vos.

Ha hecho una nueva declaración ante el notario y ha contado lo que pasó realmente la noche que os atacaron, declarando que vos matasteis a aquel hombre en defensa propia.

—¿Cómo lo han conseguido? Panimo juró ante el tribunal que yo robé el dinero y que los atacué sin que me hubieran provocado.

El maestro Jacomé sonrió.

—Los judíos controlamos muchos bolsillos, señor Andrea. El dinero hará hablar a quienes mantuvieron la boca cerrada, el dinero y el recuerdo de ciertos... ¿podemos llamarlos errores?... en el pasado, que serían interesantes para la policía.

—Entonces, con la declaración de Panimo, conseguiré probar mi inocencia.

—A su debido tiempo, y con el dinero suficiente. Mis amigos también esperan conseguir las declaraciones del chambelán de vuestro padre. Están investigando la galera que se perdió y, cuando tengan las pruebas suficientes para arrestar a Mattei Bianco, creen que Dimas Andrede dirá la verdad, sobre todo si ya no teme a su señor.

—¿Cuándo sabrá algo más? —le preguntó Andrea, impaciente.

—Estamos esperando una galera de Venecia que debería de llegar la semana que viene, según nos informó el capitán de la galera que nos trajo las noticias. Está comandada por el hombre que os identificó en la asamblea cuando llegasteis aquí por primera vez, el señor Alvise de Cadamosto. Espero que me traiga más cartas.

Aunque había vuelto a Villa do Infante de un viaje lleno de éxitos y se había convertido en un aclamado navegante, Andrea no podía quitarse de encima el sentimiento de culpa que le perseguía desde hacía algunas semanas. No sabía identificar exactamente su origen, pero seguía ahí, una intranquilidad que lo disturbaba incluso ahora, cuando debería sentirse feliz. Ni tampoco mejoró Cuando se acercó a Leonor, que estaba en la playa aquella mañana, viendo el regreso de las flotas pesqueras y el clamor de los habitantes del pueblo cuando tiraban de las cuerdas para arrastrar los graciosos botes con sus enormes ojos pintados en la proa.

Había estado tirando de las cuerdas con el resto de los paisanos. Tenía las mejillas encendidas y seguía respirando con rapidez, haciendo que su figura fuera de veras hermosa cuando se apoyó contra un árbol para recuperar el aliento.

—Señora —dijo detrás de ella—. He estado buscándoos.

Se puso rígida, y por un momento Andrea creyó que saldría corriendo, pero la tensión desapareció y se volvió hacia él.

—Vengo a la playa varias veces por semana para comprar pescado para la cocina —dijo la joven.

—Entonces, dejadme llevar la compra —Andrea cogió el cubo que tenía a su lado—. Recuerdo haberlos llevado cuando era vuestro esclavo.

—Habéis recorrido un largo camino desde entonces, señor. Todos hablan de vuestra valentía y de la habilidad que habéis demostrado guiando la flota hasta

Guinea y de vuelta.

—Me gustaría hablaros del viaje, señora, si me permitís acompañaros.

—¿Por qué no? —dijo ella encantada—. ¿No somos amigos?

—Espero que lo seamos siempre, Leonor —y se atrevió a añadir— o quizá, algún día, algo más.

—¡Oh!, ¡qué pescado más bueno! —exclamó ella y salió corriendo hasta uno de los botes. Andrea la siguió, sin saber muy bien si al haber visto el pescado se había distraído y no había escuchado lo que le había dicho, o si lo había usado como una excusa para salir corriendo. Esperó mientras negociaba el precio astutamente con el pescador y llenaba el cubo. Cuando lo llenaron se dirigieron al pueblo a través de las dunas.

—Os hubiera encantado el río Sanaga —le dijo—. Las riberas son como una pared de un verde intenso y los pájaros son del color del arco iris.

—Don João Gonçalves me ha hablado del “pez-caballo”.

Andrea no pudo reprimir sentirse enfadado con el joven *fidalgo*, aunque se hubiera llevado bien con él durante el viaje. Gonçalves, calculó, debía de ser de la edad de Leonor.

—Habéis debido de ver mucho al señor João.

Doña Leonor se rió.

—No vivo en un convento, señor. Los caballeros jóvenes vienen a visitarme de vez en cuando.

—Entonces, ¿por qué me habéis estado evitando?

—¿Evitándoos? —ella levantó las cejas—. ¿Por qué pensáis eso?

—La noche antes de zarpar me besasteis.

—¿No es una costumbre besar a los héroes para despedirlos? —dijo tímidamente.

—Entonces, ¿no significó nada para vos?

No le contestó y cambió otra vez de tema.

—Don João me ha hablado de la lucha con el rey Budomel. Debió de ser excitante.

—Fue una traición —dijo Andrea secamente—. Cogimos los esclavos sin pagar, cuando Budomel nos había tratado bien.

—A veces los oigo gemir por las noches —dijo temblando—. ¿Por qué tenemos que amarrarlos como si fueran animales? Son personas como vos y como yo.

—Fray Mauro diría que estamos salvando sus almas —le recordó a la joven— y que es bueno a los ojos de Dios hacerlos prisioneros.

—Y, ¿vos también pensáis así?

Tardó un momento en contestarle, y después le dijo lentamente:

—Cuando miro a los negros me acuerdo de un hombre que estuvo atado con cadenas cinco años al banco de remos de una galera, y entonces me pregunto cómo se

puede salvar el alma de un hombre privándolo de su libertad.

—Entonces, vos lo habéis debido de sentir también —dijo rápidamente—. Lo que su gemido provoca dentro. Le hace a uno avergonzarse de su propia gente por tenerlos encerrados así.

—Sí que lo he sentido —admitió, dándose cuenta en ese momento de que ella acababa de identificar la causa de su intranquilidad—, pero, ¿qué puedo hacer?

—La gente os admira por lo que habéis hecho —Se volvió hacia él y lo miró seriamente—. Habéis sido un esclavo. Si les decís lo equivocado que es tenerlos encerrados como bestias, os escucharán.

—Imaginad que no lo hagan. ¿Qué puedo ganar por intentarlo, aparte de que se rían de mí?

—¡Sabréis que habéis hecho lo correcto! Eso ya es algo.

—Es mucho —dijo sobriamente—. De hecho, es lo que más valor tiene.

Estaban muy unidos en ese momento, y Andrea se daba cuenta de ello, más de lo que lo habían estado desde la noche que estuvieron juntos en las dunas antes de zarpar rumbo al río Sanaga. Con el cubo entre los dos, se encaminaron al pueblo mientras Andrea le hablaba del Cabo Blanco, de la isla de Arguin y de la tierra exuberante de Guinea, de la que el río Sanaga era sólo una puerta de entrada.

### III

El resto de la flota de don Alfonso llegó a Lagos unos días más tarde, humillados al ver que las dos carabelas estaban ya ante ellos. Se consideraron afortunados por no haber perdido más de un cuarto de los esclavos con los que habían zarpado de la isla de Arguin, después de un viaje tan largo y difícil.

Al día siguiente los esclavos se amontonaron en la playa de Lagos para dividir el botín entre los que habían participado en la expedición. Fue la escena más desgarradora que Andrea había experimentado, y que lo cambiaría para siempre.

Aquella mañana temprano los esclavos (los negros de la costa de Guinea y los azanegues de la isla de Arguin), hombres, mujeres, niños y chicas jóvenes que se habían quedado embarazadas de los *fidalgos* y soldados de la expedición, un grupo de unos trescientos en total, fueron conducidos como animales hasta la playa. Algunos eran casi blancos, bien proporcionados, e incluso atractivos. Otros tenían todas las tonalidades que caracterizan a los mulatos. Los de las tierras de Guinea eran tan oscuros que su piel parecía de terciopelo.

Cada uno de los miembros de la expedición que debía recibir parte del botín tomó una posición alrededor del montón de esclavos, mientras que los compradores esperaban a un lado para comprarlos después de que se hubieran repartido. El Príncipe iba montado a horcajadas sobre un caballo alto y blanco. Estaba muy serio, como para endurecerse ante el sentimiento de culpa o de compasión que pudiera sentir por los negros y los moros.

Los gemidos de los esclavos aumentaron cuando se dieron cuenta de que estaba a punto de decidirse otro nuevo aspecto de su destino. Algunos mantenían la cabeza baja, corriéndoles las lágrimas por las mejillas. Otros sollozaban y gemían, agarrándose a los demás intentando, tranquilizarse ante el miedo de que los pudieran matar allí mismo y en aquel preciso instante. Unos pocos levantaban la mirada al cielo, gritando en una lengua incomprensible para los hombres blancos, como pidiendo a Dios que los ayudara. Otros se golpeaban el cuerpo y la cabeza con las manos o se tiraban al suelo suplicando piedad.

Don Alfonso Lancarote estaba sobre su caballo al lado del príncipe Enrique.

—Un quinto de los esclavos para el Infante —gritó a los hombres que los vigilaban—, y estad atentos de elegir a los hombres más fuertes y a las mujeres embarazadas. Que nadie pueda decir que nuestro Príncipe no ha recibido la parte que se merecía.

Los *fidalgos*, con la ayuda de los soldados y del resto de la tripulación, se dirigieron hacia los esclavos, separando a los hombres más fuertes y a las mujeres más jóvenes con cuerpos fuertes y caderas anchas que las predispusiesen a una buena maternidad. Al hacerlo dividían familias, por lo que los gemidos, llantos y gritos

aumentaban, pero ellos no les prestaban atención mientras que separaban a unos cuarenta esclavos, que constituían la parte que le correspondía al Príncipe.

Después de haber separado la cuota del Príncipe, le tocaba a don Alfonso cortar la parte de carne fresca humana que le correspondía, separando a cada esclavo del grupo en el que estaba. Algunas de las mujeres intentaron correr hacia sus familias o ir hacia sus hijos, pero los *fidalgos* las arrastraban para hacerlas volver a su sitio, mientras que los marineros hacían las veces de capataces, usando los látigos para que no intentaran oponer resistencia cuando se los separaba de sus seres queridos.

Andrea sentía ya una profunda repugnancia ante lo que estaba sucediendo, mucho antes de que le tocara a él elegir los cuatro esclavos que le correspondían. Dos de ellos eran evidentemente inferiores, pero él no se opuso.

—¿Pongo a vuestros esclavos en mi gallinero, señor Bianco? —le preguntó don Alfonso—. ¿O pensáis venderlos ahora mismo?

Andrea estaba viendo a Leonor, que estaba en las primeras filas de la multitud con fray Mauro. Estaba viendo la escena horrorizada y, quizá por el sentimiento de culpa, le daba la impresión de que sólo lo miraba a él. Quizás por la angustia que sentía por lo que estaba pasando, casi le daba la impresión de que le estaba rogando en silencio que hablara para protestar contra este trato inhumano, como le había dicho el día que la ayudó a llevar el cubo de pescado en la playa. “Por lo menos sabréis que habéis hecho lo correcto” le había dicho y, recordando ahora sus palabras, y viendo aquel ganado humano que trataban con látigos, Andrea tomó la decisión que había estado evitando desde que llegó a Lagos.

—¿Qué decís, señor Bianco? —le preguntó Lancarote, ya un poco impaciente.

Fue entonces cuando habló Andrea, pero no a don Alfonso.

—Fray Mauro —lo llamó—. Venid aquí, por favor.

El fraile regordete se encaminó hacia donde estaba Andrea, con sus ropas ondeando por la brisa.

—¿Qué queréis de mí, hijo mío? —le preguntó.

—Llevad a estos esclavos al convento franciscano —le ordenó Andrea—. Aseguraos de que se les pongan en libertad y de que se les instruya en nuestra Fe, para que puedan volver y contárselo a sus gentes.

Don Alfonso espoléó su caballo dirigiéndose hacia donde estaban Andrea y el fraile. Tenía los labios blancos de ira.

—No podéis devolverles la libertad —estalló furioso—. Si no los queréis se dividirán entre el resto de nosotros.

La voz de Andrea sonó como un latigazo.

—Nuestro acuerdo consiste en una centésima parte de los beneficios de la expedición, señor —dijo—. Ya me habéis asignado estos esclavos, son míos y puedo hacer con ellos lo que desee.

—Pero no liberarlos —don Alfonso se volvió hacia los *fidalgos*—. Coged a estos y llevadlos con los demás —les ordenó—. El señor Bianco se niega a aceptarlos, así que no se queda con nada.

—Un momento, don Alfonso —la voz del Príncipe detuvo a Andrea que se había abalanzado hacia donde estaba Lancarote, dispuesto a tirarlo del caballo—. ¿Con qué derecho os lleváis la propiedad de un hombre?

Don Alfonso se volvió, furioso, pero ante la mirada severa del Infante pareció perder parte de su seguridad.

—Ha rechazado su cuota —balbuceó.

—No la he rechazado —dijo Andrea rápidamente—. He aceptado los esclavos que me corresponden. Ahora son de mi propiedad y puedo liberarlos si quiero. Nadie sale perdiendo, excepto yo.

—El señor Bianco está en su derecho —estableció el príncipe Enrique—. La ley le da derecho a hacer lo que desee con su propiedad.

Don Alfonso se mordió el labio de la rabia.

—Entonces se los compraré —ofreció—. Seguro que el señor Bianco no será tan estúpido como para despreciar el oro.

—Los esclavos ya no son míos —dijo Andrea—. Les acabo de conceder la libertad y los buenos frailes de San Francisco se encargarán de ellos a partir de ahora.

—Que así sea —dijo el príncipe Enrique—. Proceded, por favor, don Alfonso.

Para su sorpresa, Andrea vio que Leonor estaba a su lado. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas encendidas por la emoción.

—Es fantástico lo que habéis hecho —exclamó—. Os ayudaré a vos y a fray Mauro a llevarlos al convento.

Hasta los negros se dieron cuenta de que algo bueno les había pasado, aunque no entendieran el qué. No opusieron resistencia cuando Andrea, junto con el fraile y Leonor, los condujeron al pequeño convento franciscano que se hallaba entre Villa do Infante y Lagos.

Una vez allí le explicó al prior su deseo de que los instruyera, no sólo en la religión católica sino también en otras cosas que pudieran resultar útiles para las gentes de Sanaga. El príncipe Enrique los mandaría más tarde a su tierra, no lo dudó ni un momento, al recordar el modo en que el Infante le había apoyado en su derecho de liberarlos.

—Estoy muy orgullosa de vos —le dijo Leonor afectuosamente mientras volvían a Villa do Infante en el carruaje que don Bartholomeu había enviado para ellos—. Muy orgullosa.

—Y yo también —dijo fray Mauro.

Andrea se rió burlonamente.

—Para ser un hombre que acaba de tirar por la borda toda su fortuna, me siento

extrañamente bien. Mañana cuando vacíe mis bolsillos y no salga nada de ellos, seguro que me daré golpes en la cabeza por idiota.

—Dios os recompensará por hacer que Su verdad llegue a los negros —le aseguró el fraile—. Estoy seguro.

## IV

La galera comandada por Alvise de Cadamosto llegó desde Venecia unos días más tarde. El veneciano buscó a Andrea tan pronto como hubo presentado sus respetos al Infante, y le entregó una carta. Todavía se sentía el perfume de Angelita en el pergamino.

*Mi querido Andrea,*

*El señor Cadamosto me ha traído la maravillosa noticia de que aún seguís con vida después de todo este tiempo. Os ruego que volváis enseguida a Venecia para reclamar lo que os corresponde por derecho.*

Andrea apenas podía dudar de lo que significaba. Angelita había sido suya, en todos los sentidos de la palabra, antes de zarpar. Las palabras y el tono de la carta sólo podían significar que quería volver a serlo.

*Es terrible lo que os ha hecho Mattei, pero creedme, olvidaréis todo esto y los años que habéis pasado como esclavo en cuanto estéis entre mis brazos. El señor Cadamosto volverá pronto a Venecia con su galera y me romperéis el corazón si no volvierais con él, amor mío. No permitáis que nada os impida volar hasta Vuestra amada*

*Angelita*

Andrea levantó los ojos de la carta y vio la cara sonriente del patrón de la galera veneciana.

—Estoy contento de ser el portador de buenas noticias, señor Bianco —dijo Cadamosto.

—Entonces, ¿conocéis el contenido de la carta?

—La señora me la dio en mano, sellada como ha llegado hasta vos, pero por la felicidad que se leía en sus ojos... yo me sentiría transportado, como lo estáis vos, sin duda.

—¿Qué me decís de mi hermano Mattei?

—Doña Angelita es parte de la familia de los Medici, señor. Me imagino que habrán intentado deshacerse de él, cuando hayan sabido la verdad.

—¿Ha recibido castigo?

—Dejé Venecia antes de poder saber nada más, pero la justicia de Venecia es famosa. Seguro que un castigo pondrá justicia a su delito.

Andrea se habría entusiasmado menos si se hubiera parado a pensar que, como él había podido comprobar, la justicia de Venecia estaba aún lejos de ser perfecta; pero en estos momentos sólo podía pensar en la promesa de la carta de Angelita.

—Por lo que parece, ¿sólo tendría que presentarme ante el Consejo de los Diez y solicitar que anulen mi sentencia?

—Yo sé poco de asuntos legales —admitió Cadamosto—, pero con el dinero suficiente en los bolsillos necesarios, casi todo se puede conseguir.

Andrea se puso serio.

—Lo único que poseo son las ropas que llevo —admitió.

—Estoy seguro de que después de vuestro éxito en el viaje a Guinea podréis negociar fácilmente un préstamo.

—Puede que el príncipe Enrique me preste lo que necesito —a Andrea se le iluminó la cara—, o don Bartholomeu.

—Entonces está todo arreglado. Os haré llamar cuando vuelva de mi viaje a Londres.

—¿Cuánto tardaréis?

Cadamosto se encogió de hombros.

—Depende de los vientos. Tal vez un mes.

—Para entonces ya debería saber lo que voy a hacer —concordó Andrea.

Cadamosto le dio una palmada en la espalda con alegría.

—Con una dama tan hermosa esperándome en Venecia, yo sabría cuál sería mi decisión. Que será seguramente la suya.

—Por cierto —dijo Andrea—. ¿Conocéis a un tal don Gil Vicente de Florencia, pariente de don Alfonso Lancarote?

Cadamosto negó con la cabeza.

—No recuerdo ese nombre. ¿Por qué?

—Intentó matarme en el viaje a Guinea y robarme mi instrumento de navegación secreto.

—*Eccolo!* Y, ¿cómo supo de él?

—Vicente confesó que mi hermano Mattei estaba en Florencia cuando vos llegasteis, en la corte de los Medici. Leyó vuestro informe y entre los dos conspiraron para terminar conmigo y hacerse con el instrumento.

Cadamosto estaba muy serio.

—El señor Mattei estaba en Florencia a mi llegada, pero no hablé con él. Siento

mucho lo que os ha ocurrido, señor Bianco, lo siento de verdad, pero ya os advertí que tendría que hablarles sobre su descubrimiento a mis superiores. Ahora parece que he estado a punto de ser el responsable de vuestra muerte.

Andrea sonrió.

—Parece que más bien me habéis hecho un favor, señor Cadamosto. La advertencia me ha servido para estar más atento en el futuro, y vos me habéis hecho un favor aún mayor entregándome esta carta, así que en realidad soy yo quien está en deuda con vos.

Cadamosto zarpó aquella misma tarde. Al día siguiente Andrea recibió una invitación para ir a la humilde casa que el Príncipe tenía, a modo de palacio, en Villa do Infante. El maestre Jacomé también estaba allí, además del Príncipe, con Eric Vallarte y don Bartholomeu di Perestrello. Después de los habituales saludos, el maestre Jacomé tomó la palabra.

—Hay un asunto importante que debo plantearos, señor Andrea —dijo el viejo cartógrafo—. Ya que nos concierne a todos me he permitido invitar también a estos señores.

—¿Habéis recibido nuevas noticias de vuestros amigos de Venecia? —preguntó Andrea rápidamente.

—Me han dicho que están progresando. Todos los implicados están de acuerdo en que pronto tendrán las pruebas necesarias para restablecer vuestro buen nombre.

—Ayer recibí una carta de Venecia —dijo Andrea— en la que se me informa de que el asunto ya está arreglado y de que mi hermano ha sido arrestado.

El maestre Jacomé lo miró sorprendido.

—En las noticias que yo he recibido no se menciona ningún arresto. ¿Estáis seguro de que vuestra información es correcta, señor?

—Es de alguien que yo... yo considero completamente de fiar —dijo Andrea—, pero ahora que me acuerdo bien, la carta sólo implicaba un arresto. La persona que me ha escrito me pide que vaya lo antes posible a Venecia para restablecer mi buen nombre.

—Y, ¿tenéis pensado ir? —preguntó el príncipe Enrique.

Andrea sonrió irónicamente.

—No tengo un céntimo, Excelencia, y necesitaría dinero para pagarme el pasaje y un abogado para presentar mi petición ante el Consejo de los Diez.

—Por no hablar de los sobornos —añadió el maestre Jacomé secamente—. Estos asuntos no se solucionan sin allanar primero el camino, señor.

—Esto también me preocupa —admitió Andrea.

—Sería para mí un honor haceros un préstamo para que podáis restablecer vuestro buen nombre —ofreció el príncipe Enrique.

—Gracias, Excelencia —dijo Andrea agradecido—. Si decido acompañar al señor

Cadamosto en su viaje de vuelta a Venecia cuando su galera pase por aquí dentro de un mes más o menos, aceptaré vuestra generosa oferta. Podéis estar seguro de que os lo devolveré todo en el mismo momento en que me restituyan las propiedades que me corresponden por derecho en Venecia.

—No lo dudo —aseguró el Infante—. La generosidad con la que habéis liberado a los esclavos me ha convencido de algo que os quería proponer. Como sabéis, don Bartholomeu estaba a punto de zarpar para las Azores en un viaje de colonización. De hecho, todo estaba preparado... hasta que volvisteis del río Sanaga —añadió.

Tras un momento, continuó.

—Don Alfonso Lancarote ya está planeando otro viaje a Guinea para procurarse otro cargamento de esclavos, y seguramente después vendrán otros. De hecho, el maestre Jacomé y yo estamos convencidos de que la circunnavegación de África será posible sólo si hay barcos cuyo único propósito sea la exploración. Los demás se verán siempre tentados a pararse antes del objetivo, si pueden obtener una buena carga de esclavos tan fácilmente como vuestra nave lo hizo en el río Sanaga. No es que culpe a don Alfonso y al resto de los patrones que navegan a mi servicio por querer obtener grandes ganancias. Después de todo, invierten grandes sumas de dinero en la preparación de los viajes y tienen derecho a una recompensa justa. Pero, mientras el propósito central de estos viajes sea el conseguir esclavos, no creo que nuestros barcos lleguen a navegar tan al sur como sea posible.

—Estoy de acuerdo —dijo Andrea.

—Ni tampoco creo, por lo que nos contasteis, que el río Sanaga sea el Nilo occidental.

—El rey Budomel me habló de otro río mucho más grande al sur —le dijo Andrea—. Dicen que nace en un gran lago.

—Lo que propongo es que parta una nueva carabela, capitaneada por el señor Vallarte, aquí presente, en un viaje exclusivamente de exploración. Buscará la boca del Nilo occidental más al sur del río Sanaga, por supuesto, pero el objetivo principal del viaje será rodear la punta sur de África, si es que existe —sonrió—, y todos estamos de acuerdo en que hay un solo hombre en el mundo capaz de llevar a cabo un proyecto como éste. Su nombre es Andrea Bianco.

Andrea se emocionó más por esta afirmación tan sencilla que por ninguna otra alabanza que hubiera recibido desde que llegó a Villa do Infante. Si el príncipe Enrique y el maestre Jacomé lo consideraban capaz de un desafío como aquel, significaba que habían puesto en él toda su confianza, y la confianza de hombres como ellos era algo que no se conseguía tan fácilmente.

—La carabela está lista y podría zarpar en una semana —dijo el maestre Jacomé—. Tendréis que retrasar vuestro viaje a Venecia sólo unos meses si decidís acompañarlos.

—Mientras tanto me encargaré de redactar los hechos que conciernen a vuestra petición ante el Santo Padre, en Roma —añadió el príncipe Enrique—. Vuestra solicitud ante el Consejo de los Diez para que os sean devueltas vuestras propiedades y fortunas se verá notablemente enriquecida con una petición del Vaticano de que vuestro caso sea considerado con especial atención.

Andrea no respondió inmediatamente, así que habló don Bartholomeu.

—Por supuesto, sabréis, señor, que todos los que navegamos al servicio de nuestro Príncipe recibimos una buena recompensa.

—Creedme, Excelencia y demás señores —dijo Andrea—, que no estaba pensando en la recompensa, sino en el modo en que me maravillé de mi fortuna desde el primer momento en que vi una nave al servicio de Vuestra Excelencia. El trabajar a vuestro servicio y encontrar un camino a las Indias es recompensa más que suficiente.

—Entonces, ¿aceptáis?

—Con mucho gusto, Excelencia. Es un honor tan grande para mí que no podría expresarlo con palabras.

Tras felicitarse entre ellos comenzaron a hablar de los detalles más prácticos del viaje.

—El maestre Jacomé y yo hemos decidido concentrarnos por completo en las costas africanas por el momento —explicó el príncipe Enrique—. Esto significa que tendremos que hacer un uso mejor de las islas Canarias como base intermedia de operaciones. Por fortuna he podido convencer a nuestra mano derecha aquí presente, don Bartholomeu, para que sea nombrado gobernador de nuestras posesiones en aquellas tierras. Os acompañará en vuestro viaje y tan pronto como sea posible establecerá aserraderos, mandará cortar maderos para reparar los barcos y se ocupará de los suministros necesarios. Con una base de operaciones tan al sur, nuestra búsqueda de una ruta marítima en torno a África se verá en gran medida facilitada.

—Seguramente pronto necesitaréis una segunda base más al sur —sugirió Andrea—. La isla de Arguin tiene una situación excelente.

—Probablemente éste será nuestro próximo proyecto —concordó el Infante—. De hecho, este nuevo viaje tal vez sea uno de los más importantes que se hayan realizado jamás, abriendo las puertas a un nuevo mundo totalmente inexplorado por el hombre blanco.

¡Con qué emoción celebraron Andrea y Eric Vallarte aquella tarde el nuevo proyecto con una botella de vino! Por supuesto, ninguno de los dos se daba cuenta realmente de lo proféticas que habían sido las palabras del príncipe Enrique, ni hasta qué punto se verían ambos implicados en ello.

## V

El primer día de junio la carabela Infante Enrique zarpó de Lagos hacia la isla de Gomera en las Canarias, donde el señor Bartholomeu di Perestrello tomaría su cargo como capitán general. Como puerto donde atracaban todos los barcos que se dirigían a las costas africanas, San Sebastián, la ciudad más importante de la isla, estaba situada en una rada en la boca de un río de corriente rápida. En esta ciudad, de acuerdo con los planes del príncipe Enrique, don Bartholomeu debía establecer un almacén de maderos y unos astilleros, al tiempo que debería ocuparse de la supervisión de las provisiones de comida y otros bienes que pudieran necesitar los barcos que recalaban allí en sus viajes a las costas de Guinea y en los viajes de exploración de otras tierras situadas más al sur y al este.

Las Canarias estaban bien definidas en los mapas, así como la ruta que había que seguir para llegar hasta ellas, así que Andrea no se preocupó por la primera etapa del viaje. Don Bartholomeu y doña Leonor tenían para ellos la toldilla, que habían separado en dos camarotes para poder disfrutar de un poco de privacidad. El resto de la compañía, incluidos Andrea y fray Mauro, dormían en cubierta con la tripulación y Eric Vallarte, el capitán.

Andrea seguía con su costumbre de observar la Estrella del Norte con el Al-Kemal durante las primeras horas de la mañana. El segundo día se sorprendió, cuando al subirse en el riel buscando la posición adecuada mientras movía el Al-Kemal hacia adelante y hacia atrás, oyó unas ligeras pisadas que se le acercaban. Se volvió rápidamente, creyendo que sería alguien interesado en descubrir el secreto, pero quien estaba allí era Leonor.

—Señora —le dijo—. Deberíais estar durmiendo.

—Estaba nerviosa. ¿Podría estudiar las estrellas con vos para practicar con el Al-Kemal que me disteis?

—Por supuesto.

Dio una ojeada veloz a su alrededor para asegurarse de que no había nadie mirando desde cubierta. Como había hecho desde el viaje de Guinea, solía hacer sus observaciones desde la cubierta de proa. Estaba escondido en un punto en el que eran pocas las posibilidades de ser visto, tras la vela mayor para que no lo vieran ni el timonel ni el vigía, que normalmente estaban junto a la bitácora, donde el enorme travesaño del timón penetraba en el puente de popa por una abertura.

Doña Leonor se echó a un lado un instante. Andrea vio que estaba buscando algo a la altura del pecho hasta que sacó el pequeño bloque de madera que llevaba atado a una cuerda.

—Lo llevo escondido —le dijo— como me pedisteis.

—¿Os acordáis de cómo debéis buscar la Estrella Polar?

La joven miró al cielo.

—Veo la Osa Polar y los “punteros” —susurró—. Sí, ahí está —levantó el Al-Kemal con la mano izquierda y lo movió hacia adelante y hacia atrás un momento, antes de fijar la posición exacta—. Tiene que ser ésta —dijo—. ¿No creéis?

Andrea se quedó detrás de ella mirando por encima de sus hombros.

—El ángulo parece correcto —continuó—. Ahora, si queréis volver a este mismo punto, sólo hay que hacer un nudo en el cordel.

—¿Por qué creéis que nunca nadie ha pensado en algo tan fácil como esto?

—Tal vez porque es demasiado fácil. Me imagino que habrá habido mucha gente que se haya dado cuenta, mucho antes de empezar a usarlo en la navegación, de que una aguja que se haya frotado contra un imán se gira siempre hacia el norte.

—¿Es verdad que las gentes de China ya conocían la Brújula Genovesa hace mucho tiempo?

—Puede que haga unos mil años —afirmó—. Siempre llevaban un pequeño carruaje en sus caravanas. Viendo la aguja del compás, un hombre que viajaba en él llevaba siempre levantada una flecha que apuntaba hacia el sur. El guía de la caravana les indicaba el camino a través de las grandes llanuras siguiendo esta flecha todo el tiempo.

—¡Me gustaría ser un hombre! —exclamó.

—¿Por qué podría querer ser un hombre alguien tan bello como vos, señora?

—Me gustaría ser quien descubra el camino a las Indias para el Infante.

—¿Y quién no?

Se volvió para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué vos no?

Andrea se sorprendió por la sinceridad de la pregunta.

—Puede que lo haga, a su debido tiempo.

—¡El momento es ahora! —exclamó—. Oí hablar el otro día a fray Mauro y al maestro Jacomé. Algunos capitanes están planeando navegar hacia el oeste para llegar hasta la India dando la vuelta al mundo. Si nuestro Príncipe no consigue descubrir una ruta circunnavegando África, los otros llegarán a la India por el oeste.

—No temáis, señora —dijo, tratando de reconfortarla—. La distancia necesaria para dar la vuelta al mundo es mucho mayor de lo que se suele creer. Ellos calculan el tamaño del mundo tal y como lo definió Ptolomeo, pero la distancia que él calculó es mucho más pequeña de la que estamos navegando nosotros ahora esta noche.

—Pero la India queda al oeste, ¿no?

—Claro, porque la tierra es redonda, pero el camino para rodear África es más corto. Además, hay una especie de barrera de tierra que nos separa del oeste, por lo menos por el norte.

—¿Os referís a los viajes a Groenlandia y la Tierra del Vino?

—Estos... y otros.

—Eric me ha hablado de ellos. Los vikingos son grandes héroes por haber llegado tan lejos.

La idea de que ella había pasado más tiempo con Eric que con él no le gustó.

—Os podría contar grandes historias, si quisierais —le dijo, un cierta frialdad.

—¿Sobre las hermosas mujeres del Este? —dijo en broma—. Ha debido de ser apasionante.

—No tiene nada de apasionante ser un esclavo, señora.

—Perdonadme —dijo enseguida, y esta vez su voz era mucho más seria—. Perdisteis mucho oro cuando liberasteis a los esclavos y decidisteis no volver con don Alfonso a Guinea en su próximo viaje. Sé lo que esto significaba para vos después de haber sido esclavo.

—Lo más importante para mí en este momento es saber que, después de este viaje, podré volver a Venecia para restablecer mi buen nombre.

Ella se volvió para mirar a la cubierta, donde los marineros de guardia estaban jugando a los dados en el pequeño círculo de luz de la lámpara de la bitácora.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó tímidamente.

—¿El qué?

—Que vuestro hermano está en prisión... y que su esposa pronto estará libre para casarse con vos.

Él no contestó porque en ese momento no sabía qué decir. No podía negar que lo que ella había dicho era verdad, a juzgar por lo que había escrito Angelita, pero no se le pasó por la cabeza que Leonor pudiera interpretar su silencio como una confirmación hasta que, de repente, ella se volvió y, esquivando la vela mayor, atravesó rápidamente la cubierta de la toldilla y entró en su cabina.

—¡Señora! ¡Esperad! —gritó, pero ella no lo oyó o no quiso hacerlo. Antes de que le diera tiempo a decir nada más, lo dejó allí, solo y furioso por no haberle dicho por qué iba en realidad a Venecia, que era sobre todo para volver a ver a Angelita y descubrir si la atracción que ella sentía por él tenía algo de la tierna emoción que sentía por Leonor.

Cuando Andrea cruzó la cubierta hacia su jergón, Eric Vallarte se dio media vuelta y se incorporó, frotándose los ojos. Se levantó y se dirigió al riel. Cogió un cubo de la limpieza que estaba con los demás en fila. Tiró el agua por la borda y lo llenó con agua limpia que se echó por la cabeza, escurriéndose después el pelo y la barba pelirroja con sus dedos robustos. La luz de la luna era tan brillante como la luz del día, y Eric resultaba una figura majestuosa teniendo como imagen de fondo la nave y el mar.

—¿Seguís todavía manteniendo en secreto vuestro método de navegación? —le preguntó el capitán.

Andrea se ruborizó un poco. Le caía bien el vikingo, pero a veces era demasiado directo, haciendo que un hombre se sintiera muy pequeño al tocar tan profundamente su conciencia.

—Hasta que consiga la fortuna que me corresponde —le contestó con sequedad.

—Tardaréis poco, siendo un tipo tan atractivo —Eric miraba fijamente la estela de espuma que la carabela iba dejando hasta la popa—. Vamos muy rápido —dijo—. Por lo menos, más que ayer.

Cuando se trataba de calcular la velocidad de la carabela por la espuma y los trozos de madera que a veces quedaban en el agua, cualquier marinero experimentado podía hacerlo mejor que Andrea. Con el viento en calma y soplando constantemente desde el mismo punto como en ese momento, y sin necesitar cambiar la posición de las velas, estos cálculos no eran difíciles de hacer.

Sin embargo, si las condiciones cambiaban, sobre todo si había que cambiar la dirección hacia atrás y hacia adelante por el viento, el cálculo no era tan exacto. En ese caso los capitanes tenían que recurrir a las tablas de coordenadas usando los principios más básicos de geometría y trigonometría para calcular, según la dirección y la velocidad de cada tramo, el número real de millas que habían recorrido en la dirección deseada. Sin embargo, incluso así parecían tener una especie de sexto sentido. Más de una vez, cuando había trabajado con las tablas de coordenadas, capitanes tan ingeniosos como Eric Vallarte o Ugo Tremolina habían confirmado sus cálculos basándose simplemente en el vuelo de un pájaro o la forma de una nube.

A veces este sexto sentido de los capitanes era hasta más de fiar que el propio compás. Algunos marineros habían notado que en ciertas regiones la Brújula Genovesa no indicaba el Norte con precisión. Incluso el compás a veces perdía el Norte. Por suerte esto podía solucionarse rápidamente frotando la aguja de metal con un imán, que era un trozo de metal que llevaban todos los barcos, junto a muchas agujas magnetizadas con él.

Poco antes del alba el vigía que había estado dormitando empezó a despertarlos, mientras que el grumete del vigía se quedaba vigilando el reloj de arena. Cuando habían caído los últimos granos, le daba la vuelta mientras cantaba el acostumbrado saludo matutino:

*“Bendita sea la luz del día  
y la Santa Cruz, que nos la envía;  
y el Señor de la Verdad  
y la Santísima Trinidad.  
Bendita sea el alma inmortal  
y el Señor que nos la da.  
Bendita sea la luz del día*

*y el Señor que nos la envía.”*

Mientras el grumete recitaba el Padre Nuestro y el Ave María, los marineros de guardia, con Andrea, Eric Vallarte y fray Mauro, mantenían la cabeza inclinada en señal de reverencia. Por último, el chico añadió con su voz aguda:

*“Que Dios nos conceda buenos días,  
buen viaje y travesía,  
señor capitán, patrón y buena compañía,  
para que tengamos buen viaje,  
que Dios os conceda  
muchos y buenos días,  
caballeros de esta travesía.”*

Con el amanecer terminaron las oraciones, y los soldados de guardia se ocuparon de llenar los cubos de agua salada y limpiar la cubierta con grandes escobones. La hora siguiente voló mientras se dedicaban a preparar el barco para la jornada. Cuando el grumete vio que era ya hora de dar la vuelta al reloj de arena, empezó a cantar:

*“Bueno es lo que pasó,  
mejor será lo que vendrá,  
las siete pasaron y las ocho seguirán,  
y si Dios quiere, más aún llegará  
contando y volando los viajes van.”*

Cuando pasaron las ocho, el chico gritó:

*“A cubierta, a cubierta,  
señores marineros de estribor,  
que ya comienza la labor;  
y el vigía a su posición,  
deprisa, que llega el tiempo de la acción.”*

El vigía se tropezó cuando iba a su puesto mientras se frotaba los ojos, y todos los demás se rieron. Antes de recibir las instrucciones de la mañana, cada uno de los marineros se acercaba a los grandes bidones de roble, que estaban junto a los barriles de arena donde se preparaba el fuego para cocinar, y cogían un poco de pan mariner, queso, una sardina, un poco de ajo o lo que quisieran para desayunar, y llenaban sus jarros de agua.

El timonel dio el rumbo a Eric Vallarte, que se paró un momento ante el compás, para comprobar la precisión de la ruta que habían seguido durante la noche. Uno de los marineros de la tripulación ocupó su puesto como vigía, y el que dejaba su puesto enseñó a Andrea y al capitán sus anotaciones nocturnas antes de apuntarlas en el cuaderno de bitácora. Cuando terminaron, el nuevo grumete pasó un paño para limpiar la pizarra y prepararla así para las anotaciones del próximo vigía.

El carpintero tiró el agua de mar por el riel y preparó la bomba. Con dos hombres ocupados en ello, enseguida vaciaron la poca cantidad de agua que se había acumulado en el pantoque, en la parte plana entre la popa y la proa del Infante Enrique durante la noche. Los marineros que abandonaban la guardia cogieron lo que más les apeteció para desayunar y se echaron a dormir a la sombra en el primer banco o tablón que encontraron. Cuando el sol iba saliendo por la proa, la elegante carabela ya navegaba a toda vela impulsada por el viento.

El soldado de guardia en cubierta se encargaba de las velas, pero ya que en estas latitudes el viento soplaba constante desde el suroeste, no había que preocuparse de ellas, así que los hombres se dedicaron a fregar el riel, a arreglar los engranajes que se hubieran podido escoriar, o a inspeccionar las arboladuras y aparejos que dieran el más mínimo signo de desgaste y que pudieran romperse repentinamente en mitad de una tormenta.

Eric Vallarte había ocupado su posición en la cubierta de popa, desde donde veía al timonel por la escotilla. Había dos compases funcionando: uno enfrente del timonel, y el otro donde el capitán pudiera verlo para que, en caso de que el timonel cometiera algún error, el barco no se desviara de su rumbo.

Ya que había una dama a bordo, la tripulación hizo turnos para ir a los “jardines”, como se llamaba a las sillas que colgaban del riel de popa justo al nivel del agua. Situadas estratégicamente en un punto que no se viera desde la parte principal de la cubierta, servían para satisfacer las necesidades de la naturaleza.

Poco después de cambiar la guardia, don Bartholomeu salió de la cubierta de popa y se paró a hablar un poco con Andrea y Eric Vallarte. Don Bartholomeu no era un marinero especialmente bueno, pero en ese momento el agua estaba tan en calma y el clima era tan bueno, que hasta el peor de los marineros de agua dulce habría disfrutado de la travesía.

—¿Cuándo creéis que veremos las Canarias, señores? —preguntó.

—Dentro de unos cuatro o cinco días —dijo Andrea—. Nuestro amigo el vikingo sabe capitanear bien un barco.

—Cuando tiene un buen barco que capitanear —Eric alzó la mirada hacia las velas hinchadas por el viento—. Y éste es el mejor que se haya construido nunca.

—Debería venir con nosotros al río Sanaga, señor Di Perestrello —dijo Andrea—. Lo dejaríamos en Gomera en el viaje de vuelta.

Don Bartholomeu sonrió un poco melancólico.

—A mi hija le gustaría, pero yo tengo una misión que cumplir. Si nuestros barcos tendrán que viajar hacia el sur para buscar un nuevo camino a las Indias, necesitaremos una base de operaciones en las Canarias para suministrarles provisiones y reparar lo que haga falta.

—El viaje de regreso por estas aguas no es tarea fácil —concordó Andrea—. A menos que no se llegue hasta las Azores, y después se vaya hacia el este, como hicimos en el viaje de vuelta desde Guinea.

—Todavía no he entendido cómo lo conseguisteis —dijo fray Mauro.

—Un cartógrafo nos puede mover de aquí para allá por el mundo, como un jugador de ajedrez mueve sus piezas —dijo Eric Vallarte irónicamente—, pero se necesita algo más que un buen mapa y algunas promesas precipitadas para llevar un barco de vuelta a casa.

Andrea se quedó atónito por el tono con que estaba hablando el vikingo, pero se contuvo.

—Si seguís los rumbos que os indique, os puedo prometer que volveremos a casa sanos y salvos, como en mi primer viaje.

Eric se puso rojo.

—Si no me equivoco, yo soy el capitán de este barco, señor. Como navegante podéis dar sugerencias, pero la decisión final la tomo yo.

Antes de que Andrea pudiese decir nada más y seguir con la discusión, intervino Leonor.

—El Infante encargó a Eric capitanear este barco y al señor Bianco guiarlo —dijo—. Estoy segura de que no puede haber conflicto entre ambas misiones.

—No, si su secreto es capaz de hacer lo que se afirma de él —concedió Eric—. Después de todo, yo no lo he visto.

—Yo sí —dijo la joven —y os puedo asegurar que puede hacer todo lo que el señor Bianco afirma.

Eric se volvió hacia Andrea, todavía más enfadado.

—¿Cómo es posible?

—Les describí el uso de mi instrumento a la señora Leonor y a fray Mauro antes de zarpar para Guinea —le explicó Andrea—. Si yo no hubiera regresado, se lo habrían enseñado al príncipe Enrique. Además, mi intención es enseñároslo a vos en

cuanto dejemos las Canarias, para que los dos estemos en grado de hacer que este barco encuentre el camino a casa.

—Guardaos vuestros secretos —dijo Eric—. Todavía sé cómo guiar un barco.

Con estas palabras terminó la discusión. Más tarde, Andrea habló a solas con fray Mauro.

—¿Qué creéis que le pasa a Eric? —le preguntó—. Nunca lo he visto comportarse así.

El fraile se encogió de hombros.

—Para ser un hombre tan inteligente como vos, no sois muy observador, amigo mío. Está enamorado de Leonor y sabe que vos sois un rival.

—¿Ha hablado con ella?

—Lo dudo. Si lo hubiera hecho, seguramente me lo habría contado. Leonor no permitiría voluntariamente que nadie sufriera por su culpa.

—Entonces, ¿ella no lo ama?

—Como a un hermano, o a un familiar, tal vez.

Andrea no pudo evitar sentirse aliviado por la respuesta, pero esto no resolvía su problema. Él amaba a Leonor, estaba seguro. Sin embargo, no podía deshacerse del lazo que lo unía a Angelita. De hecho, el sentido común le decía claramente que sería un idiota si hiciera algo que la pudiera enfadar justo ahora que estaba dispuesta a ayudarlo a recuperar su buen nombre y a hacer que le devolvieran la fortuna que Mattei le había quitado. Ahora su problema se complicaba aún más, ya que consiguiendo el amor de Leonor, heriría profundamente a un hombre por quien sentía un gran aprecio.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó fray Mauro.

Andrea levantó las manos en un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo hacer?

—Como hombre de honor, no le deberíais decir nada a Leonor hasta que no se resuelva el asunto de Venecia. Después, será ella la que deberá elegir libremente. Mientras tanto, Eric y vos estáis embarcados en un largo viaje. No será de gran ayuda que os odiéis y os tratéis como enemigos.

—Me habéis dado una carga muy pesada, hermano.

—Sólo porque estoy convencido de que podéis con ella, hijo mío —le dijo el fraile con confianza—. No me defraudéis.

## VI

Día tras día el Infante Enrique avanzaba hacia el suroeste, sin apenas una alteración en la rutina del viaje. Todos los días, cuando el sol estaba a punto de alcanzar su cenit, Andrea ponía un gnomon a modo de indicador sobre el compás, marcando el momento del mediodía cuando la sombra caía exactamente en la línea de la aguja. En ese momento le daban la vuelta al reloj de arena y comenzaba un nuevo periodo de veinticuatro horas. Todas las noches estudiaba la Estrella del Norte, apuntando meticulosamente sus observaciones para que, además de servirle como guía junto con el Al-Kemal, las usaran más tarde el maestre Jacomé y los cartógrafos de Villa do Infante.

Eric Vallarte era un capitán estricto y gobernaba con total precisión la nave para que la rutina diaria se cumpliera con exactitud y regularidad. Todos los días el tonelero inspeccionaba los barriles de agua y vino porque en latitudes tan cálidas como aquella era fácil que la madera se pudiera secar, por lo que se romperían las vetas que contenían el líquido tanpreciado. Para comer tenían pan marinero, que todavía no se había infectado con parásitos, como solía pasar en viajes tan largos como aquel. Lo acompañaban con vino, aceite de oliva para cocinar y mojar el pan duro, carne de vacuno (seca, o curada en sal) o cerdo, judías, cebollas y ajo. También llevaban, para completar la dieta, sardinas y anchoas en barriles, además de vinagre, queso, garbanzos, lentejas, habichuelas, miel, arroz, almendras y pasas.

La única comida caliente de la jornada se servía al mediodía. El grumete anunciaba a los oficiales y demás pasajeros cuándo había llegado el momento:

*“A la mesa, a la mesa, señor capitán,  
patrón y resto de la compañía,  
la mesa está lista; la carne preparada;  
y el agua para el capitán,  
el patrón y el resto de la compañía.  
Larga vida al Rey  
y al infante Enrique, nuestro patrón.  
A quien le declarara la guerra,  
le cortaremos la cabeza,  
quien no diga amén,  
no tendrá qué beber.  
La mesa está lista,  
quien no venga se queda sin comer.”*

Andrea y Eric Vallarte comieron con don Bartholomeu, Leonor y fray Mauro en una mesa que se les había preparado en la cubierta de popa. Un grumete les servía en una especie de bandeja de madera la carne de vacuno o cerdo duro que habían cocinado en los fuegos que preparaban en la cocina sobre los peroles llenos de arena, y cada uno se servía según su apetito. Cuando terminó la comida, normalmente no tenían nada que hacer, sino echarse una buena siesta o buscarse otras tareas.

A media tarde cambiaba el turno de guardia, y se preparaban para pescar en fila en el riel, usando como cebo los trozos de carne que el grumete hubiera dejado de la comida. Cuando algún pez picaba, lo lanzaban a cubierta, provocando un gran revuelo, y todos se amontonaban a su alrededor mientras daba sus últimos alientos saltando desesperadamente en la cubierta, mientras que a todos se les hacía la boca agua pensando en la succulenta comida que les esperaba.

Con el atardecer llegaron las oraciones de la tarde. Presididos por los infatigables grumetes, era el turno de fray Mauro de leerlas. El ritual de la tarde normalmente comenzaba cuando uno de los chicos levantaba la lámpara de la bitácora sobre el compás del timón, cuando el sol caía sobre el horizonte hacia el oeste y, con el mismo tono nasal con que había cantado por la mañana, anunciaba:

*“Amén, y Dios nos dé  
buenas noches y buena travesía;  
buena navegación para el barco,  
el señor capitán, el buen patrón  
y la buena compañía.”*

Conforme el velo de terciopelo oscuro de los trópicos iba envolviendo el barco, fray Mauro los instruía en la doctrina cristiana, con el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo. Al final, Leonor cantaba el “Salve Regina” y toda la compañía, normalmente desafinando, se unía a sus hermosas palabras:

*“Salve Regina, Mater Misericordiae,  
Vita, dulcedo et spes nostra salve.  
Ad Te clamamus exsalves, Filii Hovae.  
Ad Te suspiramus  
Gementes et flentes in hac lacrimarum valle.  
Eia ergo, advocata nostra, illos tuos  
Misericordes oculos ad nos converte.*

*Et Jesum, benedictum fructum ventris tui,  
Nobis post hoc exsilium ostende.  
O clemens, O Pia, O Dulcis, Virgo Maria.”*

El contramaestre apagaba los fuegos de la cocina y, cuando se giraba el reloj de arena para indicar el principio del turno del vigía de la noche, el grumete cantaba:

*“Bendita sea la hora  
en que nació el Señor,  
Santa María que lo llevó en su seno.  
San Juan que lo bautizó.  
Se llama al vigía,  
el reloj giró;  
que tengamos buen viaje  
si es la voluntad de Dios.”*

Conforme avanzaba la carabela hacia el suroeste en plena noche, los únicos murmullos que rompían el silencio eran las voces de los hombres que hacían la guardia y el suave ajetreo del mar.

Éste era el momento de la jornada que más le gustaba a Andrea. Normalmente se sentaba solo en una zona aislada de la cubierta de proa donde hacía sus observaciones nocturnas, escuchando el silencio de la noche; pero el día antes de llegar a las Canarias, a Tenerife, vio que le había quitado el sitio Leonor di Perestrello.

Ella había sido amable con él, pero un poco reservada desde la noche en que observaron juntos la Estrella Polar. Además, después de su conversación con fray Mauro sobre Eric, Andrea no había vuelto a buscarla. Ahora, viéndola allí, dudó por un momento, y cuando estaba a punto de darse la vuelta, ella le dijo:

—No quería robaros el sitio, señor Bianco. Es sólo que, como es nuestra última noche en alta mar, pensé que no os importaría.

—El sitio no es mío, señora —le dijo, parándose un momento para pasar por debajo de la vela. Estaban en un sitio aislado del resto del barco, que les daba una cierta intimidad.

—¿Qué es lo que veis todas las noches aquí solo?

—Lo que ven todos los que diseñamos mapas, señora. Nuevas tierras tras el horizonte, nuevas aventuras y, quizá, cosas que puedan ser de gran valor para la humanidad.

—¿Esperáis encontrar esas nuevas tierras?

—¿Quién puede decirlo? Hace mucho tiempo, cuando perdí mi libertad, tuve el privilegio de viajar hasta los confines de Oriente y ser testigo de cosas que ningún hombre blanco ha visto jamás.

—¿Qué pasaría si no fueseis libre?

—No entiendo lo que queréis decir, señora.

Se volvió hacia él para mirarlo y pudo ver que Leonor tenía lágrimas en los ojos.

—Una mujer no es libre en un mundo de hombres. Yo seguiría adelante con el Infante Enrique si tuviera el derecho de elegir, pero mi padre tiene que trabajar, así que me quedaré atrás, en las islas.

—Tienen que ser muy bonitas —señaló—. Si no fuera así no las habrían llamado Afortunadas.

—¿No os parece que las mujeres podamos desear algo más que ocuparnos de la comida y de las tareas de la casa?

—¿Y de criar niños preciosos?

Se puso rígida.

—¿No os parece que estáis siendo un poco impertinente, señor?

—No puede ser una impertinencia el sugerir que una chica preciosa llegará a tener hijos e hijas maravillosos, señora. Especialmente cuando lo mejor de la sangre de su país corre por sus venas.

Tras ellos, en la cubierta, el grumete de guardia empezó a cantar con su inevitable falta de armonía la canción que correspondía al momento de girar el reloj:

*“Una vuelta que se va  
una vuelta que viene,  
y si Nuestro Dios quiere  
aún más horas pasarán.  
Roguemos a Nuestro Señor  
que buena travesía nos dé;  
y a Su Madre Santísima  
nuestra abogada en las Alturas,  
que nos proteja en las aguas  
de tempestades nocturnas.”*

Entonces su voz se alzó al vigía:

—¡Eh, vigía! ¡Mantened la guardia!

El centinela lanzó una maldición para demostrar que estaba despierto y vigilante, y doña Leonor se rió.

—Me hubiera gustado ser un chico —parecía que le había vuelto el buen humor

—. Habría viajado como grumete y algún día llegaría a capitanear un barco.

—La gracia y la belleza que tenéis, señora, no se encuentran fácilmente en este mundo, pero la necesitamos mucho más que capitanes o cartógrafos.

La joven se encogió de hombros.

—Hombres como vos y Eric valen mucho más que ninguna mujer.

—¿Por qué lo llamáis siempre Eric y a mí señor Bianco, señora?

—Pues no sé. Eric es tan distinto del resto de mi gente...

—Y es muy afectuoso con vos; os ama profundamente.

—¿Estáis seguro de lo que... de lo que me estáis diciendo?

—Me lo dijo él mismo —pero no le aclaró que, en realidad, no se lo había dicho con estas palabras.

La joven se dio la vuelta, dirigiéndose al riel y Andrea no pudo evitar sentir como un pinchazo de dolor y celos. Estaba claro que el haberle revelado que el vikingo la amaba le había afectado mucho, y esto sólo podía significar que fray Mauro se había equivocado al decir que ella no amaba a Eric, y que lo amaba a él.

—Eric es un buen hombre —dijo Andrea—. Un buen hombre y un buen capitán. Y estoy seguro de que será un esposo excelente, señora —añadió, sintiendo que la cabeza le iba a explotar.

Lo que hizo entonces doña Leonor lo sorprendió. Se dio la vuelta y por un momento le pareció que le iba a pegar.

—Nadie os ha empleado como casamentero, señor. Os ruego que me dejáis elegir quién será mi propio marido.

—Pero, señora...

—Un hombre que me ame no necesita mandar a otro para que apoye su causa. Y en cuanto a vos, volved a Venecia, buscad a vuestra Angelita y casaos con ella, que es lo que os merecéis.

Entonces se marchó, rompiendo el silencio de la noche al cerrar la escotilla. Eric Vallarte subió a la cubierta de proa.

—¿Qué ha pasado aquí arriba? —preguntó el vikingo recelosamente—. ¿Habéis hecho algo que molestara a Leonor?

—Estaba apoyando vuestra causa, pedazo de idiota —dijo Andrea disgustado—. Nunca la he visto tan enfadada.

—¿Conmigo o con vos?

—Conmigo. Pero he aprendido una cosa. Ahora sé que os admira profundamente; de hecho, creo que está enamorada de vos.

Eric cambió de tema radicalmente.

—¿Habéis mirado al cielo últimamente?

—No. ¿Por qué?

—Por lo que parece, tardaremos en ver el pico de Tenerife más de lo previsto.

Andrea miró hacia el cielo, y lo que vio le produjo un escalofrío que lo recorrió de arriba abajo. Había notado que el cielo estaba un poco nublado cuando el sol se estaba poniendo, pero ahora esta neblina se había extendido por todas partes, y hasta amenazaba con tapar la luz de la luna. Junto a estos cambios, la marea creciente dio una bofetada al barco, y la arboladura parecía enfadarse cada vez que las velas la empujaban, presentándose así los primeros presagios del más peligroso de los compañeros de viaje de un capitán y su barco: una tempestad.

—¿Por qué no habrá podido esperarse a que llegáramos a las islas Afortunadas? —se preguntó Eric amargamente—. Ahora tendremos que recalar en plena tormenta.

—Y, ¿por qué no nos dirigimos hacia alta mar para capearla?

Eric miró hacia el cielo y después al agua.

—Sólo está empezando. Se supone que el puerto de San Sebastián debería estar protegido. Quizá podamos pasarla allí.

—Si conseguimos encontrar el fondeadero y entrar —concordó Andrea—. El curso que llevamos debería permitirnos recalar en Tenerife mañana por la mañana. Una vez allí podremos cambiar los planes, según como vaya en tierra —alzó la mirada hacia el mástil principal—, pero yo me sentiría más seguro si nos dirigiéramos hacia alta mar.

—Leonor y don Bartholomeu estarán más seguros en San Sebastián —dijo Eric—. Esto es lo más importante.

## VII

Por la mañana ya se asomaba por el horizonte el pico llameante de Tenerife, exactamente donde Andrea se lo esperaba, hacia el suroeste. El temporal que se había ido formando poco a poco durante la noche había convertido al mar en un mundo horrible de olas de espuma. El viento se estaba levantando, pero lentamente, por lo que parecía que aún estaban a tiempo de echar anclas en la isla de Gomera, donde debían quedarse don Bartholomeu y su familia.

Con el área de las velas reducida a una sola vela cuadrada en el mástil principal para mantener la nave bajo control, el Infante Enrique todavía sentía cómo el temporal lo arrastraba con fuerza. Para aquel momento el brillo de la luz del sol del día anterior ya había desaparecido por completo, y parecía que alguien había pintado el cielo con un cristalino opaco, de modo que lo único que iluminaba el mundo era una especie de reflejo amarillento, vaticinio seguro de un tiempo aún peor.

Andrea pasó todo el día con el vigía, buscando, mientras se acercaban a la isla, algún quiebre de la línea de la costa o la boca del río que formaba el puerto. Allí podrían anclar y ponerse al resguardo de los vientos que ululaban y del martilleo continuo del mar cuando el barco avanzaba bamboleándose sobre las olas, asediado por las corrientes cruzadas que lo rodeaban.

No había visto a Leonor desde la noche anterior. Don Bartholomeu no era un buen marinero, y con el barco balanceándose continuamente haciendo agua con cada oleada, el pobre anciano estaba en cama y necesitaba todas las atenciones que su hija pudiera darle. Un poco antes del crepúsculo la tormenta se calmó un poco, y Andrea fue a cubierta para coger una caja de pan marinero y un barril de agua y vino para que la tripulación pudiera reponerse antes de comenzar la difícil tarea de dirigir el barco en plena tempestad. Aquella noche no tomarían nada caliente.

En ese preciso momento Leonor salió de la toldilla y Andrea pudo ver que estaba preocupada y abatida.

—¿Está amainando la tormenta? —preguntó nerviosa.

—Me temo que sólo está recuperando fuerzas para empeorar todavía más, señora. ¿Cómo se encuentra vuestro padre?

—Estará bien en cuanto echemos anclas en el puerto.

Miró a su alrededor y vio las nubes negras que se estaban concentrando en el cielo y las olas enormes y aceitosas que los arrastraban, levantando el barco como si fuera el juguete de un niño. Cuando pasaba el pico de la ola, la carabela se precipitaba hacia abajo cayendo de punta en el espacio que se formaba entre ola y ola. Por momentos la carabela se veía rodeada de impresionantes murallas de agua que parecían amenazar con hundirlo, pero la nave volvía a alzarse hacia el pico de la nueva ola.

—¿No sería más seguro abrírnos paso mar adentro? —preguntó la joven.

—Estaba a punto de hablar con Eric de esto —le dijo—. No podemos seguir acercándonos con seguridad a la costa con la oscuridad y la tempestad aumentando por momentos.

—Decidle que no se preocupe por nosotros —se apresuró a decirle—. Lo más importante es la seguridad del barco.

Justo en ese momento el Infante Enrique chocó contra algo contundente.

Andrea no había observado ningún obstáculo en el agua, y el vigía tampoco había visto nada, pero con el mar en aquellas condiciones, una roca o la punta de un peñasco podían haber pasado desapercibidas.

La fuerza del impacto hizo que Leonor cayera sobre Andrea, que la rodeó entre sus brazos. Una segunda colisión los empujó hacia la pared de la toldilla mientras que un torrente de agua surgía y aumentaba bruscamente a través de la rendija que había quedado abierta, en el lugar donde la caña del timón se enganchaba con el timón de dirección. Los anegó mientras que el agua inundaba la cubierta de popa y llegaba hacia abajo, a la parte central del barco, y Andrea tuvo que poner en juego todas sus fuerzas para que el agua no se los llevara hacia el mar por encima del riel.

Todas las vigas del Infante Enrique crujían y se estremecían como intentando evitar las garras de una amenaza aún por llegar, mientras seguía tambaleándose. Andrea oyó que Eric estaba gritándole a la tripulación, pero por el momento todo lo que podía hacer era evitar que otra ola los arrastrara. El barco colisionó por tercera vez y quedó suspendido por un momento; después pareció que se deslizaba poco a poco liberándose del obstáculo con el que había chocado.

La carabela se estremeció con la convulsión mortal de un animal, y un nuevo torrente de agua surgió de la rendija de la caña del timón llegando hasta la cubierta de popa. Andrea se abrazó a la pared de la toldilla, apretando a Leonor entre el riel y su propio cuerpo.

—¿Contra qué hemos chocado? —preguntó, casi sin aliento.

—Supongo que contra alguna roca demasiado profunda para que se pudiera ver desde la superficie con la tormenta.

El navío se estremeció otra vez, y desde su interior se oyó un ruido áspero y prolongado cuando la quilla pasaba raspando un nuevo obstáculo. Luego, cuando su mismo peso la obligó a inclinarse hacia un lado, columpiándose hacia adelante, se oyó otra serie de sacudidas menos intensas hasta que un estremecimiento final pareció liberarla.

—Entra y quédate ahí con tu padre —dijo Andrea mientras la ayudaba a llegar hasta la puerta de la toldilla—. Si no estamos naufragando aún, todos los hombres serán pocos para ayudar con las bombas.

Ella asintió y entró, cerrando la puerta. Incluso en una situación tan grave como

aquella, parecía no perder los nervios. Andrea cruzó corriendo la cubierta hasta donde Eric Vallarte y los otros hombres estaban intentando sujetar la vela mayor, que se batía furiosamente con los movimientos de la nave, para tratar de controlar el barco. Sin embargo, en cuanto cogió una de las cuerdas, Eric lo llamó.

—Ocúpate del daño del casco, Andrea —le dijo—. Puede que tengamos que encallarla para que no se hunda.

Con la ayuda de uno de los marineros, Andrea levantó la escotilla de la parte central y bajó a la bodega. Estaba llena de agua, que se movía furiosamente dando bandazos con los movimientos de la nave. Estaba todo hecho un desastre, con los barriles y toneles flotando por todas partes, chocándose entre ellos y contra las paredes del barco. El agua le llegaba a las rodillas, así que volvió dando tropezones hasta la escotilla y salió a cubierta.

—Dadme una linterna —le ordenó a uno de la tripulación—. Tengo que inspeccionar mejor los daños.

Parecía que los balanceos de la nave eran un poco menos pronunciados ahora, por lo que se imaginó que Eric habría conseguido virarla para tener el viento a favor con un área suficiente de navegación para que se mantuviera con el rumbo fijo. Cuando le dieron la linterna la levantó entre las manos y empezó a caminar por el agua agitando los barriles.

No encontró ninguna entrada de agua importante, por lo que no parecía que hubiera ninguna brecha grande en el entablado. Barriles, cajas y toneles se movían libremente por el agua. Era peligroso estar allí, porque en cualquier momento podrían chocar contra él o aplastarlo contra las cuadernas mientras estaba lejos de la escotilla, en la penumbra, intentando evaluar los daños tal y como necesitaban hacer para saber cómo debían proceder a partir de ese momento.

Andrea no encontró ninguna rotura en el entablado y, ahora que iban más rápido, estaba entrando menos agua, así que se volvió hacia la escotilla, le pasó la linterna a uno de los hombres que estaban fuera y lo ayudaron a salir. En mitad de la oscuridad, Eric Vallarte lo miraba preocupado mientras salía de las bodegas.

—Estamos haciendo aguas —le informó—. La roca ha debido de abrir alguna veta, pero creo que las bombas podrán controlarlo, por lo menos por ahora.

—¡Flores! —Eric llamó gritando al carpintero—. Coged a todos los hombres que necesitéis y ocupaos de las bombas hasta que no haya agua.

Entonces miró por la escotilla dentro de la bodega, y vio los toneles y cajas flotando y chocando entre ellos, con el movimiento de la tempestad que seguía aumentando poco a poco.

—Coged también algunos barriles, toneles y cajas. Vamos a necesitar toda el agua y la comida si la tormenta dura mucho.

Los hombres pasaron corriendo delante de ellos hacia las bombas. Andrea se

agarró al palo de mesana y miró hacia arriba. Con los golpes, el trinquete se había soltado y se estaba rompiendo a pedazos. Esto lo arreglaría más tarde. Ahora lo importante era mantener a flote la nave.

—¿Cómo van los daños por aquí arriba, aparte del casco?

Eric estaba pálido.

—Hemos tenido que chocar contra una roca lo suficientemente profunda como para que la quilla pudiera pasar por encima, pero ha arrancado casi todo el timón.

No hacía falta decir nada más. Ambos se daban cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Ha quedado algo? —preguntó, por fin, Andrea.

El vikingo negó con la cabeza.

—Ni siquiera llega a hundirse en el agua. He dispuesto la vela mayor para que sigamos navegando con el viento a favor, pero sólo podemos proceder en una dirección: hacia el oeste.

## VIII

La tempestad seguía aumentando con las horas, pero la carabela estaba bastante estable navegando con viento a favor. En realidad, el Infante Enrique estaba navegando a más velocidad de lo normal, pero cada hora que pasaba los separaba más y más de las islas Canarias y de la costa africana.

Con las bombas funcionando sin interrupción y el barco avanzando a toda velocidad, el nivel de agua en las bodegas no parecía subir. Estaba claro que la velocidad ayudaba. Esto era un fenómeno que no sabían explicar, pero que los marineros experimentados conocían bien.

Eric Vallarte habló de la situación en la toldilla por la mañana. Don Bartholomeu estaba pálido y tenía bolsas negras en los ojos, pero con el barco avanzando constante a favor del viento, las sacudidas violentas de la noche anterior habían cesado, por lo que se había recuperado lo suficiente como para hablar.

Leonor también estaba pálida. Tenía los ojos rojos y grandes ojeras por falta de sueño, pero no mostraba ninguna señal de pánico.

—Entonces, ¿cuál es nuestra situación, Eric? —preguntó don Bartholomeu.

—Nos mantenemos a flote —dijo el capitán, encogiéndose de hombros—. Lo que debemos agradecer a los dioses, después de que haya sido tan estúpido como para haber acercado tanto el barco a la costa.

—Lo que queríais era encontrar un puerto seguro para todos nosotros —dijo don Bartholomeu—. En este momento, lo más importante es saber qué vamos a hacer ahora.

—Mientras sigamos navegando a esta velocidad no entrará más agua en las bodegas de las que las bombas puedan expulsar —le explicó Eric—. Con el viento a favor podremos seguir navegando hacia el oeste y probablemente salir de ésta con vida. Hasta que amaine la tormenta.

—Y después, ¿qué?

—Con buen tiempo podremos construir un timón provisional, pero cuando el tiempo se calme, nuestra velocidad disminuirá, así que puede que no nos dé tiempo.

—¿Queréis decir que no podemos dejar de navegar el tiempo suficiente para construir un nuevo timón? —preguntó Leonor.

—No lo sabremos hasta que no lo intentemos —dijo Eric—. Todo lo que podemos hacer por ahora es navegar empujados por el viento.

—Y, ¿dónde nos llevará?

Eric se encogió de hombros.

—Eso será mejor que se lo preguntéis al navegante.

—¿Estamos en una situación desesperada, señor Bianco? —preguntó don Bartholomeu.

—Ninguna situación es desesperada, señor, mientras tengamos un barco bajo los pies y velas para dirigirlo.

—Pero sin timón, ¿cómo podremos marcar el rumbo?

—Por ahora no podemos —admitió Andrea—. Mientras dure la tormenta sólo podremos ir hacia el oeste. Cuando por fin amaine, podremos usar algo como timón, como dice Eric. Luego podremos navegar hacia el norte, a las Azores, si los vientos nos son favorables como creo que lo serán en aquella zona.

—¿Podremos volver a casa? —preguntó don Bartholomeu.

—Tal vez —dijo Andrea—. El bergantín pirata en el que me encontrasteis llevaba unos travesaños a cada lado del timón para marcar el rumbo. Cuando pase la tormenta podremos hacer algo así. Después, si conseguimos recalar y carenar el casco, todos nuestros problemas se solucionarán.

Eric miró desolado a su alrededor y las aguas agitadas por la tormenta.

—¿Cuál es exactamente esa tierra donde decís que podremos recalar?

—Puede que las Azores.

—Si conseguimos llegar.

—¿Creéis que podremos llegar hasta ellas en nuestra situación? —le preguntó don Bartholomeu a Andrea.

Ésta era una pregunta que lo preocupaba, y a la que no sabía contestar. Lo único que podía hacer era darles un poco de esperanza.

—Si mi teoría sobre la dirección de los vientos es correcta —les dijo— cuando lleguemos un poco más al oeste, el viento debería cambiar hacia la dirección de las Azores, llevándonos hacia ellas.

—Pero, ¿cómo podremos encontrar unas islas tan pequeñas en mitad de un océano tan grande? —preguntó don Bartholomeu.

—Las encontraré para vos —le dijo Andrea con gran seguridad.

La cara del anciano se iluminó.

—Vuestro instrumento de navegación. Se me había olvidado.

—Nos guiaría a casa incluso desde la otra punta del mundo, si fuera necesario —le aseguró Andrea.

—Siempre que sigamos teniendo un barco bajo los pies —dijo Eric Vallarte levantándose—. Ya que no podemos hacer nada por el momento, creo que deberíamos volver a las bombas, Andrea.

Durante dos semanas el viento sopló con la misma fuerza a sus espaldas, así que la carabela siguió adentrándose en mares desconocidos. Hora tras hora, día tras día, los hombres trabajaron en las bombas, con Andrea y Eric turnándose con ellos.

Cuando el viento empezó a amainar, el nivel del agua comenzó a subir pero sólo para volver a bajar cuando aumentaba la velocidad, y todos los días las bombas expulsaban al mar la misma cantidad de agua que entraba por la brecha del casco. Las

caras estaban cada vez más largas, la paciencia más agotada y los ojos más rojos mientras seguían adentrándose en el misterioso oeste, donde, hora tras hora, lo único que se veía era la espuma de las olas. Lo peor de todo era saber que, si dejaban de navegar hacia el oeste, el barco se hundiría rápidamente.

Andrea había asegurado a la tripulación que él contaba con los medios necesarios para llevarlos de vuelta a casa, pero incluso el más novato de los marineros sabía que un barco sin timón sólo podía navegar donde lo llevara el viento. En esta situación, lo único que podían hacer era confiar en Dios.

Fray Mauro era un pilar para la tripulación en aquellos momentos. El fraile regordete empezó a adelgazar poco a poco cuando se puso a hacer los turnos en las bombas con los demás, pero nunca perdió la esperanza de que Dios los había salvado de las rocas por algún motivo especial, que pronto les sería revelado. La serena confianza de fray Mauro los animaba a seguir bombeando, sin que ninguno quisiera ser el primero en perder la esperanza.

Incluso con la tormenta, a veces el mar y el viento se calmaban un poco, y cuando Andrea observaba la Estrella Polar, se daba cuenta de que también estaban yendo hacia el sur, y no sólo hacia el oeste.

Por fin, la tormenta se calmó, el sol empezó a brillar tímidamente y las borrascas intermitentes fueron disminuyendo poco a poco. Eric había colocado una de las velas para recoger el agua de lluvia para beber. El agua era uno de sus más preciados privilegios en estos momentos, ya que para comer siempre podían pescar algo.

Quince días después del desastre de las Canarias, Andrea se despertó al alba para empezar su turno en las bombas cuando vio que el cielo estaba casi despejado. Un viento suave los seguía empujando a sus espaldas, pero el barco había disminuido mucho su velocidad, indicando que la tormenta prácticamente había pasado. La noche era aún muy oscura, pero templada y con una brisa casi agradable. Mientras bombeaba no conseguía ver el agua, pero estaba seguro de que estaría mucho más calmada de lo que lo había estado las últimas semanas.

Aunque seguía soplando el viento, ahora tenía mucha menos fuerza, por lo que la carabela iba más lenta, y pudo comprobar que el nivel del agua había subido considerablemente, por lo que decidió despertar a Eric justo cuando salían los primeros rayos del sol. Exhausto por haber estado trabajando en las bombas, como el resto de los hombres, Eric estaba durmiendo tumbado en cubierta, cerca de la bitácora.

Eric se dio la vuelta cuando Andrea lo tocó en el hombro, y se incorporó frotándose los ojos. Entonces, al darse cuenta de que el cielo estaba despejado y de que el viento seguía soplando, se levantó de golpe.

—¡Por Odín! —gritó—. ¡La tormenta ha pasado!

Eric gritó lleno de emoción y, como si fuera esto lo que todos estaban esperando,

los hombres que estaban en las bombas las abandonaron, y los que estaban durmiendo se despertaron para unirse a él gritando de alegría.

—¡Bendito sea Dios! ¡Estamos salvados! *Salve Regina!* —se escuchaba por todas partes.

—Venga, hermano —Eric llamó a fray Mauro, que estaba durmiendo en la cubierta de popa—. Dirigid una oración de agradecimiento porque ha terminado la tormenta.

Se abrió la puerta de la toldilla, y salió doña Leonor. Estaba recién levantada pero completamente vestida, ya que todos habían dormido con la ropa del día durante las últimas dos semanas. Cuando vio la luz del sol, se le dibujó una gran sonrisa en la cara, y se dirigió a la puerta de la cabina, que estaba abierta.

—Padre, la tormenta ha terminado —exclamó—. Fray Mauro está a punto de dirigir una oración de agradecimiento.

Doña Leonor ayudó a don Bartholomeu a levantarse. Todos, excepto los hombres que seguían trabajando en las bombas, se arrodillaron en cubierta y fray Mauro comenzó la oración, y su voz era lo único que se oía, además del ruido de las bombas de extracción del agua. Cuando terminó, Leonor cantó el *Salve Regina*, con su voz encantadora, que envolvía el barco y el océano ante ellos. Los demás la siguieron, cantando el himno como nunca antes lo habían hecho.

—Voy a subir al mástil a echar una ojeada —le dijo Andrea a Eric Vallarte cuando terminaron de cantar—. Será mejor que vayáis a comprobar cómo va el agua de las bombas porque el nivel del agua ha subido mientras íbamos más despacio.

—Con la alegría de que se haya terminado la tormenta, se me ha olvidado todo lo demás —admitió Eric tímidamente—. Está claro que seguimos en grave peligro.

Andrea le dio una palmada en la espalda.

—El mundo es redondo, amigo mío. Si lo único que podemos hacer es ir hacia el oeste, lo rodearemos.

Cogiéndose al obenque, Andrea llegó enseguida al punto más alto del mástil, trepando por la enorme columna de madera desde donde se veía el océano. No habría podido explicar lo que esperaba ver desde allí, porque ni siquiera él mismo lo sabía, pero cuando los rayos del sol brillaron por fin hacia el horizonte, no podía dar crédito a sus ojos.

Mirara donde mirara, lo único que se veía era una capa enorme marrón verdosa. Sólo cuando lo miró por segunda vez se dio cuenta de que el Infante Enrique estaba flotando en un vasto océano de algas marinas.

## IX

Los que se encontraban en cubierta vieron las algas al mismo tiempo que Andrea y todos empezaron a hablar a la vez, muertos de miedo.

—¡Estamos perdidos! —gritó un marinero y uno de los grumetes se puso a gritar llorando.

—¡Silencio! —gritó Eric Vallarte—. Al próximo que se ponga a gimotear lo colgaremos.

Cogió un cubo del riel, le ató una cuerda y lo echó al agua.

Andrea se bajó del mástil y todos se reunieron en torno a Eric, que sacó el cubo lleno de algas marrón verdosas con forma de vejiga que, cuando las partían en dos, parecían estar llenas de aire, lo que les permitía flotar.

—¡Por Odín! —exclamó el vikingo—. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de algo semejante?

Un marinero canoso habló.

—Yo he oído decir que pueden atrapar a un barco entero y no volver a soltarlo nunca más.

—Unas algas como éstas no podrán nunca con un barco tan grande.

Todos querían creerlo, pero en sus caras se veía que apenas conseguían hacerlo. A estas alturas habían perdido la esperanza, en un barco estropeado a muchas millas de casa y sin saber si algún día conseguirían volver.

—Izaremos más velas y veremos a ver qué pasa —decidió Eric, dando las órdenes correspondientes a la tripulación. Contentos por tener algo que hacer que los distrajera para no pensar, se pusieron manos a la obra. Cuando izaron las velas y éstas se hincharon con la brisa, la carabela empezó a moverse con más velocidad por el agua.

—¡Veis! Las algas no nos detienen —exclamó Andrea—. No tenemos nada que temer.

—¿Cómo volveremos a casa? —uno de los marineros hizo la pregunta que los tenía a todos preocupados—. Si me podéis contestar a esto, señor, os seguiré dondequiera que vayáis.

—Antes que nada tenemos que saber la importancia real del daño de la nave, y qué tipo de travesaño podemos usar como timón.

Andrea miró hacia arriba rápidamente, al oír un sonido que no se hubiera esperado nunca en mitad de un mar de algas, en medio del océano occidental. Era el ruido de unos pájaros que se posaban sobre la capa de algas, flotando por un momento antes de remontar el vuelo, picoteando por todas partes. Eran unos pájaros blancos, con colas largas y rectas como cañas.

—Las algas y los pájaros, ¿no son señales de que hay tierra cerca? —preguntó

Leonor.

Eric Vallarte negó con la cabeza.

—A veces se encuentran pájaros mar adentro, señora.

—Pero no algas. Esto significa que hemos sido arrastrados hacia el norte, en dirección a las Azores —se volvió hacia Andrea—. ¿No es así?

Andrea odiaba tener que desmontar cualquier mínima esperanza que pudiera levantar la presencia de los pájaros y del mar de algas en que se encontraban, pero alimentar falsas esperanzas sólo empeoraría la situación.

—Me temo que no, señora. Según los datos de mi última observación, nos encontramos mucho más al sur que las islas.

—¿Puede que los pájaros vengan de la Antilia?

Era la primera vez que alguien mencionaba esta isla legendaria desde que habían empezado a navegar hacia el oeste, aunque Andrea había pensado mucho en esta posibilidad.

—Incluso podríamos estar muy cerca de una de las islas de San Brandán —añadió fray Mauro—. Según la leyenda, hace muchos años un monje, que más tarde se conocería como San Brandán, llevó a un grupo de personas de Irlanda para que poblaran una isla en el Atlántico. Se dice que prosperaron como comunidad cristiana, pero nadie ha visto la isla ni a sus habitantes.

—Muchos cartógrafos creen que la historia de San Brandán es sólo una leyenda —dijo Andrea—, pero podríamos estar cerca de unas tierras que mencionaron los hermanos Zeno de Venecia.

Eric Vallarte lo miró con aspereza.

—¿Es ésta otra de vuestras historias para animarnos?

—Por supuesto que no —dijo Andrea indignado—. Antonio Zeno navegó hacia el oeste hace unos cincuenta años. Fue a Groenlandia al servicio del príncipe Zichmni de Thule y, desde allí, siguió más al sudoeste hasta llegar a una tierra que llamó Estotiland<sup>[4]</sup>. Después se dirigió aún más al sudoeste hacia una tierra llamada Droceo<sup>[5]</sup>, donde encontraron a unos hombres vestidos con pieles de animales y cuyas armas no eran más que arcos y flechas.

—Podría haber sido cualquier otra isla —señaló Leonor.

—Puede ser —admitió Andrea—, pero en los relatos que hizo Zeno de sus viajes describía Droceo como un país muy grande, como un nuevo mundo. Los habitantes de aquellas tierras le contaron que más al sur el clima era templado hasta en invierno y que la gente que vivía allí había construido ciudades y templos donde se adoraba a los dioses y que incluso ofrecían sacrificios humanos matando a hombres para ellos y que después se los comían.

—Puede que se refirieran a las Indias —dijo Leonor— o a la isla de Cipangu.

—No si el mundo es tan grande como creemos, señora. Todas nuestras pruebas

apuntan a que existe una gran masa de tierra o, por lo menos, un conjunto de islas, que separan a Europa de las Indias.

—¿Más allá de la isla de la Antilia? —preguntó fray Mauro.

—O más allá o cerca de ella.

—Entonces, ¿qué creéis que debemos hacer?

—El barco navegará sólo arrastrado por el viento hasta que consigamos arreglar el timón —señaló Andrea—, y para arreglarlo tendremos que atracar. La isla de la Antilia tiene que estar en algún lugar más hacia el oeste, en la dirección en que nos dirigimos.

—¿Y si perdemos la isla?

—Entonces llegaremos más allá, hasta las tierras que Antonio Zeno llamó Droceo —dijo Andrea.

—Pero nos estaremos alejando cada vez más de casa —protestó Leonor.

—A veces hay que alejarse para volver, señora —le dijo muy serio—. Espero que también sea así esta vez.

Nadie puso ninguna objeción, ya que todos se daban cuenta de que no les quedaba otra opción.

—Lo primero que tenemos que hacer es examinar los daños del casco —continuó Andrea—. Ver si debajo de él ha quedado algo del timón donde poder amarrar una caña.

—¿Estáis diciendo que hay que ir debajo del casco? —exclamó Leonor.

—Bajaré con una cuerda atada a la cintura —le aseguró Andrea—. Como hacemos con los cubos con los que cogemos agua del mar.

—Pero las algas...

—No creo que sean muy profundas. Eric me pescó una vez del mar, cuando llevaba cadenas muy pesadas que tiraban de mí hacia abajo. Podrá volver a hacerlo si hubiera algún problema.

La joven se estremeció.

—Por favor, tened cuidado.

Andrea supo, por la mirada dura de Eric, que había comprendido a qué se debía la preocupación de Leonor, y por la estima que sentía hacia el vikingo y el saber el daño que le hacía, se sintió aún más preocupado.

Eric ordenó que cabecearan un poco el barco y, con un taparrabos como el que había llevado durante todos sus años de esclavo con los moros, Andrea saltó por la cubierta de popa con una cuerda atada a la cintura. Bajando por los fragmentos astillados del casco por donde pasaba normalmente el timón, llegó hasta el agua. Estaba bastante templada y, cuando empezaba a sentir la repulsión del contacto de las algas sobre la piel, se dio cuenta de que no era difícil apartar la fina capa de algas liberándose de ellas a su alrededor por lo menos en el círculo que dibujaban sus

brazos al apartarlas.

Respiró profundamente y se sumergió sujetándose a las argollas de metal que habían mantenido el timón antes de que la roca lo arrancara. Los ojos le escocían con el agua salada, pero se acostumbró enseguida. La capa de algas dificultaba en gran medida que traspasara la luz del sol, pero veía lo suficiente con la que pasaba a través de la zona que había limpiado.

Descubrió que la roca contra la que habían chocado en las islas Canarias había arrancado la parte de madera del timón, pero que muchos de los ajustes y los pernos seguían allí, con fragmentos del entablado, aunque no quedaba madera suficiente para usarla como timón en aquel estado. Por suerte, la roca había arrancado el timón con un golpe seco llevándose con ella sólo algunos ajustes.

Una vez terminado su primer análisis, subió a la superficie. Respirando profundamente con un gran “¡uff!” miró hacia el riel, donde vio las caras de todos los que lo miraban preocupados desde allí.

—Lo que quiera que sea contra lo que nos chocamos en las Canarias ha arrancado el timón de un golpe limpio y seco —informó—, pero aún tenemos algunos de los ajustes, que podemos usar para arreglarlo.

—Si lo arreglamos —dijo uno de los marineros, pero nadie se rió. Todos se daban cuenta de la gravedad de la situación.

—Eric, soltad un poco más la cuerda —le pidió Andrea—. Voy a bajar un poco más por debajo del casco para examinarlo mejor.

—Tened cuidado con las lapas —le advirtió el vikingo. Siendo tan nuevo, el Infante Enrique no debería de tener todavía demasiadas, pero el caparazón de esos moluscos que se agarran al casco de los barcos es tan afilado que cortan la piel del hombre como cuchillos.

Cogiendo otra vez todo el aire que le permitían sus pulmones, se agarró a los maderos para sumergirse bajo el casco, pero como ya había algunas lapas, sintió como si una navaja se le hincara en los dedos. Empezó a salirle sangre, así que pensó que tenía que darse prisa, antes de que atrajera a los tiburones, que no faltaban en ningún océano. Estudió la situación del casco abriendo bien los ojos bajo el agua. Los grandes cortes de la superficie indicaban el lugar por el que los crueles bordes de la roca habían atacado el barco, pero ninguno de ellos parecía representar un peligro inminente.

Enseguida vio junto a la quilla cuál era el problema principal. La roca había separado las juntas del calafateado cuando el casco pasó arrastrándose sobre ella, por lo que el agua estaba entrando a través de las grietas que se habían formado. Cuando carenaran el barco, sería fácil cortar tiras finas de madera para ponerlas entre las grietas, calafateando todo el fondo con brea. Una vez que se tomaran todas estas medidas, el Infante Enrique volvería a estar seco por dentro y tan nuevo como al

principio.

Con tres inmersiones Andrea consiguió inspeccionar todo el casco, sin encontrar ningún daño más serio que el de las juntas a los lados de la quilla. Ninguna de las cuadernas se había hundido como consecuencia de los golpes, y la quilla, aunque un poco arañada, seguía entera. Después subió a la nave y se cambió de ropa mientras volvían a izar las velas. Una vez más la carabela empezó a moverse, flotando sobre la fina capa de algas, y rumbo al sudoeste, como las dos últimas semanas.

Leonor le vendó las heridas que se había hecho en los dedos con las lapas. Luego se dirigió a la bitácora para informar de la situación rodeado de toda la tripulación.

—El barco está en buen estado —les dijo—. Sólo se han abierto un poco las juntas a los lados de la quilla. Lo único que tenemos que hacer es calafatear el casco cuando carenemos la nave y ponerle un timón nuevo. Tenemos agua para varias semanas más, y lo más probable es que llueva antes de que se gaste. Además, podremos pescar para comer.

—¿Tenéis una idea de dónde nos encontramos, señor navegante? —preguntó uno de la tripulación.

—Tengo pensado hacer unas observaciones de la Estrella del Norte esta noche —le dijo Andrea—. Así sabremos la distancia que hemos recorrido hacia el Sur.

—Lo que me interesa es el Oeste, no el Sur —le respondió el marinero—. ¿Sabéis cuánto hemos navegado hacia el Oeste?

—Sólo un cálculo aproximado.

Andrea se volvió hacia Eric.

—¿Cuánto diríais vos, capitán?

Eric se encogió de hombros.

—Puede que unas quinientas leguas. No estoy seguro.

La estimación se basaba en la legua española, lo que los situaba más al oeste de lo que jamás hubiera llegado ningún otro barco. Antes de que la enormidad de esta distancia pudiera turbar a los marineros, Andrea volvió a hablar.

—No creo que estemos muy lejos de la Antilia.

Esta vez fue el turno de un marinero canoso, llamado Alonso Sánchez.

—¿Hay alguien que haya visto realmente alguna vez la Antilia, señor?

—Alguien ha tenido que verla —le aseguró Andrea— ya que aparece en los mapas del mar del oeste desde hace veinte años.

No hubo más preguntas, así que cada uno volvió a su puesto. La capa de algas flotantes ya no era tan densa, y de vez en cuando se veía una zona limpia de una milla aproximadamente de anchura. En esas zonas echaron las cañas y pescaron rápidamente todo lo que pudieron para comer. De vez en cuando veían algunos cangrejos flotando con las algas, pero eran tan pequeños que no merecía la pena cogerlos.

Aquella noche un chaparrón tropical les ayudó a llenar los barriles de agua, lo que junto a una buena comida, les ayudó a animarse. La noche era clara, y el viento ligero los seguía empujando hacia el sudoeste, balanceándose con el suave movimiento de las olas.

Aquella noche Andrea pudo hacer varias observaciones de la Estrella Polar con el Al-Kemal, estudiando los nudos que había hecho en su viaje a Guinea.

—Nuestra latitud está un poco más al norte que la del Cabo Blanco de la costa africana —anunció—. Los barcos del infante han navegado mucho más al sur.

—¿Qué nos podéis decir sobre la Antilia?

—Estamos aún un poco al norte, según mis mapas del mundo y los de otros cartógrafos —admitió Andrea—. Le pediré a Eric que cambie un poco el rumbo para conseguir llegar hasta su paralelo.

Leonor estaba sola cuando volvió a la cubierta de proa después de hablar con Eric Vallarte. Fray Mauro y ella lo habían estado ayudando a estudiar la Estrella Polar, pero fray Mauro se había ido a su jergón a dormir.

—¿Qué será de nosotros, Andrea? —le preguntó mientras él se sentaba en la parte más estrecha de la cubierta, junto a ella. En la intimidad tranquila de aquel recodo parecía natural que lo llamara por su nombre.

—No lo sé, señora —admitió.

—Fray Mauro dice que la mayoría de los entendidos de Villa do Infante no creen que la Antilia exista. Creen que se trata de una leyenda, como la de la isla de San Brandán.

—Apostaría cualquier cosa a que existe una tierra al oeste —le aseguró—. Un monje llamado Hoei Shin dice haber descubierto un gran país navegando hacia el este desde China hace unos mil años. Sabemos de la existencia de un lugar llamado Tierra del Vino, que descubrieron los vikingos, y la zona llamada Droceo aparece bien clara en el mapa de Zeno. Lo vi cuando jugaba de niño en la bohardilla de Nicolò Zeno, en Venecia. Además, los habitantes de Droceo le hablaron de unas tierras más al sudoeste con templos y grandes riquezas.

—Estamos todos con vos en esta apuesta —le dijo con toda sencillez— y nos va la vida en ello.

—Sí, ya lo sé —le dijo mostrándose seguro—. Lo que más me preocupa es vuestra vida, no la mía.

—Y, ¿por qué... pensáis más en mi vida que en la de los demás?

—Por lo que siento por vos. De esto deberíais haberos dado cuenta.

—Y, ¿cómo iba a saberlo si nunca me lo habéis dicho?

Andrea respiró profundamente. Le parecía imposible que todavía no lo hubiera entendido, y lo que sus palabras parecían implicar.

—No os he dicho nada porque os amo como nunca antes he amado, y no quiero

haceros daño si es que algún día ocurre un milagro, y llegáis a amarme.

La joven buscó sus manos en la oscuridad. Entre sus dedos, cálidos, tomó los de él, que se mostraban mucho más vivos y cercanos a un abrazo o una caricia de lo que lo habían estado desde la noche en que la había besado de vuelta de la fiesta en Villa do Infante.

—Este milagro ya ha ocurrido, Andrea *mio* —dijo suavemente.

Andrea luchó contra el abrumador impulso de tomarla entre sus brazos, porque sabía que tenía que ser tan sincero como ella lo había sido. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada más, Leonor se le adelantó.

—¿No decís nada porque aún amáis a la mujer de Venecia, Andrea? —su voz parecía serena, aunque él se dio cuenta de lo difícil que se le estaba haciendo pronunciar estas palabras.

Negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que nunca llegaría a amarla tanto como a vos. Y, sin embargo... —no consiguió seguir hablando porque no lograba explicar la fuerza, o el influjo, que Angelita tenía sobre él.

—Y, sin embargo, no podéis olvidarla. ¿Es eso?

—Algo parecido —admitió—. Si pudiera volver a ver a Angelita... cara a cara... creo que todo este sufrimiento se acabaría.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Durante todo el viaje a Guinea la olvidé por completo, y el día que llegué a Lagos y os vi desde el barco mientras me esperabais en el muelle, de repente me di cuenta de cuánto os había echado de menos y de cuánto os amo. Estoy seguro de que podría ser completamente feliz sin volver a verla, pero...

—¿Pero entonces recibisteis su carta?

La miró sorprendido.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Fray Mauro es mi confesor y no quería que se me partiese el corazón por un hombre que ama a otra mujer, así que me advirtió.

—Ella quiere que vuelva a Venecia —admitió Andrea—. Incluso me ha ofrecido su ayuda para volver a tomar el control sobre la compañía naviera.

No lo miró mientras se lo dijo, pero su voz parecía serena.

—Tenéis que ir, por supuesto. Nadie tiene el derecho de pedirnos que dejéis pasar la oportunidad de recuperar vuestro buen nombre ante una acusación de asesinato.

La tomó suavemente por los hombros para obligarla a mirarlo a la cara. Incluso en la oscuridad se veía que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Me esperaréis, *carissima*?

Como respuesta, le tocó las mejillas con los dedos, antes de tomarlo entre las manos y besarlo.

—Deberíais saber ya la respuesta —le dijo suavemente—. No soy de las que dan su amor a la ligera... ni lo retiran sin motivo.

Andrea suspiró feliz.

—Ahora tengo que llevar este barco de vuelta a Lagos —le dijo—. Todo lo que tengo que hacer en Venecia es restablecer mi buen nombre. Mattei se puede quedar con las riquezas de mi familia.

La sonrisa de la joven mostraba la sabiduría de una mujer enamorada, sin importar la edad.

—¿Qué más riquezas puede desear una mujer que el que un hombre como vos la ame, Andrea *mio*?

## X

Durante diez días más el Infante Enrique navegó por aguas tranquilas, con una ligera brisa hinchando sus velas. Aparte de los turnos que hacían para ocuparse de las bombas, la tripulación no tenía mucho más que hacer.

Andrea daba gracias al cielo por el constante trabajo de bombeo, ya que el trabajo y la fatiga que suponía ayudaba a que los hombres no se pararan mucho a pensar en cuánto tiempo seguirían avanzando hacia el oeste en lo que parecía un océano eterno, en el que muy pocos se habían adentrado tanto (si es que alguien lo había hecho en realidad).

Entonces, diez días después de haber entrado en aquel mar de algas, algo hizo que se avivaran las esperanzas de todos: un conjunto de marsopas aparecieron ante ellos. Estos delfines juguetones no solían encontrarse en el Mediterráneo, pero Andrea había visto muchos en el viaje a Madeira y las islas Canarias, y también cerca de las costas de Cabo Blanco y de la desembocadura del río Sanaga, por lo que se atrevió a pensar que quizá eran una señal de que se estuvieran acercando a la costa; pero además estos animales supusieron para ellos una gran fuente de alimento, que tanto necesitaban.

Las provisiones de carne de cerdo y buey eran escasas, ya que la mayoría de ellas se habían echado a perder con el agua, aunque habían hecho de todo para que duraran todo lo posible. La dieta exclusivamente a base del pescado que conseguían cada día se estaba haciendo cada vez más monótona, ya que, además, se estaban quedando sin carbón, por lo que tenían que comerse el pescado prácticamente crudo.

Uno de los arqueros más hábiles se puso en la proa, ató una cuerda fuerte a la flecha y disparó contra las marsopas. Pescaron varias de ellas, que arrastraron hasta la cubierta, donde las trocearon. Descubrieron además que la cabeza y la piel eran muy grasas, por lo que pudieron usar esta grasa como sustituto del carbón para cocinar.

Aquella noche lo festejaron con filetes de marsopa, y al día siguiente se animaron todavía más cuando vieron un tronco flotando en el mar. El segundo día encontraron otro tronco más, pero esta vez tenía uno de los extremos tallado, formando una punta afilada, por lo que empezaron a preocuparse al pensar que si los habitantes de aquellas tierras contaban con herramientas capaces de derribar árboles, puede que atacaran a los desconocidos que llegaran a sus costas; pero no tenían otra opción, así que siguieron adelante mientras examinaban el estado de sus armas.

Más animados por estos descubrimientos, Eric Vallarte ordenó que se colocara una cuerda en la punta más alta del mástil para que un vigía pudiera subir sobre las velas hinchadas del palo mayor en busca de tierra.

Tres días más tarde, justo después del amanecer, un vigía gritó:

—¡Tierra a la vista! —el grito que llevaban esperando desde hacía muchas

semanas.

Andrea fue el primero en encaramarse hasta donde estaba el vigía. No había duda alguna de que habían visto tierra: ya se veía claramente el contorno bajo y oscuro de una isla con palmeras justo delante de ellos. Era muy pequeña, por lo que Andrea pensó que como mucho podría tener algún arrollo o manantial, pero seguramente ninguna de las cosas que necesitaban para reparar la nave. De todas formas, era tierra, algo que no habían visto desde hacía un mes.

—Hay una isla justo delante de nosotros —gritó Andrea a cubierta, donde se encontraba Eric Vallarte con el resto de la tripulación.

—¿Podría ser la Antilia? —Eric Vallarte hizo la pregunta que todos estaban deseando hacer.

—Es demasiado pequeña. Creo que es una de las islas que la rodean. Estoy seguro de que veremos más islas en cuanto el sol brille con más fuerza y más alto.

Sus predicciones resultaron acertadas. Cuando se acercaron un poco más y la luz del sol empezó a ser más fuerte empezaron a ver otras islas ante ellos. No había ninguna muy alta, y sólo unas pocas tenían árboles, pero no se desanimaron. Donde había tantas islas pequeñas, estaba claro que tenía que haber alguna más grande, y en alguna de ellas podrían atracar el barco y carenarlo, al tiempo que podrían buscar agua y comida para su viaje a las Azores, y proseguir desde allí a Lagos.

Andrea se quedó en lo alto del mástil, observando el mar con atención para ver si descubría una isla más grande que pudiera ser la Antilia. Según los mapas, ésta debería de tener unas veinte leguas o más de longitud, por lo que estaba seguro de que no tendría grandes problemas para reconocerla.

Sin embargo, no vio ninguna masa de tierra con estas características. Ante ellos iban apareciendo muchas islas, pero todas pequeñas, y con sólo algunos árboles raquíticos. Algunas estaban rodeadas por arrecifes, que se distinguían por la espuma que formaban las olas bastante lejos de la costa. Enfrente de ellas, hacia el sur, se veía otro grupo de islas.

El Infante Enrique seguía adelante a través del pasaje que formaban ambos grupos de islas, con unas aguas verdosas y en calma. Notaron una corriente de agua fuerte al acercarse a la parte más ancha del pasaje, y Eric Vallarte dio órdenes de arriar las velas. A los lados del timón colocaron unos remos como los de los bergantines piratas, que llevaban todos los barcos para ayudarse a entrar y salir de los puertos y para protegerse contra el sotavento cuando llegaban a las costas con el mar en calma. Estas improvisadas cañas del timón no eran suficientes para dirigir el rumbo del Infante Enrique con el viento en contra, pero sí que facilitaban su dirección con el viento a favor, como lo tenían en aquel momento.

Incluso con las velas arriadas, la corriente los arrastró a gran velocidad a través del canal. Chocar contra una roca habría sido un desastre, pero no podían hacer nada

por evitarlo. Lo único que pudieron hacer fue poner a un vigía con la esperanza de que pudiera ver, a tiempo para esquivarlo, cualquier obstáculo que se pudiera presentar.

Andrea se quedó en lo alto del mástil para intentar calcular la profundidad del agua y detectar cualquier tipo de obstáculo, como el vigía. Conforme el barco iba atravesando el canal, las dos islas un poco más grandes que habían visto se iban alejando por la popa.

—¿Qué se ve por delante de nosotros? —preguntó Eric desde cubierta.

—Desde aquí se ven las islas que tenemos a los lados —contestó Andrea— y una especie de rompiente o banco bastante grande al noroeste.

—¿Algún lugar donde podamos echar anclas?

—Todavía no.

—Bajad para que nos podamos reunir.

Andrea bajó del mástil. Toda la tripulación lo estaba esperando, animada por ver tierra a ambos lados y, como Andrea los había llevado hasta aguas donde ningún otro había llegado, les parecía natural verlo como el guía del grupo. Hasta Eric estaba de acuerdo.

—¿Creéis que estamos en la Antilia? —le preguntó Eric, mientras Andrea desenrollaba sus mapas.

El cartógrafo negó con la cabeza.

—Ninguna de ellas es lo bastante grande, según mis mapas.

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé exactamente —admitió Andrea—. Parecen ser un grupo de islas, y hay una más grande al sudeste. Apenas se distingue en el horizonte. Con el banco tan grande que se ve a estribor, creo que tienen que haber otros en esa dirección.

—¿Creéis que deberíamos cambiar el rumbo y dirigirnos hacia allí?

—Según mis cálculos tenemos que estar a una milla del banco —señaló Andrea—. Creo que lo mejor será seguirlo y esperar que nos lleve a alguna isla más grande.

Éste era un tipo de razonamiento que los marineros entendían bien porque los bancos grandes de arrecifes normalmente rodeaban grandes extensiones de tierra adentrados en el mar, con pasajes que permitían la entrada a los puertos que protegían.

—Supongamos que no se trata más que de una cadena de islas y que pasamos de largo —Fray Mauro expresó así lo que preocupaba a la mayoría de ellos.

—Si seguimos el arrecife no es probable que esto suceda —aseguró Andrea—. En las costas de África nos encontramos con muchos arrecifes como éste, que se abrían sólo para dar paso a la desembocadura de grandes ríos. Estoy seguro de que más adelante encontraremos un pasaje que nos permita un anclaje seguro.

—Mientras sigamos viendo las islas, no las perderemos —admitió Eric Vallarte,

decidiendo así el rumbo—. Al menos, por el momento.

Durante casi todo el día la carabela siguió navegando por aguas profundas a una distancia variable de los bancos de arrecife que se extendían al noroeste. A veces llegaron a estar a media milla del borde, pudiendo distinguir las rocas azuladas del fondo. Otras veces se alejaban algunas millas, pero desde lo alto del mástil se seguía distinguiendo bien el banco, por su color verde más oscuro que el de las aguas que los rodeaban. Seguían apareciendo pequeñas islas: algunas de ellas apenas asomaban a la superficie, y el contorno de otras se veían en el horizonte al sudeste.

Al caer la tarde por fin escucharon el grito que tanto anhelaban.

—¡Tierra a la vista! —gritaron desde lo más alto del mástil—. ¡Hay una isla grande justo delante de nosotros!

Andrea volvió a subirse al mástil, y esta vez una oleada de euforia le corrió por todo el cuerpo. En todas direcciones se extendía una línea oscura que se alzaba lo suficiente del mar y era lo bastante densa como para que no fuera una nube. Incluso en algunas zonas podía distinguirse la línea de las montañas.

—¡Es una isla grande! —gritó—. ¡O un nuevo continente!

—¿Podría ser la Antilia? —se oyó desde cubierta, como una pregunta inevitable.

—Tendremos que esperar a que nos acerquemos un poco más —fue todo lo que Andrea pudo decir—. Hasta mañana por la mañana no podremos estar seguros.

La noche era clara a la luz de la luna, y con un vigía en lo alto del mástil y otro en la proa, todos se sentían seguros mientras avanzaban con las velas estrictamente necesarias para que la nave continuara su curso sin que entrara más agua de las que las bombas podían expulsar. Al alba ya estaban todos en cubierta, y cuando los primeros rayos del sol brillaron sobre el horizonte se empezaron a oír los primeros gritos de alegría.

Ante ellos se alzaba una extensión inmensa de tierra que todavía estaba a algunas millas de distancia, pero que ya era perfectamente visible a la luz del sol. Abierta por bahías y desembocaduras de ríos, verde y evidentemente fértil, con colinas que ascendían en el aire cálido de la mañana, ninguno dudaba de que se tratara de una isla de una extensión considerable o incluso de un nuevo continente al oeste de Europa y África.

—¡Antilia! —se oyó a alguien gritar—. ¡Hemos llegado a la Antilia!

Esta vez Andrea estaba de acuerdo, y con el corazón inundado de orgullo. Con habilidad y un poco de suerte, como era el primero en reconocer, habían llegado sanos y salvos, a través del mar del oeste, a la isla legendaria y, usando el Al-Kemal como guía, otros marineros podrían volver allí más adelante sin ningún problema. Habían abierto una nueva frontera para la exploración y, quizá, hasta habían descubierto una posible base en lo que algún día podría llegar a ser una nueva ruta hacia las Indias, el camino más buscado del mundo.

Cuando bajó del mástil, todos a su alrededor estaban bailando y cantando. Mientras se regodeaba mirando las montañas tan verdes de la isla que acababan de descubrir, Leonor corrió hacia él y, llevada por una alegría inmensa, se lanzó sobre él, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—¡Lo habéis conseguido, *carissimo mio*! —dijo tan fuerte que todos la oyeron—. Nos habéis traído a la Antilia y nos habéis salvado la vida.

Mientras la estrechaba entre los brazos sólo había una nota discordante entre tanta alegría: la mirada acusadora de Eric Vallarte que lo miraba desde la cubierta, al lado de la bitácora. En ese momento Andrea se dio cuenta de que el descubrir la Antilia y el que Leonor hubiera declarado públicamente su amor le había costado un amigo, ya que lo único que Eric podría pensar era que había conquistado a sus espaldas a la mujer que amaba.

## **Libro V La mano de Satán**

# I

Cuando vieron la Antilia y descubrieron que se trataba de una isla grande y con mucha madera, el siguiente problema que tenían que afrontar era encontrar un puerto seguro donde poder echar anclas y reparar los daños que les había causado la roca contra la que chocaron en las Canarias durante la tormenta. Sin embargo, a pesar de haber llegado tan lejos, a la otra punta del mundo, daba la impresión de que un oscuro destino no estaba dispuesto a dejarlos desembarcar.

El paso a través del mar de algas y del canal de las islas se había visto favorecido por el buen tiempo y el viento que habían encontrado a su favor; pero ahora el viento empezaba a soplar desde el norte como una maldición, arrastrando al Infante Enrique contra las costas de árboles de la Antilia y, dado que estas costas les eran completamente desconocidas, era muy peligroso acercarse en mitad de una tormenta, sobre todo después de lo que les pasó en Canarias.

La situación se complicaba, además, porque el banco de arrecifes que rodeaba la isla se extendía hasta varias millas de la costa, por lo que sólo quedaba una estrecha lengua de agua profunda entre las rocas azuladas del norte y las costas irregulares del sur. Por el momento lo único que podían hacer era elegir a dos hombres fuertes para que mantuvieran los remos que habían puesto a modo de timón para que dirigieran el rumbo casi directamente hacia el oeste, para proseguir paralelos a la costa de la Antilia esperando encontrar un puerto seguro donde atracar.

Dos días estuvieron navegando así, esperando no encontrar dificultades, durante nueve o diez horas, hasta que el vigía desde el mástil pudiera distinguir bien, con la luz del sol, la profundidad real de las aguas. Sólo una cosa los animaba y era que la isla de la Antilia (si es que de verdad era una isla y no un verdadero continente) daba la impresión de seguir eternamente hacia el oeste. Por otra parte, la costa parecía cortarse por muchos ríos y ensenadas, así que tenían buenos motivos para pensar que, una vez que se calmara la tormenta, podrían encontrar un buen puerto donde atracar la nave, repararla, coger agua y comida y prepararse para el largo viaje de vuelta a Portugal.

Mientras tanto la rutina del barco continuaba: el bombeo sin fin, las vueltas al reloj de arena cada media hora, las oraciones de la noche y el canto del “Salve Regina”.

Con el buen tiempo de las últimas semanas y las aguas más tranquilas, don Bartholomeu había empezado a recuperar las fuerzas. Aunque todavía estaba un poco pálido por lo mal que había estado durante la tormenta que los había arrastrado hacia el oeste, ahora ya estaba casi bien del todo y mucho más preocupado por la situación del barco.

—¿No deberíamos entrar por una de las ensenadas o desembocaduras de los ríos

de la isla? —le preguntó a Eric Vallarte después de dos días de navegación forzosa paralela a la isla.

Eric, serio, negó con la cabeza.

—Después de lo que nos pasó en las islas Afortunadas me siento más seguro si esperamos lejos de la costa a que pase la tormenta.

—Pero, ¿qué pasaría si llegamos al final occidental de la isla antes de que amaine la tormenta? —preguntó don Bartholomeu—. ¿Podremos rodearla con sólo unos remos como timón?

—Será difícil —admitió el vikingo—, pero siempre podremos ponernos al paio sin perderla de vista, si el banco no está demasiado cerca.

—Así que, en realidad, el haber encontrado la Antilia ha mejorado poco nuestra situación —dijo don Bartholomeu.

—No estoy de acuerdo, señor —dijo Andrea—. En el peor de los casos, podríamos encallar el barco en la orilla. A juzgar por el aspecto de la isla, creo que siempre podríamos vivir aquí.

—¿Creéis que estará habitada? —preguntó Leonor.

—Los hermanos Zeno dijeron que la gente de Droceo les hablaron de otras ciudades al sudoeste, así que sería razonable que una isla tan grande como ésta lo estuviera.

—¿Podría formar parte de las Indias? —preguntó fray Mauro—. ¿O de Cipangu? Andrea negó con la cabeza.

—Si mis cálculos son correctos, las Indias y Cipangu tienen que quedar por lo menos al doble de la distancia que hemos recorrido, hacia el oeste de la Antilia.

—Pero, ¿estáis seguro de que ésta es la isla de la Antilia?

—No puedo estar seguro del todo —admitió Andrea—. Platón habló de una isla en el mar del oeste que él llamó Atlántida, 400 años antes del nacimiento de Nuestro Señor; y un griego, Teopompo, mencionó en la misma época la existencia de una isla de grandes dimensiones que quedaba al oeste de Europa.

—El maestre Jacomé y el Infante creen que los fenicios navegaron hacia el oeste hasta las Azores —añadió fray Mauro.

Andrea asintió.

—Aristóteles mencionó unas aguas tranquilas, un mar de algas, que se adentraba desde la Atlántida, así que alguien tuvo que navegar hasta aquí hace ya 2.000 años. Parece ser que el primer mapa en el que se usó el nombre de la Antilia es del 1424, de un paisano mío, Zuane Pizzigano. En él aparece otra isla al norte de la Antilia, que llamó Satanazes. Otra isla cercana era Saya, y otra que quedaba al oeste era Ymana. Beccario le dio a Satanazes el nombre de Isla de los Salvajes en su mapa hace diez años y, además, identificó otra isla más, a la que llamó Reylla.

—Entonces, tanto él como vos habéis seguido los mapas de Pizzigano —dijo

Leonor.

—Yo creía que la isla de Satanazes debía de ser la misma que la que algunos cartógrafos han llamado la Mano de Satán —admitió Andrea—, pero puede que quien descubriera la Antilia y Satanazes por primera vez les dieran ese nombre porque sus habitantes fueran malos o feroces.

—Si no podemos atracar en la Antilia, siempre podremos hacerlo en otra de las islas —sugirió Eric.

—Siempre que se encuentren donde Pizzigano las situó en 1424 —admitió Andrea.

—Confieso que me siento mucho más tranquilo con todo lo que nos habéis dicho, señor Bianco —dijo don Bartholomeu, agradecido—. Ya estaba empezando a creer que nos veríamos obligados a seguir navegando para siempre.

Andrea había estado alternando sus turnos de guardia con Eric, y aquella noche, mientras estaba en la cubierta de popa cerca de la bitácora desde donde podía ver el compás, Leonor salió de la toldilla. Sin decir una palabra se quedó mirando la línea oscura de la Antilia hacia el sur, que se veía con total claridad a la luz de la luna.

—¿No os alegra ser el primero en descubrir nuevas tierras aquí, en el oeste, Andrea? —le preguntó.

—No he sido el primero, carissima. Alguien las descubrió antes que yo.

—Pero si no hubierais estado tan seguro de que estaban aquí, nunca habríamos seguido navegando en esta dirección.

—No teníamos más remedio —le recordó.

—Me pregunto quién habrá sido el primero en ver la Antilia. ¿Creéis que llegaron hasta aquí por una tormenta?

—¿Quién sabe? Pero, por lo menos, él volvió para contarlo, así que nosotros también lo conseguiremos.

—Me gustaría estar tan segura como vos de que conseguiremos volver.

—Todo lo que necesitamos para carenar la nave es un poco de playa y una marea apropiada. Una vez que hayamos calafateado el casco y arreglado el timón, el Infante Enrique podrá volver sin problemas a Portugal por el camino de las Azores.

La joven seguía mirando hacia las costas, y de repente se sorprendió y lo cogió del brazo.

—Mirad, Andrea —murmuró, señalando hacia la línea oscura que formaba la costa—. Estoy segura de que acabo de ver una luz.

—Sí, la he visto varias veces.

—Entonces, la isla tiene que estar habitada.

—Seguramente. No lo he mencionado mientras estábamos hablando porque no quiero alarmar a los demás.

—Imaginad que la gente de la Antilia son como los moros que encontrasteis en

las costas de África, que intentaron mataros en la isla de Arguin.

—Lucharon sólo porque nosotros los atacamos primero —le recordó—, y el príncipe Budomel nos recibió en son de paz en Guinea, pero después don Alfonso lo traicionó, así que fue entonces cuando atacaron el barco.

La joven tembló y se acercó a él. Estaban solos, cobijados en la parte de la cubierta que daba a la toldilla, rodeados por la oscuridad de la noche, así que la apretó contra él en un largo momento de intimidad y dulzura.

—No me importaría quedarme atrapado para siempre en estas costas, *carissima mia* —le dijo—, siempre que vos estuvierais aquí conmigo.

—Casi desearía que así fuera —admitió—, pero cuando pienso en que tenéis que volver a Venecia... y en ella... a veces me da miedo.

—Entonces me quedaré en Villa do Infante —le ofreció.

—No —dijo sin dudar—. Tenéis que ir y reclamar vuestros derechos. Además, así podréis estar seguro de vuestro amor.

—Ya estoy seguro.

—Será distinto después —le insistió—. Os entendería si os preguntarais si no os estáis equivocando al no reclamar lo que os corresponde. Tenéis que volver a verla... y estar completamente seguro —se puso de puntillas para besarle rápidamente en los labios—. Buenas noches, *Andrea mio*. Rogaré a Dios para que nos permita llegar a un puerto seguro y para que todo se solucione.

## II

Después de tres días navegando a lo largo de las costas de la Antilia, el viento empezó a amainar, dando señales de que la tormenta estaba a punto de calmarse, lo que les permitiría atracar en la próxima ensenada o desembocadura que vieran; pero tenía que ser una playa de arena dura, que no descendiera abruptamente y donde pudieran dejar el barco en un punto que no presentara problemas cuando la marea subiera y bajase.

Hacia el mediodía del tercer día de navegación siguiendo las costas de la Antilia, el aparentemente interminable borde de las rocas parecía ir desapareciendo poco a poco hacia el norte, al tiempo que se empezaba a distinguir otro hacia el sur, entre ellos y la costa.

El rumbo de los dos últimos días había sido hacia el oeste y ligeramente hacia el norte. Ahora se enfrentaban a la decisión de dirigirse hacia alta mar entre los dos bancos de arrecifes, o si acercarse a la isla corriendo el riesgo de encallar antes de llegar, así que Andrea llamó a Eric, que no estaba de guardia. Había podido observar un poco la Estrella Polar con el Al-Kemal y sabía que su posición era un poco al norte de la latitud del Cabo Blanco de la costa africana; pero estaba claro que esto no les servía de nada, ya que la única utilidad que podría tener era por si otro navegante quisiera volver hasta allí en un futuro, buscando la Antilia.

Eric subió al mástil desde donde Andrea había estado observando la situación, mirando el amplio mar que se extendía ante ellos. Cuando bajó estaba muy serio.

—Con ese banco al sur corremos el peligro de encallar, a no ser que cambiemos de rumbo —dijo.

—Entonces, ¿tendremos que virar al norte o al sur?

—El banco del sur puede que llegue hasta las costas —señaló Eric—. Si ponemos rumbo hacia el noroeste nos alejaremos de la Antilia, pero estaremos más seguros.

—Entonces, voto por ello —dijo Andrea con rapidez.

—Yo también —dijo Eric—. Creo que será mejor que nos arriesguemos a alejarnos de la isla e ir a buscar otra, antes que encallar tan lejos de la costa que nos ahoguemos todos antes de llegar.

Así que dio la orden de “Oeste, a un cuarto del viento del Noroeste” y prepararon las velas para el nuevo rumbo. Conforme se alejaban de la costa de la Antilia, la tripulación empezó a desanimarse. Había sido reconfortante tener la tierra tan cerca, con aquellas colinas tan verdes, aunque no pudieran desembarcar. Ahora, el ver sólo el inmenso mar que se volvía a abrir ante ellos, empezaron a sentirse desconcertados.

Eric avisó a la tripulación de que no había motivo para inquietarse.

—A medianoche nos pondremos al paio con la costa a la vista —les prometió—. Mañana la tormenta ya se habrá calmado lo suficiente como para que podamos

desembarcar en algún punto más allá del banco de arrecifes del sur.

Cuando estuvieron al paio, un silencio extraño se apoderó de la nave, ya que el leve rumor de las velas flojas y el crujir de algún madero habían sustituido el silbido del viento entre el cordaje y el batir de las velas hinchadas. Con el barco casi parado había que trabajar mucho más en las bombas, acortando los turnos de descanso, para evitar que entrara más agua.

Una o dos veces durante la noche a Andrea le dio la sensación de que la nave se estaba moviendo, aunque no podía estar seguro. Sin embargo, al amanecer pudieron comprobar que habían recorrido una distancia considerable. Las costas de la Antilia, que se veía claramente a la luz de la luna hacia el sur cuando se habían puesto al paio, había desaparecido. Parecía que una fuerza invisible estuviera empujándolos, aunque no tuvieran izada ninguna de las velas. Era una sensación espeluznante, como si el propio océano los estuviera engullendo; algo que nunca hubieran creído si no les estuviera pasando en ese mismo momento.

No obstante, una nueva esperanza los consolaba, y es que al oeste ya empezaban a divisarse otras islas que se extendían como una cadena irregular de pequeños trozos de tierra. También se veía una nueva cadena de arrecifes, que se rompía a pequeños intervalos en lo que parecían ser diminutos canales que llevaban a aguas más tranquilas. Ninguna de las islas parecía tan alta como la Antilia, pero muchas de ellas tenían árboles y era evidente que tendrían algún tipo de vida. Una cosa era segura: estas islas no les permitirían seguir navegando hacia Occidente.

Tan pronto como hubo luz suficiente, Andrea se subió al mástil y miró hacia el horizonte al oeste. Isla tras isla, todas iban apareciendo en el mar hasta perderse de vista. Algunas eran muy pequeñas, otras más grandes. Sin embargo, por el momento no se veía ningún pasaje lo suficientemente grande como para que el Infante Enrique pudiera atravesarlo.

Visto desde el mástil no le quedaba la menor duda de que una corriente muy fuerte los estaba arrastrando. De hecho, sus límites se distinguían claramente del resto del océano. Cuando bajó y les informó sobre ello, sintió sobre él la mirada preocupada de toda la tripulación.

—¡Es el mismísimo demonio! —gritó uno de los marineros—. Su mano está arrastrando este barco a la condena.

—La corriente oceánica se distingue perfectamente —objetó Andrea—. Se extiende de norte a sur hasta donde alcanza la vista.

—¿Es como la corriente de la que nos hablasteis, que iba desde las Canarias hasta la costa africana? —preguntó fray Mauro.

—Ésta es mucho más fuerte. Casi podría decir que parece un río enorme dentro del mar.

—Sigo diciendo que es el demonio —refunfuñó el marinero—. Estamos malditos.

—Esto ya lo habéis dicho en otras dos ocasiones —le dijo Andrea, cortante—. La primera vez fue cuando chocamos contra las rocas cerca de Gomera, y la segunda cuando entramos en el mar de algas, pero las dos veces conseguimos escapar —se volvió hacia el capitán—. ¿Creéis que podremos liberarnos de esta corriente, Eric?

El vikingo fue hacia uno de los laterales de la nave y miró el agua con atención.

—Estoy seguro de que podremos hacerlo —dijo—, pero, ¿lo que estáis proponiendo es que encalle la nave en el arrecife del este?

—Creo que encontraremos un pasaje para cruzar el arrecife más adelante —explicó Andrea—. Lo que propongo es cruzarlo y dejar el barco ir a la deriva en aguas seguras cuando la marea sea alta, si podemos. Luego, cuando hayamos encontrado un sitio donde carenar la nave, con el bote podremos llevarla hasta un punto de marea más baja y volver a sacarla a flote cuando vuelva a subir.

Ayudados por la corriente misteriosa y la fuerza de los marineros, el Infante Enrique procedió lentamente hacia el norte. En algunas zonas el arrecife que protegía las costas se levantaba por encima del nivel del mar, en otras no llegaba a la superficie. En algunos puntos el agua era azul y clara y a Andrea le bastaba con mirarla atentamente desde lo alto del mástil para distinguir las rocas bajo el agua. En otros puntos daba la impresión de que las rocas eran tan profundas que habrían podido cruzar el arrecife, pero habría sido una solución desesperada que no quería tomar, a no ser que no les quedara más remedio. Lo que Andrea iba buscando era un canal seguro, y el sentido común le decía que tarde o temprano alguno tendrían que encontrar.

Las rocas parecían hacerse cada vez más grandes conforme avanzaban hacia el norte, aunque salpicadas por rocas más pequeñas. Algunas veces a Andrea le daba la impresión de haber divisado un pasaje, pero cada vez que se acercaban veía que había rocas bajo el agua. Cuando fue pasando el día y fueron dejando atrás isla tras isla, empezó a desesperarse. Le dolía la cabeza de tanto mirar fijamente al agua bajo la luz del sol y por estar todo el día allí, en la punta más alta del mástil, sudando y sin ningún tipo de protección.

Ya era mediodía y todavía no había la más mínima señal de un posible canal, así que, desesperado, Andrea pensó sugerirle a Eric que intentara pasar sobre las rocas, arriesgándose a que se rompiera el casco de la carabela. Fue en ese momento cuando vio que, a lo lejos, iba tomando forma una orilla más grande, con una línea de islas que parecían encontrarse entre ella y la barrera protectora del arrecife. También empezaba a divisar lo que parecía una playa arenosa con palmeras que se levantaban hacia el cielo, como las que lo guiaron hasta el río Sanaga en las tierras de Guinea. Además, entre las dos filas de islas se entreveía una especie de paso que rompía la línea del arrecife.

—Parece que hay un canal más adelante —gritó a cubierta.

Eric Vallarte subió por el cordaje con una habilidad sorprendente para alguien tan corpulento como él. Pasando una pierna sobre el mástil miró hacia el noroeste, hacia el punto que le estaba indicando Andrea.

—Es demasiado pronto para estar seguros, pero puede que tengáis razón —el capitán miró a Andrea, que tenía los ojos entrecerrados y la cara toda sudada—. Deberíais haber pedido que os dieran el relevo antes —le dijo—. Bajad y descansad un poco, cubriré vuestro turno un rato.

Una vez en cubierta, Andrea bebió mucha agua. Después se fue hacia el riel y se echó un cubo de agua de mar por la cabeza. El agua estaba fría, así que al refrescarse empezó a sentirse un poco mejor. La extraña línea de demarcación entre la corriente y el resto del mar se veía claramente porque, gracias al rumbo que habían puesto, ya estaban muy cerca del borde.

Leonor lo miró desde donde estaba remendando algunas velas a la sombra del palo mayor.

—Parecéis un cangrejo cocido —le dijo sonriente.

—Allí arriba es un infierno pero, por cierto, puede que mañana a esta hora estemos comiendo cangrejos.

—¿Creéis que encontraremos pronto un canal para cruzar el arrecife?

—O un canal o pasaremos sobre las rocas. De una forma o de otra conseguiremos entrar.

—Ya hace mucho que no veo ninguna abertura en la costa. ¿Creéis que la isla más grande que se ve delante de nosotros puede ser Satanazes?

—Podría ser y, si es de verdad la Mano de Satán, tiene que tener por lo menos uno o dos arroyos.

—Y un canal.

Andrea dijo que sí con la cabeza.

—O, por lo menos, eso espero.

El barco siguió avanzando trabajosamente una hora y, entonces, Eric lo llamó desde lo alto.

—Subid, Andrea. Quiero que veáis una cosa.

Andrea trepó enseguida por el cordaje.

—Mirad allí, hacia el oeste —le señaló Eric—. ¿No os parece que detrás de las islas pequeñas hay una más grande con una abertura entre los árboles?

Andrea veía lo que señalaba Eric, que parecía una imperfección en la sólida pared de vegetación que formaba la línea de la costa de la isla más grande que veían desde que dejaron atrás la Antilia. En realidad era tan grande que se perdía de la vista hacia el norte.

—Creo que podría ser la desembocadura de un río que afluye a una bahía en la otra parte del arrecife —dijo Eric.

—Si es así encontraremos un pasaje a través de él —dijo rápidamente Andrea—, y no tiene que estar muy lejos.

Durante toda una vuelta del reloj de arena estuvieron mirando atentamente la línea de la costa, mientras la isla tomaba forma. De repente, Eric señaló adelante.

—Parece que las olas están rompiendo muy lejos de la costa. Esto normalmente significa que hay una barrera y un canal.

—Bajad a cubierta y marcad el rumbo para salir de la corriente —le dijo Andrea—. Cuando vea el canal os dirigiré hacia él desde aquí arriba, desde donde podré calcular mejor la profundidad.

Eric bajó del mástil, gritando las órdenes mientras lo hacía. Los hombres que estaban al timón se pusieron de espaldas a los remos y poco a poco el Infante Enrique fue virando hacia el noroeste.

Torpe y lentamente por el agua que gorgoteaba en el casco, la carabela empezó a responder poco a poco a los remos del timón. Casi daba la impresión de que el Infante Enrique no quería abandonar la corriente que lo arrastraba sin esfuerzo.

Andrea se puso a rezar en silencio, seguro de que todos los que estaban abajo viendo la complicada maniobra, también lo estaban haciendo, al tiempo que la carabela parecía acercarse muy poco a poco al borde de la corriente que definían bien el color del agua y la espuma y pequeños fragmentos de desechos que flotaban hacia el norte en la superficie.

Entonces, inesperadamente, se vieron libres de ella, y todos se animaron. La velocidad de la carabela disminuyó considerablemente, pero a nadie le importó, ya que Andrea ya veía bien la barrera y les describió cómo era el estrecho canal que llevaba a la abertura del arrecife que, a su vez, los llevaría hacia las aguas, más tranquilas, de la bahía luminosa. Más allá de ella se veía también la desembocadura de un río que rompía la pared de vegetación con una playa de arena blanca.

—Un cuarto al Oeste —gritó Andrea desde el mástil, así que los hombres del timón se apresuraron a establecer el nuevo rumbo.

Ya se veía claramente el canal, con la espuma de las olas que rompían en la barrera a ambos lados del pasaje. Con el agua que había entrado por la rotura del casco, el Infante Enrique iba mucho más hundido de lo normal, así que Eric arrió las velas tan pronto como entraron en el canal, dejando sólo las necesarias para que el barco avanzara, pero sin perder el control. De esta forma, si el casco se encontraba con algún obstáculo en el fondo, no chocaría con tanta fuerza y aún tendrían la posibilidad de que la carabela siguiera flotando libremente cuando la marea subiera.

El agua estaba muy limpia, así que Andrea no tenía ningún problema para distinguir con toda claridad, desde lo alto del mástil, cómo iba perdiendo profundidad a medida que se iban acercando al punto donde se encontraba el estrecho canal del arrecife. De vez en cuando miraba rápidamente hacia el oeste, donde veía la

desembocadura estrecha de un río con árboles de tronco ancho a ambos lados, por lo que sería un punto perfecto para carenar la nave. También se veían claramente muchos peces de colores que nadaban junto al barco, y una de las veces pudo distinguir la sombra de un tiburón que, desde las profundidades, se acercó a ellos, pasando por debajo del casco, como si estuviera examinando a aquel extraño visitante de su soleado mundo marino.

—¿El canal está abierto? —preguntó, ansioso, Eric desde cubierta.

—Todavía no se ve ningún obstáculo.

Andrea sabía muy bien lo que le preocupaba a Eric. Si no la veían a tiempo, una formación rocosa del arrecife podría machacar incluso la parte más dura del entablado, y un daño como éste sólo se podría reparar en un astillero bien equipado como el de Lagos.

Debajo del casco, la quilla seguía avanzando tranquilamente conforme se acercaban al punto crucial. La arena era blanca, y no había nada que indicara la presencia de rocas oscuras.

Entonces, tan rápido que no le dio ni tiempo a darse cuenta realmente, el canal empezó a descender otra vez, como señal segura de que habían cruzado el acantilado.

—¡Lo hemos pasado! —gritó Andrea—. ¡Demos gracias a Dios! ¡Lo hemos pasado!

Desde cubierta se oyeron gritos de agradecimiento.

La desembocadura del río se veía ya claramente: era como una grieta oscura en mitad de un muro completamente verde, que les daba la bienvenida a puerto tras un viaje de semanas interminables en alta mar.

Andrea fue dando las indicaciones necesarias para guiar la nave hacia la desembocadura del río, buscando la mejor zona para carenar. El canal que llevaba a la desembocadura era bastante profundo, y sólo cuando estuvieron a salvo dentro de él, le dijo a Eric que diera las órdenes para dirigir la proa hacia la orilla. Allí había algunas palmeras altas que les serían muy útiles para carenar la nave en el margen del río.

Llegados a este punto, la carabela ya casi no se movía, así que la tripulación usó los remos para acercarla a la ribera donde estaban las palmeras, en el punto exacto que Andrea había elegido. Por fin la carabela tocó el fondo de arena dura, con tanta facilidad y alivio como un hombre herido que por fin descansa sobre la camilla después de una dura batalla. Enseguida echaron las anclas de proa y de popa para mantenerla en su lugar y Andrea bajó del mástil para unirse a los demás en lo primero que hicieron al llegar a estas nuevas tierras: un acto de agradecimiento dirigido por fray Mauro a la Divina Providencia por haberlos ayudado a llegar sanos y salvos a la orilla.

### III

En los tres días siguientes estuvieron todos muy ocupados. Habían conseguido llegar a la playa, a una zona ideal para reparar la nave, en la desembocadura de un río estrecho pero profundo, cuyos meandros se adentraban entre la vegetación hacia el oeste, hasta su nacimiento. Cuando la marea no era muy alta no resultaba difícil que el casco quedara al descubierto, y poder así amarrar el barco con cuerdas que iban desde el mástil hasta las palmeras de la orilla. De este modo, contaban con más de seis horas dos veces al día para reparar los daños del casco.

Ahora que lo tenían a la vista, estaba claro el motivo por el que habían tenido que trabajar tan duro en las bombas. Las costuras del casco al lado de la quilla se habían abierto considerablemente cuando pasaron por encima de las rocas en las Canarias y gran parte del calafateado se había perdido no sólo en aquel momento, sino también durante el largo viaje por el océano occidental.

En la orilla había mucha arena, salpicada por pequeños trozos de madera y áreas pantanosas, donde la vegetación crecía libremente formando un muro impenetrable. Había muchas parras que se entrelazaban en redes densas entre las ramas de los árboles, por lo que muchas flores de colores parecían flotar en el aire, como si no necesitaran raíces para nacer. Unas cintas onduladas de plantas grisáceas colgaban de muchos de los árboles como si fueran sus viejas barbas canosas.

Llevaron a tierra las velas y construyeron un refugio para Leonor y su padre a la sombra de unos pinos que crecían cerca de donde estaban llevando a cabo los trabajos de reparación. Después hicieron otros refugios con hojas de palmeras para el resto de la tripulación, así que muy pronto la orilla tuvo el aspecto de un poblado totalmente activo.

Por lo que veían, el verano era una época muy lluviosa en aquellas latitudes. Aunque hacía calor, casi todas las tardes llovía, refrescando así el ambiente. Muy cerca encontraron un manantial profundo que desembocaba en el río formando un pequeño riachuelo lleno de meandros y que les proporcionaba agua en abundancia.

Tampoco les faltaba comida. Las aguas estaban repletas de peces y en los bajíos había aves que los miraban confiadas, hasta que los hombres de la tripulación las cazaban con palos. También había muchos ciervos en el bosque, así que uno de los arqueros los cazaba fácilmente. Después de todo era como si hubieran encontrado un verdadero paraíso terrenal, como una merecida recompensa a sus temores y a aquel largo viaje perdidos por el océano.

Sin embargo, la riqueza de aquellas tierras no engañaron a la tripulación, ni les quitó las ganas de trabajar, como le pasó a la de Ulises en la isla de las Sirenas. No hacía falta exhortarles a trabajar, ya que después de tantas semanas fuera de casa lo que todos querían era volver lo antes posible. Como capitán, Eric dirigía las

reparaciones, mientras que Andrea se ocupó de que se almacenaran las provisiones necesarias para la vuelta.

Con un fuelle que hicieron con piel de ciervo pusieron una especie de herrería en la orilla. Uno de los hombres que tenía más experiencia con el arte de la fragua martilleaba el metal al rojo vivo. El metal no les faltaba porque lo llevaban almacenado en el barco para comerciar con él en las costas africanas y don Bartholomeu también llevaba para trabajarlo en Gomera, en las islas Canarias.

Lo más difícil era conseguir un yunque con el que trabajar, ya que esta isla maravillosa parecía no tener rocas, así que lo que hicieron al final fue amarrar varios martillos juntos. Usaron las palometas del timón para construir uno nuevo, usando sus clavos para unirlos. Para cerrar las grietas del casco utilizaron tiras de madera de los pinos y las aseguraron con los clavos que construyeron en la nueva herrería. Desenredaron algunas lianas e hirvieron la resina de los pinos, de modo que una capa impermeable recubrió las zonas dañadas del casco. Uno de los hombres se dedicó a talar los árboles y a tallar la madera al lado de la orilla. Para ello unieron las tablas de madera con trozos de hierro que curvaron para que no cedieran.

En conjunto era una escena de completa actividad, tanto en tierra como en el barco, donde los hombres se apiñaban, reemplazando las arboladuras desgastadas con cuerdas nuevas, arreglando las cuerdas rotas, y limpiando la suciedad que se había acumulado en los días interminables en los que los pantoques habían estado constantemente cubiertos de agua.

Leonor se ocupó de remendar las lonas que se habían agrietado o que se habían hecho pedazos con la tormenta que los había empujado hacia el oeste, hasta el mar de algas. También se dedicó a cocinar, dejando los trabajos más duros, de hacha y martillo, a los hombres.

Andrea, con dos de los mejores arqueros y muchos de los soldados, se ocupó de procurar la comida necesaria aquellos días y de almacenar provisiones para el viaje de vuelta. El pescado lo curaron con la sal que consiguieron dejando que se evaporara el agua del mar a pleno sol. La carne de venado que iba sobrando la ponían en salmuera, y las pieles de los ciervos las clavaban y las restregaban bien con arena y agua salada para limpiarlas y usarlas más tarde para arreglar las velas y la ropa. También encontraron huevos para comer, ya que había muchas aves, y mucha fruta que no conocían, pero que consideraron comestible al ver que los animales del bosque se la comían sin problemas.

Había crustáceos de todo tipo: ostras, cangrejos, y algo parecido a las almejas con las que hicieron caldos estupendos. Los pulpos pequeños también eran muy fáciles de pescar, así como unos animalillos parecidos a los caracoles con el caparazón en espiral que poblaban toda la orilla, y en los bajíos pescaron unos cangrejos de río tan grandes como langostas.

Después de todo, era un grupo atareado y feliz que trabajaba en las costas de la isla que llamaban Satanazes (si es que era ésta), y ninguno de sus integrantes se paró a pensar si los salvajes de los que la isla tomaba el nombre existían en realidad o no. Al ritmo que llevaban el Infante Enrique estaría reparado y preparado para el largo viaje de vuelta en dos semanas.

Un día, cuando Andrea estaba volviendo de la caza, se paró a la sombra de un pino cerca del tronco donde estaba sentada Leonor, cosiendo la ropa de su padre. Don Bartholomeu se encontraba muchísimo mejor desde que habían llegado a tierra, y ahora hasta podía ayudar en los trabajos del barco. Andrea llevaba al hombro un animal parecido a un zorro, pero con líneas blancas y negras alrededor de la cola. Ya se habían comido algunos y estaban buenísimos.

—Si no dejáis de procurarnos tanta comida —le dijo Leonor sonriendo— engordaré tanto que se me quedará pequeña la ropa y tendréis que añadir la costura a todas las artes que conocéis.

—No podemos perder a éste —Andrea lo dejó caer en el suelo a su lado—. Servirá para la cena de vuestro padre, y nosotros cenaremos el pescado que hemos cogido hoy.

—Dentro de poco tendremos comida suficiente para el viaje de vuelta, ¿no?

—Por lo menos nos bastará para llegar a las Azores.

La joven se estremeció.

—Odio pensar que aún tenemos que encontrarlas en medio de un océano tan grande como éste.

—Yo hice un nudo en el Al-Kemal para tener la latitud de las Azores antes de zarpar —le aseguró— pero, aunque no las encontráramos, siempre podremos pescar algo para comer hasta que lleguemos a Lagos.

Leonor cambió de tema.

—¿No habéis tenido la sensación de que nos están vigilando últimamente, Andrea?

—No, ¿por qué?

—Una o dos Veces he notado como si alguien me estuviera mirando desde detrás de los árboles —le dijo, indicando una zona pantanosa del fondo de la playa donde la vegetación no dejaba ver más que a unos cuantos pasos de distancia.

—No hemos encontrado rastros de salvajes mientras íbamos de caza —le dijo—, salvo lo que parecía ser un sendero a lo largo del río. Pero la vegetación crece tan deprisa que no podemos saber cuánto tiempo hace que nadie pasa por aquí.

—Puede que sólo hayan sido imaginaciones mías —admitió—. Este sitio es tan bonito que es casi imposible pensar algo negativo sobre él.

Andrea miró la bahía y la orilla llenas de luz y de vida.

—En Europa hay miles de personas que viven hacinadas y que apenas tienen qué

comer para sobrevivir y, sin embargo, aquí crece la vegetación sin que ni siquiera se haya tenido que plantar. Estos bosques llenos de caza y de pesca serían para ellos un verdadero paraíso.

—Pero se tarda demasiado en llegar hasta aquí.

—El príncipe Enrique construye buenos barcos continuamente —le recordó—. Con el Al-Kemal como guía, la navegación ya no sería un problema.

—E imaginad lo rico que os haríais con el Al-Kemal.

—Ya no —le dijo seguro de sí mismo—. Después del viaje a Guinea me di cuenta de que no podría enriquecerme a costa del sufrimiento de los demás; por eso liberé a mis esclavos, y ahora que he visto lo que significa vagar perdido por el mar, he decidido darle el Al-Kemal a todo el que lo necesite.

Leonor le cogió la mano y se la llevó a la mejilla.

—Esperaba que dijerais esto alguna vez —le dijo dulcemente—. Hay que ser muy valiente para renunciar a tanto por el bien de los demás.

Andrea sonrió.

—No creo que tenga que pedir limosna mientras el Infante siga necesitando un cartógrafo.

—Recuperaréis vuestra fortuna en Venecia —le recordó.

—Bueno, esto tampoco lo sé en realidad —le dijo—. En Villa do Infante y en esta isla he encontrado tanta paz que no estoy tan seguro de querer volver a ocuparme de los negocios. El maestro Jacomé y los demás de Villa do Infante son las personas más ricas que conozco, porque pueden dedicarse a la búsqueda del conocimiento sin tener que preocuparse por nada más —sonrió—, pero soy un egoísta. Vos sois lo más importante en mi vida, *carissima*, y ni siquiera os he pedido vuestra opinión.

La joven estrechó con más fuerza la mano de Andrea, que seguía acariciándole la cara.

—Mi mundo nunca será más grande que vuestro abrazo, querido —le dijo feliz—, y en él no necesito ni mapas ni barcos.

## IV

A medida que iba disminuyendo la cantidad de venado para la caza, Andrea y sus hombres tuvieron que empezar a adentrarse más en la isla para encontrar carne. Unos días más tarde, estaba cazando con uno de los dos arqueros que lo acompañaban normalmente, cuando oyó el silbido de una ballesta, sonido que generalmente iba seguido de un grito de alegría que anunciaba la caza. Sin embargo, esta vez lo que se oyó fue un grito de dolor que alteró la tranquilidad del bosque, seguido por el ruido de dos cuerpos rodando por el suelo. Sintiendo que estaba ocurriendo algo fuera de lo común, Andrea se dirigió hacia el lugar de donde procedían los ruidos.

Después de algunos segundos llegó a una zona abierta, donde se paró en seco, sorprendido por lo que estaba viendo. El soldado que había lanzado la flecha estaba tirado en el suelo luchando con un joven salvaje, alto y delgado y de piel del color del cobre, que tenía una herida en la pierna. Con sólo mirarlo resultaba evidente que no se trataba de ningún miembro de la tripulación.

El chico, aunque más delgado y joven que el soldado, le estaba dando una buena paliza. Andrea lo cogió de un brazo y ayudó al arquero a liberarse de él. El joven sólo dejó de luchar cuando se dio cuenta de que estaba completamente vencido.

—*Vediamo!* —exclamó Andrea, jadeando por el esfuerzo—. ¿Dónde habéis encontrado este tipo de venado?

—Vi algo que creí que sería un pájaro grande entre los árboles, así que le disparé —le explicó el arquero—. Este demonio pegó un grito y se cayó del árbol casi encima de mí —cogió su cuchillo—. ¿Termino con él?

—No. Podría sernos útil. Cogedlo mientras le vendo la herida. Luego lo ataremos.

Con tiras de su camisa, Andrea le vendó la herida. Después, con las cuerdas que llevaban para amarrar los ciervos que cazaban, le ató las manos por detrás, y una vez atado, pudo mirar con detenimiento a su presa.

El salvaje era sólo un muchacho. Según Andrea, debía de tener unos quince o dieciséis años, pero era alto y tenía buenos músculos. Tenía el color del cobre barnizado y los rasgos bien marcados. El pelo, negro y liso, le llegaba casi a los hombros y los ojos, oscuros, demostraban gran inteligencia.

—¿Qué vais a hacer con él, señor? —preguntó el soldado.

—Nos lo llevaremos al campamento. Cuando se dé cuenta de que no queremos hacerle daño, puede que nos diga de dónde viene.

El arquero se estremeció.

—Nunca lo había pensado, pero es posible que haya cientos de ellos apuntándonos con sus flechas, y que ni siquiera nos demos cuenta. Seguro que estos demonios de color cobre nos habrán estado observando todo el tiempo.

Cuando el soldado dijo “demonios” Andrea se acordó de una cosa. Beccario había

hablado de la Isla de los Salvajes y Zuane Pizzigano, en su carta de navegación del 1424, los había llamado Satanazes. Puede que el soldado, incluso sin saberlo, hubiera dicho una gran verdad al llamarlo “demonio”. Al pensarlo se puso todavía más nervioso, haciendo aún más urgente la vuelta al campamento.

Muchos se reunieron en torno a ellos cuando llegaron a la orilla. Andrea vio que el chico abría mucho los ojos, sorprendido al ver el Infante Enrique y decidió ver qué efecto tendría sobre él un poco de amabilidad. El chico comió y bebió con avidez cuando le dieron un poco de carne asada y agua y, cuando Andrea le ofreció uno de los frutos parecidos a las manzanas que habían encontrado en tanta cantidad cerca del campamento (pero que no habían tenido el coraje de probar), el chico lo agarró y se lo comió a grandes mordiscos, mostrando así sus dientes fuertes y blancos, sin pensárselo dos veces.

—Nunca he visto a un nativo de las Indias —dijo Leonor mirando al chico mientras comía—. ¿Se parecen a éste?

Andrea negó con la cabeza.

—Nunca he visto a alguien así.

—¿Ni siquiera en Cipangu?

—No se parece en nada a los nativos de Cipangu.

Andrea recordó unas pocas palabras de algunas de las muchas lenguas que se hablaban en la India, que había aprendido en las paradas de la caravana de Ibn Iberanakh, cuando estuvo con él como esclavo. Sin embargo, parecía que el chico no entendía nada, así que decidió hablar con él por señas, como había hecho con los azanegues y con los hombres del rey Budomel en su viaje a África. En cuclillas delante de él, le sonrió y le dijo:

—Amigo.

El salvaje lo miró con los ojos brillantes e inteligentes.

—Amigo —repitió Andrea, echándole el brazo por los hombros.

El chico se puso rígido por un momento, pero después volvió a tranquilizarse y sonrió.

—Am-go —repitió, en una razonable imitación.

Levantándose, Andrea señaló al suelo y dibujó un círculo horizontal en la arena.

—¿Dónde? —le preguntó.

El chico seguía mirándolo sorprendido, pero entonces Andrea volvió a dibujarlo, y el chico pareció entenderlo y sonrió.

—*Cuchiyaga* —le dijo con entusiasmo, y se dio la vuelta para indicar el río y el bosque que tenían detrás de ellos—. *Cuchiyaga*.

—Podría ser el nombre del río —sugirió Leonor—, o de toda la región.

Con un palo Andrea hizo un diseño aproximado de la zona, incluyendo las islas que habían pasado antes de llegar. Hizo un bosquejo de la isla donde se encontraban

y, después, hacia el sureste dibujó otra y la señaló.

—Antilia —dijo—. Isla.

El chico frunció el ceño, sin entender.

—Antilia —repitió Andrea, señalando la isla más grande del dibujo que había hecho en la arena.

—A lo mejor la conoce con otro nombre —sugirió Eric Vallarte.

—Creo que la conoce —Andrea puso un dedo sobre la isla—. ¿Dónde?

El chico se inclinó hasta tocar la costa de la Antilia.

—Acuba —dijo, y repitió esta palabra de nuevo, así que se imaginaron que éste debía de ser el nombre con el que los salvajes conocían la Antilia.

Entonces el chico hizo algo curioso, que no entendieron en aquel momento. Señalando sólo la punta norte del dibujo de Andrea donde había situado la isla de la Mano de Satán, o Satanazes, el chico borró el perfil de la isla y dibujó otras dos líneas. Una indicaba la costa este, hacia el norte, y la otra seguía directamente hacia el oeste.

Al caer la tarde el chico, al que Andrea le había dado el nombre de la isla, “Selvaggio” (o Salvaje, como la isla, si es que era esa la que diseñó Beccario en su mapa) parecía encontrarse a gusto en el campamento. Era un muchacho inteligente, así que aprendió muy pronto a darse a entender por señas. Andrea consiguió entender que su gente vivía hacia el oeste, aparentemente lejos de las costas, alrededor de un lago, que identificó como el nacimiento del río donde habían echado anclas.

Después de cenar el grupo se reunió alrededor del fuego. Estaban todos muy serios. Por primera vez desde que habían llegado a aquellas costas, hicieron turnos de guardia y cogieron más armas del Infante Enrique, dejándolas al alcance de los hombres mientras trabajaban, para tenerlas a mano en caso de que los atacasen.

Eric Vallarte fue el primero en hablar.

—Creo que deberíamos irnos de aquí lo antes posible —dijo—. Antes de que nos ataquen los salvajes.

—Puede que sean pacíficos —dijo Leonor—. Como Selvaggio.

—No podemos estar seguros —objetó don Bartholomeu—. Yo también voto por que nos vayamos. ¿Qué opináis vos, señor Bianco?

Andrea se acarició la barbilla, pensativo.

—Desde que capturamos a Selvaggio he estado pensando en qué puede esto afectar a nuestros planes —admitió—. Puede que, como dice *madonna* Leonor, los salvajes sean pacíficos y, con Selvaggio para ayudarnos, puede que pudiéramos aprender mucho de ellos.

—Y jugarnos la cabeza —dijo Eric con aspereza.

—Puede que tengáis razón —admitió Andrea seriamente—. Ahora que sabemos que hay salvajes en la isla, tenemos aún más motivos para creer que quien descubrió

este lugar por primera vez le pusiera el nombre de Satanazes por la maldad de los hombres que la habitan. Yo diría que deberíamos zarpar mañana, excepto por un motivo.

—¿Cuál? —preguntó don Bartholomeu.

—Que dentro de cinco días habrá un eclipse de luna según el calendario. El maestre Jacomé y el Infante lo sabían y me pidieron que determinara la longitud del lugar donde nos encontráramos en ese momento; se sentirán defraudados si no lo hago.

—Pero ellos esperaban que estuviéramos en las costas de Guinea para entonces —objetó Eric—, y estamos por lo menos a 2.000 millas de distancia, o más.

—Mayor razón aún para determinar la longitud de este lugar —señaló Andrea—. Pensad lo que significaría para los cartógrafos y navegantes futuros poder establecer exactamente dónde se encuentra la Antilia y las demás islas que hemos descubierto.

—Yo me contentaría con salir vivo de aquí —gruñó Eric—, pero si el Infante quiere que determinemos la altura Este-Oeste de estas tierras, tendremos que hacer todo lo que esté en nuestras manos.

—Todavía nos llevará varios días sacar a flote el barco —señaló Andrea— y podremos estar listos para zarpar en cuanto tenga lugar el eclipse, así que nos retrasaremos muy poco, si es que nos retrasamos.

—Zarparemos antes si el peligro aumenta —dijo Eric—. Las vidas de la tripulación valen más que determinar la longitud de este lugar.

Sin embargo, no ocurrió nada aquella noche, ni tampoco tuvieron problemas los días siguientes, durante los cuales los hombres se esforzaron por trabajar el doble para sacar a flote el Infante Enrique. Se quitaron las amarras que sujetaban el barco a las palmeras, haciendo que el casco, bien armado y calafateado, descansara sobre un foso que Eric había mandado cavar, para llevar el casco al agua. Después fue el turno del bote, que había estado en cubierta desde que salieron de Lagos. Lo echaron al agua y tiraron de él con unas amarras que ataron al mástil.

Cuando se terminaron los preparativos, lo único que quedaba era esperar la marea adecuada. Una hora antes de que subiera, el bote entró en el arroyo, manteniendo tensa la cuerda que habían atado al mástil. Lo que tenían planeado era poner vertical el barco en cuanto la arena del bajío donde descansaba el casco comenzara a dar signos de perder su dureza en torno a la quilla con la subida de la marea.

La primera vez que lo intentaron el navío no se movió, ni siquiera cuando la marea llegó al máximo y empezó a menguar. Sin embargo, Eric no se desanimó por el resultado de este primer intento. Todo era cuestión de esfuerzo, así que cuando el agua se retiró otra vez de la quilla, enseguida puso a varios hombres a cavar para que el foso fuera más profundo.

—Lo sacaremos a flote por la mañana —les aseguró—. He estado marcando en la

orilla la altura de la marea, y por la mañana es siempre más alta.

En el campamento se durmió poco aquella noche. Si no lo conseguían entonces, puede que no lo hicieran nunca porque cuando cavaban en la arena para hacer más grande el foso, llegaba la marea y lo rellenaba de nuevo. Esta vez no esperaron a que el bote tirara del barco, sino que se pusieron delante del casco con unos palos largos que habían preparado el día anterior con la esperanza de poder ayudar a la carabela a levantarse.

La marea subía con una lentitud desesperante, pero era definitivamente más alta que el día anterior, como había dicho Eric. Media hora antes de la crecida vieron que el casco empezaba a moverse cuando lo empujaban con los palos. Mientras les gritaban a los hombres del bote que pusieran todas sus fuerzas en los remos para tirar lo más fuerte posible del mástil hacia una posición vertical, los que estaban en la orilla con los palos empujaban también con todas sus fuerzas.

Una vez más el casco vibró con la fuerza del agua de la marea creciente que aflojaba la arena del foso. Entonces, temblando como un gigante que acaba de despertarse, el Infante Enrique empezó a levantarse en el agua. Centímetro a centímetro se deslizaba hacia el canal más profundo, mientras que los hombres usaban sus palos como palancas para esquivar los bajíos y los de los botes se afanaban en los remos. Los gritos de los hombres llenaron el aire del trópico con una nota de triunfo cuando la nave empezó a deslizarse. Sin embargo, si el casco seguía tumbado hacia un lado al llegar a aguas más profundas, sería muy peligroso.

En Lagos, al construir el Infante Enrique habían cuidado todos los detalles, y fue en aquel momento cuando se puso más de manifiesto. Cuando por fin la quilla se soltó de la arena, intentó ponerse derecha con fuerza y, conforme las aguas se iban haciendo más profundas, poco a poco la punta del mástil también empezó a enderezarse. Finalmente todo el barco se liberó de la arena y empezó a balancearse sobre una quilla segura.

La carabela estaba a flote, pero la fuerza con que se había levantado no cedía. Mientras los gritos de alegría de la tripulación se convertían en gruñidos, el mástil se balanceó demasiado hacia el lado opuesto hasta que el riel casi tocó el agua. Un poco más y el agua entraría a la cubierta, que seguiría balanceándose todavía más por el peso hasta llegar a volcar la nave del todo, hundiéndose el mástil y las arboladuras.

Durante unos momentos interminables en los que se determinaría la suerte del Infante Enrique todo parecía suspendido. Entonces, la habilidad con que lo habían construido empezó a ganarle el pulso a la inercia que lo había empujado hacia el otro lado. El riel emergió de la espuma del agua cuando el mástil volvió a moverse buscando su posición vertical, pero esta vez con menos fuerza, así que en poco tiempo el barco consiguió enderezarse.

Llevaron rápidamente la cuerda del mástil a la proa y el bote lo arrastró hasta la

mitad del canal, donde lo anclaron. Firme y preparado, el Infante Enrique los esperaba para llevarlos a casa.

## V

Estuvieron muy ocupados los días que siguieron, llevando las provisiones y los barriles llenos de agua del arroyo al barco. La herida de Selvaggio se estaba curando muy rápido, después de que Leonor le pusiera una cataplasma de hierbas que él le indicó que debía recoger en las zonas pantanosas, y Andrea estaba estudiando la posibilidad de llevarlo con ellos a Portugal. El chico identificó muchos frutos de los que no se habían fiado e incluso le enseñó a Leonor cómo su gente hacía una especie de harina moliendo las raíces que crecían en la tierra negra y fértil, quitando los jugos que se consideraban venenosos, y dejando secar al sol el resto. Leonor y él se habían hecho amigos con mucha facilidad y el chico la seguía todo el día por todas partes.

A pesar de las dificultades de la lengua, Andrea consiguió una sorprendente cantidad de información de Selvaggio. Supo que tanto al oeste como al sur había muchas otras tribus como la del chico, pero mucho más ricas. Selvaggio dijo que le habían contado que tenían mucho oro y que construían grandes templos para los dioses.

El chico no sabía mucho del resto de aquella parte del mundo, aunque le habían dicho que una extensión grande de tierra se extendía hacia el norte y el oeste. Fue entonces cuando Andrea entendió por qué había borrado las líneas del margen superior de la isla de Satanazes del mapa que había dibujado en la arena. Había sido su modo de indicar que las tierras en que se encontraban no eran de una isla, sino de un continente que se extendía por el mar del oeste.

Andrea sólo pudo hacer unas cuantas preparaciones para establecer la longitud de Satanazes hasta la noche en que se vería el eclipse de luna, según el calendario que le había dado el maestre Jacomé. Como iba a ser su última noche en tierra, la tripulación celebró una gran fiesta, pusieron un ciervo entero al fuego y abrieron uno de los toneles de vino de las bodegas del barco. Según sus cálculos, Andrea esperaba ver el eclipse en aquella parte del mundo pasada la medianoche, pero no podía estar seguro, así que se preparó en la playa de la desembocadura del río varias horas antes, estudiando los cielos y el círculo plateado de la luna que se oscurecería poco después por la sombra del eclipse.

Para poder determinar la hora exacta en que empezaría el eclipse, había puesto a mediodía un gnomon como indicador en la arena de la playa y, usando un compás, había determinado el momento exacto en que la sombra del gnomon era más larga, indicando que el sol estaba en su cenit. En ese preciso instante había girado dos de los relojes de arena del barco. De uno de ellos se estaba haciendo cargo Leonor, con instrucciones estrictas de girarlo cada media hora en cuanto cayeran los últimos granos de arena. Del otro se estaba encargando él personalmente. En aquel momento tenía los dos relojes en la playa junto a él.

Leonor y fray Mauro lo acompañaron a la punta de la playa de la desembocadura del río desde donde pensaba determinar exactamente a qué hora tenía lugar el eclipse en aquella parte del mundo. Eric Vallarte despreciaba estos métodos, como la mayoría de los capitanes, ya que cualquier tipo de navegación que no fuera la estimación aproximada por la que se guiaban para dirigir sus barcos, estaría siempre influida por algún tipo de magia negra.

—¿Cómo sabréis exactamente cuándo será el eclipse? —le preguntó Leonor mientras esperaban.

—No sé cuándo será —admitió—. Desde la Antigüedad los matemáticos griegos han sabido cómo calcular los eclipses antes de que se produjeran. De hecho, Tales de Mileto consiguió una vez parar una batalla en su ciudad prediciendo un eclipse de sol, pero el tiempo será distinto aquí, así que sólo puedo intentar adivinarlo.

—¿Por qué tiene que ser distinto?

—¿Os disteis cuenta de que cuando estábamos navegando hacia el oeste desde las islas Canarias parecía como si el día nos siguiera?

La joven se rió.

—Estaba demasiado ocupada preocupándome de si nos íbamos a hundir o no.

—Yo también lo temí —admitió Andrea—, pero si os hubierais fijado, os habríais dado cuenta de que mientras navegábamos hacia el oeste, daba la impresión de que el día nos estaba persiguiendo, o sea, que el día pasaba más despacio.

—Pues sigo sin entenderlo.

—Nadie ha tenido muy clara la determinación de la altura Este-Oeste —admitió—. Los antiguos griegos la determinaban como espero que lo hagamos nosotros ahora, pero su método se perdió hace muchos años. El maestro Jacomé y los demás estudiosos de Villa do Infante creen haberlo descubierto otra vez. De hecho, lo que vamos a hacer aquí será como una especie de prueba. Ellos saben exactamente en qué momento tendrá lugar en Villa do Infante y van a elaborar un informe detallado del fenómeno. Todo lo que yo tengo que determinar es a qué hora y qué día exactamente tendrá lugar aquí. Así, cuando volvamos a casa, podremos calcular a qué distancia hacia el oeste hemos llegado.

—¿No lo sabréis hasta que no lleguemos a Portugal?

—No podré estar seguro. Cada hora que haya de diferencia entre el momento en que ellos vean el eclipse en Villa do Infante y cuando lo veamos nosotros aquí, en Satanazes, representan quince grados de la circunferencia de la Tierra.

—Así que podréis establecer según el número de horas de diferencia cuántos grados hemos recorrido —exclamó Leonor—. ¿Qué otra forma más sencilla podría haber?

Andrea se rió.

—Ojalá fuera tan fácil, *madonna mia*. Alguien tiene que observar el eclipse en

cada zona en concreto y determinar la hora exacta, así que la determinación de la longitud no podrá ser nunca más exacta que la de nuestro método para saber la hora, y ya habéis visto lo difícil que es girar el reloj en el momento justo.

Ella asintió con la cabeza.

—Me duelen los ojos de estar mirando fijamente los últimos granos de arena.

—Además —continuó Andrea—, hasta que no sepamos exactamente cuántas millas se recorren en quince grados de la circunferencia de la Tierra, nuestros resultados no podrán ser del todo exactos.

—Entonces, ¿para qué sirve?

—Los descubrimientos, no importa de qué campo se traten, normalmente no los realiza un hombre solo. Cada uno suele descubrir algo nuevo que se añade a lo que otros ya descubrieron, hasta que dé con la explicación exacta... si es que tiene suerte. Si yo determino el momento en que tiene lugar el eclipse aquí, en Satanazes, y el maestro Jacomé también lo determina en Villa do Infante, podremos saber cuántos grados quedan entre nosotros. Otros muchos observarán este eclipse desde otras partes del mundo, al igual que los eclipses que vendrán. Así, un día los astrónomos encontrarán dos lugares cuya distancia se pueda medir con exactitud. Entonces sabremos la distancia que hay en quince grados, y el tamaño real del mundo... y, si no nos damos prisa —añadió—, nos vamos a perder lo que hemos venido a ver.

Mientras Andrea y fray Mauro miraban atentamente alguna señal del eclipse, Leonor se encargaba de los relojes.

—Ya lo veo —dijo Andrea de repente, y unos segundos después fray Mauro confirmó su observación.

—Los relojes están a la mitad —informó Leonor—. Los dos iguales.

—Anotadlo —le ordenó Andrea. Se habían llevado a la playa el cuaderno del barco, pluma y tinta para escribir.

Escribieron otras dos anotaciones del tiempo, una cuando la sombra del eclipse cubría completamente la Luna y otra cuando terminó de pasar.

—Esto es todo lo que teníamos que hacer —dijo Andrea bastante satisfecho—. Tenemos todos los datos que necesitamos.

—Y, ¿no tenéis idea de a qué distancia estamos de Villa do Infante? —preguntó Leonor.

—Yo diría que a unas mil millas o un poco menos —le dijo—, pero es sólo una aproximación.

Leonor se quedó sin respiración.

—¡Nunca conseguiremos volver a casa! ¡Nunca!

—Con el barco como nuevo y el viento a nuestro favor hasta las Azores, volaremos como los pájaros —le aseguró—. Hemos dejado atrás todos nuestros problemas.

## VI

El optimismo de Andrea parecía totalmente justificado cuando el día siguiente amaneció claro y soleado. Las preparaciones iban a buen ritmo, subiendo al barco las últimas provisiones de agua y comida. A medida que fueran usando algún barril lo volverían a llenar con agua del mar para que el barco mantuviera estable su profundidad, porque sería muy peligroso que flotara cada vez más alto conforme fuera teniendo menos lastre.

El barco estaba precioso: ancorado en la enérgica corriente del río, con la cubierta limpia, las velas listas para que las llenara la brisa y el timón nuevo a popa. Cuando pensaba en cómo habían navegado casi mil millas con el agua borboteando en el casco y las bombas funcionando sin parar, Andrea no tenía la menor duda de que podrían llegar sin problemas hasta Portugal.

Con signos y dibujos en la arena Andrea le explicó a Selvaggio que zarparían pronto, y que le gustaría que los acompañara. La herida del chico ya estaba casi curada, y aceptó ir con ellos con toda la ilusión de un muchacho ansioso por descubrir cosas nuevas. Leonor y él habían pasado todo el día recogiendo más fruta para ponerla con el resto de las provisiones. Habían decidido zarpar justo después del desayuno, antes de que empezara a hacer más calor, pero Andrea empezó a preocuparse cuando vio que ya había pasado una hora desde el mediodía y que ninguno de los dos había vuelto, así que decidió salir a buscarlos con los arqueros que normalmente lo acompañaban cuando iba a cazar.

Andrea estaba seguro de que con Selvaggio Leonor no se perdería, ya que el chico había demostrado sentirse más en casa en los bosques que él en la carabela, pero cuando vio que no había ninguna pista de ellos en toda la orilla empezó a preocuparse mucho más. No quería ni pensar en la posibilidad de que los salvajes de la tribu del chico los hubieran podido capturar, pero no podía quitárselo de la cabeza, y cuando más se preocupó fue cuando no los encontraron ni siquiera a casi un kilómetro más adentro, donde nunca habían llegado ni él ni los soldados cuando habían salido de caza. Les pidió a todos que se pararan para ver si algún ruido pudiera darles una pista de dónde estaba Leonor, pero lo único que oyeron fue el ruido de los pájaros en los árboles y del viento entre las ramas, así que decidió subirse a un roble muy alto que extendía sus ramas por encima del resto.

Al principio lo único que vio fue un mar de vegetación, pero después vio al oeste una columna de humo que se levantaba hasta el cielo. Al verlo un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, ya que esto sólo podía significar que los indígenas de la tribu de Selvaggio habían puesto un campamento cerca de donde habían ancorado el Infante Enrique. Ni por un momento Andrea creyó que el chico hubiera podido coger a Leonor como prisionera, o que los hubiera traicionado llevándosela a su gente; pero

ahora que veía que los indígenas habían puesto un campamento tan cerca de la nave, era posible que los hubieran visto mientras recogían la fruta.

—Señor Bianco —dijo uno de los soldados que estaban detrás de él—. Creo haber escuchado voces delante de nosotros. Puede que fuera doña Leonor.

Andrea se bajó rápidamente del árbol y poniéndose las manos alrededor de los labios la llamó.

—¡Leonor! ¡Leonor! ¿Me oyes?

La respuesta de la joven apenas se oyó desde algún punto de la orilla delante de ellos.

—Los salvajes la han cogido —gritó Andrea—. Seguidme por la orilla.

Los cazadores ya conocían un sendero que iba a lo largo del río y que seguramente usarían los salvajes para ir a coger crustáceos, así que lo siguieron hacia donde habían oído el grito de Leonor.

A unos cien pasos de allí vieron algo que hizo que entendieran lo que les había pasado a los dos. En una zona la maleza estaba pisoteada y había un jirón del vestido de Leonor entre los arbustos. En una parte más clara del camino estaba el cuerpo de Selvaggio, con una lanza clavada en una herida profunda de la que todavía le salía sangre.

Ya no podían hacer nada por Selvaggio, así que siguieron adelante. Andrea esperaba que Selvaggio se hubiera defendido lo suficiente como para retrasar la captura de la chica y que los soldados pudieran cogerlos. Enseguida vio otro trozo del vestido de Leonor que brillaba entre los arbustos, por lo que supo que estaban muy cerca de su presa. Un momento más tarde llegaron a una escampada entre los pinos donde la maleza no estaba tan pisoteada, y vio a un salvaje alto que arrastraba a la chica, mientras que otros dos cubrían la retaguardia.

—Ocupaos de los otros dos y derribadlos si podéis —les ordenó Andrea a los soldados que estaban detrás de él—. Yo me ocuparé del que lleva a doña Leonor.

Los arqueros pusieron una rodilla en el suelo y apoyaron en la otra sus armas para apuntar mejor. Mientras corría a través del descampado oyó el silbido de las flechas y el ruido de los pernos de las ballestas cuando dispararon. Uno de los salvajes cayó en silencio hacia adelante y el segundo se le quedó mirando sorprendido, sin entender qué había pasado con la flecha que no veía.

El otro arquero no lo alcanzó, pero ninguno de los otros salvajes de color cobre parecía dispuesto a quedarse y luchar. El que arrastraba a Leonor levantó la lanza para clavársela, como habían hecho con Selvaggio, así que Andrea le gritó para intentar desviar su atención.

Por suerte el primer arquero volvió a cargar su arma enseguida. Justo cuando la lanza del salvaje estaba a punto de atravesar el cuerpo de Leonor, el arquero disparó y el salvaje cayó desplomado sangrando a borbotones por la boca, dejando caer la

lanza. Asustado por la lluvia mortal que caía del cielo, el tercer hombre salió corriendo, esquivando los árboles, así que ninguno de los dos arqueros pudo alcanzarlo y desapareció en la jungla.

Leonor se tiró a los brazos de Andrea cuando llegó hasta ella, temblando aliviada porque la habían salvado de la muerte. Con sólo mirarla se dio cuenta de que no estaba herida, salvo por un pequeño corte en el labio que le hizo el salvaje cuando la golpeó.

—¿Lo seguimos, señor? —pregunto uno de los arqueros.

—No —dijo Andrea—. Será mejor que volvamos al campamento lo antes posible. He visto el fuego de un campamento o un poblado cerca de aquí desde lo alto del árbol.

Los soldados no necesitaron que les insistiera. Leonor ya se había recuperado lo suficiente para hablar, y con la ayuda de Andrea se apresuraron a seguir el sendero hasta la orilla. Mientras volvían le contó lo que había pasado.

—Selvaggio sabía que encontraríamos muchos árboles frutales si nos adentrábamos un poco en el bosque —le dijo—. Estábamos cogiendo la fruta cuando aparecieron tres indígenas. Selvaggio discutió con ellos. Creo que les dijo que estábamos a punto de irnos, pero lo mataron de todas formas —sintió un escalofrío mientras se lo contaba—. Son como demonios.

—Quienquiera que sea que haya descubierto este lugar no se equivocó al llamarlos demonios —afirmó Andrea—. Tenemos que irnos lo antes posible de aquí.

—¿Creéis que nos atacarán?

—Seguramente. Su campamento no está muy lejos, pero conseguiremos embarcar antes de que lo hagan.

Cuando llegaron al espacio abierto donde habían ancorado la nave, la gente corrió hacia ellos al saber lo que le había pasado a Leonor y cómo había conseguido escapar de la muerte a manos de aquellos salvajes. Andrea llamó a Eric Vallarte y le contó rápidamente lo ocurrido.

—Tenemos que embarcar enseguida —dijo Eric—. La marea está creciendo, así que podremos cruzar el canal dentro de poco.

—¿De cuánto?

—Dentro de unas horas.

—Entonces, tendremos que prepararnos para defendernos —dijo Andrea—. Estoy seguro de que los indígenas han acampado muy cerca de aquí. En cuanto el que se ha escapado les diga que estamos a punto de irnos, vendrán a atacarnos y a saquear el barco.

Eric dio las órdenes para que los soldados se prepararan y se pusieran alrededor del campamento y de la orilla. Leonor y su padre, con fray Mauro, se apresuraron a subir al bote con Eric, que los llevó al Infante Enrique. Mientras tanto, Andrea se

ocupó de los hombres que iban a defender el campamento, ordenándoles tomar todas las precauciones necesarias y esconderse detrás de los árboles y las maderas que encontraran mientras esperaban a que apareciera el enemigo.

Andrea esperaba que Eric se quedara en el barco y que llevara a cabo las preparaciones necesarias para la navegación, pero el vikingo volvió con el bote. Se había puesto la armadura y el casco. Llevaba una espada corta atada a la cintura, y un casco redondo en la mano izquierda.

—¿Por qué no os habéis quedado en el barco? —le preguntó Andrea—. El lugar del capitán es a bordo.

—Vos sois el único que conoce el secreto del método de navegación que nos llevará a las Azores —dijo el vikingo—. Si os matan nunca conseguiremos llegar a Portugal.

—Entonces lucharemos juntos.

Eric negó con la cabeza.

—Os iréis al barco ahora mismo. Antes de que lleguen los salvajes.

—Pero...

—Leonor tiene que salvarse a toda costa y vos sois el único que podéis llevarla con vida a casa. Yo soy el que da las órdenes aquí, ¿os acordáis?

La lógica del capitán era irrefutable. Era verdad que en un momento dado Leonor y fray Mauro podrían hacer las observaciones necesarias de la Estrella Polar para llevarlos a Portugal, pero las dificultades que entrañaba el guiar el barco hasta las Azores, a través de la inmensidad del océano, requerirían toda la habilidad de navegación de Andrea, además del Al-Kemal.

—Aún no nos han atacado —le recordó Andrea—. Podría estar con vos por lo menos hasta que empiece la batalla.

—¿Tengo que llevarlo al barco arrestado? —le preguntó Eric—, ¿u obedeceréis mis órdenes?

Andrea negó con la cabeza.

—Obedeceré, por supuesto, pero no entiendo por qué no puedo quedarme en la orilla hasta que el resto de la tripulación haya embarcado.

—Si me ocurriera algo, quedaréis a cargo del barco —le dijo Eric—. Preparaos para zarpar inmediatamente.

Entonces sonrió, y por un momento volvió a ser como el Eric de antes, el joven compañero de los días de Villa do Infante y de Lagos.

—Pero no creáis que podréis escapar con mi nave y dejarme aquí. Recordad que los vikingos nadamos muy bien y que os alcanzaría.

—Espero que ninguno de los dos se quede atrás —le dijo Andrea con toda sinceridad, tendiéndole la mano.

—Si nos da tiempo a hacer dos o tres cargamentos más —dijo Eric—, por mí se

pueden llevar esta isla los demonios.

Andrea bajó a la playa y se dirigió hacia el bote, y remando con todas sus fuerzas llegó enseguida al Infante Enrique.

—Poneos de espaldas a los remos —le dijo a los cuatro soldados que iban a ir a la playa en el bote—. Cuanto antes embarquemos todos antes nos iremos.

—¿Hay alguna señal de los salvajes? —le preguntó Leonor nerviosa en cuanto saltó el riel.

—Todavía no. Eric me ha ordenado que suba a bordo. Dice que si pasa algo y sólo uno de los dos consigue zarpar con el barco, prefiere que sea yo para que pueda usar el Al-Kemal.

La joven miró hacia la playa, donde vio la figura alta de Eric Vallarte, dando zancadas hacia el fondeadero con su casco y su armadura que brillaban con la luz del sol.

—Él sabe que os amo —dijo amablemente—, pero me ama tanto que sólo quiere mi felicidad.

—Entonces, rogad para que los salvajes no ataquen. Sólo tenemos que esperar una hora y podremos estar todos a bordo preparados para irnos de aquí.

Todo estaba listo para zarpar, como vio Andrea cuando inspeccionó los preparativos que había hecho Eric. Una única ancla mantenía el Infante Enrique en el río, con la proa apuntando hacia el canal que los llevaría a mar abierto. En caso de urgencia siempre se podría cortar la cuerda e izar las velas en un minuto. Ocupado como estaba en comprobar que todo estuviera dispuesto, no vio lo que estaba pasando en orilla hasta que doña Leonor gritó para avisarle.

Entonces se dirigió al riel, a tiempo de ver una oleada de salvajes de color cobre que estaban saliendo de los bosques y rodeando el campamento, blandiendo sus lanzas y gritando mientras se abalanzaban contra el pequeño grupo de hombres que se habían quedado en tierra para defender el barco.

## VII

Aunque el Infante Enrique estaba a más de cien pasos de la orilla, Andrea veía que los hombres asignados a la defensa estaban luchando con frialdad. Eric Vallarte, espada en mano, dirigía a los arqueros que, arrodillándose detrás de una barricada que habían improvisado, lanzaron una lluvia de flechas sobre los salvajes.

Leonor subió al riel, al lado de Andrea, cuando uno de los salvajes de cobre arremetió contra Eric con su espada. El vikingo se apartó con agilidad y lo empujó clavándole la espada. Se la sacó a tirones y, levantándola al aire, gritó animando a sus hombres.

Hubo momentos de agitación en la playa, sin modo de saber cómo iba la batalla. Andrea se sentía avergonzado en el barco sin poder participar, pero no podía hacer nada. Entonces vio una de las bombardas de cubierta que apuntaban hacia la orilla.

—Pérez —llamó a uno de los soldados—. Cargad la bombardita. Tiraremos unas cuantas bombas a la playa.

Andrea y el soldado cargaron el cañón de hierro con una de las bombas redondas que servían como proyectiles. Leonor llevó una olla de carbón del fuego que estaban preparando en la cocina para el almuerzo. Cuando Andrea puso la bola caliente de carbón en la boca del cañón la pólvora explotó con muchísima fuerza, haciendo temblar la cubierta y envolviéndolos en una capa de humo acre negro.

Al ver la sombra de la bomba que avanzaba hacia la orilla, Andrea se quedó mirando para ver dónde caía. Incluso para el mejor de los bombarderos resultaba un arma difícil de usar y no se podía estar nunca seguro de si iba a alcanzar realmente a su objetivo. Sin embargo, esta vez el tiro fue bien y alcanzó los límites de lo que había sido su campamento, tronchando un árbol que cayó sobre los nativos.

Sorprendidos por el ruido o por la bomba que les llegó del cielo, dudaron por un momento. Entonces, cuando les cayó otra lluvia de flechas, se dieron la vuelta y se adentraron en el bosque buscando refugio entre los árboles.

—El cañón ha hecho que huyan —exclamó Leonor—. Hemos ganado la batalla.

—Seguramente volverán a atacar —dijo Andrea muy serio—. Pérez, volved a cargar la bombardita. Puede que consigamos desanimarlos antes de que se acostumbren.

La bombardita disparó otra vez un tiro hacia la playa. Sin embargo, esta vez la bomba cayó en los bosques, detrás del claro, y no pareció crear grandes daños. Mientras que el soldado volvía a cargar el cañón, Andrea se subió al cordaje para echar un vistazo desde allí arriba.

El bote ya había llegado a la orilla y se oía a Eric Vallarte que llamaba a los hombres que volverían al barco en el siguiente turno, metiéndoles prisa para que se fueran. El resto de los soldados, cuyo número había descendido drásticamente, se

retiraron hacia la playa, ocupados frenéticamente en amontonar palos y cualquier cosa que pudieran coger para que les sirviera de barricada cerca de donde estaba el barco.

Desde lo alto del cordaje Andrea vio que los cuerpos cobres de los atacantes se estaban organizando otra vez detrás de los árboles, así que le pidió a Pérez que bajara un poco la boca del cañón. Acortando la distancia esperaba que la bomba pudiera llegar hasta donde estaban los salvajes en la playa organizándose para el ataque.

Eric estaba dado zancadas de un lado a otro de la barricada, levantando su espada y animándolos. Ya eran sólo doce hombres los que esperaban el siguiente movimiento del enemigo. El bote estaba llegando al Infante Enrique y los hombres les lanzaban cuerdas desde cubierta para que pudieran trepar por ellas rápidamente en cuanto llegaran para poder mandar el bote inmediatamente de vuelta a la playa y recoger a los pocos que se habían quedado allí.

Por un momento Andrea esperó que los salvajes se retrasaran lo suficiente en atacar como para que el bote pudiera volver a cargarlos y al último grupo le diera tiempo de llegar al barco. Sin embargo, en el preciso momento en que el bote se daba la vuelta apuntando con la proa a la costa, una horda de cuerpos de cobre se abalanzó chillando hacia la costa otra vez sobre Eric y el lastimoso grupo de hombres que se defendían detrás de la débil barricada.

—Disparad la bombarda —gritó Andrea.

La fuerza del disparo lo tambaleó y se agarró al mástil. Oyó un grito de dolor desde cubierta y supo que algo había ido mal pero no se atrevió a apartar la mirada de la bomba, que dibujando un arco sobre el agua cayó a casi doce pasos de la barricada en medio del grupo de salvajes. Aterrorizados por aquella lluvia misteriosa y mortal que caía del cielo con el ruido de un trueno, los hombres rojos se dieron la vuelta y salieron corriendo otra vez hacia el bosque.

—¡Los ha ahuyentado! —gritó Andrea a los que estaban en cubierta emocionado—. ¡Volved a cargar, Pérez!

No obtuvo respuesta y cuando miró hacia abajo se dio cuenta de que la bombarda ya no podría volver a disparar contra el enemigo. Se veía claramente que la cobertura de madera del arma se había roto en dos con el último disparo y Leonor estaba inclinada sobre el cuerpo de Pérez, el artillero. Parte de la fuerza de expansión de la pólvora había tirado tan fuerte hacia atrás a Pérez, que lo había arrojado contra el mástil, rompiéndolo como si fuera una muñeca pisoteada.

Andrea bajó a cubierta y corrió a ayudar a Leonor, pero con sólo mirar a Pérez supo que ya no se podía hacer nada. Mientras ella cubría el cuerpo del marinero con una lona, fue al riel a ver cómo iba el bote que se dirigía a la playa para recoger a los últimos hombres.

En cuanto el bote llegó a tierra, los hombres salieron corriendo desde las

barricadas hasta él, saltando todos a la vez, poniendo en peligro su estabilidad. Cuando los salvajes los vieron, dándose cuenta de que era su última oportunidad de ganar la batalla, salieron corriendo de los bosques lanzándose sobre ellos.

Esta vez no consiguieron detenerlos con las ballestas, ya que los que habían defendido las barricadas estaban ocupados subiendo al bote. Tampoco podían utilizar la bombardas, así que el único que quedaba para defenderlos a todos de los salvajes era Eric Vallarte, que estaba junto a la proa del bote, con el agua hasta las rodillas, ayudando a los últimos a subir.

Los salvajes se lanzaron al agua para intentar detener el bote, mientras que los soldados trataban de coger los remos y ponerse en camino. Andrea gruñó al ver, sin ninguna posibilidad de ayudar desde el barco, que uno de los salvajes estaba a punto de conseguir saltar dentro del bote, que iba tan cargado que estaba a punto de hundirse. Si conseguían entrar, lo volcarían y todos morirían antes de conseguir ponerlo a flote otra vez.

—¡Eric, subid! ¡Subid! —gritó Andrea, casi sin darse cuenta.

Sólo faltaba él, pero incluso desde aquella distancia, Andrea veía que el bote se hundiría si subiera a bordo alguien más.

Dándose cuenta de la situación, Andrea seguía rezando para que pasara algo que los pudiera salvar, pero Eric Vallarte también se había dado cuenta, así que apoyándose sobre la popa del bote, lo empujó hacia la corriente en cuanto subió el último soldado. Entonces, poniéndose el escudo por delante, se dio la vuelta, levantó la espada y se puso a luchar contra los salvajes que intentaban llegar al bote.

—*María Sanctissima!* —rogaba la joven en voz baja—. ¡Madre de Dios! ¡Salvadlo!

Aunque Eric luchaba valerosamente con todas sus fuerzas, era imposible controlar la masa de salvajes furiosos que intentaban atravesarlo con las lanzas. Una o dos veces brillaron al sol su escudo y su espada, hasta que al final cayeron sobre él y lo derribaron. Sólo cuando estuvo claro que Eric no conseguiría escapar, Andrea dio orden de levar el ancla y alzar el trinquete.

Una vez levada el ancla, y la vela hinchada por el viento, el Infante Enrique empezó a alejarse de la orilla. Con dos marineros al timón y un vigía en lo alto del mástil que los guiaba a través del canal que se abría en el arrecife que protegía la bahía de Satanazes, la elegante carabela empezó a ganar velocidad. Con el timón nuevo, el barco respondía como un caballo de batalla, con sólo tocarlo.

Viendo el fondo del canal desde la cubierta de proa, Andrea notó que subía el nivel y dio orden de arriar las velas. Sin embargo, antes de que les diera tiempo a cumplir la orden, la carabela, resplandeciente, ya estaba atravesando el canal con toda seguridad, pasando sobre el banco de arena y abriéndose paso hacia el amplio mar.

Poco después notaron que la extraña corriente que los había llevado hasta aquel

lugar se apoderaba otra vez del casco, llevándolos hacia el norte. Andrea ordenó que izaran todas las velas, con lo que el Infante Enrique se alejó rápidamente de las tierras de los salvajes, en búsqueda de nuevos vientos y corrientes que los llevaran a las Azores y de vuelta a Lagos, a unas mil leguas o más hacia el Este.

## VIII

La llegada a Lagos del Infante Enrique, que se había declarado perdido en el mar al no haber alcanzado Gomera, creó casi tanto estupor que el nuevo descubrimiento de la isla de la Antilia a más de mil leguas de las Canarias. La longitud que había determinado Andrea la noche antes de zarpar de Satanazes ajustó perfectamente la distancia. Asimismo pudo determinar con exactitud el rumbo para llegar hasta las Azores, donde se pararon el tiempo estrictamente necesario para coger agua potable y provisiones para continuar su camino hacia Portugal.

Andrea esperaba comparecer ante la asamblea de estudiosos de Villa do Infante para informar de su viaje, como había hecho después del viaje a Guinea, pero la reunión a la que asistió al día siguiente de su llegada era mucho más reducida. En ella estuvieron presentes solamente el príncipe Enrique y el maestre Jacomé, con fray Mauro, el señor Di Perestrello y, sorprendentemente, Leonor. La joven le sonrió cuando entró y, como siempre, una cálida sensación de placer lo invadió de arriba abajo ante el frescor y belleza de su juventud y el calor de su mirada, que era sólo para él.

La muerte de Eric los había acercado aún más, y durante el viaje de vuelta Andrea se dio cuenta de hasta qué punto la amaba y de lo afortunado que era porque el amor de la joven hacia él era tan profundo como el suyo. Sólo una cosa seguía impidiendo la casi perfecta comunión entre ellos, y era la sombra de Angelita y su promesa de poder recuperar su buen nombre en Venecia, poniéndose ella misma como precio.

—Debéis de estar sorprendido porque no haya llamado a toda la compañía de Villa do Infante para participar en esta reunión, señor Bianco —dijo el Príncipe.

—Estoy a vuestro servicio, Excelencia —dijo humildemente Andrea—, y por lo tanto, a vuestras órdenes.

—Lo que hemos sabido el maestre Jacomé y yo de su viaje nos ha hecho pensar que sería mejor que nos informara directamente a nosotros antes de hacerlo público al resto de la compañía.

Andrea les informó con sencillez del viaje. Cuando habló del desastre de las islas Canarias tuvo mucho cuidado de no dar a entender ninguna falta de atención por parte de Eric Vallarte que hubiera podido contribuir a ello. Tanto el príncipe Enrique como el maestre Jacomé le escucharon con atención cuando les contó cómo habían volado hacia el oeste delante de la tormenta. Ninguno de los presentes habló hasta que mencionó el mar de algas.

—Los fenicios tuvieron que haber navegado hasta allí —dijo el viejo cartógrafo—. Aristóteles ya mencionó este mar de algas.

—No sé quién lo habrá descubierto —dijo Andrea—, pero puedo garantizar su existencia.

—Y, ¿decís que las algas no afectaron a la navegación?

—No de un modo apreciable. Por supuesto, el Infante Enrique tenía algunos daños en el casco, con las bodegas anegadas casi todo el tiempo.

—Es un milagro —dijo el Infante interrumpiéndolo por un instante—. Nuestra Señora ha tenido que estar velando por vosotros.

—Estoy seguro de ello —afirmó Andrea—. Si el viento del oeste hubiera cesado de soplar dos días antes de que terminara la tormenta, la carabela se habría hundido. Todos nuestros esfuerzos en las bombas no habrían sido suficientes para mantenerla a flote sin movimiento.

Andrea continuó con su historia, describiendo la isla de la Antilia y la suerte que tuvieron al encontrar un lugar seguro donde ancorar la nave en lo que ellos creían que podía ser Satanazes o la Mano de Satán. Cuando terminó de contar cómo habían conseguido escapar y cómo había ido el viaje de vuelta, todos se quedaron en silencio hasta que el Príncipe tomó la palabra.

—Eric Vallarte era un verdadero caballero. Pediré que se celebre una misa por su alma en la catedral, aunque no compartiera nuestra Fe, porque no ha muerto en vano —dijo—. Llevó su barco más al oeste de lo que lo haya llevado ningún otro capitán, al menos de nuestra época, con la ayuda de un navegador experto, evidentemente, señor Bianco.

—La constancia de los vientos ayudaron mucho más de lo que ninguno de mis conocimientos, Excelencia. Salvo la recalada en las Azores, casi todo lo demás ocurrió por azar.

Don Bartholomeu habló.

—Nuestro amigo Andrea es muy modesto —dijo.

—Pero si no hubiera sido por su convicción de que había tierra al oeste de donde nos encontrábamos, no habríamos intentado seguir navegando a través del mar de algas, sino que hubiéramos continuado directamente hacia las Azores, y nos habríamos quedado atrapados por los vientos mientras la carabela se hundía.

—¿Cómo podíais estar tan seguro de que encontraríais tierra si seguíais adelante?  
Andrea sonrió burlón.

—Puede que simplemente tuviera que estar allí, si queríamos volver vivos. En realidad, estaba seguro de que si había tantos cartógrafos convencidos de que hay tierra al oeste, alguno tenía que estar en lo cierto.

—¿Creísteis lo que os contó Selvaggio, que Satanazes en realidad no es una isla, sino una parte de unas tierras mucho más amplias o, quizá, de un continente?

—Su teoría podría ser correcta —admitió Andrea—. Lo que nos contó sobre las gentes que viven al oeste y al sur de Satanazes es prácticamente igual a lo que contaron los hermanos Zeno sobre Droceo hace más de cincuenta años.

—Si lo que descubrimos no era un continente —añadió don Bartholomeu—,

estoy convencido de que por lo menos tiene que ser un gran archipiélago de islas que se extienden al norte y al sur.

El príncipe Enrique jugueteó un momento con el medallón de una cadena que llevaba al cuello.

—Si tengo que decir la verdad, os creo —dijo finalmente—. Por este motivo os he llamado hoy a la reunión. Aparte de vosotros, ¿quién más de la tripulación se dio cuenta de que puede que hubierais descubierto un nuevo continente o, por lo menos, una extensa cadena de islas?

—Ninguno de ellos —dijo Andrea enseguida—. Leo... Doña Leonor y yo obtuvimos esta información de Selvaggio y nos encargamos de que nadie más lo supiera para que no se preocuparan.

—Entonces, ¿nosotros seis somos los únicos que lo sabemos?

—Así es —le aseguró Andrea—. O, al menos, eso creo.

—Y decís que este grupo de islas, o este continente, o lo que sea... ¿es muy fértil?

—Más que los otros lugares que conozco de las islas Canarias o de la costa de África, excluyendo, tal vez, Guinea —le aseguró Andrea—. Sería un sitio maravilloso donde se podrían establecer muchos de los pobres que hay en esta parte del mundo.

—Siempre he pensado en África para esto —dijo el príncipe Enrique—, pero esta tierra de la que habláis también puede ser idónea para ello. Después de establecernos en las Azores, podríamos hacerlo en la Antilia y toda aquella parte —se volvió hacia Andrea—. Tengo que pedir os una cosa, señor Andrea, y también a todos los demás que estáis aquí hoy, aunque os pueda parecer extraño.

—Vuestra voluntad es nuestra ley —le aseguró don Bartholomeu, a quien se unió Andrea.

—Por razones que el maestre Jacomé y yo consideramos válidas —dijo el príncipe Enrique—, voy a pedir os que guardéis silencio sobre vuestro descubrimiento.

## IX

Andrea miró fijamente al Infante, sin poder creer lo que acababa de oír.

—¿Podría preguntar por qué, Excelencia? —dijo finalmente—, ¿o sería una presunción por mi parte?

—Tenéis todo el derecho a saberlo.

El príncipe Enrique se levantó y fue hacia la ventana. Desde ella se veían las aguas azules del mar del oeste y, más allá, la sombra oscura de la costa africana. Durante unos momentos, pareció que la estuviese estudiando antes de volverse a los que estaban en la habitación.

—Como todos sabéis, he pasado gran parte de mi vida luchando contra los moros del sur —dijo—. La campaña de Ceuta fue un gran éxito; las demás, grandes fracasos. Puede que por mi propia falta de habilidad en la (batalla o de coraje, no lo sé), a mi querido hermano lo mataran los moros cuando nos obligaron a dejarlo en sus manos como rehén.

—Yo estuve con vos en aquella batalla, Excelencia —dijo amablemente don Bartholomeu—. ¡Vos no tuvisteis la culpa de aquella derrota! Nadie hubiera podido luchar con tanto valor como vos.

—Gracias, amigo mío —dijo el Infante con toda sinceridad—, pero creo que el error estuvo antes, en la propia decisión de atacar. Nunca he dejado que nada frene mi declarado propósito de combatir las fuerzas del Islam. En algún lugar del este de África está el reino del Preste Juan, un príncipe cristiano. Si el próximo río que descubrimos después de Sanaga, o el de después, es el Nilo occidental, podremos llegar hasta su territorio y unir nuestras fuerzas en este sentido. O, si nuestros barcos consiguen circunnavegar África y llegar a las Indias, las riquezas que podremos obtener con ello nos servirán para luchar por nuestra Fe contra los musulmanes.

Hizo una pausa, y después prosiguió.

—En cualquier caso, considero de vital importancia que no haya nada que entorpezca esta labor, a la que he dedicado toda mi vida. Incluso en estos precisos instantes un barco a las órdenes del señor Denis Diaz está buscando el río Sanaga para llegar al Nilo occidental. Espero que consigan llegar hasta la punta sur de África y que encuentren un camino por el que llegar hasta el reino del Preste Juan. Cuando esto suceda, habremos puesto un anillo de acero en torno a la mayor parte del Islam y habremos conseguido evitar que sigan comerciando con las tierras ricas de los negros de Guinea. Nada puede interferir esta posibilidad, y por ello os estoy pidiendo que mantengáis silencio sobre vuestro descubrimiento, al menos por el momento.

Andrea entendía, y casi simpatizaba, con el razonamiento del príncipe Enrique, sabiendo cómo se sentía por la lucha contra el Islam. Sin embargo, todavía no lograba entender del todo por qué tenían que esconder un descubrimiento de estas

magnitudes, que lo podría convertir rápidamente en el cartógrafo y geógrafo más famoso del planeta.

—Soy consciente de que os estoy pidiendo demasiado —continuó el príncipe Enrique—. Especialmente al señor Bianco, que podría ganar muchísimo al revelar su secreto. No obstante, el anunciar la presencia de unas nuevas tierras hacia el oeste como posible fuente de oro y esclavos, lo único que puede hacer es desanimar a los que actualmente están buscando un camino por mar alrededor de África hacia las Indias y el reino del Preste Juan, y estoy decidido a no permitir que esto ocurra.

Ésta era una parte del Infante que Andrea no había visto nunca: la del gobernante severo convencido de la justicia de su causa. Sin embargo, conociendo al príncipe Enrique y su celo por la propagación de la fe católica, entendía el punto de vista del príncipe portugués.

—Os ofrezco voluntariamente voto de silencio, Excelencia —dijo humildemente, y los demás se unieron a él.

Entonces el príncipe Enrique sonrió y volvió a ser el de siempre.

—Estaba seguro de que estaríais de acuerdo conmigo cuando supierais las razones de mi decisión —dijo con amabilidad—. Creedme, señor Andrea, nunca os arrepentiréis de vuestra colaboración.

—Hay otra razón por la que el descubrimiento de una gran masa de tierra que separa Europa de las Indias debe mantenerse en secreto —añadió el maestre Jacomé—. Cierta físico de Florencia, llamado Paolo Toscanelli, asegura públicamente que las Indias quedan a 5.000 millas al oeste. Sé, por buenas fuentes, que la familia de los Medici está muy interesada en este viaje, y como vos sabéis, Andrea, los Medici han estado siempre alerta a cualquier posibilidad de nuevas fuentes de comercio y de beneficio.

—El señor Toscanelli está equivocado —dijo Andrea muy seguro—. Nuestro viaje es prueba de ello. Si el país del que hablaba Selvaggio hubiera sido la India o China, lo habría reconocido por su descripción y, sin embargo, ninguno de los salvajes que vimos se parecen a los habitantes de China o de la India.

—Y, ¿Cipangu? —preguntó el príncipe Enrique.

—Juraría que son de una raza completamente distinta.

El maestre Jacomé sonrió.

—El caso es, que *nosotros* queremos que el señor Toscanelli y los Medici sigan adelante por el camino equivocado. Si supieran que hay una barrera que separa Europa de la India, o que la distancia es mucho más de 5.000 millas, puede que ellos también intentaran rodear África buscando el camino a las Indias y China.

—Y puede que consiguieran llegar antes que vosotros —señaló Andrea.

—Exacto —dijo el maestre Jacomé—. Así que, ¿por qué deberíamos corregir los errores de Toscanelli y de los florentinos?

—Entiendo —admitió Andrea, aunque de mala gana.

—¿No estáis de acuerdo? —preguntó el príncipe Enrique.

Andrea miró hacia arriba, para encontrar la mirada pensativa del Infante.

—No pretendo estar o no de acuerdo con vuestras decisiones, Excelencia —dijo—. Por supuesto, me siento frustrado por no poder hacer público el descubrimiento, ya que estoy seguro de que lo que puede ofrecer esta nueva tierra puede significar mucho para la población de Europa, que está viviendo en unas condiciones terribles.

—Habéis descubierto la Antilia, y por lo tanto recibiréis el mérito que os corresponde —le aseguró el príncipe Enrique—. En vuestro próximo mapa podréis diseñarla exactamente como la habéis descubierto, con Satanazes y todas las demás islas que recordéis y, en cuanto hayamos descubierto el camino a las Indias por África, os prometo que vuestro descubrimiento de que debe de haber todo un nuevo mundo en Occidente, se hará público.

—Mientras tanto —dijo el maestre Jacomé con gran satisfacción—, los florentinos perderán el tiempo intentando llegar a China y la India por el oeste. No es más que lo que se merecen por aceptar el pequeño mundo de Ptolomeo sin molestarse en medirlo por ellos mismos.

La reunión terminó aquí. Mientras los otros se estaban yendo, el maestre Jacomé cogió a Andrea del brazo.

—Hay otro asunto que tengo que tratar con vos —dijo—, si podéis quedaros aquí un poco más.

—¿Noticias de Venecia?

—Sí. Recibí una carta de allí mientras estabais de viaje. Vuestro hermanastro, Mattei, desapareció ante los dueños de la galera en la que os capturaron antes de que pudieran llevarlo ajuicio.

—Entonces, ¿no se le arrestó?

—Según la información que tengo, no. Quienquiera que os escribiera puede que lo estuviera esperando, pero tuvieron que haber escrito la carta antes de que lo hicieran.

—Fue su esposa, la señora Angelita.

—¿Ah, sí? Entonces ése tiene que ser el motivo por el que ha venido a Lisboa.

—¡Angelita en Lisboa! —Andrea no podía creer lo que estaba oyendo.

—Así me han dicho. Vino con la nave capitaneada por el señor Cadamosto.

Éstas sí que eran noticias sorprendentes. Cuando estaba en Venecia le daba la impresión de que Angelita estaba muy lejos y que no era más que una sombra en su memoria desde que le declaró su amor a Leonor. Había conseguido fácilmente persuadirse a sí mismo para retrasar su viaje para ir a verla, pero ahora en Lisboa estaba a sólo dos días de camino y no podía seguir retrasando el momento de ir a verla y aclarar todo el asunto de su relación con ella.

Todo lo que verdaderamente significaban las noticias que le estaba dando el maestre Jacomé lo estaba entendiendo en ese momento. Si era verdad que Mattei había escapado de la *polizia* antes de que lo arrestaran, dejando atrás a Angelita como parecía que había hecho, ella podría obtener fácilmente la nulidad del matrimonio, quedando libre para casarse con quien deseara.

—Siento traerle malas noticias —continuó el maestre Jacomé—. Según la información que he recibido, vuestro hermano consiguió vender la compañía naviera a los Medici antes de escapar, por una gran suma que se llevó íntegramente con él.

—Pero, ¿dejando atrás a Angelita?

El maestre Jacomé se encogió de hombros.

—Ella está en Lisboa. Por lo que respecta a Mattei Bianco, ha debido de establecerse en Trebisonda o Constantinopla. Muchos mercaderes venecianos tienen relaciones comerciales con aquellas tierras, así que estará familiarizado con la región.

Mattei es como un gato que cae siempre de pie, pensó Andrea. No le molestaba tanto el haber perdido el dinero, que, en realidad, siempre lo había considerado difícil de recuperar, sino la idea de que Mattei lo hubiera estafado y hubiera conseguido huir impune... además del hecho de que mientras estuviera con vida, correría peligro.

—Ahora ya nunca podré recuperar mi buen nombre en Venecia —dijo Andrea tristemente.

—Sobre esto tengo el placer de anunciaros que ya está todo resuelto —le aseguró el maestre Jacomé—. La reacción de vuestro hermano ha sido una confesión de culpabilidad en sí misma. Cuando el Infante Enrique se declaró perdido, el príncipe Enrique presentó al Papa una petición en vuestro favor para limpiar vuestra memoria como tributo hacia vos. Mandó todas las pruebas que tenía a sus representantes en Venecia, con la petición que había aprobado Su Santidad. Esto, además de las pruebas que habían conseguido mis amigos, establecieron enseguida vuestra inocencia ante la corte de Venecia. El Consejo de los Diez restableció vuestro nombre y podríais haber reclamado las propiedades que os corresponden, pero vuestro hermano ha desaparecido con el dinero.

—¿Y el *Palazzo Bianco*?

—Por lo que sé, la corte os lo ha adjudicado a vos, ya que la venta no se ha completado —el maestre Jacomé le lanzó una mirada aguda—. No parecéis muy feliz por vuestra fortuna.

—Abrumado es la palabra —le aseguró Andrea—. ¿Cómo podría agradeceros lo que habéis hecho por mí?

El viejo cartógrafo sonrió.

—Antes que nada podéis casaros con doña Leonor. Después, os podréis establecer aquí, en Villa do Infante, y diseñar mapas para nuestros capitanes y ayudarnos a buscar un método para medir la longitud. Quizá incluso podríais capitanear el barco

que nos llevará finalmente a las Indias.

—No creo que haya nada mejor que pudiera hacer —le aseguró Andrea con toda sinceridad.

—¿Vuestro método de navegación ha resultado satisfactorio?

—Completamente. He podido comprobar que la Antilia se encuentra en el mismo paralelo de latitud que el Cabo Blanco de la costa africana. El río en el que carenamos en las costas de Satanazes está prácticamente en el mismo paralelo que el Cabo Bojador.

—Y, ¿estáis seguro de que, usándolo, podréis volver a estos lugares?

—Sería tan fácil como ir de Lagos a Villa do Infante —le aseguró Andrea—. Nunca antes había estado en las Azores, pero como sabía que las islas estaban en un círculo de latitud que cae entre las costas de Lisboa y Sagres, pude navegar directamente hacia ellas desde Satanazes.

—Me imagino lo decepcionado que tenéis que estar por no poder anunciar vuestro descubrimiento —dijo el maestre Jacomé mientras se iban—, pero el Infante tiene buenas razones para ello. Además, vuestro instrumento de navegación os proporcionará grandes riquezas y fama.

Andrea negó con la cabeza.

—El haber estado tan cerca de la muerte durante tanto tiempo como lo hemos estado en este viaje, me ha llevado a pensar mucho sobre ello y la posibilidad de darlo a todos los navegantes que estén lejos. Si vendo el instrumento seguirá habiendo navegantes que no lo tengan, así que se perdería. Cuando termine de arreglar ciertos asuntos, doña Leonor y yo tenemos la intención de casarnos. Sé su opinión sobre el Al... sobre el instrumento y tengo pensado dárselo como regalo de bodas. Después, revelaremos el secreto como nuestro regalo a todos los navegadores.

—Nadie tendría el derecho de pedirnos una cosa así.

—Por este motivo Leonor y yo lo haremos juntos —le explicó Andrea—. Sólo ella, fray Mauro y yo conocemos el secreto, y el buen fraile no lo revelará a nadie hasta que lo libere del voto que ha hecho. Una vez hice un sacrificio, cuando liberé a los esclavos, y como recompensa he obtenido el amor de Leonor y la oportunidad de hacer el viaje a la Antilia y Satanazes.

—Puede que esta vez obtengáis una recompensa aún mayor —le sugirió el maestre Jacomé.

—Sólo hay que estar a miles de leguas de distancia, perdido en el océano, para saber lo que significa estar seguro del camino que hay que seguir para volver a casa. Tan sólo el saber que otros en esta situación pueden tener esa seguridad será suficiente recompensa.

## X

Aunque sabía que Angelita estaba en Lisboa, Andrea encontró el modo de seguir retrasando su viaje. Un día estuvo ocupado en asistir a la asamblea de estudiosos de Villa do Infante, donde dio cuenta detalladamente del viaje hacia Occidente y del descubrimiento de la Antilia, omitiendo la información que había obtenido de Selvaggio relativa a la posibilidad de haber descubierto un nuevo continente del cual Satanazes era sólo una parte. Otro día estuvo ocupado con la fiesta que dieron, inevitablemente, para celebrar su regreso. Leonor y él dejaron la fiesta temprano y caminaron de la mano por las dunas del promontorio de Sagres, donde les había enseñado a ella y a fray Mauro a usar el Al-Kemal la noche antes de zarpar para el río Sanaga con don Alfonso Lancarote.

El sendero terminaba en el promontorio con vistas al océano, y estuvieron allí, escuchando el rumor de las olas que rompían debajo de ellos y mirando el interminable océano que se extendía hacia el mar del oeste. La luna acababa de salir, y su luz dibujaba una senda plateada, como si fuera un camino que llevara a Occidente.

Ninguno de los dos había hablado desde que dejaron la fiesta, y Leonor no pudo resistirse a abrazarlo. Sus labios, suaves y perfumados, se apretaron contra los de él cuando la besó con tanta pasión que parecía que tuviera miedo de perderla.

Después de un momento tan dulce, se separaron.

—¿Algo va mal, cariño? —le preguntó—. Casi da la impresión de que temes algo.

Él intentó transmitir tranquilidad en el tono de su voz.

—Debe de ser el temor natural de todo hombre soltero a perder su libertad. El maestro Jacomé quiere que nos casemos y nos establezcamos aquí para que pueda diseñar mapas y navegar en los viajes del sur.

Ella no dijo nada y volvió a abrazarlo, estrechándolo entre sus brazos.

—Puedes diseñar todos los mapas que quieras, *carissimo*, pero ya has navegado bastante. Un hombre casado debe estar en casa.

—No te costará convencerme de esto —le prometió—. Por lo menos, no hasta dentro de mucho tiempo.

Sin embargo, incluso cuando la tomó entre sus brazos, el temor que había intentado vencer volvió a su mente por su nombre. La apretó tan fuerte que ella se quejó porque le estaba haciendo daño. Arrepentido por ello, la soltó enseguida, pero ella no se movió.

—Algo va mal, Andrea —le dijo—. Lo acabo de sentir.

No había ninguna razón para esconderle, a ella o a sí mismo, por más tiempo lo que lo angustiaba.

—Se trata de Angelita —le dijo—. Mattei la ha dejado y está en Lisboa.

—¡Lisboa! ¿Por qué?

—Recuerdo que una vez me dijo que tenía un tío en España, así que debe de estar con su familia. El maestro Jacomé ha sabido por unos amigos suyos de Venecia que Mattei ha vendido la compañía naviera y ha escapado con el dinero.

—Tienes que ir a Lisboa a verla, Andrea.

—Supongo que tienes razón —admitió—, pero me daba miedo herirte.

—El saber que aún la amas me haría más daño —le dijo Leonor, con tranquilidad—. Una parte de ti aún la recuerda y hasta que no la vuelvas a ver no podrás estar seguro de si la sigues amando o no.

—Iré a Lisboa y resolveré todo —le prometió—. Parece que no tengo otra opción.

Algunos días más tarde le llegó una carta de Angelita en la que no quedaba la menor duda de sus sentimientos hacia él:

*Andrea, carissimo,*

*Se me rompió el corazón cuando el capitán Cadamosto me trajo noticias desde Lagos de que vuestro barco se había perdido en el mar. Pero ahora he sabido la maravillosa noticia de que habéis vuelto sano y salvo, y no puedo esperar a veros.*

*Mattei me traicionó y me dejó, y no me ha quedado más remedio que irme de Venecia. Mi tío Piero ha sido durante mucho tiempo el jefe del banco de los Medici en Lisboa, y cuando insistió en que viniera, me hizo muy feliz, sabiendo que esto me daría la oportunidad de estar más cerca de vos. Le he pedido al mensajero que os lleva esta carta que os traiga con él. Apresuraos en venir a Lisboa y a mis brazos, que os han echado de menos durante mucho tiempo,*

*Tuya,*

*Angelita*

El mensajero, que llevaba puesto el uniforme de los Medici, esperó a que Andrea leyera la carta.

—El señor, ¿desea salir para Lisboa hoy mismo? —le preguntó respetuosamente.

—Mañana por la mañana —le dijo Andrea—. ¿Llegaremos en dos días?

—Si cabalgamos rápido y cambiamos varias veces los caballos. He traído uno para vos de la posada de Lagos.

—Podéis quedaros aquí —le dijo Andrea—. Saldremos al alba.

Leonor había ido a Lagos para una visita, y el casero de don Bartholomeu todavía estaba durmiendo cuando Andrea se levantó en el helor típico de las mañanas de invierno y se vistió a toda velocidad. Pasó por la cocina para tomarse un poco de pan y vino. El paje que le había llevado la carta de Angelita ya estaba en el patio de la

entrada con los caballos, pero cuando Andrea se puso en camino, vio la figura regordeta de fray Mauro que estaba saliendo por la otra parte de la casa.

—Me alegro de que estéis levantado, hermano —le dijo Andrea—. Despedidme de Leonor cuando vuelva. Volveré de Lisboa en menos de una semana.

El franciscano, que era normalmente una persona jovial, lo miró seriamente en aquel momento.

—Aunque seáis una persona excelente, Andrea, recordad que no sois más que un hombre —le dijo—. Aseguraos de que los deseos y la lujuria no sean más fuertes que vos. Toda la riqueza del mundo no es tan valiosa como el amor de una chica como Leonor.

—Voy a Lisboa para terminar con un viejo demonio que hay en mí y que no me deja descansar en paz —le aseguró—, pero lo ahuyentaré. De eso podéis estar seguro.

—Entonces, id con Dios —le dijo el fraile—. Me quedo mucho más tranquilo.

La niebla matutina se extendía sobre el mar mientras cruzaban a galope el pueblo, que aún dormía, y tomaron el camino que los llevaría a Lisboa.

## XI

Como le había prometido el paje, Andrea cruzó las calles de Lisboa la noche del día siguiente. Estaba cansado, pero contento, porque por fin había tomado la decisión de renunciar a su viejo amor por Angelita. Además, estaba seguro de que el amor, más cálido y profundo, que sentía por Leonor vencería el viejo demonio del deseo puramente físico de Angelita, y estaba ansioso por terminar de arrancarlo de él.

Como hizo cuando fue a Guinea, llevaba el Al-Kemal atado al cuello dentro de un trozo de tela. Sin ni siquiera mirarlo, se acordaba de cada uno de los nudos que hizo de camino a Canarias, a Cabo Blanco y al río Sanaga, y a la Antilia y Satanazes en el oeste y, de vuelta, a las Azores. Aquella cuerda era, de hecho, un mapa del mundo conocido al sur y oeste de Europa (gran parte del cual lo había descubierto él mismo), y el pensar en todo lo que había conseguido hacer en menos de un año desde que escapó de una muerte casi segura en Venecia lo llenaban de orgullo.

Venecia ya no tenía nada que ofrecerle, como había decidido en el largo camino que lo había llevado a Lisboa. Si Angelita quería el *Palazzo Bianco*, estaba dispuesto a dárselo. Esto lo liberaría de cualquier tipo de obligación que pudiera tener hacia ella. En aquel momento, sus verdaderos lazos los tenía con aquella parte del mundo, con Lagos y Villa do Infante, las tierras fértiles de la costa de Guinea, y la tierra nueva y excitante que había descubierto en el oeste, mientras esperaba que hubiera hombres valientes que tuvieran la fuerza necesaria para explorarla y arrebatarle sus secretos y riquezas. De ahí en adelante concentraría su existencia en el hogar que formaría con Leonor, los días tranquilos en que diseñaría los mapas de la rápida expansión por el mundo, y las voces felices de sus hijos que jugarían en el jardín.

—Aquí estamos, señor —la voz del paje rompió el ensueño de Andrea y se dio cuenta de que los caballos se habían parado ante una casa encantadora y pequeña de las afueras.

—La señora Bianco, ¿vive aquí sola?

—La casa del señor Piero está cerca —le aseguró el paje—. Ésta es parte de su territorio.

Estaba oscureciendo, pero Andrea alcanzó a ver una casa mucho más grande no muy lejos de allí.

Desmontó, un poco rígido, y se echó la alforja al hombro, mientras que el paje llevaba los caballos al establo. Una anciana de aspecto severo le abrió la puerta de la casita cuando llamó.

—Soy el señor Andrea Bianco —dijo—. La señora Bianco está esperándome.

Andrea siguió a la señora a una habitación muy lujosa. Decididamente, no es lo que cabía esperar de la casa de una mujer cuyo marido ha escapado dejándola en la pobreza, pensó. Sin embargo, enseguida pensó también que, como miembro del

banco de los Medici y de la compañía comercial que controlaba una buena parte del oro de Europa, el tío de Angelita era, sin duda alguna, muy rico.

Le llevaron vino con tortas saladas y agua para refrescarse del viaje. Angelita aún no había llegado cuando terminó de beberse el vaso de vino, así que se echó en el sofá amplio y mullido que había en su habitación. Cansado como estaba después de dos días de viaje, se quedó dormido enseguida.

Lo despertaron unos golpes en la puerta. Era la criada de expresión severa.

—La señora Bianco ha vuelto —le anunció—. Lo espera en su habitación.

De camino a Lisboa había pensado que el modo más fácil sería encontrar a Angelita en un contexto formal, decirle que había decidido dejarle el *Palazzo Bianco* y que estaba a punto de casarse con Leonor, y volver a casa lo antes posible. La carta que había recibido unos días antes de partir no dejaba lugar a dudas sobre sus sentimientos hacia él, pero estaba dispuesto a dejar todo claro. La cuestión de su futura relación tenía que dejarla clara de una vez por todas, y cuanto antes lo hiciera, mejor sería para todos. Al ver que él ya no la amaba, seguro que se le pasaba enseguida lo que sentía por él.

Sin embargo, a pesar de sus rígidas intenciones, Andrea no pudo evitar una cierta excitación mientras seguía a la criada al cruzar la casa. En ese momento pensó que le gustaría estar más seguro de su capacidad de resistirse a la belleza de Angelita y al recuerdo de lo que habían significado el uno para el otro; pero ya que había llegado hasta allí, se recordó severamente, no podía echarse atrás. Además, él ya era un hombre de mundo, no un joven inmaduro que sucumbiera ante la primera mujer que se le acercara.

La criada se paró ante una puerta y llamó.

—*Entrino* —dijo una voz profunda que recordaba perfectamente, y Andrea sintió que el corazón le daba un vuelco.

La criada abrió la puerta, y en cuanto entró la cerró detrás de él. Entonces vio que Angelita, que estaba sentada ante su tocador, se dio la vuelta, descubriendo así que la encantadora joven que había dejado en Venecia se había convertido en una mujer increíblemente atractiva.

—Andrea —dijo, levantándose y acercándose a él abriéndole los brazos y con una cálida sonrisa—. Andrea *carissimo*.

—*Buongiorno*, Angelita —le cogió las manos, mientras se preguntaba por qué su voz sonaba un poco ronca.

—¿Ni siquiera me vais a besar? —le preguntó—. No fue así la última vez que estuvimos juntos. ¿O ya lo habéis olvidado?

En aquel momento, no pudo resistirse a darle un beso, como lo hubiera hecho un hermano, pero no había nada de fraternal en la suavidad de los labios de la joven contra los de él, así que se forzó a apartarse de ella antes de que un impulso de su

propio cuerpo lo hiciera llegar más lejos.

Angelita también se separó de él, pero siguió cogiéndolo de las manos.

—¿Por qué estáis tan tenso, *carissimo*? —le preguntó reprochándole su actitud—. ¿Estáis enfadado conmigo por no haber ido a veros a la cárcel en Venecia?

Tan hermosa como estaba, era imposible estar enfadado con ella por ningún motivo en absoluto.

—Mattei me dijo que el hombre que estaba en la cárcel era un impostor que estaba sólo intentando sacarnos dinero —le aseguró—. Después de todo, se os había declarado muerto años antes, Andrea. ¿Cómo iba a saber que erais realmente vos?

—Ya no importa —dijo.

Ella seguía cogiéndole las manos, estando a sólo un paso el uno del otro. Llevaba puesto únicamente un vestido ligero de volantes atado a la cintura con una cinta dorada y (como Andrea podía imaginar a juzgar por cómo le caía el vestido) poco más.

—Venid y sentaos a mi lado —le dijo, indicándole un taburete que había junto al tocador—. He vuelto a toda prisa de la casa de mi tío Piero para darme un baño y vestirme para la cena, pero no podía esperar más para veros.

Al inclinarse para coger el peine, el vestido de seda resbaló un poco, dejando a la vista parte del seno, que no hizo el más mínimo esfuerzo por cubrir.

—Los años os han tratado bien, Andrea —le dijo, sonriéndole desde el espejo—. Estáis mucho más atractivo que hace unos años.

—Y vos sois mucho más bella, Angelita.

Le arrugó la nariz.

—Somos buenos amigos, y algo más, así que podéis ser sincero. Soy casi diez años mayor, ¿recordáis? —Empezó a peinarse el cabello oscuro y brillante—. Y, ¿qué me decís de vos, *carissimo*? Debió de ser durísimo el tiempo de las galeras.

—Sobreviví y me siento afortunado por haber tenido la oportunidad de viajar a tierras lejanas, así que no fue completamente en vano.

—¿Cuándo supisteis del instrumento de navegación? —le preguntó, como si no le diera importancia.

Andrea la miró muy serio.

—¿Dónde habéis oído hablar de él?

—El capitán Cadamosto me trajo aquí desde Venecia. No hablaba más que de lo que vuestro instrumento es capaz de hacer... y del dinero que podréis obtener por él.

—Voy a revelar el secreto a todos los marineros dentro de algunas semanas.

Ella se volvió rápidamente para mirarlo directamente a los ojos.

—Pero eso sería una tontería, cariño. Con él os podríais convertir en el hombre más rico del mundo... si es que de verdad es capaz de hacer todo lo que dice el señor Cadamosto, claro.

—Después de haber estado casi completamente perdido en el mar me he dado cuenta de que no sería capaz de aprovecharme de algo que podría hacer que tantos hombres mueran sólo porque yo no les haya revelado el secreto. Leonor y yo...

Angelita frunció el ceño.

—¿Leonor?

—La hija de don Bartholomeu di Perestrello. Fue a veros a Chioggia de mi parte.

—Ah, sí, ahora la recuerdo. Es muy guapa.

—Vamos a casarnos, Angelita... y espero que nos deis vuestra bendición.

Ella se levantó de repente y se acercó a la chimenea. Andrea no pudo evitar ver cómo la luz del fuego marcaban el contorno de su cuerpo a través de la tela fina de su vestido, ni sentir la pasión que su belleza despertaba en él.

—Esto no me lo esperaba, Andrea —dijo finalmente—. Creía que nosotros dos... —entonces se dio la vuelta hacia él una vez más—, pero debería haber sabido que después de ocho años...

—Os llevé en mi corazón la mayor parte del tiempo —le dijo—. Incluso después de saber que os habíais casado con Mattei.

—¿Cómo iba yo a saber que estabais aún con vida, Andrea? —la chica se esforzó por retomar el control—, pero no dejaremos que lo que podría haber sido arruine el presente, ahora que nos hemos vuelto a encontrar. He traído vino de la bodega de mi tío Piero especialmente para vos. Después de cenar nos podemos sentar aquí y hablar de vuestras aventuras.

Andrea respiró profundamente. El decirle que estaba enamorado de otra mujer había sido más fácil de lo que esperaba. Además, el que ella se lo hubiera tomado bien lo llenaba de gratitud hacia Angelita. No había ninguna razón, se dijo a sí mismo, por la que la viuda de su hermano y él no pudieran ser amigos. El hecho de que una vez hubieran sido amantes no tenía por qué ser un problema ahora.

—Cenaremos aquí, que el ambiente es cálido —decidió Angelita—. ¿Os importaría que no me vistiera más formal?

—Por supuesto que no —le dijo con galantería—. Estáis preciosa tal y como estáis.

—Mi querido y dulce Andrea —le dijo con tono suave—, de verdad que no habéis cambiado nada, sólo que ahora sois aún más atractivo.

Mientras Angelita lo preparaba todo para cenar allí, Andrea daba vueltas por la habitación, fijándose en los muebles. Eran muy lujosos, como los cubiertos de la mesa, el marco de plata del espejo, y las cajas exquisitamente decoradas en las que guardaba los productos de belleza. En toda la habitación se oía su perfume y todo en ella, incluso la cama grande con los cojines y almohadas, eran completamente femeninos. Con la fortuna de los Medici, y su propio encanto, pensó Andrea, Angelita no tardaría en volver a casarse.

La cena era tan deliciosa como su acompañante. Estaban muy contentos y los vasos de vino se rellenaban continuamente. El vino del tío Fiero se sube de verdad a la cabeza, pensó Andrea, cuando empezó a sentirse un poco mareado y las llamas del fuego parecían tener un brillo especial. Sin embargo, a Angelita no parecía afectarle.

Cuando los criados se llevaron los platos de la cena, se sentaron al borde de la cama, saboreando un poco más de vino, como en los viejos tiempos en Venecia cuando se cortejaban y hablaban de sus viajes por el mundo. Andrea no habría sido un hombre si no hubiera sentido la agradable sensación de admiración y afecto por la encantadora mujer que tenía a su lado y que una vez significó tanto para él.

—¿Sabéis algo de Mattei... desde que se fue? —le preguntó una vez, pero ella cambió rápidamente de tema, así que se imaginó que el recordar la traición de su hermanastro le haría daño. Por fin Andrea apartó el vaso de vino y se levantó.

—Debería ir a acostarme, Angelita —le dijo—. Es un camino largo el que tengo que hacer para volver a Lagos y Villa do Infante —sonrió burlonamente— y, además, si no me voy ahora, tendrán que llevarme a rastras los criados.

Empezaba a notar como si la habitación diera vueltas y se cogió a una silla para mantener el equilibrio.

—Se han ido —le dijo con una cálida sonrisa—. Los he mandado a casa de mi tío Piero.

Incluso estando tan aturdido, aquellas palabras hicieron que un fuego repentino tomara forma en su interior. Tampoco quedaba la menor sombra de duda en la mirada de Angelita, cuando se levantó y se le acercó.

—No os preocupéis —le dijo—. Me encargaré de que os vayáis a la cama a salvo.

Sabía que era el momento de irse, la prudencia lo exigía, pero no había atisbo de prudencia en la marea cálida que se estaba despertando en él, o en la inminente oleada de deseo que lo estaba inundando hasta el punto de casi hacerlo temblar por la urgencia de la pasión. Esta sensación era la que había sentido en el cenador aquella noche en Venecia, recordó. Los dos habían bebido, y Angelita no había opuesto ninguna resistencia cuando la tomó entre sus brazos, igual que haría ahora. Esto estaba claro.

Sin embargo, algo lo contuvo: el recuerdo de Leonor y de la cara redonda y seria de fray Mauro, que le recordaba que no era libre de coger lo que era evidente que le ofrecerían.

—Os dejaré iros a la cama —dijo Angelita dulcemente—, pero sólo después de que me hayáis dado el beso de buenas noches.

Nunca pudo estar seguro de cómo llegó hasta sus brazos, si fue él el que se acercó a ella, si fue ella la que fue hacia él, o si fueron los dos a la vez. Lo único que recordaba era que sintió su cuerpo suave y dócil contra el suyo, y los labios de Angelita que se abrían con pasión cuando la besó. Ella no hizo nada por impedir el

movimiento de sus manos cuando le tocaban los senos, sino que se estrechaba a su cuerpo cada vez con más fuerza.

Incluso en el estado de aturdimiento casi total que le había dejado el vino, Andrea oyó que la puerta se abría, agradecido por esta interrupción que le haría recobrar el sentido. Sin embargo, los brazos de Angelita seguían teniéndolo fuerte contra ella, por lo que por un momento no consiguió moverse para ver quién había entrado en la habitación.

Entonces unas manos fuertes lo cogieron por la espalda, tirando de él hacia atrás. Aún aturdido por el vino, comprendiendo en un momento de lucidez que debía de tener droga, se dejó caer en el sofá y cayó rodando al suelo, mientras que alguien le daba patadas salvajemente una y otra vez. Oyó una voz chillona que le resultó familiar que profería maldiciones, pero hasta que no consiguió rodar lo suficiente como para que no le siguieran dando patadas no vio al que había interrumpido de aquella manera su cita.

La cara distorsionada que le gritaba obscenidades era... ¡su hermanastro Mattei!

## XII

Cuando Andrea se levantó perplejo y tambaleante, su hermano levantó la espada hasta que le tocó el pecho con la punta.

—Levántate, fulana —gritó a Angelita, que se estaba ajustando con toda calma el vestido—. Si no hubiera entrado te habrías entregado a él, como has hecho con tantos otros.

Angelita se volvió hacia el espejo, encogiéndose de hombros.

—Él es más hombre que tú —dijo desdeñosamente—. Debería obtener una recompensa por traicionarlo.

La sorpresa de ver aparecer a Mattei y la amenaza de su espada estaban haciendo que a Andrea se le pasara el efecto de la droga rápidamente.

—¿Qué quieres de mí, Mattei?

El hombre bajo se volvió hacia él con rabia, moviendo la espada hasta que se la puso en la garganta, así que dio un paso atrás para que no lo matara allí mismo y en aquel preciso momento.

—Tu vida —le profirió Mattei—. Tu vida, por haberme mandado a los judíos y obligarme a huir de Venecia como un ladrón... y por esto.

—No ha pasado nada.

—No ha sido culpa tuya... ni de ella. Con mi mujer desnuda entre tus brazos ninguna corte del mundo me considerará culpable por haberte matado.

—Angelita y tú habéis planeado todo esto —lo acusó Andrea, dándose cuenta de cómo encajaba todo lo que había pasado aquella noche.

—Yo lo planeé —corrigió Mattei—. Después de que Gil Vicente fuera lo bastante estúpido como para confesártelo todo, tenía que llegar hasta ti de algún modo. ¿Y qué modo mejor que éste?

—Mattei y yo nos llevamos bien, Andrea —dijo Angelita desde el tocador—. Él necesita mis contactos familiares con la familia de los Medici y yo lo soporto por el dinero que me da. Es un buen acuerdo.

—¿Y qué hay de mí? —le preguntó, recordando cómo había reaccionado cuando la había besado y abrazado.

Ella se encogió de hombros.

—Deberías haber vuelto de tu viaje cuando Mattei llegara.

—Entonces, ¿él tenía pensado venir aquí desde el principio?

—Por supuesto. Tú te interponías en nuestro camino, y si nos librábamos de ti nuestra fortuna sería inmensa.

No le gustó cómo estaba hablando de él, como si ya estuviera muerto, pero pensó que tenía razón. Nunca se había encontrado en una situación tan desesperada como aquella, y, sin embargo, el hecho de que Mattei no lo hubiera matado cuando entró en

la habitación le daba todavía alguna esperanza. Se volvió a mirar a la cara a Mattei, preguntándose si se atrevería a usar toda su fuerza para atravesarlo con la espada.

—No creas que podrás conmigo, Andrea —le advirtió con determinación—. Tengo a dos de mis hombres en la puerta.

Podría ser una fanfarronada, pero Andrea no creía que lo fuera. De todas formas, tenía que asegurarse.

—No te creo —le dijo.

—¡Dominic! ¡Angelo! —dijo Mattei sin girarse.

Dos lacayos aparecieron enseguida por la puerta, cada uno con un cuchillo enorme en la mano.

—¿Por qué no me matéis ahora? —le preguntó Andrea.

—Lo haría... con gusto —le dijo Mattei—, pero tenemos el mismo padre, así que seré generoso y te perdonaré la vida a cambio del secreto de navegación que posees.

Tan simple como esto, pensó Andrea, y se maldijo a sí mismo por no haber pensado que Mattei planearía algo para quedarse con el Al-Kemal, cuyo valor sabía apreciar perfectamente por sus conocimientos de navegación y comercio. Después de todo, Mattei había mandado a un asesino para que lo siguiera una vez, incluso hasta la isla de Arguin, que debería de haber sido un aviso lo suficientemente claro. El hecho de que su hermanastro quisiera tan desesperadamente el secreto hasta el punto de no haberlo matado todavía añadía una nota siniestra a una situación que ya era de por sí grave.

—¿Qué dices? —le preguntó Mattei.

Angelita seguía peinándose tranquilamente.

—¿Qué será de mí si te revelo el secreto? —le preguntó Andrea.

—Estas son las condiciones —le dijo Mattei impaciente—. Tu vida a cambio del secreto de navegación.

—¿Cómo puedo estar seguro de que cumplirás con tu parte del acuerdo?

Mattei se encogió de hombros.

—Tienes mi palabra. Debería de ser suficiente.

—Muy bien —dijo Andrea—. Te daré el instrumento.

Empezó a desbotonarse la túnica para coger la cuerda, pero Mattei le apretó con la espada y tuvo que dar un paso atrás contra la pared.

—¡Nada de tretas! —le advirtió—. Estaría encantado de matarte.

Andrea tuvo cuidado de no enfadar más a su hermanastro. Muchas veces, de pequeños, lo había visto matar crías de animales enfadado por lo más nimio.

—Lo que quieres lo llevo guardado en una tela y atado al cuello con una cadena —le explicó Andrea—. Estoy desarmado.

Mattei se echó atrás con cautela y observó a Andrea mientras sacaba el trozo de tela. Sacó de él el Al-Kemal y se lo dio a su hermanastro.

—Iba a dárselo al príncipe Enrique para que todos los marineros pudieran usarlo —le explicó—, pero ahora es tuyo.

—¡Eso!

Los ojos de Mattei se llenaron de ira cuando dio un tirón del Al-Kemal quitándoselo a Andrea de las manos.

—¿Me tomas por un estúpido dándome esto?

En un ataque de furia ante lo que evidentemente consideraba un intento de burlarse de él, arrojó violentamente el Al-Kemal a la chimenea. Entonces se volvió hacia Andrea otra vez, apretándole con la espada hasta obligarlo a ponerse completamente contra la pared.

—Ahora dame el instrumento real de navegación y no creas que soy tan estúpido como para que me tomes el pelo con un trozo de madera y una cuerda —le gritó Mattei, temblando de ira.

—Lo que acabas de destruir es un Al-Kemal —le dijo Andrea—. Los capitanes árabes lo hacen de cristal o porcelana, o incluso con un trozo de cuerno; yo hice éste con un trozo de madera.

Mattei miró a la chimenea. El bloque de madera estaba ya prácticamente consumido por las llamas.

—Estás mintiendo —lo acusó, pero con poca convicción en la voz.

—Este trozo inútil de madera, como tú dices, me condujo de vuelta a Lagos desde Guinea —dijo Andrea—, y nos trajo de vuelta a las Azores desde la isla de la Antilia.

Mattei miró al fuego, donde el Al-Kemal ya no era más que un trozo de carbón. Fue entonces cuando habló Angelita, con un tono de voz que demostraba cuánto despreciaba a su marido.

—Andrea no lo habría llevado escondido con un cordón al cuello si no fuera algo de valor, estúpido —le dijo de mala manera—. Tu mal humor nos ha vuelto a traicionar, Mattei.

—¡Cállate, fulana!

Le dio un manotazo como si fuera un gato, mientras mantenía a Andrea contra la pared con la espada.

—Lo hiciste una vez, Andrea, así que puedes volver a hacer otro y enseñarme cómo funciona.

—Podría —le dijo Andrea—. Si la recompensa es suficiente.

—No has dudado en dármelo a cambio de tu vida —se burló Mattei—. Así que harás otro por la misma razón.

Angelita volvió a hablar.

—¿Crees que es tan estúpido como para no darse cuenta de que si lo matas ahora perderás la oportunidad de obtener el instrumento?

—Angelita tiene razón, Mattei —Andrea utilizó el lazo que le acababa de echar

Angelita—. Tienes que mantenerme con vida porque es la única forma que tienes para conseguirlo.

Por un momento pensó que Mattei, por la rabia, lo habría matado de todas maneras, pero al final prevaleció el amor de su hermanastro por el dinero.

—Atadlo y encerradlo en el sótano —ordenó a los lacayos—. Veremos cuánto resiste después de unos días de persuasión.

—Te haré todos los Al-Kemal que quieras —le prometió Andrea— cuando me garantices que no me matarás, pero necesitaré algo más de fiar que tu palabra.

—Metedlo en el sótano —repitió Mattei—, y atadle las manos y los pies... no, dadme las cuerdas. Yo mismo lo ataré.

Los dos hombres le dieron algunas cuerdas fuertes y Mattei hizo que Andrea se tumbara en el suelo. Entonces, dándole su espada al hombre que llamaba Angelo, ató con destreza las muñecas de Andrea entre ellas.

Andrea intentó un viejo truco de los esclavos de los mercados. Puso los músculos en tensión para que cuando los relajara las cuerdas no le quedaran tan apretadas, pero Mattei también conocía este tipo de trucos y amarró las cuerdas tan fuerte que se le clavaron en la carne. Cuando Andrea relajó la tensión de los músculos apenas podía mover las muñecas, y no parecía tener ni la más mínima oportunidad de mover las manos entre los lazos de las cuerdas.

Después Mattei le ató juntos los tobillos, y con una cuerda más larga, amarró los círculos que formaban las muñecas y tobillos atados de Andrea, forzando las cuerdas por detrás de la espalda hasta que se tocaron los pies y las manos. Era diabólico el modo de maniatarlo, con los brazos y las piernas detrás de él, con la espalda formando un arco, en una posición que en poco tiempo sería prácticamente imposible de soportar.

Cuando Andrea lo hizo rodar y ponerse boca arriba, Andrea vio que Angelita lo estaba mirando desde el tocador, con los ojos abiertos, y se preguntó si en ellos habría un mínimo de compasión hacia él.

Obedeciendo a un impulso repentino, empezó a hablarle.

—Mis amigos de Lagos saben que he venido a veros, Angelita —le dijo—. Cuando vean que no vuelvo, el príncipe Enrique mandará a la policía para arrestaros. Mattei ya se ha ganado la horca, pero no me gustaría tener que ver la cuerda alrededor de vuestro cuello.

Mattei se dio media vuelta y le dio una patada en la boca cortándole el labio, pero Andrea escupió la sangre y siguió hablando.

—Os perseguirán a los dos de una ciudad a otra hasta que os arresten —le dijo—. Te iría mejor si te pusieras de mi parte.

Mattei volvió a golpearle.

—Ahórrate el aliento para gritar —le gruñó—, y asegúrate de dejar suficiente

para llamarme cuando estés preparado para hacer un nuevo instrumento.  
Los dos lacayos lo levantaron y se lo llevaron de la habitación.

## XIII

El sótano de la casa de campo era húmedo y frío. Había un poco de paja desparramada y una pila de trapos ocupaban una de las esquinas. Arrastrándose por el suelo, Andrea consiguió amontonar algunos de los trapos para ponérselos debajo y evitar el frío del suelo, pero eso fue todo lo que pudo hacer para no estar tan incómodo.

Muy pronto abandonó la idea de aflojar las cuerdas de las muñecas, ya que cada vez que se movía las cuerdas se le hincaban en la carne. Tampoco le sirvió de nada intentar juntar los pies para liberarlos. De hecho, se dio cuenta enseguida de que lograría sobrevivir más tiempo en esa situación y con menos dolor relajándose todo lo posible mientras se le ocurría cualquier otra forma de escapar (si es que había alguna, que parecía poco probable).

Pasaban las horas, y Andrea a veces conseguía quedarse dormido dejando caer la cabeza sobre la pila de trapos y relajando los músculos, pero sólo unos minutos después se despertaba de golpe por el dolor que le provocaban las cuerdas, que le cortaban la circulación de las manos y de los pies. Con unos pocos movimientos cautelosos y moderados conseguía restablecer la circulación, y entonces podía volver a quedarse dormido otra vez.

La prisión estaba oscura cuando lo tiraron allí, así que no tuvo la oportunidad de descubrir nada más sobre aquel lugar. Para esto tendría que esperar al amanecer, pero no le quedaba la menor duda de que para entonces Mattei llegaría con algún otro modo ingenioso de tortura que le ayudara a conseguir su propósito. Lógicamente se trataría de algo que Mattei considerara mejor que la muerte, incluso después de haberle revelado el secreto del Al-Kemal. Estaba seguro de que Mattei lo mataría cuando le hiciera un Al-Kemal y le enseñara a usarlo, y ni siquiera iría a la cárcel cuando Angelita declarara que había intentado seducirla.

Su intento de convencerla para que se pusiera de su parte diciéndole que a Mattei y a ella los mandarían a la horca había sido un intento desesperado, decidió en ese momento. Angelita era obviamente lo que Mattei la había llamado: una fulana. De hecho ya estaba seguro de que los dos se habrían puesto de acuerdo en privarlo de sus derechos de nacimiento cuando Mattei dio el primer paso, mandando que lo capturaran los corsarios turcos, hacía ya tanto tiempo.

Su única esperanza, decidió Andrea, que era realmente muy débil, era haber sembrado una pequeñísima semilla de duda en su mente, o que al menos hubiera empezado a preguntarse si, en el fondo, él podría ser un aliado mejor que Mattei, aunque todavía no tenía ni idea de qué podía hacer si ella decidiera ayudarlo contra su hermanastro.

Así pasaron las interminables horas de la noche. Justo antes del alba una llave

giró la cerradura de la puerta y Andrea se preparó para la tortura que llegaría inevitablemente con la aparición de Mattei. Sin embargo, la que entró en el sótano fue Angelita, que llevaba una candela con una luz suave y una bota de vino.

—Hablad sólo susurrando —le advirtió mientras ponía la candela en el suelo y abría la bota. Aceptó la boca de la bota cuando se la puso en los labios y, sediento, se bebió a tragos todo el vino hasta que la vació por completo. Que pudiera estar envenenado o mezclado con droga, ni se le pasó por la cabeza, porque si moría no les serviría para nada, pero si lo mantenían con vida podría explicarles el secreto del Al-Kemal.

—¿Qué queríais decir ayer cuando dijisteis que me iría mejor si me ponía de vuestra parte? —le preguntó.

—Ahora soy capitán navegante al servicio del príncipe Enrique —le explicó—. Seguro que mandará a alguien a buscarme cuando vea que no vuelvo.

—¿Os recompensa bien por vuestro trabajo? Quiero decir, ¿con riquezas y una buena casa?

—El Príncipe vive con sencillez, como todos los que trabajan para él, pero si me liberáis, os dejaré el *Palazzo Bianco* de Venecia.

—Si os libero, Mattei me matará —dijo, como algo evidente—, así que antes tendremos que matarlo a él. ¿Es verdad lo que dice el señor Cadamosto, que la persona que controle vuestro secreto podrá ponerle el precio que desee?

Ahora estaba claro por qué había ido al sótano. Había visto la oportunidad, como Andrea esperaba, de ganar más dinero con él que con Mattei.

—¿Está Cadamosto con vos en esto?

Ella negó con la cabeza.

—Nos hicimos amigos en el viaje de Venecia a Lisboa —Andrea se imaginaba lo que Angelita quería decir con esto—, pero cuando llegamos a Venecia no sé cómo se enteró de que Mattei vendría a verme. Estamos convencidos de que sospeché nuestros planes para conseguir el instrumento y mataros, así que fue a Lagos para avisaros. Por eso tuve que mandar al paje a toda prisa para que os trajera antes de que lo vierais.

—¿Cuál es vuestro precio por liberarme? —le preguntó.

Estudió a Andrea por un momento, sopesando, evidentemente, los pros y los contras de la situación, su futuro con él o con Mattei.

—La mitad de lo que saquemos del instrumento es para mí —le dijo finalmente—. Además del *Palazzo Bianco* de Venecia.

Las condiciones eran mejores de lo que se esperaba, si es que podía confiar en ella, cosa que no había decidido aún, pero de una cosa podía estar seguro: que lo matara después y se quedara con todo no dependería de su amor por él, sino de lo que le resultara más prometedor.

—Por supuesto, tendréis que matar antes a Mattei —añadió.

—¿Y que me ejecuten por asesinato?

—Testificaré que vinisteis a visitarme por asuntos de trabajo —le dijo—, y que Mattei estaba fuera escondido e intentó mataros.

—¿Y qué hay de vos?

Pareció evaluarlo con la mirada, como un hombre que está comprando un caballo. Entonces sonrió, demostrando que le gustaba lo que veía.

—Yo estoy de acuerdo con el trato —dijo sinceramente—. Por lo menos hasta que me canse de vuestros abrazos. Entonces podremos hacer otro trato.

—¿Como el que tenéis con Mattei? —no pudo evitar preguntar.

Ella se encogió de hombros.

—Por lo menos esta noche habéis tenido una prueba de lo que puede ser la vida conmigo. En vuestra situación, ¿qué sentido tiene hacer tantas preguntas?

—¿Cuál es vuestro plan? —le preguntó, sin haberse comprometido en absoluto a seguirlo.

Tal y como esperaba, ella había dado por hecho que ningún hombre sería capaz de renunciar a ella.

—Esta noche estará de guardia sólo Dominic —dijo rápidamente—. Él tiene... motivos... para desear agradarme, así que no se opondrá a que venga a visitaros, aparentemente para hablaros de lo que Mattei desea. Os cortaré las cuerdas y os daré un puñal. Después podréis llamar a Dominic y... —hizo un gesto expresivo que no dejaba lugar a dudas de lo que quería que hiciera con su ex amante—. De todas formas, últimamente me está creando problemas con sus exigencias.

—¿Y Mattei?

—Estará durmiendo en nuestra habitación; me encargaré de ello, también. Os podréis encargar de él con una puñalada. Entonces yo empezaré a gritar y, cuando lleguen las autoridades, juraré que Mattei me había seguido desde Venecia para matarnos a los dos y que luchasteis contra él después de que hubiera matado al pobre Dominic, que intentaba defenderme. Cuando hayamos quitado de en medio a Mattei, podremos vender vuestro instrumento. Florencia, Génova y Venecia estarán dispuestas a pagar cualquier precio por él, así que seremos inmensamente ricos.

—Es un buen plan —admitió.

Se levantó.

—Naturalmente. Soy buena en estas cosas. Estad preparado cuando venga. Será poco antes de medianoche.

Andrea no le había prometido nada, pero la vanidad y la seguridad de que ningún hombre podría resistírsele le hicieron asumir que seguiría su plan. Realmente lo seguiría, por lo menos hasta el momento de derrotar a Mattei y llevarlos ante las autoridades de Lisboa antes de volver a Lagos, y a Leonor.

## XIV

Mattei visitó a Andrea aquella mañana, con el corpulento Angelo a su lado. Había cambiado la espada por un látigo largo que llevaba enrollado en el brazo.

—¿Has decidido hacer lo que te pido? —le preguntó con prisa.

—Antes, liberadme —le dijo Andrea—. Volveré a Lagos inmediatamente y os enviaré un nuevo Al-Kemal.

—¿Me tomas por un estúpido?

Mattei le golpeó con el látigo con toda la fuerza que su pequeño cuerpo le permitía. Lo fustigó una y otra vez mientras que Andrea permanecía indefenso en el suelo del sótano y, al final, lo que lo salvó no fue su propia resistencia, sino la poca fuerza de Mattei.

—Esto es sólo el principio —le prometió Mattei mientras se iba de la habitación subterránea. Tenía la cara y el cuello en carne viva y le quemaba todo el cuerpo por los cortes que le habían producido los latigazos al superar el material de la túnica. No tuvo modo de saber cuántas horas pasó tirado en el suelo del sótano, medio inconsciente por el dolor, el hambre y la sed. Al caer la tarde lo despertó un rayo de luz en los ojos. Pensando que Angelita habría ido a liberarlo y que se había despertado por el ruido de la llave en la cerradura, rodó rápidamente, pero sólo para descubrir que seguía estando solo. La habitación tenía sólo una ventana cubierta con plomo, y cuando miró hacia arriba vio el rayo de luz que lo había despertado. Venía de una pequeña rotura de la hoja de cristal de la ventana, del tamaño del pulgar de un hombre.

Entonces vio que el cristal estaba roto, puede que algún niño lo hubiera roto con una piedra. La ventana debía de estar al nivel de la calle, juzgó, pero desde dentro quedaba muy por encima de la altura del suelo. Las hojas de la ventana apenas dejaban pasar la luz de la tarde, pero un rayo entraba por la rotura, dándole en la cara. Rodando por el suelo una vez más, pudo descubrir el punto exacto de la pared donde iba a parar el rayo de luz.

De repente se le ocurrió una cosa que lo llenó de esperanza en mitad de la agonía que había oscurecido su mente desde que Mattei le había azotado con el látigo. Pensó que si el trozo de cristal había caído dentro recientemente, pudiera ser que todavía estuviera cerca de la ventana, ya que no parecía que hubieran limpiado el sótano últimamente. Así, con el trozo de cristal, podría cortar las cuerdas con las que le habían atado los pies y las manos.

Sin hacer caso a las incomodidades, Andrea se giró y rodó lentamente por el suelo de la habitación hacia donde estaba la ventana. Por el ángulo que formaba el rayo de luz que entraba desde la rendija calculó que no le quedaba más de una hora de luz del día, por lo que tenía que darse prisa si quería llevar a cabo el plan que se le estaba

ocurriendo, pero antes tenía que encontrar el trozo de cristal triangular que habría caído de la ventana rota, si es que estaba allí.

Apoyándose en la barriga, Andrea se fue moviendo hacia atrás y hacia adelante debajo de la ventana, golpeándose a menudo la barbilla e incluso la nariz contra el suelo cuando se movía con demasiada fuerza. Las punzadas que sentía en las muñecas y los tobillos cuando las cuerdas le cortaban la circulación hacían casi insoportable el movimiento, pero no se desanimó. Encontrar aquel trozo de cristal (si es que todavía seguía en el suelo) era cuestión de vida o muerte, y se daba perfectamente cuenta de ello.

Debajo de la ventana, donde se unían el suelo y la pared, la luz era muy débil y cuando hurgaba con la cara en el polvo, tenía que controlar un estornudo cada vez que el polvo le llegaba a los pulmones, pero no podía permitirse hacer que el lacayo que estaba de guardia a unos pasos del sótano advirtiera nada extraño.

Una y otra vez Andrea se arrastró por el suelo lleno de polvo bajo la ventana, alejándose un poco más cada vez de la pared a la distancia de la ventana. Cuando la luz empezó a desvanecerse sin que hubiera encontrado el trozo de cristal, Andrea empezó a desanimarse. Había sido un tonto al esperar encontrarlo, se dijo sintiéndose fracasar, ya que puede que hiciera años que hubieran roto el cristal y que lo hubieran barrido.

Fue entonces, cuando estaba a punto de darse por vencido por el dolor y el desánimo, cuando algo que estaba entre el polvo le pinchó en la barbilla. Sintió como si lo hubieran quemado con fuego y, sin atreverse a esperar que fuera lo que estaba buscando, arqueó el cuello para levantar la cabeza lo suficiente para mirarlo.

Había un pequeño trozo de cristal en la capa de polvo. Era un poco más pequeño que una aguja y, por tanto, demasiado pequeño para lo que pretendía usarlo, pero el descubrimiento lo llenó de esperanza, porque si ese trozo seguía allí quería decir que el trozo más grande también tenía que estar allí. A no ser que (una idea lo invadió de repente) todo el cristal se hubiera roto en trozos tan pequeños como aquel.

Justo entonces volvió a sentir en la barbilla algo punzante y, levantando la cabeza otra vez para mirarlo, vio, estremeciéndose de alegría, que se trataba del otro trozo que había estado buscando. Era más o menos del tamaño que había calculado, puede que tan ancho como el pulgar de un hombre y algo más largo. La hoja de cristal rota era bastante gruesa y el filo del fragmento parecía afilado y suficiente fuerte para cortar las cuerdas de las muñecas... si es que conseguía llegar hasta ellas.

Para no coger el trozo de cristal con las manos atadas y evitar que se le cayera donde casi no había luz, intentó cogerlo con la boca. Se pinchó varias veces los labios con el filo, hasta que por fin consiguió morderlo. Así, con cuidado para que no se le cayera, se dirigió hacia el centro del sótano, que estaba más iluminado.

Ahora tenía que pensar en cómo utilizar el cristal. Estaba claro que el modo más

fácil sería encajarlo de alguna manera en alguna de las grietas de las piedras de la pared y restregar contra él las cuerdas de las muñecas hasta que se cortaran, pero pensó que no le daría tiempo a hacerlo antes de que se fuera la luz del sol, y no podía correr el riesgo de perderlo en la oscuridad.

Desesperado, porque el tiempo se le terminaba, agarró el cristal con los dedos y fue arrastrándose solamente con la cara en una posición agonizante, y empezó a serrar las cuerdas que le ataban los tobillos. Todo esto tenía que hacerlo sin mirar, ya que tenía las manos y los pies amarrados por detrás, lo que se demostraba una tarea prácticamente imposible; pero lo animaba la esperanza de que, con los pies libres, encontraría un modo de usar el cristal para cortar las cuerdas de las manos.

Mientras se empeñaba en ello, Andrea había oído, casi sin darse cuenta, algunos ruidos fuera, como el ruido sordo de las ruedas de un carruaje y algunas voces. Sin embargo, no había habido ninguna otra señal que le hiciera esperar en un rescate, así que siguió trabajando con el cristal, sin darle mucha importancia. Estaba empezando a hacer algunos progresos, a juzgar por la presión que conseguía mantener sobre la cuerda teniendo cogido el fragmento triangular de cristal entre los dedos, cuando oyó unas voces fuera y el ruido de una llave que entraba en la cerradura. Apenas tuvo tiempo para esconder el trozo de cristal entre las manos y ponerse de lado cuando la puerta se abrió.

Entró Mattei, seguido de Angelo, que llevaba una candela que empezó a iluminar la habitación. Andrea se sintió inmediatamente aliviado cuando vio que su hermanastro no llevaba el látigo que había usado aquella misma mañana.

Mattei levantó la candela y, en el resplandor parpadeante que producía, Andrea se dio cuenta de que estaba serio.

—¿Has oído algo? —le preguntó.

—Puede que un carruaje, ¿por qué?

—Por lo que parece, tu amigo Cadamosto se ha imaginado algo, como nos temíamos. Me vio en Lisboa y ha ido a Lagos para avisarte.

—¿El carruaje era de Cadamosto?

—Con vuestro patrón, el señor Di Perestrello, y su hija. No me han visto, y Angelita les ha dicho que estuviste aquí pero que ya has vuelto a Lagos.

Andrea decidió hacer el papel del prisionero sin esperanza, así Mattei no sospecharía que ya tenía un plan para escapar.

—Podría haber gritado —refunfuñó— si lo hubiera sabido.

—No creo que te hubieran oído —Mattei estaba recobrando su buen humor—, pero no me quiero arriesgar. Cadamosto no es tonto, y seguramente sospechará que te tenemos prisionero. Esta noche te llevaremos en un carruaje a una granja que tiene el tío de Angelita, así que si tus amigos vuelven por la mañana, les enseñaré toda la casa, y volverán a Lagos.

»Y no esperes que Angelita te ayude —le dijo desde la puerta—. Me ha contado lo que estuvisteis hablando esta mañana, pero la he convencido de que yo conseguiría un precio más alto por tu secreto del que tú conseguirías jamás. Además, yo ya soy rico, después de haber vendido nuestro negocio de Venecia. El dinero es un lenguaje con el que Angelita y yo nos entendemos perfectamente.

Cuando los pasos de sus visitantes ya no se escuchaban, Andrea siguió con su tarea. Al soltarse las cuerdas de los tobillos, estuvo a punto de dejar caer el cristal. Con lo oscura que estaba ahora la habitación, esto habría sido desastroso, pero consiguió que no se le cayera.

Se permitió, durante uno o dos segundos, el placer de estirar las piernas, pero el intenso dolor que le producía la sangre que se agolpaba después de haber estado en la posición en que lo habían atado durante todo el día y la noche, casi le hizo gritar. Para evitarlo apretó bien los dientes contra los labios y se dedicó a resolver el problema de las muñecas.

Le parecía imposible, hasta que se acordó de un juego al que jugaba de niño, cuando se colgaba de la rama de un árbol y, balanceándose, trataba de pasar todo el cuerpo por el círculo que formaba con los brazos. Claro que ahora la hazaña era infinitamente más difícil con los brazos atados a la espalda, así que pasó una media hora, más o menos, de su precioso tiempo, retorciéndose, hasta que por fin empezó a notar que estaba consiguiendo pasar las caderas y los muslos por el hueco que formaba con los brazos. Un momento después consiguió pasar las piernas y los pies. Ahora tenía los brazos por delante, con el cristal en una de las manos.

El único modo para cortar las cuerdas parecía ser coger el trozo de cristal con los dientes, así que se lo puso en la boca enseguida, esperando que no se hiciera añicos antes de terminar. Si el cristal se rompía, no le quedaría más remedio que desatarse con los dientes, siempre que le diera tiempo a hacerlo antes de que Mattei volviera para llevarlo a la granja.

No pudo agarrarlo con mucha fuerza, pero trabajó con rapidez, y muy pronto consiguió desatar las cuerdas. El dolor en las muñecas y los brazos cuando la sangre volvió a correr libremente era fortísimo, pero se unió a la alegría de volver a sentirse libre otra vez. Probablemente moriría en aquel sótano en las próximas horas —se dijo lúgubrementemente a sí mismo mientras escupía el trozo de cristal y algunas gotas de sangre de los cortes que se había hecho en los labios—, pero por lo menos lo afrontaría mejor ahora que tenía una oportunidad de defenderse.

Mientras flexionaba los músculos, Andrea se llenó de alegría al ver que recobraba la fuerza. Le confortaba la idea de que, si tenía la suerte de poder matar a Mattei con sus propias manos aquella noche (como esperaba con toda su alma), usaría para ello la misma fuerza que, en gran medida, había sido el resultado de la traición de Mattei, que le había hecho pasar todos aquellos años con los corsarios en el Mediterráneo. De

este modo, por un giro macabro de la suerte, su mismo hermanastro se habría forjado el arma que lo llevaría a la muerte.

El ruido de voces que escuchó lo advirtieron de que Mattei debía de estar llegando para llevárselo. Se puso enseguida detrás de la puerta, preparado para atacar al primero que entrara por ella. Contaba con la ventaja del elemento sorpresa, antes de que quienquiera que entrara pudiera usar la espada o el puñal.

La llave de la cerradura giró y la puerta se abrió lentamente. La candela que llevaba en la mano el visitante iluminó con un círculo de luz la habitación, pero Andrea se había puesto detrás de la puerta, para que no lo vieran inmediatamente. Mientras el visitante se adentraba en la habitación, Andrea empezó a notar la tensión que lo invadía, pensando en el empujón que haría que los dos cayeran al suelo, cuando de repente se dio cuenta de la identidad de la figura esbelta en la oscuridad.

¡Era Angelita!

## XV

—Andrea —lo llamó en voz baja mientras entraba levantando la candela por encima de la cabeza—. Andrea, ¿dónde estás?

No contestó. Aunque Angelita hubiera ido para liberarlo, a pesar de lo que le había dicho Mattei unas horas antes, no le convenía que supiera que se había liberado antes de saber la importancia de la situación y pudiera aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara, y, por ahora, parecía que lo mejor era dejar que fuera ella la que revelara su propósito.

Al no verlo en el sótano, Angelita se volvió hacia la puerta.

—¡Dominic!—gritó—. ¡Venid! ¡Ha escapado!

Se oyeron unos pasos pesados detrás de la puerta, y Andrea vio la figura enorme del lacayo que se abalanzaba por la puerta, con su cuchillo en la mano. Fue entonces cuando decidió atacar, firmemente dispuesto a derrotarlo con un solo movimiento.

Con la cabeza baja y embistiéndole como si fuera un toro, Andrea se abalanzó sobre el lacayo tirándolo contra la pared. Sorprendido por el ataque, el hombre dejó caer el cuchillo, pero Andrea no perdió el tiempo intentando recogerlo del suelo lleno de polvo. Dominic se recuperó enseguida e intentó defenderse, pero su fuerza no era nada comparada con la de unos músculos que habían empujado los remos de una galera de esclavos durante cinco largos años. Agarrando al lacayo por los hombros, Andrea le golpeó la cabeza salvajemente una y otra vez contra la pared.

Oyó gritar a Angelita detrás de él, pero estaba tan ocupado y lleno de energía por el combate, que la ignoró. Sólo después de que el cuerpo que tenía entre las manos se derrumbara como un saco que se cae al suelo, recogió el puñal de Dominic. Una vez armado, se volvió hacia Angelita, que lo miraba fijamente, con la boca abierta para gritar de nuevo mientras se acercaba a la puerta. Se oyeron unas pisadas que bajaban las escaleras y apenas tuvo tiempo para enderezarse con el puñal cuando Mattei irrumpió en la habitación, con la espada en la mano, y moviéndose con tanta rapidez que Andrea no conseguía asestarle un golpe.

Angelo estaba justo detrás de su señor, pero como el lacayo dudó en la puerta un momento, Andrea levantó el puñal apretando el mango y, usándolo como un martillo, le golpeó en el cuello justo en el punto en que se une al cráneo.

Fue un golpe brutal, exactamente como debía ser, con toda la rabia que Andrea había acumulado en las largas horas de tortura allí en el sótano. Angelo cayó al suelo de golpe, sin ni siquiera un gruñido.

Lo que pasó a continuación Andrea no pudo explicárselo en mucho tiempo. Después pudo imaginar la escena tal y como habría aparecido a los ojos de Mattei cuando entró en la habitación. Angelita estaba casi en el centro, con la candela aún levantada. El cuerpo inerte de Dominic estaba en el suelo y Andrea estaba preparado

detrás de la puerta para atacar a todo el que entrara, con el puñal en la mano. Para Mattei, que nunca había confiado en nadie, esto no podía significar más que una cosa: traición.

—¡Zorra! —le gritó—. Lo has liberado tú.

—No...

Las palabras se ahogaron en los labios de Angelita cuando Mattei arremetió contra ella, invadido por la ira, creyendo que lo había traicionado liberando a Andrea.

Andrea también gritó protestando, pero su voz se ahogó ante el grito de terror y dolor de Angelita cuando la espada le atravesó el pecho. El grito se interrumpió con un horrible gorgoteo de muerte mientras su cuerpo caía al suelo. Invadido por el horror, Andrea no supo aprovechar el momento de ventaja cuando la espada de Mattei se hincaba en el cuerpo de su mujer, dándole así tiempo de sacarla y volverse hacia él enloquecido.

La candela había caído al suelo con Angelita y la vela brilló parpadeante un momento en el suelo antes de que las llamas incendiaran la paja seca. A la luz del fuego, Andrea vio que Mattei se abalanzaba contra él, levantando la espada directamente hacia él, goteando todavía con la sangre de Angelita. De algún modo consiguió moverse y evitar el golpe. Oyó distraídamente unos pasos por las escaleras y unas voces que gritaban, pero no le dio tiempo a preguntarse de qué se trataba, ya que estaba demasiado ocupado esquivando las arremetidas que Mattei, completamente enloquecido, lanzaba contra él.

Una, dos, tres veces, Mattei intentó clavarle la espada, pero Andrea consiguió esquivarlo, tan concentrado en evitar los golpes que no le daba tiempo a atacarlo. La tercera vez Andrea no consiguió moverse lo bastante rápido, así que Mattei lo alcanzó en el hombro derecho. Sintió el filo de la espada, pero esta pequeña victoria supuso la ruina de Mattei.

Por un momento la espada penetró la carne de Andrea y Mattei se puso a la altura de la mano izquierda de aquél. La derecha no le servía, incluso el puñal se le había caído cuando la espada le había atravesado los músculos del hombro, pero Andrea tenía fuerza más que suficiente en el brazo izquierdo para agarrar a Mattei por el cuello y tirarlo al suelo, zarandeándolo como un gato a un ratón, antes de lanzarlo contra la pared de piedra.

El cuerpo de Mattei crujió contra la pared, renqueando con la fuerza del golpe, y cayó al suelo. La espada, que había agarrado con fuerza, se soltó del hombro de Andrea, pero también de la mano de Mattei cuando cayó al suelo.

Andrea se dirigía hacia su hermanastro, dispuesto a terminar con la refriega, cuando notó que una mano se posaba sobre su hombro y lo empujaba hacia atrás amablemente. Se dio media vuelta y vio que la puerta de la habitación estaba llena de gente, y uno de ellos era don Bartholomeu di Perestrello. El hombre que lo sujetaba

era Cadamosto.

—Dejad que Mattei Bianco pague por sus crímenes, señor Andrea —le dijo el capitán veneciano—. Ya no puede seguir haciéndoos daño.

—¡Andrea! —Leonor entró corriendo en la habitación y lo cogió entre sus brazos. Entonces, al sentir la sangre que le corría por la espalda y los dedos, se echó para atrás—. ¡Estáis sangrando! —gritó—. ¿Dónde está la herida?

—Es sólo un corte en el hombro —consiguió sonreír mientras la abrazaba con el otro brazo y la acercaba hacia él—. No me alejé lo suficiente.

En ese momento empezaron a llegar a la puerta unos hombres que llevaban el uniforme de la policía de Lisboa, apartando la paja que seguía ardiendo y poniéndole las esposas a Mattei, que estaba inconsciente, y a los dos lacayos.

—Echad un vistazo a Angelita —le dijo Andrea a Cadamosto—. Mattei creyó que me había liberado y la apuñaló.

—Está muerta —dijo el veneciano—. Ha sido un golpe de gracia, ahora sí que es seguro que se pudrirá en la cárcel.

## XVI

Mucho más tarde, cuando un médico le vendó la herida en casa de unos amigos de don Bartholomeu, Andrea pudo hacerles la pregunta que le rondaba por la mente desde hacía tiempo.

—¿Cómo habéis conseguido llegar en el momento justo? —le preguntó a Cadamosto.

—No ha sido el momento justo —dijo el capitán veneciano—. Cuando llegamos ya había terminado todo —movió la cabeza—. Los tres hombres estaban ya desarmados. La lucha era desigual, pero no tenían nada que hacer contra vos.

Andrea sonrió burlón.

—De todas formas, es como si hubieseis llovido del cielo.

—Cuando hablamos antes con la señora Angelita, me pareció que nos estaba mintiendo —le explicó Cadamosto—. No podíamos probar que vos o el señor Mattei estuvierais en la casa, así que fingimos que nos íbamos. Entonces doña Leonor pensó en buscar al paje que había mandado a Lagos y nos dijo que no se había preparado ningún caballo para vos, así que supimos que seguíais en Lisboa y, seguramente, en la casa. Don Bartholomeu le explicó la situación a la *polizia* y aceptaron ayudarnos a buscaros.

—El señor Piero de Medici es un hombre muy influyente aquí, en Lisboa —le explicó don Bartholomeu—. La policía no entraría en su casa sin pruebas, pero el señor Cadamosto se imaginó que os habrían hecho prisionero, y que os llevarían a otra parte durante la noche, en caso de que decidiéramos volver.

—Era exactamente lo que pensaban hacer —confirmó Andrea.

—Cuando doña Angelita gritó —añadió Leonor—, el señor Cadamosto entró enseguida con los guardias.

El veneciano sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos que destacaban en la tez oscura de la cara.

—Pero ya era demasiado tarde para ayudar —dijo—. Como era de esperar, el señor Andrea tenía la situación bajo control.

—Llegasteis a tiempo de evitar que matara a Mattei —dijo Andrea agradecido—. No tendré que llevar ese peso en mi conciencia.

—Para ser un hombre pacífico, señor Andrea, sois muy eficaz en batalla —le dijo Cadamosto, admirado—. Espero que estéis siempre de mi parte.

Cuando don Bartholomeu y el veneciano salieron, cerrando la puerta tras ellos, Andrea abrazó a Leonor.

—Mis días de lucha han terminado, al menos por el momento, *carissima mia* —le dijo—, y no puedo decir que lo sienta.

—Han terminado para siempre —le corrigió, levantando la cara hacia él—. Es

hora de que volváis a vuestro trabajo de siempre como cartógrafo.

—Y, ¿por qué no a uno nuevo? —le preguntó después de un buen beso—. El de marido y padre.

—Me temo que tendréis que demostrar vuestra habilidad para ello —le dijo con recato—, aunque aún tengo que ver algo que Andrea Bianco no consiga hacer bien.

# Notas

[1] En el Islam, entidad que es análoga a Satán en el cristianismo.

[2] Término usado en las fuentes clásicas para referirse a un lugar, generalmente una isla, en el norte lejano, a menudo Escandinavia.

[3] La actual Asuán.

[4] Una de las islas descritas por los hermanos Zeno, que puede referirse realmente a Labrador.

[5] Droceo o Drogeo; por su localización, puede tratarse de Terranova.